



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE
MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

COLEGIO DE HISTORIA

HISTORIA, ¿PARA QUÉ?

LA RESPUESTA Y LA PREGUNTA

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADO EN HISTORIA

P R E S E N T A

LUCIANO CONCHEIRO SAN VICENTE

DIRECTOR DE LA TESIS:

DOCTOR ÁLVARO MATUTE AGUIRRE

MÉXICO, D.F. ABRIL 2013





Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

AGRADECIMIENTOS.....	5
CUBERTERÍA.....	9
LA RESPUESTA	
ESPACIOS TRANSPUESTOS	17
LA CÚSPIDE DE LA PROFESIONALIZACIÓN	27
EL CUESTIONAMIENTO	39
LOS AUTORES.....	43
EL LIBRO.....	75
¡HISTORÍCESE [LA TEORÍA]!	104
LA PREGUNTA	129
ANEXOS.....	145
Anexo 1. Entrevistas.....	146
Anexo 1.1 Adolfo Gilly.....	147
Anexo 1.2 Alejandra Moreno Toscano.....	151
Anexo 1.3 José Joaquín Blanco.....	168
Anexo 1.4 Arnaldo Córdova.....	177
Anexo 1.5 Enrique Florescano.....	194
Anexo 1.6 Héctor Aguilar Camín.....	205
Anexo 2. Reimpresiones y ficha técnica de <i>Historia, ¿para qué?</i>	217
BIBLIOGRAFÍA Y HEMEROGRAFÍA	200
Libros y artículos	218
Fuentes documentales	235
Entrevistas	235
Páginas electrónicas	236
Películas	236
Obras de arte.....	237

*A Ana Sofía Rodríguez Everaert,
por (y para) el diálogo eterno.*

AGRADECIMIENTOS

El texto es acaso el mejor ejemplo de aquella indisoluble contradicción, que en nuestra cultura se ha intentado explicar con las diferentes versiones del mito de Edipo, de ser uno nacido de dos (de muchos).¹ Tal como el mismo ser humano, el texto es un producto que no tiene un solo (pro)creador sino varios. El nombre que reclama la autoría de estas páginas no es más que un eufemismo para ocultar este hecho. O más claramente: el nombre del autor, mi nombre, no es más que una unidad ficticia que en-cubre muchos otros nombres.

Sean estos agradecimientos un des(en)cubrimiento de ustedes, de los nombres que están en cada una de mis palabras:

A Álvaro Matute, quien apoyó la idea que daría lugar a este texto desde el momento en que surgió en una de sus clases. Porque sin él y su saber, esto simplemente no existiría. Sus acertados comentarios habitan de la primera a la última página, su espíritu y enseñanzas estarán siempre conmigo y en mí. A él, tantas gracias.

A Ricardo Pozas Horcasitas. Tanto al científico social, por enseñarme la disciplina y rigurosidad del trabajo académico; como al poeta, por enseñarme a vivir más plenamente. Por haber sido, en el pleno sentido de la palabra, un maestro: guía y tutor en las ideas y en el existir.

A Ricardo Gamboa, a quien nunca terminaré de darle las gracias, por creer desde un inicio en mí y nunca dejar de formarme. Agradeceré siempre su enorme y afectuosa vocación de profesor mediante la cual me consolidó como alumno y me inició como docente.

A Evelia Trejo, por su apoyo y porque, al enseñarme la historia de la disciplina, me enseñó de dónde venimos y por qué somos lo que somos. Gracias por hacerme un historiador substancial, gracias por instruirme a historiar a los seres y a la disciplina que todo lo historizan.

A Javier Rico, por su interminable ayuda e intenso intercambio intelectual. Gracias por las charlas pacianas, pero también por los tiempos menos poéticos en los que

¹ Claude Levi-Strauss. "The Structural Study of Myth", *The Journal of American Folklore* 68 (270), Myth: A Symposium (1955), 435.

me ayudó como Coordinador de la carrera. Gracias por dejarme ser su alumno dentro y fuera del aula.

A Guillermo Palacios y Olivares, por sus agudas críticas y absoluta confianza. Partes completas de este texto no existirían sin su generosidad y sus consejos.

A Martin Jay, gracias a cuya genialidad este texto se afianzó y, al mismo tiempo, encontró sus propias debilidades.

A Doris Sommer, de quien aprendí que las humanidades pueden transformar al mundo.

A Stephanie Ballenger, quien me animó cuando más lo necesitaba.

A las instituciones, entidades no humanas pero con alma, que me apoyaron durante la elaboración de este proyecto.

A la Universidad Nacional Autónoma de México, y particularmente a la Facultad de Filosofía y Letras, con quienes estaré eternamente en deuda. Mi agradecimiento hacia Gloria Villegas, la directora de mi Facultad, y hacia mis maestros es gigante. A Leonor García Millé, cuyas sugerencias mejoraron sustancialmente este texto: gracias especiales.

Al Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México y a su director, Ariel Rodríguez Kuri, les estaré siempre agradecido. Sin las dos estancias de investigación allí realizadas este trabajo sería otro.

A la Universidad de California at Berkeley, quien me acogió, educó y becó. Gracias especiales a los profesores Kerwin L. Klein y a Richard Cándida Smith.

A Siglo XXI editores, y principalmente a don Jaime Labastida y a José María Castro Mussot, por el apoyo que me brindaron.

A los autores de *Historia, ¿para qué?*, por compartir conmigo su historia que no otra cosa que nuestra historia intelectual. A Héctor Aguilar Camín, a José Joaquín Blanco, a Arnaldo Córdova, a Enrique Florescano, a Adolfo Gilly y a Alejandra Moreno Toscano, gracias por darme lo más valioso: sus palabras y su tiempo.

A Johann Mergenthaler: mi amigo. Para él, no hay palabras: sólo la vida misma, la que soñamos (la de hoy y la que está por venir).

A Pelayo Gutierrez Nakatani, por las acaloradas discusiones y las palabras afectuosas que vienen después de éstas. Porque, al darme mostrarme a Proust, construimos un nuevo universo: el nuestro.

A Ainhoa Suárez, por compartirme durante los últimos años un trozo de su banca y por haber construido juntos nuestra *Alma máter*, espacio donde no sólo estudiamos sino también intercambiamos obsesiones.

A los Concheiro-Díaz (Álvaro, Charo y “los niños”), quien son mucho más que mi familia, por soportar mi vida monacal y por su cariño gallego que me exhorta a siempre mejorar y seguir adelante.

A los que además de familia, fueron (y son) cómplices de una forma u otra: a Elvira Bórquez, a Mariángeles Comesaña, a María Elvira Concheiro, a Mauricio Gómez Morín, a Juan Manuel Herrera, a Horacio San Vicente, a Juan Vadillo y muy especialmente a Victoria San Vicente, porque mis pesquisas de historiador son un homenaje a ella.

A don Ignacio Garza Medina, gracias a cuya generosidad las primeras páginas de este texto pudieron ver la luz en la costa de Careyes y se terminaron en las antiguas tierras del Marqués de Salamanca.

A Ilya Semo, quien al nacer ya lo había leído todo, por la amistad transgeneracional y las tempranas discusiones.

A José Herrera y Manuel Ramos, por compartir conmigo su sabiduría y el amor por los libros.

A todos ellos que no menciono por cuestiones prácticas, pero viven en mis palabras y por ende en mí.

Por último, que visto desde otra perspectiva es el principio, a mis padres. Sin ellos: la nada. Por ello, tanto el agradecimiento como el cariño son inconmensurables. En este caso, las palabras y la tinta son inútiles: no me ayudan a expresar todo aquello que quisiera. Sean el silencio y el blanco de la página los que hablen.

Ne pas trop réfléchir sur la valeur de l'Histoire. On court le risque de s'en dégouter.

JEAN PAUL SARTRE

CUBERTERÍA

Todo libro busca responder una pregunta. Más precisamente: la escritura de cualquier texto inicia por el ímpetu de querer resolver un problema. A través de la escritura buscamos acallar nuestras dudas, que terminan siendo también nuestras angustias más terribles. Estas páginas no son otra cosa que un intento por darle respuesta a una pregunta que me persigue desde que comencé a estudiar historia: ¿sirve de algo todo esto?, ¿para qué estudiar historia?, ¿tiene alguna utilidad? En concreto: historia, ¿para qué? Esta es una pregunta fundamental: cuestiona mediante una lógica utilitaria los principios en los cuales se cimenta la disciplina de la historia, y con ello exige que se justifiquen. Va a la raíz misma de este quehacer y, con voz altanera y provocadora, exclama: ¿podemos prescindir de ti?

Es una pregunta especialmente dolorosa y punzante porque aquellos que se sienten aludidos y con el deber de contestarla, los historiadores, viven de (y para) lo que tienen que defender: la historia. Se vuelve un cuestionamiento acerca de su propia existencia: ¿de qué sirve lo que haces cada uno de tus días? Todos los años de desvelos y estudio, ¿para qué?, ¿de qué sirven las horas vividas en un polvoso archivo? Y, aún más aterradora: ¿para qué todos esos artículos y libros escritos? No hay nada más espinoso que justificar nuestra propia existencia. Nada es más difícil que dar razones del por qué estamos aquí y debemos seguirlo estando: nada más doloroso que justificar por qué no debemos suicidarnos (por algo para Camus éste era el único problema filosófico realmente serio).²

² Albert Camus. *El mito de Sísifo*. Buenos Aires: Losada, 2010.

Creo que E.M. Cioran tenía razón al decir que “un libro tiene que hurgar en las heridas, incluso provocarlas. Un libro ha de ser un *peligro*”.³ Sólo las obras que causan molestia valen la pena, las demás tienden a repetir lo ya dicho. Lo que induce al conflicto y la tensión trae invariablemente aires de transformación. ¿Acaso no funciona como prueba estridente de su espíritu revolucionario el fastidio que causó *La consagración de la primavera* a los oídos de principios del siglo XX? ¿Y las sucesivas multas y juicios originados por la aparición de fragmentos del *Ulises*? Hay que centrarnos en las preguntas y temas intempestivos, los que estén fuera de lugar y tiempo, los que más irriten y disgusten: en ellos tenemos una fuente inagotable de creatividad y renovación. Además, al final encontramos que esa pregunta horrorosa que pocos se atrevían a hacer, todos ya se la habían hecho para sí de manera silenciosa y a veces sin darse cuenta. Ahí radica la riqueza de hablar sobre la utilidad de la historia: tema invariablemente incómodo que, al mismo tiempo, resuelve un problema que a todos concierne.

La necesidad de escribir una tesis para obtener el grado de licenciado en Historia me dio la oportunidad de regresar a esa duda que me fustigaba desde el inicio de mis estudios. Volviendo al problema del “para qué” de la historia busco cerrar (y reabrir) un ciclo, y darle sentido a lo que me estaba pareciendo un sinsentido: haber estudiado historia. Quería encontrarle una utilidad a eso que llevaba haciendo durante la última etapa de mi vida. Me parecía que así podía

³ E.M. Cioran. *Desgarradura*. Trad. de Amelia Gamoneda. Barcelona: Tusquets, 2004. 71. (Cursivas del autor).

justificarme y sanar las culpas por haber estado metido entre papeles y libros tanto tiempo. Si comenzaba a perder sentido incluso para mí, ¿cuál sería la utilidad y el sentido para el resto de las personas, para todos aquellos que no se dedican propiamente a la historia?

Para iniciar, regresé. Volví a la lectura con la cual yo y los estudiantes mexicanos de los últimos treinta años comenzamos a reflexionar acerca de la utilidad de la historia: el libro *Historia, ¿para qué?*, editado en 1980 por Alejandra Moreno Toscano y que se compone de ensayos escritos por Carlos Pereyra, Luis Villoro, Luis González y González, Adolfo Gilly, Enrique Florescano, Héctor Aguilar Camín, Carlos Monsiváis, José Joaquín Blanco, Arnaldo Córdova, y Guillermo Bonfil Batalla. Al volver a él después de un tiempo de lecturas y viajes, no encontré la apetecible lectura de la cual guardaba un grato recuerdo. Las respuestas dadas por estos diez intelectuales no sólo ya no me convencían sino que me desconcertaban. En vez de ayudarme a construir una respuesta, me enredaron y confundieron. Sentí que lo que querían decir no me funcionaba: llegaban sus letras pero no sus palabras. Entonces me pareció que entender la respuesta de mis maestros era mucho más urgente que construir mi propia respuesta. No podía comenzar sin comprender plenamente sus respuestas y el por qué de ellas (¿no toda *poïesis* es un acto de transformación, una con-versión?). Además, hasta donde mis pesquisas alcanzan, nadie se había tomado la molestia de estudiarlo y entenderlo a fondo. Libro muy leído, pero jamás estudiado. Éste es un intento de subsanar esa ausencia. Es, de esa forma, un homenaje.

Aquello que comenzaba como una tesis que buscaba dar una respuesta a la pregunta “historia, ¿para qué?” terminó siendo otra cosa radicalmente distinta. El tema no fue lo único que se cambió: en realidad no hubo elemento que quedara igual. La estructura arborescente planeada en un inicio, con un tema central que funcionaría como tronco y unidad principal del cual se desprenderían ramas o subtemas por medio de relaciones biunívocas engendradas de una lógica binaria y jerárquica, devino en un rizoma.⁴ Esto se debió a dos razones. El pretendido texto arborescente terminó siendo un tubérculo; en primer lugar porque el tema no podía ser trabajado con esa estructura: se resistía, la desbordaba. En segundo, porque en las condiciones actuales es inoperable: nuestra realidad fragmentada lo revela como un esquema pueril y *naïf* que ya no sirve para explicar (o encontrarle sentido) prácticamente nada. Hemos perdido la inocencia que nos permitía seguir usándolo y, como nos recuerdan Gilles Deleuze y Félix Guattari, “estamos cansados del árbol. Nos ha hecho sufrir demasiado.”⁵

En este texto las relaciones no son jerárquicas y verticales, sino horizontales y descentradas. No hay unidad: sólo líneas. Cual rizoma, tiene múltiples entradas y salidas. Como a la madriguera, se puede entrar a él en muchos lugares. Los distintos puntos no responden a un modelo establecido, cualquiera se conecta con otro. No hay un tema, sino innumerables. A su vez, cada tema desprende un sinfín de astillas que terminan formando nuevos temas.

⁴ De aquí en adelante sigo a Gilles Deleuze y Félix Guattari, véase: Gilles Deleuze y Félix Guattari. *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. 9 ed. Trad. de José Vázquez Pérez con la colaboración de Umbelina Larranceleta. Valencia: Pre-Textos, 2010. En específico: “Introducción: rizoma”.

⁵ Deleuze y Guattari. *Capitalismo y esquizofrenia*. 20.

No hay tesis o argumento central, hay muchos: es una red sin centro. Si este libro fuera una pieza musical sería un potpurri en el cual emergen y se responden varias preguntas: cuál es la historia del libro *Historia, ¿para qué?*, cómo se produjo, por qué esos autores, quiénes eran, por qué escribieron lo que escribieron, cuál era el contexto de la obra (México de finales de los setenta), y se reflexiona sobre una serie de temas teóricos: la utilidad de la disciplina de la historia, la relación entre autor-contexto-obra, y entre la teoría y la práctica. Es, simultáneamente, una historia intelectual, una historia del libro, una historia de la historia, una historia de lo intelectual, un análisis historiográfico, una historia cultural y una obra de teoría de la historia. Las fronteras entre cada uno de estos géneros están desdibujadas y es complicado establecer dónde empieza y termina cada uno. No se huye de la porosidad, se le fomenta y exalta: no sólo se busca saltar de un género a otro, sino encontrar los espacios entre ellos. Pesadilla para el bibliotecario: ¿qué clasificación darle? Todas y ninguna.

Sería impensable utilizar el rancio esquema de capítulos y conclusión porque implicaría que hay puntos culminantes y de terminación. Aquí sólo se encuentran partes aparentemente inconexas que terminan encontrándose de frente y, a veces, incluso colapsando entre ellas. Este texto se compone de mesetas. Éstas son “una región continua de intensidades, que vibra sobre sí misma, y que se desarrolla evitando cualquier orientación hacia un punto culminante o hacia un fin exterior”.⁶ Cada meseta es como un anillo abierto que se relaciona con otro por medio de conexiones subterráneas haciendo así un rizoma.

⁶ Deleuze y Guattari. *Op. Cit.* 26.

La lógica que rige esto es la de la Y, en donde no hay comienzo ni fin sino un interminable punto medio que no cesa de reproducirse (“y... y... y...”). En esto radica la imposibilidad de escribir una conclusión en donde se cierre lo dicho y llegue a un fin. Aquí no se concluye nada, todo está abierto y diseminado.

Hay un rasgo que recorre el conjunto de estas páginas, y tal vez sea aquello que permita hablar de ellas como unidad sin mutilar su multiplicidad: es un texto que se ríe de sí mismo y que con su ironía lucha contra los *agélastes*, aquellos seres odiados por Rabelais que no tienen humor y no ríen. Para Richard Rorty, todo humano tiene un léxico final, esto es, un grupo de palabras y conceptos que usa para justificar sus creencias, acciones y su vida misma.⁷ El irónico es aquel que duda de su léxico final porque sabe que existen otros muchos vocabularios igual de válidos y esto le afecta. No cree que su vocabulario sea más preciso o esté más cerca de la realidad que cualquier otro: es consciente de que es limitado, al igual que el resto. Esta obra intenta dar cuenta de sus presupuestos y cuestionarlos en la marcha. Además, irónica al fin, no puede terminar por tomarse a sí misma en serio porque sabe que su léxico final está sujeto al cambio y la contingencia, y en este sentido es frágil. Frente a ese panorama sólo le (me) queda soltar una carcajada jovial y carnavalesca.

⁷ Richard Rorty. *Contingency, irony, and solidarity*. Cambridge: Cambridge University Press, 1989. 73.

LA RESPUESTA

Espacios transpuestos

En 1977 el Archivo General de la Nación de México (AGN) estaba desmembrado y su situación era, en términos generales, caótica. Sus fondos estaban dispersos en tres lugares distintos: en los pisos bajos del Palacio Nacional; en la llamada *Casa Amarilla* en el antiguo Templo de Guadalupe, a un costado del Parque Lira; y en el segundo piso del Palacio de Comunicaciones. El Archivo no sólo estaba desmembrado, los lugares en donde se encontraban los documentos no estaban acondicionados para poder resguardarlos: estaban invadidos por la humedad y el espacio era limitado, lo que hacía su clasificación imposible.

Durante el sexenio del presidente Luis Echeverría (1970-1976) se crearon nuevas cárceles como parte de una reforma penal, procesal y penitenciaria. En la Ciudad de México se construyeron los reclusorios preventivos norte y oriente que permitieron resguardar a los procesados del Distrito Federal.⁸ La Penitenciaría de la ciudad de México, conocida como el “Palacio Negro de Lecumberri” o simplemente el “Palacio de Lecumberri”, perdió el sentido de su existencia.⁹ Estas nuevas cárceles seguían, según el informe que el presidente Echeverría presentó

⁸ Sergio García Ramírez. “El sistema penitenciario. Siglos XIX y XX.”, en *Boletín Mexicano de Derecho Comparado*. Número 95, Mayo-Agosto, Nueva Serie, XXXII (Mayo-agosto 1999): 387.

⁹ Debido a que el edificio ocupaba parte de los terrenos de la hacienda del señor Lecumberri, era llamado popularmente “Palacio de Lecumberri”. Se le agregaba el adjetivo peyorativo “negro” para hacer referencia a los sucesos que dentro de él sucedían y por el color negro que los muros habían absorbido del canal de desagüe que pasaba a un costado del edificio. William Brinkman-Clark, “El Archivo Negro. Operaciones penitenciarias y archivísticas en el Palacio de Lecumberri”, en *Historia y grafito*. Año 19, número 38, enero-junio 2012 (Deconstruyendo el archivo): 128.

en 1976 al Congreso de la Unión, una “filosofía de dignificación humana” que pretendía rehabilitar a los presos “a través de la educación y el trabajo.”¹⁰ Frente a los recién construidos reclusorios, el “Palacio de Lecumberri” no solamente se mostraba anticuado e “inhumano”, sino también peligroso puesto que, debido al crecimiento de la Ciudad, había quedado en medio de ésta y no a sus afueras como estaba en 1900, momento de su fundación.

En agosto de 1976 comenzó el desalojo de los presos, y ese mismo año el “Palacio de Lecumberri” cerró sus puertas como prisión. Se discutió mucho acerca de qué hacer con el edificio y los terrenos que ocupaba. Había cierta especulación sobre el terreno debido a que la zona estaba en crecimiento. Existía interés en destruirlo y construir edificios habitacionales, aunque también se había propuesto construir un jardín público.¹¹ Sin embargo, un grupo de personajes, entre los que destacan los reconocidos historiadores Eduardo Blanquel, Edmundo O’Gorman, Jorge Alberto Manrique –entonces director del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM–, Flavio Salamanca –en ese momento director de Arquitectura del Instituto Nacional de Bellas Artes, y Jorge L. Medellín Sánchez –entonces director del Consejo Nacional de Monumentos y Sitios de México (ICOMOS)– comenzaron una campaña para evitar la destrucción de lo que ellos consideraban un edificio histórico.¹² El presidente de la República, después de

¹⁰ Citado en Sergio García Ramírez. “El sistema penitenciario,” 387-388.

¹¹ Jorge L. Medellín Sánchez. “La transformación del Palacio de Lecumberri: de Penitenciaría en Archivo General de la Nación”, en *Lecumberri: un palacio lleno de historia*. (México: Secretaría de Gobernación-Archivo General de la Nación, 1994), 99.

¹² Sobre Eduardo Blanquel véase Andrés Lira. “Eduardo Blanquel, In memoriam”, en *Relaciones*. Número 31, vol. VIII (verano 1987): 167-169. Ricardo Pérez Montfort. “Eduardo Blanquel Franco o la historia como enseñanza personal”, en *Historiadores de México en el siglo XX*. Enrique Florescano y Ricardo Pérez

varias reuniones, en una de ellas declaró: “Detesto Lecumberri, pero, si ustedes que saben dicen que hay que conservarlo, conservémoslo.”¹³ La incomodidad que el régimen sentía frente a la antigua penitenciaría era justificado: representaba la represión de un sistema con rasgos autoritarios. Su destrucción hubiera agradado más al Presidente porque con ella se enterraba parte del pasado oscuro. Conservar el edificio significaba mantener un recordatorio sobre este pasado negro de represión.¹⁴

La batalla para que no se demoliera se había ganado, pero con ello surgió un nuevo problema: ¿qué hacer con el edificio? Jesús Reyes Heróles, Secretario de Gobernación durante el sexenio de López Portillo, había manifestado su deseo de que el AGN recibiera una nueva sede que permitiera albergar, con las condiciones necesarias, los documentos resguardados por esta institución. Durante los momentos de incertidumbre sobre el porvenir del edificio de la antigua

Montford. (compiladores). (México: Fondo de Cultura Económica-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes), 1995.

Sobre Edmundo O’Gorman véase Álvaro Matute. “Estudio introductorio a Edmundo O’Gorman”, en *Historiología, teoría y práctica*. Estudio introductorio y selección de Álvaro Matute. (México: Universidad Nacional Autónoma de México-Coordinación de Humanidades, 1999).

Jorge L. Medellín había diseñado, junto con su hermano Roberto E. Medellín, la Casa de México en París en la *Cité internationale universitaire de Paris* (CIUP). Había sido subsecretario de Bienes Inmuebles y de Urbanismo de la entonces Secretaría del Patrimonio Nacional. Como parte de los preparativos de las Olimpiadas de 1968 celebradas en la ciudad de México, junto con el arquitecto Luis Ortíz Macedo, estuvo encargado de recuperar y remodelar plazas cívicas de la capital. En el momento de la remodelación de Lecumberri era director del Consejo Nacional de Monumentos y sitios de México (ICOMOS).

Sobre la lucha emprendida en contra de la demolición de Lecumberri, véase: Jorge Alberto Manrique. “De prisión a institución cultural”, en *Lecumberri: un palacio lleno de historia*. (México: Secretaría de Gobernación-Archivo General de la Nación, 1994), 90-91. Jorge L. Medellín Sánchez. “La transformación del Palacio de Lecumberri: de Penitenciaría en Archivo General de la Nación”, en *Lecumberri: un palacio lleno de historia*. (México: Secretaría de Gobernación-Archivo General de la Nación, 1994), 97-118.

¹³ Jorge Alberto Manrique. “De prisión a institución cultural”, en *Lecumberri: un palacio lleno de historia*. (México: Secretaría de Gobernación-Archivo General de la Nación, 1994), 91.

¹⁴ Aquí propongo pensar la relación con el pasado no como lo hace la historia sino como lo plantea el psicoanálisis. Mientras que para la primera hay una brecha entre pasado y presente (pasado y presente son dos entidades diferenciadas), en el segundo el pasado habita en el presente y termina por retornar al ser rechazado. Michel De Certeau ha escrito al respecto, véase: Michel De Certeau. *Historia y psicoanálisis*. México: Universidad Iberoamericana-Departamento de Historia, 2003.

penitenciaria, el mismo Reyes Heróles sugirió que fuera el AGN la institución que ocupara el lugar.¹⁵ La decisión se ratificó por un decreto presidencial que apareció el 27 de mayo de 1977 en el Diario Oficial de la Nación.¹⁶ En éste se consideraba:

Que el Archivo General de la Nación ha venido funcionando en locales dispersos que resultan inadecuados, reductos e inseguros para las tareas de organización y clasificación del valioso acervo de documentos y material que ha acumulado en el curso del tiempo y los que en un futuro formen parte del mismo¹⁷

Además,

Que, por otra parte, existe la necesidad de disponer de los espacios suficientes para que el Archivo General de la Nación cumpla con las tareas de investigación histórica y divulgación documental y cuente con los elementos adecuados para poner a la disposición de las instituciones académicas y de los investigadores e historiadores todo el material recopilado, resulta conveniente hacer uso del ex Palacio de Lecumberri, para que, previas las obras de reconstrucción y adaptación, se ponga al servicio del Archivo General de la Nación¹⁸

Por lo cual, se decretaban dos artículos:

Se desincorpora del patrimonio del Departamento del Distrito Federal y se incorpora al dominio de la Federación el inmueble conocido como ex Palacio de Lecumberri, que se encuentra ubicado en la manzana que limitan las calles

¹⁵ Patricia Galeana. “Introducción”, en *Lecumberri: un palacio lleno de historia*. (México: Secretaría de Gobernación-Archivo General de la Nación, 1994), 9 y Louise Noelle Mereles. “El Archivo General de la Nación. Transformación de una Antigua Penitenciaría a un centro cultural”, en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*. Vol. XIV. Número 53, (1983): 140. Jorge L. Medellín dice “reconozco que es al entonces primer magistrado [José López Portillo] a quien se debe el haber instalado el nuevo Archivo General de la Nación en el Palacio de Lecumberri y al licenciado Reyes Heróles el haber sido su fundador. Jorge L. Medellín Sánchez. “La transformación del Palacio de Lecumberri: de Penitenciaría en Archivo General de la Nación”, en *Lecumberri: un palacio lleno de historia*. (México: Secretaría de Gobernación-Archivo General de la Nación, 1994), 99.

¹⁶ Secretaría de Gobernación de México. “Decreto por el que se desincorpora del patrimonio del Departamento del Distrito Federal y se incorpora al dominio de la Federación el inmueble conocido como ex Palacio de Lecumberri, para destinarlo al servicio del Archivo General de la Nación,” en *Diario Oficial de la Federación*. Tomo CCCXLII, núm. 19. Director: Mariano D. Urdanivia. Primera Sección. (viernes 27 mayo 1977): 2.

¹⁷ Secretaría de Gobernación de México. “Decreto por el que se desincorpora...”, 2.

¹⁸ *Ibidem*.

de Albañiles, Ánfora, Héroe de Nacozari y Avenida Eduardo Molina, de esta ciudad, con sus instalaciones anexas, para destinarlo al servicio del Archivo General de la Nación, dependiente de la Secretaría de Gobernación.¹⁹

Procédase a realizar las obras de reconstrucción y de adaptación necesarias para alojar los documentos y materiales que formen parte del Archivo y los que se agreguen al mismo con posterioridad y para que dicha institución cumpla con los fines de divulgación documental que le son inherentes.²⁰

Tal como evaluaba el decreto presidencial, el problema central del AGN estaba relacionado con el espacio. En primera instancia, sus fondos estaban dispersos en varios lugares. En segunda, los distintos espacios que el AGN ocupaba eran inapropiados para resguardar su acervo puesto que no estaban acondicionados para proteger documentos del clima, las plagas y los ladrones. Además, los espacios eran reducidos por lo que no se podían clasificar los documentos, ni mucho menos disponer espacios y facilidades necesarias para el funcionamiento de un archivo moderno: biblioteca, salas de conferencias, talleres de restauración, oficinas, salas de consulta, reprografía, entre otros.

El Palacio de Lecumberri era un lugar ideal para el AGN, y permitía solucionar los problemas que enfrentaba la institución. En primera instancia, tenía 26, 420 metros cuadrados de superficie disponible. Éste era espacio suficiente para almacenar los documentos de manera ordenada, y para acondicionar espacios en donde se pudieran instalar las facilidades que la institución requería.²¹

Además, cárcel y archivo comparten características que hacían idónea la trasposición de espacios. Por un lado, la cárcel, al igual que el archivo, funciona

¹⁹ *Ibidem.*

²⁰ *Ibidem.*

²¹ “El edificio destinado para alojar al Archivo General de la Nación”, en *Boletín del Archivo General de la Nación*. Tercera serie, tomo 1, núm. 1 (Abril-junio 1977): 7.

bajo un sistema clasificatorio.²² Los siete brazos y 887 celdas de la antigua prisión permitían tener una clasificación “topográfica” de los fondos siguiendo el principio de “procedencia”, y al mismo tiempo que cada unidad albergara varios “ramos” o secciones documentales.²³ Por otro lado, la penitenciaría de Lecumberri había sido construida bajo los principios del diseño panóptico creado por Jeremías Bentham.²⁴ El panóptico, del griego *-opticón* (observar) y *pan-* (todos), se basa en la existencia de un punto desde el cual un vigilante pueda observar todos los demás puntos mientras él no es observado. Esto permitía poder vigilar cada rincón de la cárcel-archivo desde un punto estratégico. Asimismo, el edificio tiene un único acceso que permite establecer control sobre lo que entra y sale.²⁵ Esto sirve para proteger la salida de reos pero también la de los valiosos documentos.²⁶ Como dice Héctor Aguilar Camín en una entrevista: “El principio de Bentham sirve igual para bibliotecas, escuelas, cárceles y hospitales. Permite vigilar desde el

²² Adolfo Gilly, uno de los autores del libro *Historia, ¿para qué?*, permaneció encarcelado seis años en Lecumberri. En una entrevista dice: “[...] hoy el edificio de la prisión alberga el Archivo Nacional, mientras que antes fui yo quien fui archivado...” Adolfo Gilly. “Entrevista. Lo que no existe no puede ser verdad”, en *New Left Review*. Número 64 (Septiembre-octubre 2010): 37.

²³ “El edificio destinado para alojar al Archivo General de la Nación”, en *Boletín del Archivo General de la Nación*. Tercera serie, tomo 1, núm. 1. (Abril-junio 1977): 9.

²⁴ En 1848 el arquitecto español Lorenzo de la Hidalga, quien se había educado en la Academia de San Fernando de Madrid, dio a conocer el proyecto inicial para la penitenciaría. En 1882 Antonio Torres retomó el proyecto de Lorenzo de la Hidalga y, bajo la dirección del ingeniero militar general Miguel Quintana, comenzó a construir el edificio en 1885. Doce años después, en 1897, bajo la dirección del ingeniero Antonio M. Anza, Lecumberri se concluyó. Su servicio comenzó en 1900.

Para una narración sobre la evolución del sistema penitenciario mexicano, véase: Miguel M. Macedo. “Los establecimientos penales”, en *México, su evolución social*. Justo Sierra (director literario), Santiago Ballezá (director artístico). México: J. Ballezá y Compañía sucesor editor, 1902, tomo I, volumen II. 702 ss.

Es imposible no mencionar el nombre de Michel Foucault cuando se habla del panóptico. Véase, especialmente: Michel Foucault. *Vigilar y castigar*. (Madrid: Siglo XXI Editores, 1986) Debido al tema de esta tesis, es interesante hacer hincapié en que el diseño panóptico fue creado por Jeremy Bentham que, a su vez, se le considera el “padre” del utilitarismo. Existe una recopilación de los escritos de Bentham sobre el panóptico: Jeremy Bentham. *The Panopticon writings*. 2 ed. Miran Božovič (introducción). Londres, Nueva York: Verso, 1995.

²⁵ Adolfo Gilly, conversación telefónica con el autor, Ciudad de México, 4 enero 2012.

²⁶ Alejandra Moreno Toscano. “Lecumberri: sede del Archivo General de la Nación”, en *Lecumberri: un palacio lleno de historia*. (México: Secretaría de Gobernación-Archivo General de la Nación, 1994), 133.

centro de un polígono todos los brazos del edificio.”²⁷ La estructura metálica de las paredes y techos permitían reducir las probabilidades de tener un incendio generalizado, y funcionaban como pequeñas “cajas fuertes”.²⁸

El discurso que justifica ambos espacios y las operaciones que se realizan en ellos también facilitó la transición. Como señala William Brinkman-Clark, penitenciaría y archivo encarnan una promesa redentora.²⁹ En ambos casos el discurso que los justifica tiene que ver con la idea de que habrá un mejor porvenir gracias a ellos. Para lograr esto, ambos espacios tienen que archivar a dos objetos distintos –pero objetos al fin– bajo “la promesa de que en el futuro verían la luz y serían prueba del progreso de una sociedad disciplinaria que los *borró* ayer para reescribirlos y recordarlos mañana.”³⁰ ¿Cómo? A través de operaciones claves: la clausura, el fichaje, la reclusión, la clasificación: la vigilancia.

El hecho de que el AGN ocupara un nuevo edificio y con ello solucionara los enormes problemas que sufría se debió en parte a un evento completamente externo a la institución y a la disciplina de la historia: la creación de nuevas cárceles, y en parte a la gestión e interés explícito del Secretario de Gobernación Jesús Reyes Heróles, no sólo político sino también historiador. Es gracias a esta combinación de “suerte” y voluntad que el AGN logró tener una nueva sede. José Joaquín Blanco realiza un recuento de los sucesos:

Hank González quería de plano demolerlo y hacer ahí un centro urbano con jardines y estadios, una cosa diferente. Y Reyes Heróles dijo que era parte de la historia de México y de una vez se aprovechó. Es decir, no

²⁷ Héctor Aguilar Camín, entrevista con el autor, Ciudad de México, 10-11 diciembre 2012. (Anexo 1.6)

²⁸ Alejandra Moreno Toscano. *Op. Cit.* 133.

²⁹ Brinkman-Clark, *Op. Cit.* 131 ss.

³⁰ *Ibidem.* 154.

hubo un para qué, fue una cosa casual. Y también se aprovechó que ya no querían el AGN estaba en unos salones ahí polvosos de lo que ahora es el Museo Nacional de Arte, que era el Palacio de Comunicaciones, pero ya no lo querían ahí porque estaban adecuando –que todavía no terminan de adecuar– el Palacio para Museo Nacional de Arte porque todavía no sacan telégrafos. Por un lado, querían sacar ese archivo que era de Gobernación por otro lado, qué hacer con Lecumberri.³¹

Quiero enfatizar la tensión entre contingencia, aquello que a veces llamamos suerte, y voluntad que existe detrás del cambio de sede del AGN. Woody Allen ha tratado extensamente este problema. Su película *Match Point* comienza planteando la siguiente idea:

[...] the man who said "I'd rather be lucky than good" saw deeply into life. People are afraid to face how great a part of life is dependent on luck. It's scary to think so much is out of one's control. There are moments in a match when the ball hits the top of the net, and for a split second, it can either go forward or fall back. With a little luck, it goes forward, and you win. Or maybe it doesn't, and you lose.³²

Otra película, *El Azar*, dirigida y escrita por el polaco Krzysztof Kieślowski, me sirve para ilustrar lo anterior.³³ La obra está dividida en cuatro partes. En la primera de ellas, que funciona a manera de preámbulo, se narra la historia de un joven polaco hasta el momento en que decide suspender sus estudios de medicina. Las otras tres partes son distintas posibilidades o variaciones de la vida de este joven. En la primera de ellas se vuelve un miembro activo del Partido Comunista; en la segunda, participa en grupos anticomunistas; en la tercera, continúa sus estudios y se convierte en médico. En sentido estricto, cada una de las variaciones es una vida radicalmente distinta. Sin embargo, lo más importante

³¹ José Joaquín Blanco, entrevista con el autor, Ciudad de México, 14 junio 2012. (Anexo 1.3)

³² Woody Allen (director). *Match Point*. Inglaterra-Luxemburgo, DreamWorks, 2006. 124 min.

³³ Krzysztof Kieślowski (director). *El Azar (Przypadek)*. Polonia, P.P. Film Polski, 1987. 114 min.

de la película de Kieślowski no es el mostrar que un individuo puede tener distintas vidas, sino que da cuenta del hecho de que puede ser un pequeño suceso azaroso e involuntario el que transforme –por siempre– nuestra vida. Las tres distintas vidas tienen su origen en los distintos desenlaces de un mismo hecho, que a simple vista podría parecer poco significativo: tomar o no un tren. El alcanzar el tren; el no alcanzarlo y golpear al policía que le impide lograrlo; o el no alcanzarlo pero no agredir al policía que lo detiene son tres eventos que marcan y delimitan su vida. Kieślowski muestra que muchas veces son coincidencias, acontecimientos producto de la suerte, los que marcan y dan rumbo a nuestras vidas (y a la historia).

Las labores de limpieza de Lecumberri comenzaron en junio de 1977, pocos meses después de que el presidio había cerrado sus puertas.³⁴ El arquitecto Jorge L. Medellín junto con Alejandra Moreno Toscano estuvieron a cargo de la remodelación.³⁵ La obra se concursó en octubre de 1978, y el 27 de agosto de

³⁴ Jorge L. Medellín Sánchez. *Op. Cit.* 115.

³⁵ La Redacción. “Del encierro al recuerdo: El Palacio Negro de Lecumberri”, *Mensual Humanidades y Ciencias Sociales*. Año 5, Número 37. (Diciembre 2008-enero 2009): 20. Sobre la remodelación véase: Louise Noelle Mereles. *Op. Cit.* 137-144. No solamente se llevó a cabo un trabajo de preservación del edificio, también se quisieron borrar las marcas siniestras que como cárcel mantenía Lecumberri. Entre las modificaciones más importantes estuvo la construcción de la cúpula que ahora cubre el espacio central. Jorge L. Medellín dice que su programa de acción era: “[...] que las líneas que íbamos a trazar cada uno de los que proyectaríamos –y que fuimos muchos– sustituyeran a las rayas que herían las paredes con crípticos calendarios que marcaban fechas de purgar sentencias en aquellas lúgubres y negras celdas, y que éstas se volvieran espacios luminosos llenos de luz vital y reconfortadora.” Más adelante, dice: “porque sí hubo un secreto: el secreto de la transformación: el cambiar el destino y la función del edificio; en vez de aprisionar hombres se guardarían y custodiarían documentos en los que están contenidas la historia y, por lo tanto, la memoria del país”. Afirma: “se removería todo lo que representara represión y castigo”. Medellín afirma: “[...] deseábamos expresar que, en lugar de la negrura y represión de la ex Penitenciaría, en el nuevo –viejo– Archivo en el futuro habría luz y libertad. ¡Libertad! Este sería el nuevo y prometedor signo el Archivo General de la Nación” Jorge L. Medellín Sánchez. *Op. Cit.* 117-118.

1982 reabrió el AGN en su nueva sede.³⁶ Con ello Lecumberri, mismo lugar, pasó de ser un espacio penitenciario a ser un espacio archivístico. La diferenciación que establece Michel De Certeau entre lugar y espacio aquí cobra pleno sentido. Mientras que un lugar es “el orden (cualquiera que sea) según el cual los elementos se distribuyen en relaciones de coexistencia [...] se excluye la posibilidad para que dos cosas se encuentren en el mismo sitio”.³⁷ Mientras que el espacio es un “lugar practicado”, es decir que “[...] hay *espacio* en cuanto que se toman en consideración los vectores de dirección, las cantidades de velocidad y las variables del tiempo. El espacio es un cruzamiento de movilidades”.³⁸ Al transformar las prácticas que se entrecruzan en Lecumberri, los espacios mutan. Pero más que un cambio, es una transposición en donde las prácticas de cada espacio se confunden y entremezclan. Ambos espacios recurren a una serie de medidas que buscan lo mismo: controlar la fuga y reformar (de-volverle su utilidad) al objeto enclaustrado.

³⁶ *Ibidem*. 115. “Quiénes somos. Historia del Archivo General de la Nación”, Página web oficial del Archivo General de la Nación (México). Disponible en: <http://www.agn.gob.mx/menuprincipal/quienesomos/hist.html>. Consultada: abril 2012.

³⁷ Michel De Certeau. *La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer*. 29 citado en Brinkman-Clark, “El Archivo Negro. Operaciones penitenciarias y archivísticas en el Palacio de Lecumberri”, n. 2, 129.

³⁸ *Ibidem*.

La cúspide de la profesionalización

La institución del Archivo es central para la disciplina de la historia en varios sentidos.³⁹ En primer lugar, es un espacio que marca la labor historiográfica. El archivo tiene que ser visto no sólo como un contenedor, sino como un “espacio significador” que orienta y delimita el quehacer del historiador.⁴⁰ Los principios y reglas conforme los documentos son archivados o desechados y la forma en que se clasifican, es decir, la lógica misma del archivo, marca la pauta no solamente sobre qué temas se escribe historia sino también sobre el cómo se escribe.⁴¹

No siempre es fácil ver la lógica detrás de los archivos puesto que ésta escapa a la sistematización y esquematización. El archivo es un espacio en donde

³⁹ Todo archivo tiene origen en una “pulsión de archivo”: “[...] pulsión de conservarlo todo, de registrar cada detalle, de no permitir que ningún testimonio, documento y monumento se pierdan; es una pasión social por guardar y preservar todo rastro, todo resto, toda huella, de evitar que el tiempo se extravíe” Ricardo Nava Murcia. “El mal de archivo en la escritura de la historia”, en *Historia y grafía*. Año 19, número 38, enero-junio 2012 (Deconstruyendo el archivo): 98. De manera paradójica, el archivo no puede existir sin la pulsión de muerte y olvido. Es decir, sin la existencia de la posibilidad de destrucción y olvido. Así, “el archivo sustrae el acontecimiento, borrándolo para preservarse como memoria, mas, de cierta manera, como una forma de olvido”. Ricardo Nava Murcia. “Preliminares”, en *Historia y grafía*. Año 19, número 38, enero-junio 2012 (Deconstruyendo el archivo): 12.

⁴⁰ Kathryn Burns argumenta que hay que estudiar no sólo a los documentos sino también el proceso mediante el cual éstos se crean y se ordenan. En sus palabras: “[...] we make our archives and sources part of our research, looking at them as well as through them.” Kathryn Burns. *Into the Archive. Writing and Power in Colonial Peru*. (Durham y Londres: Duke University Press, 2010), 125. Ann Laura Stoler ha propuesto realizar una “etnografía del archivo”. Ann Laura Stoler. *Along the Archival Grain: Epistemic Anxieties and Colonial Common Sense*. (Princeton: Princeton University Press, 2009). Ann Laura Stoler. “Colonial Archives and the Arts of Governance: On the Content in the Form”, en *Refiguring the Archive*. Carolyn Hamilton *et al.* (editores). (Dordrecht: Kluwer, 2002).

⁴¹ Como plantea Roger Chartier, toda “institución histórica” tiene “[...] efectos en la práctica de los historiadores del lugar social donde se ejerce su actividad” (29). Cada uno de los distintos lugares sociales (la ciudad, el monasterio, la corte, las redes eruditas y las universidades) “[...] impone a la historia no sólo objetos propios, sino también modalidades del trabajo intelectual, formas de escritura, técnicas de prueba y de persuasión” (29-30). Roger Chartier. *La historia o la lectura del tiempo*. Barcelona: Gedisa editorial, 2007.

la causalidad y el azar juegan un papel fundamental. ¿Por qué se quemó el legajo 22 y no el 67? ¿Por qué la polilla se comió la foja 8 y no la 2? ¿Qué llevó a que la humedad hiciera ilegible la parte derecha del documento pero no la izquierda? No hay respuestas para estas preguntas. El problema va más allá: ni siquiera hoy en día hay reglas claras sobre qué documentos gubernamentales deben o no llegar al archivo.⁴² Así, muchas veces los documentos que tenemos existen más por la casualidad que por decisiones racionales, es decir, a la combinación de circunstancias que no se pueden prever ni evitar. En este sentido, hay cierto elemento de ir(racionalidad) en la existencia de cada uno de los objetos dentro del archivo. Aún cuando su objetivo central sea el control, en este espacio rige lo casual y fortuito frente a lo planeado, lo irracional frente a lo racional. La lógica del archivo inserta un elemento de imprevisión y contingencia en el quehacer del historiador.

El archivo no sólo influye sobre la disciplina de la historia, es la condición misma de su existencia. Sin fuentes, simplemente no hay historia. Hay que recordar que uno de los fundamentos de la disciplina de la historia moderna es la crítica documental, esto es, la idea de que aquello que se argumenta puede ser verificado en una fuente confiable.⁴³ A su vez, las fuentes sólo pueden ser consultadas en tanto estén organizadas y disponibles, cuestión que sólo se logra

⁴² “The criteria which determine when and which official documents are lodged in accessible archives vary from country to country, institution to institution –and, to my knowledge, there is no comprehensive guide. Britain’s ‘Thirty Year Rule’ is unusually precise; in Latin America the rules vary, or are indeterminate. However, it usually takes at least a generation for documents to find their way to the archives and many –for reasons relation to security, inefficiency and lack of resources– never make it. At local and municipal level the attention rate is probably much greater.” Alan Knight. “Latin America”, en *Companion to Historiography*. Michael Bentley. (Londres, Nueva York: Routledge, 1997), n. 55 747.

⁴³ Enrique Moradiellos. *El oficio del historiador*. 6 ed. (Madrid: Siglo XXI editores España, 2008): 10

por medio del archivo moderno. Por ello, no puede haber disciplina profesional y moderna sin éste.

Siguiendo la argumentación anterior, el traslado del AGN a Lecumberri significó simbólicamente la cúspide de la profesionalización de la disciplina de la historia moderna en México, proceso que había comenzado en la primera mitad del siglo veinte.⁴⁴

Esta historia, la de la profesionalización de la disciplina de la historia, tiene su origen a finales de los años veintes del siglo pasado. A partir de ese momento, y hasta los cuarentas, se construyeron y afianzaron las bases materiales e intelectuales que posibilitaron la profesionalización de la historia en nuestro país.⁴⁵

La Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México

⁴⁴ Georg G. Iggers, Q. Edward Wang y Supriya Mukherjee dicen acerca del caso latinoamericano: “only in the course of the first half of the twentieth century, did professionalization set in”. Georg G. Iggers y Q. Edward Wang con contribuciones de Supriya Mukherjee. *A Global History of Modern Historiography*. (Harlow, Inglaterra; Nueva York, Pearson Longman, 2008): 292. Hay que señalar que no todo fue “profesionalización”, Álvaro Matute señala que “el siglo XX fue pródigo e imaginativo en sus búsquedas de lenguajes alternos para lograr la comunicación del saber histórico”. Álvaro Matute. “De los episodios nacionales a las telenovelas. Balance de la divulgación histórica”, en *Quehaceres de la Historia*. Manuel Ramos Medina (compilador). (México: Centro de Estudios de Historia de México Condumex, 2001), 293. Sobre la profesionalización de la disciplina de la historia en México, véase también: Álvaro Matute. “La profesionalización del trabajo histórico en el siglo XX”, en *México en el siglo XX*. Patricia Galeana (coordinadora). México: Archivo General de la Nación, 1999. 415-440.

⁴⁵ Evelia Trejo. “Historia Mexicana”, en *Léxico de la política*. Laura Baca Olamendi, Judit Bosker-Liwerant, Fernando Castañeda, Isidro H. Cisneros (compiladores). (México, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales-Fondo de Cultura Económica, 2000), 311. Luis González y González nombra a este periodo el de la “organización del trabajo histórico” y para él va de 1933 a 1957. Luis González y González. “75 años de investigación histórica en México”, en *México setenta y cinco años de Revolución*. t. IV. Educación, cultura y comunicación 2. (México: Fondo de Cultura Económica-Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1988), 673 ss.

El libro que tiene que ser consultado para obtener un noción del desarrollo de la historiografía en México durante el siglo XX es una antología preparada Evelia Trejo recientemente. Entre los textos incluidos están: “Notas sobre la producción histórica en México (1967)” de Enrique Florescano; “Tendencias en las investigaciones históricas de México (1978)” de Miguel León-Portilla; “La historiografía contemporánea (1979)” de Álvaro Matute; “Panorama actual de la historiografía mexicana (1983)” de Gloria Villegas; “Historia mexicana (2000)” de Evelia Trejo; entre otros. Evelia Trejo (introducción, selección y edición). *La historiografía del siglo XX en México. Recuentos, perspectivas teóricas y reflexiones*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2010.

comenzó a otorgar, a partir de 1928, a otorgar grados en historia.⁴⁶ En 1939 se fundó la "La Casa de España", que después se convertiría en El Colegio de México. Ese mismo año, abrió sus puertas el Instituto Nacional de Antropología e Historia, y en 1942 la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Se instauró en 1933 el Congreso Mexicano de Historia.⁴⁷ Asimismo, se crearon varios institutos de investigación de la UNAM: Históricas, Estéticas, Sociales, Antropológicas.

⁴⁶ Existen lagunas documentales que dificultan establecer de manera precisa tanto las fechas como el funcionamiento del otorgamiento de grados y títulos en historia. El 20 de enero de 1928 se aprobó en el Consejo Universitario un nuevo Plan de estudios en el cual se establecieron las secciones de Filosofía, Ciencia e Historia y se especificaba que se otorgarían grados de licenciado, maestro y doctor.

Gloria Villegas confirma esta información y cita el "Informe que rinde el Secretario General de la Universidad Nacional, sobre las labores desarrolladas en la misma, durante el mes de febrero de 1927" en el cual se dice que se estableció la organización para que los estudios "de las disciplinas filosóficas y científicas, históricas y literarias" quedaran "sistematizados [...] de manera que puedan otorgarse grados de licenciado, maestro y doctor en cada una de esas ramas del saber".

Tenemos conocimiento de que siguiendo este plan, el 19 de agosto de 1929 Rubén L. Escovar [*sic*] obtuvo la licenciatura en Historia. No sabemos cuál el título de su tesis, pero sabemos que fue aprobada con un jurado en el que estuvieron presentes Pedro C. Sánchez y José Luis Osorio Mondragón.

Sin embargo, a finales de ese mismo año, se aprobaron un par de documentos en el Consejo Universitario que invalidaron los grados de licenciatura otorgados por la Facultad de Filosofía y Letras. Por esas mismas disposiciones, aquellos que tenían un título de la licenciatura otorgado por la Facultad y cumplían ciertos requisitos podían seguir una serie de pasos y obtendrían el grado de maestro o doctor. Libertad Menéndez Menéndez señala fueron cerca de cincuenta personas que siguieron estas disposiciones.

La desaparición oficial del título de licenciado en historia se dio con la aprobación del nuevo plan de estudios en el Consejo Universitario el 10 de marzo de 1931, en el cual se establecieron los grados de maestro y doctor en Ciencias Históricas (Historia y Antropología). En 1939 se aprobaron unas *Disposiciones* en las cuales se modificó la existente sección de Ciencias Históricas para dar lugar a una nueva sección y se comenzó a otorgar grados de maestro y doctor en Historia Antigua y Medieval, en Historia Moderna y Contemporánea y en Historia de México. De 1943 a 1951 la Facultad funcionó realizando ligeros ajustes a lo aprobado en 1939.

La información se obtuvo íntegramente de: "Informe que rinde el Secretario General de la Universidad Nacional, sobre las labores desarrolladas en la misma, durante el mes de febrero de 1927", en *Boletín de la Universidad Nacional de México*. México, UNAM, números 2, 3 y 4, p. 19, marzo-abril 1927. Gloria Villegas Moreno. "Bajo el signo de Atenea", en *Setenta años de la Facultad de Filosofía y Letras*. Juliana González (presentación). México: Universidad Nacional Autónoma de México. 176, 183. Libertad Menéndez Menéndez. "La Facultad de Filosofía y Letras, breve síntesis de su trayectoria pedagógica", en *Setenta años de la Facultad de Filosofía y Letras*. Juliana González (presentación). México: Universidad Nacional Autónoma de México. 113 ss.

A partir de 1941, año en el cual aparece el primer número, la sección de "noticias" de *Filosofía y Letras*. *Revista de la Facultad de Filosofía y Letras* es una fuente de información vital sobre los graduados en la Facultad.

⁴⁷ Sobre estos cambios y construcción de instituciones véase Evelia Trejo. *Op. Cit.* Enrique Florescano. "Notas sobre la producción historiográfica en México", en *La Palabra y el Hombre*. Segunda época, número 43, (Julio-septiembre 1967), 311. Miguel León Portilla. "Tendencias en las investigaciones históricas de México", en *Las humanidades en México 1950-1975*. (México: Universidad Nacional Autónoma de México-Consejo Técnico de Humanidades, 1978), 56 ss. Álvaro Matute. "Introducción", en *La teoría de la historia en México*. Álvaro Matute (compilador). (México: Secretaría de Educación Pública, 1974), 15 ss.

Además, se fundó la editorial Fondo de Cultura Económica. Bajo su sello, Wenceslao Roces tradujo varias obras de Karl Marx y Friedrich Engels, entre las que destacan *El Capital*. José Gaos tradujo *Ser y tiempo* de Martin Heidegger, y Eugenio Ímaz obras de Wilhelm Dilthey.⁴⁸ También se publicó a Robin George Collingwood, Max Weber, Benedetto Croce, Leopold Ranke, Friedrich Meinecke, Fernand Braudel, Jacob Burckhardt, Theodor Mommsen, Marc Bloch, Johan Huizinga, por sólo dar algunos de los nombres más significativos para la disciplina de la historia.⁴⁹

Un factor fundamental para la profesionalización y desarrollo de la historia en México fue la llegada de los transterrados españoles: José Gaos, Eduardo Nicol, Joaquín Xirau, Juan David García Bacca, Eugenio Ímaz, Ramón Iglesia, José Miranda, Wenceslao Roces, Rafael Altamira y Crevea, Juan Comas, Pedro Bosch, Niceto Alcalá-Zamora, Manuel Pedroso, José Medina Echavarría, Agustín Millares Carlo, José Moreno Villa, Enrique Díez-Canedo, Luis Cernuda, León Felipe, José Bergamín, Emilio Prados, y muchos hombres más se incorporaron al panorama intelectual del país.⁵⁰ Si bien muchos de estos nombres no tuvieron que ver directamente con la historia, en su conjunto trajeron novedosas propuestas y aires de renovación, que permitieron reorganizar y replantear lo que aquí se trabajaba. Este grupo de españoles no llegaron a una tierra baldía o un páramo, convergieron con procesos locales que estaban gestándose y funcionaron como un catalizador de éstos.

⁴⁸ Álvaro Matute. *Op. Cit.* 17.

⁴⁹ Luis González y González. *Op. Cit.* 674.

⁵⁰ Álvaro Matute. *Op. Cit.* 16-17.

Asimismo, en México fue a partir de los cuarentas, casi en paralelo con la “institucionalización” de la Revolución mexicana, que la escritura de la historia se institucionalizó.⁵¹ Es decir, la investigación y producción historiográfica se comenzó a realizar bajo el cobijo de instituciones y respetando los marcos que estas proveían. Enrique Florescano plantea que es durante esos años que la mayor parte de los historiadores comienzan a obtener de las instituciones lo que necesitan: “pan y tiempo.”⁵² Con esto se terminaba el problema de todos aquellos que se podían quejar de que, como Orozco y Berra, “cuando tenía tiempo no tenía pan y cuando tenía pan no tenía tiempo.”⁵³ Es así que, como plantea Jorge Alberto Manrique, “[...] la producción historiográfica antes y después de una fecha alrededor de 1940 marca el cambio entre el estudioso aislado y el investigador que trabaja dentro de un marco de instituciones propicias.”⁵⁴ Es también alrededor de estos años cuando, según David A. Brading, la disciplina histórica en México comenzó a ser de interés para el resto del mundo.⁵⁵ Además, se crearon revistas especializadas, entre las que destacan *Historia Mexicana* publicada trimestralmente por El Colegio de México desde 1951.⁵⁶ En suma, de 1940 a la década de los sesenta se dio un incremento gigantesco en la producción

⁵¹ Enrique Florescano. *Op. Cit.* 532.

⁵² *Ibidem.*

⁵³ Citado en Álvaro Matute. *Op. Cit.* 14.

⁵⁴ J.A.M. (Jorge Alberto Manrique). “Presentación”, en *Historia Mexicana*. Número 2/3, Veinticinco años de investigación histórica en México I. (Octubre 1965-marzo 1966), 156-157.

⁵⁵ D.A. Brading. “Mexican Historiography”, en *A global encyclopedia of historical writing*. D.R. Woolf (editor). Vol. 2. (Nueva York, Londres: Garland Publishing, Inc., 1998), 613.

⁵⁶ Cuando la profesionalización de la disciplina comenzó, casi no existían revistas especializadas. Álvaro Matute señala que “en los inicios de la profesionalización de la actividad historiográfica en México, alrededor de 1940, prácticamente no existían revistas especializadas en la materia”. Álvaro Matute. “Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México”, en *Historia Mexicana*. vol. 50, núm. 4 (Abril-junio 2001), 779.

historiográfica en México, y los temas de ésta tuvieron una diversificación notable.⁵⁷

A partir de la década de los setenta, estas transformaciones se vieron afianzadas por el inicio de una política gubernamental de impulso y fomento a la educación superior. Por un lado, se incrementó significativamente el gasto en educación, lo que hizo que se diera un aumento y crecimiento de las instituciones de enseñanza superior.⁵⁸ Por otro, se crearon nuevas universidades: la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM) en 1974, la Universidad Autónoma de Aguascalientes, entre otras. Al mismo tiempo, se incrementó el presupuesto de las que ya existían. El caso más evidente es el de la UNAM. Gabriel Zaid calculó que el presupuesto de la UNAM creció 1 688 % de 1968 a 1978.⁵⁹ Como parte fundamental del proceso de expansión y crecimiento de la UNAM, es importante señalar la creación en 1971 del Colegio de Ciencias y Humanidades (CCH). También fue central, la creación del Consejo Nacional para la Ciencia y la

⁵⁷ Véanse los números especiales de *Historia Mexicana. Historia Mexicana*. Número 2/3, Veinticinco años de investigación histórica en México I (Octubre 1965-marzo 1966), 155-446. *Historia Mexicana*. Número 4, Veinticinco años de investigación histórica en México II (Abril-junio 1966), 447-782. Sobre estos cambios, Enrique Florescano escribió en 1967: “no obstante, si en los últimos 25 años la producción histórica mexicana se distinguió por un gran incremento cuantitativo y por la diversificación de los temas de estudio, circunstancias internas y externas permiten pensar que en los próximos años los cambios más importantes serán de orden cualitativo”. Enrique Florescano. *Op. Cit.* 547.

⁵⁸ Para un panorama general del desarrollo del sistema educativo mexicano véase: Juan Prawda. “Desarrollo del sistema educativo mexicano, pasado, presente, futuro”, en *México setenta y cinco años de Revolución*. t. IV. Educación, cultura y comunicación 1. Miguel de la Madrid Hurtado (presentación). Martha Eugenia Curiel *et al.* (México: Fondo de Cultura Económica-Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1988), 57-123.

⁵⁹ Citado en Enrique Krauze. *La presidencia imperial. Ascenso y caída del sistema político mexicano (1940-1996)*. (México, Tusquets editores, 1997), 405.

Tecnología (Conacyt), organismo fundado con la idea de impulsar el desarrollo tecnológico y científico del país de manera organizada e institucionalizada.⁶⁰

¿Por qué el gobierno emprendió esta serie de acciones? Carlos Monsiváis argumenta que esta política de fomento a la educación superior se debe, en buena medida, a la necesidad del gobierno de “complacer a las clases medias y de la creencia muy extendida en el título universitario como clave infalible de prosperidad.”⁶¹ Josefina Zoraida Vázquez plantea algo similar: que la serie de programas educativos que propició Luis Echeverría se deben a la retórica izquierdista (del *tercermundismo*) que adoptó para tranquilizar el descontento.⁶² Luis Aboites apoya esta postura: para él, fue un intento por atraer a los inconformes.⁶³

El hecho es que en esos años “[...] crece la industria académica, con sus ventajas (la expansión del conocimiento) y sus desventajas, como el apearse a las estrategias de las universidades norteamericanas con su *publish or perish* y su fe en los temas que son “propiedad exclusiva” (el seguro de vida curricular) de cada académico.”⁶⁴ Hablando del caso de la producción historiográfica, los setenta fueron especialmente “productivos” en el sentido de que ésta se intensificó. Como señala Evelia Trejo, fue en estos años que el proceso de especialización se

⁶⁰ Véase “Breve historia del Conacyt”, en sitio web oficial del Consejo Nacional para la ciencia y la tecnología (Conacyt). <http://www.conacyt.mx/acerca/Paginas/default.aspx>. Consultada: abril 2012.

⁶¹ Para Carlos Monsiváis esto es una resonancia de los sucesos de 1968. Véase Carlos Monsiváis. *Historia mínima de la cultura mexicana en el siglo XX*. Edición preparada por Eugenia Huerta. (México: El Colegio de México, 2010), 389.

⁶² Josefina Zoraida Vázquez. “Renovación y crisis”, en *Historia mínima de la educación en México*. Dorothy Tank de Estrada (coordinadora). (México: El Colegio de México/Seminario de la Educación en México, 2010), 220.

⁶³ Luis Aboites Aguilar. “El último tramo, 1929-2000”. Nueva historia mínima de México. (México: El Colegio de México-Centro de Estudios Históricos, 2004), 286.

⁶⁴ Carlos Monsiváis. *Op. Cit.* 389.

mostró en su apogeo.⁶⁵ A partir de aquel momento, en palabras de Álvaro Matute, había “especialistas dentro de la especialidad social que es ser historiador.”⁶⁶

Krauze describe estas transformaciones:

Al morir Cosío Villegas en 1976, simbólicamente, todo empezó a cambiar, no sólo en el Colegio [de México] sino en las universidades; el paradigma universitario, que tan bien ha estudiado Gabriel Zaid, sufrió una transformación profunda. La vocación del historiador dejó de ser, humildemente, la de un *llamado* que hay que atender a como dé lugar, al margen de cómo te ganas la vida, y se volvió una chamba; algunos dirán “una profesión”, de acuerdo, y muy digna, pero también una chamba, como si la formación de historiadores fuese equiparable a una fábrica que saca quinientos o mil historiadores al año como si fueran técnicos automotrices. Y entonces se dio un fenómeno que persiste en las universidades: burocratización, especialización excesiva y endogamia, todo basado en la pretensión de que “están haciendo ciencia.”⁶⁷

Aquí es importante abrir un paréntesis. Las transformaciones de índole intelectual que han sido comentadas pudieron desarrollarse cabalmente gracias al crecimiento económico y estabilidad política que México gozó durante aquella época, elementos de los cuales se hablará más adelante. Éste crecimiento y estabilidad permitió al gobierno destinar recursos financieros para la creación de las instituciones que permitieron el desarrollo de estos procesos. No hay que caer en la trampa de pensar la historia intelectual, y de lo intelectual, como algo aislado.

Retomando la idea anterior, si bien se habían logrado muchas cosas y la disciplina de la historia había tenido un desarrollo considerable a lo largo de finales de los veinte en adelante, aún existían problemas profundos. Uno de los principales problemas era la organización de la materia prima del historiador: las

⁶⁵ Evelia Trejo. *Op. Cit.* 314.

⁶⁶ Álvaro Matute. *La teoría...* p. 25.

⁶⁷ Entrevista a Enrique Krauze. “Voces de la historiografía mexicana. Conversaciones con Christopher Domínguez Michael. XIII y última. Enrique Krauze: la conciencia liberal”, en *Letras Libres*. Año X, número 113 (Febrero 2011), 63.

fuentes documentales. Miguel León Portilla decía: “[...] lo que se ha llevado a cabo no guarda proporción con el caudal de materiales aún sin clasificación ni índices de especie alguna, incluyendo buena parte de lo que se guarda en el Archivo General de la Nación.”⁶⁸

Antes de su traslado a Lecumberri, el AGN era un caos. Alan Knight cuenta una anécdota que escuchó de Barry Carr que da cuenta de cómo es que funcionaba la institución: los archivistas de la Casa Amarilla, una de las sedes antiguas del AGN, disparaban a las palomas que vivían en el tejado de la antigua iglesia y luego vendían tacos de paloma a los hambrientos investigadores.⁶⁹ Había caos, y los documentos no estaban clasificados: del total dos terceras partes estaban sin ordenar.⁷⁰ Las reglas emanaban del archivista en turno. Los espacios tenían humedades, las ventanas estaban rotas y permitían que las palomas entraran, los libreros eran improvisados, y los documentos se amontonaban y apilaban.⁷¹

Con la mudanza a Lecumberri el AGN tenía, por vez primera, un edificio propio. Además, por fin los documentos estaban siendo clasificados y ordenados. La idea del archivo moderno es que sea un servicio público, y como tal pueda ser utilizado. Para ello, los documentos tienen que poder ser consultados fácilmente. Sin un orden y una clasificación adecuada de los acervos, realizar consultas de

⁶⁸ Miguel León Portilla. *Op. Cit.* 88.

⁶⁹ Alan Knight. “Latin America”, en *Companion to historiography*. Michael Bentley. (Londres, Nueva York: Routledge, 1997), 731. Cuenta también esta anécdota en Alan Knight. “El cambio mexicano en el siglo XX: la dialéctica entre desarrollo y debate”, en *Las disputas por el México rural*. Sergio Zendejas y Pieter de Vries (editores). Volumen II. Historias y narrativas. (Michoacán: El Colegio de Michoacán, 1998), 20.

⁷⁰ Alejandra Moreno Toscano. *Op. Cit.* 123.

⁷¹ *Ibidem*.

éstos es imposible. Asimismo, se tiene que prestar el resto de servicios que el usuario necesita, por ejemplo los de reprografía. Sólo a partir del cambio de sede esto se logró en México.⁷² Ernesto de la Torre Villar señala respecto a la gestión de Alejandra Moreno Toscano, bajo la cual se realizaron estas transformaciones:

La gestión de Alejandra Moreno Toscano significó un cambio de 180° en la vida del Archivo. Adaptó el enorme edificio de Lecumberri, convirtiéndolo en magnífico receptáculo para la inmensa documentación que guardaba, reorganizó y modernizó la administración, apresuró la labor de catalogación de todos los ramos, publicó en atractivos y útiles fascículos los catálogos sumarios de cada uno de los ramos. También se publicaron otros que encierran material existente como mapas, sellos y grabados, contribuyó a proporcionar una información más de sus fondos.⁷³

Lo que aquí no alcanzó a entrever Ernesto de la Torre Villar es que la mudanza a Lecumberri no significaba solamente un cambio de 180° para el AGN, sino para el conjunto de la disciplina de la historia. Primero se habían establecido las bases materiales e intelectuales necesarias para la profesionalización de la historia: instituciones académicas, editoriales, traducciones, revistas. Eso permitió la institucionalización de la producción historiográfica. Posteriormente, en la década de los setenta, con el crecimiento y aumento de las instituciones de educación superior, surgió un nuevo proceso: el de la especialización. Sorprendentemente todo esto se había logrado sin haber alcanzado una de las condiciones de posibilidad de la profesionalización de la historia: la existencia de un archivo moderno. En

⁷² Alan Knight escribió en 1997: "In Mexico, as elsewhere in Latin America, archives have grown and improved. In Mexico City the old Lecumberri prison –a Benthamite panopticon– has been turned into an outstanding national archive, where, no doubt, scholars of the fashionable Foucaultian persuasion feel particularly at home." Alan Knight. *Op. Cit.* 731.

⁷³ Ernesto de la Torre Villar. "El "Boletín del Archivo General de la Nación," pulso de la historia mexicana", en *Historia Mexicana*, Vol. 50, No. 4 (Abril-Junio 2001): 688-689.

este sentido, la profesionalización de la disciplina antes de la mudanza del AGN a su nueva sede había sido un proceso trunco que sólo pudo ser consumado en el momento en que se satisficieron, en mayor o menos medida, sus condiciones de posibilidad. Esto solamente se logró al reestructurar y refundar el AGN.

El cuestionamiento

El trasladar los fondos del AGN a su nueva sede fue una labor titánica en la cual participaron los empleados del Archivo y cientos de jóvenes que realizaban su servicio social. Se tuvo que organizar el acervo, “que incluía cerca de 940 metros cúbicos de documentos sin ordenar”; clasificar y limpiar –literalmente– miles de legajos; preparar los documentos para cambiarlos de sede y luego, en el traslado propiamente, cargar centenares de cajas.⁷⁴ La labor para acondicionar el nuevo espacio también fue considerable: se levantaron muros, se repararon humedades y fugas de agua, se arreglaron pisos, cambiaron ventanas, se implementó la iluminación y ventilación, se impermeabilizó, se plantaron árboles, se quitaron las antiguas rejas y barrotes.

El realizar estas arduas tareas hizo que aquellos que participaban en ellas se preguntaran: ¿para qué hacemos todo esto?, ¿tiene alguna utilidad?⁷⁵ Todo este gasto de tiempo, energía y dinero, ¿para qué? ¿Qué sentido tiene guardar miles de papeles viejos y polvosos?⁷⁶ ¿Con qué fin destinar tan grandes esfuerzos en mantener costosos archivos? Una duda lleva a la otra, y el cuestionamiento

⁷⁴ Juan Manuel Herrera Huerta y Victoria San Vicente (Coordinación General). *Archivo General de la Nación, México: Guía General*. (México: Archivo General de la Nación, 1990), 35.

⁷⁵ Jorge L. Medellín Sánchez. *Op. Cit.* 116.

⁷⁶ Como bien indica Jorge L. Medellín, el arquitecto encargado de la remodelación del Palacio de Lecumberri, “[...] de vital importancia resultó contar con los recursos económicos iniciales para la construcción, adecuación y equipamiento del Archivo General de la Nación”. Se estima la cantidad en 270 millones de pesos. Jorge L. Medellín Sánchez. *Op. Cit.* 115.

acerca de la necesidad y utilidad de conservar los vestigios del pasado eventualmente llevaron al grupo que participaba en las labores a preguntarse, ¿tiene alguna utilidad la disciplina histórica? En pocas palabras: historia, ¿para qué?

Para los niños normalmente la utilidad de una acción, objeto o discurso es obvia. Simplemente hay que escucharlos para entender esto: en la mayor parte de los casos no preguntan “¿para qué?” sino “¿por qué?”.⁷⁷ El resto de los seres humanos funcionamos casi siempre de la misma manera: sin preguntarnos a cada segundo acerca de la utilidad de todo lo que hacemos. En la vida diaria la utilidad de un objeto o discurso generalmente se presupone.

Si una acción u objeto funciona en la vida diaria, en la vida práctica, uno no tiene por qué preguntarse acerca de su uso. Si un grueso y pesado abrigo de mink funciona en mi vida diaria, es decir, sirve para lograr un fin determinado, no me pregunto acerca de su uso. Sirve como una herramienta o medio para lograr los propósitos A, B y C. Pero, ¿qué sucede si, aunque sea por un segundo, me parece demasiado voluminoso, costoso o caluroso?

Si esto sucede, aunque sea por un instante, un momento de duda, mezclado con insatisfacción, surge. En este punto, el objeto, acción o discurso se muestra como inútil o con un uso no apropiado. La utilidad, que hasta ese momento se había presupuesto, tiene que ser explicitada. Se busca qué mostrar, hacer evidente, la(s) utilidad(es) que el objeto tiene o puede tener. La pregunta

⁷⁷ Adolfo Gilly. “La historia como crítica o como discurso del poder”, en *Historia, ¿para qué?* Carlos Pereyra et al. (México: Siglo veintiuno editores, 1980), 197.

acerca de la utilidad de algo es sintomático, si bien no necesariamente de una crisis, sí de “momentos de duda”.

Lo anterior puede suceder tanto con cualquier objeto como con la disciplina de la historia. Aquellos que investigan y escriben historia generalmente lo hacen sin cuestionarse a cada paso si lo que hacen es útil o no.⁷⁸ En su típico estilo, Luis González escribió al respecto: “[...] el poseedor de la chifladura de la investigación histórica no siempre indaga por el para qué de su chifladura.”⁷⁹ Sin embargo, hay momentos en los cuales este quehacer es cuestionado, ya sea por factores internos o externos, y su utilidad es puesta en duda.⁸⁰

En el caso aquí analizado, la pregunta acerca de la utilidad de la historia surgió en un momento de duda. Singularmente, dicho momento se dio cuando la profesionalización de la disciplina de la Historia llegaba a su punto más alto en México. Así como las revoluciones no suceden en los momentos de crisis sino en los de bonanza y progreso, en esta ocasión la utilidad de la disciplina de la historia fue cuestionada en un momento en el cual su desarrollo se hallaba en apogeo.⁸¹

⁷⁸ Es importante decir que en esta investigación lo que se ha venido analizando son los usos sociales o públicos de la historia. Sin duda alguna, la historia puede ser para ciertas personas el compromiso incondicional que le da significado a sus vidas. Sin embargo, en este caso me limito a analizar el problema de los usos sociales.

Søren Kierkegaard define el “compromiso incondicional” como el “interest whatever in which an individual concentrates the whole of life’s reality”. O como el deseo que “concentrate the whole of his life’s content and the meaning of reality.” Søren Kierkegaard. y Alastair Hannay (traducción e introducción). *Fear and Trembling*. Harmondsworth, Middlesex, Inglaterra; Nueva York: Penguin Books; Viking Penguin, 1985. p. 71-72.

⁷⁹ Luis González y González. “De la múltiple utilización de la historia,” en *Historia, ¿para qué?* Carlos Pereyra et al. (México: Siglo veintiuno editores, 1980), 73.

⁸⁰ La pregunta acerca de la utilidad de la historia es un cuestionamiento específico, aunque es cierto que se entrecruza con otros. No significa necesariamente, por ejemplo, un cuestionamiento epistemológico.

⁸¹ Karl Marx señaló esto en varios lugares. Véase, como ejemplo: Karl Marx. “El 18 Brumario de Luis Bonaparte”, en *Napoleón el Pequeño-El 18 Brumario*. Víctor Hugo y Karl Marx. (Madrid: Ediciones Felmar, 1978). Octavio Paz escribe: “[...] las revoluciones son consecuencia del desarrollo, como no se cansaron de decirlo Marx y Engels”. Octavio Paz. “Vuelta a *El laberinto de la soledad*”, en Octavio Paz. *Obras*

Alejandra Moreno Toscano, la entonces directora del AGN, decidió entonces convocar a un grupo de distinguidos pensadores provenientes de diversos orígenes disciplinares para intentar resolver los cuestionamientos que habían surgido. Se buscaba discutir sobre los objetivos, usos y sentido de la Historia. Según el proyecto inicial, se tenían dos metas: “1. Preparación de un libro que discuta uno de los principales problemas teóricos de la historiografía sobre la finalidad y utilidad de la Historia. 2. Discutir las bases teóricas de la tarea de rescatar y conservar los documentos que permiten la construcción de la Historia.”⁸²

completas. Edición del autor. v. 8. El peregrino en su patria: historia y política de México. (México: Fondo de Cultura Económica-Círculo de Lectores, 1994), 249.

⁸² “Seminario Historia, ¿para qué?”. Archivo del Archivo General de la Nación, sección Dirección General, Serie Reuniones, conferencias nacionales e internacionales, caja 23, expediente 2.

Los autores

Fueron diez autores los convocados por Alejandra Moreno Toscano para resolver el cuestionamiento que había surgido a raíz del cambio de sede del AGN. Historiadores: Luis González y González (1925-2003), Adolfo Gilly (1928-), Enrique Florescano (1937-), y Héctor Aguilar Camín (1946-). Filósofos: Luis Villoro (1922-) y Carlos Pereyra (1940-1988). Literatos: Carlos Monsiváis (1938-2010) y José Joaquín Blanco (1951-). Un politólogo: Arnaldo Córdova (1937-). Y un antropólogo: Guillermo Bonfil Batalla (1935-1991). ¿Por qué esos diez autores?⁸³ Como dice la misma Alejandra Moreno Toscano, “esa sí ya fue mi selección. Desde mi punto de vista, eran de los muchachos más inteligentes que había en el mundo de la cultura de esos años”.⁸⁴

Estos personajes eran intelectuales, y en ese sentido tenían autoridad para responder la pregunta “historia, ¿para qué?”.⁸⁵ Además de ser reconocidos como

⁸³ La lista de invitados inicial era ligeramente distinta. Pablo González Casanova de la UNAM, Luis González del Colegio de Michoacán, Luis Villoro de la UAM Iztapalapa, Guillermo Bonfil del CISINAH, Enrique Florescano del DIH-INAH, Arnaldo Córdova de la UNAM, Carlos Monsiváis del DIH INAH, Héctor Aguilar de la revista *nexos*, Carlos Pereyra de la UNAM, José Joaquín Blanco del DIH INAH, y Alejandra Moreno Toscano y Jorge Ceballos por parte el AGN. “Seminario Historia, ¿para qué?”. Archivo del Archivo General de la Nación, sección Dirección General, Serie Reuniones, conferencias nacionales e internacionales, caja 23, expediente 2.

⁸⁴ Alejandra Moreno Toscano, entrevista con el autor, Ciudad de México, 18 mayo 2012. (Anexo 1.2)

⁸⁵ En palabras de Gabriel Zaid: “intelectual es el escritor, artista que opina cosas de interés público con autoridad moral entre las élites”. Gabriel Zaid. “Intelectuales” en *Vuelta*. México, año XIV, núm. 168, noviembre 1990. 21.

académicos su influencia rebasaba los lindes de la Academia.⁸⁶ Aunque no todos eran historiadores de profesión, su trabajo estaba profundamente relacionado con temas o formas de análisis de corte histórico. Pereyra había teorizado sobre la historia, Villoro había escrito una historia de la ideología de la Revolución de Independencia, los literatos Monsiváis y Blanco habían escrito sendos ensayos de historia literaria, Córdova había escrito una historia política de la Revolución, y la obra antropológica de Bonfil Batalla había colindado con la disciplina de la historia y con problemas históricos. El resto de los autores –González y González, Gilly, Florescano y Aguilar Camín– eran propiamente historiadores. Lo que quiero enfatizar aquí es que de una cierta manera todos tenían que decir algo sobre la disciplina, aunque formalmente no formaran parte de las filas de los historiadores, en términos de su formación.⁸⁷

El mayor de los autores era Luis Villoro Toranzo. Los padres de éste eran mexicanos, pero él nació en Barcelona, España, el 3 de noviembre de 1922. De

⁸⁶ A través de el método reputacional, Roderic Ai Camp formó una lista de los intelectuales más sobresalientes de México de 1920 a 1980 con base en las opiniones de intelectuales mexicanos, políticos y académicos norteamericanos mexicanistas. En esta lista, aparecen cuatro de los autores del libro *Historia, ¿para qué?*: Carlos Monsiváis, Luis Villoro, Héctor Aguilar Camín, Luis González y González. Si se analiza solamente la lista elaborada a partir de la opinión de los intelectuales mexicanos, aparece también Carlos Pereyra. Esto da cuenta de que los autores del libro eran reconocidos. Roderic Ai Camp. "An Image of Mexican Intellectuals, Some Preliminary Observations", en *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, Vol. 1, No. 1 (Invierno 1985): 61-82. Desde un inicio la intención fue esa, es decir, que fueran pensadores *destacados*, los que resolvieran las preguntas. Véase "Seminario Historia, ¿para qué?". Archivo del Archivo General de la Nación, sección Dirección General, Serie Reuniones, conferencias nacionales e internacionales, caja 23, expediente 2. Miguel León Portilla señala como miembros sobresalientes de las "generaciones más recientes, y con frecuencia con estudios tanto en El Colegio de México como en la Universidad Nacional y a veces también en la Escuela Nacional de Antropología e Historia" a Enrique Florescano y a Alejandra Moreno Toscano. Miguel León Portilla. *Op. Cit.* 71.

⁸⁷ Se podría decir que eran "public historian", esto es, historiadores que comunican su discurso más allá de la academia y los especialistas en el tema en cuestión. Hay que precisar, en palabras de Greenberg, que "[...] public history, as we use it now, describes activities that historians have always undertaken, but have only recently distinguished from the "ordinary" work of teaching and scholarship." Douglas Greenberg. "History Is a Luxury": Mrs. Thatcher, Mr. Disney, and (Public) History", en *Reviews in American History*. Vol. 26, núm. 1, The Challenge of American History (Marzo 1998): 294.

1945 a 1949 estudió filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, por lo cual recibió el grado de maestro. Su tesis profesional llevó el título de *Los grandes momentos del indigenismo en México*, y se publicó por el Colegio de México en 1950. En 1951 y 1952 realizó estudios de posgrado en la Universidad de La Sorbona, en París, y en la Ludwiguniversität de Munich, República Federal Alemana. En 1963 recibió el grado de doctor en filosofía por la UNAM.

Se le considera miembro del llamado “Grupo Hiperión”. Este fue un grupo de filósofos y literatos que impulsó de manera sustancial los estudios sobre la mexicanidad. Los miembros del “Grupo Hiperión”, además de Luis Villoro, eran Ricardo Guerra, Fernando Salmerón, Joaquín Sánchez MacGregor, Leopoldo Zea, Emilio Uranga, Jorge Portilla, Salvador Reyes Nevares y Fausto Vega.⁸⁸ Como grupo empezaron a trabajar el tema de “lo mexicano” a finales de los cuarentas. Momentos centrales de esta exploración colectiva fue la serie de conferencias en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México dadas en 1949 agrupadas bajo el título “¿Qué es el mexicano?” y más tarde, en

⁸⁸ Sobre el “Grupo Hiperión” véase Ernesto Arriola Sánchez. “Ramos, Gaos y el grupo “Hiperión” (una aproximación a su vínculo intelectual)”, en María del Carmen Rovira Gaspar (coord.) *La tarea de Samuel Ramos y José Gaos. a 50 años de la apertura de la cátedra de Filosofía de México en la Facultad de Filosofía y Letras*. México, UNAM, 1994. 45- 58; José Luis Cruz Rosales. “Grupo hiperión” *El mexicano en busca del mexicano*. Tesis para obtener el grado de licenciado en filosofía. Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Iztapalapa, División de Ciencias Sociales y Humanidades, Departamento de filosofía. Asesor: Dr. Gabriel Vargas Lozano. Diciembre 2008; Abelardo Villegas. *El pensamiento mexicano en el siglo XX*. México: Fondo de Cultura Económica, 1993; Abelardo Villegas. *La filosofía de lo mexicano*. 2 ed. México: Universidad Nacional Autónoma de México-Facultad de Filosofía y Letras, 1979; y Patrick Romanell. *La formación de la mentalidad mexicana. Panorama actual de la filosofía en México. 1910-1950*. Presentación de José Gaos. México, El Colegio de México, 1954.

1951, otra serie de conferencias que llevaron el nombre de “El mexicano y su cultura”.⁸⁹

Es bajo la dirección de uno los miembros del “Hiperión”, Leopoldo Zea, que apareció el proyecto más ambicioso de búsqueda de “lo mexicano”: la colección de libros “México y lo mexicano”.⁹⁰ Esta serie reunió a una multitud diversa de voces: Luis Cernuda, Emilio Uranga, Jorge Carrión, José Gaos, Silvio Zavala, María Elvira Bermudez, Ramos Xirau, y Francisco de la Maza, por sólo mencionar algunos. Lo que unía a este variado conjunto de autores –provenientes de distintos orígenes y corrientes– era que sus libros buscaban retratar la singularidad del mexicano, describir su *ethos* y encontrar su *ontos*. Esta colección fue impresa en un inicio por la editorial Porrúa y Obregón y posteriormente por la Antigua Librería Robredo.⁹¹ Se prometieron 43 títulos de los cuales sólo se publicaron 26.⁹² Todos los libros tienen alrededor de cien páginas. Muchos son síntesis de estudios previos, otros son revisiones de otros libros ya publicados o hipótesis para investigaciones futuras.

⁸⁹ Véase José Luis Cruz Rosales. “Grupo hiperión” *El mexicano en busca del mexicano*. Tesis para obtener el grado de licenciado en filosofía. Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Iztapalapa, División de Ciencias Sociales y Humanidades, Departamento de filosofía. Asesor: Dr. Gabriel Vargas Lozano. Diciembre 2008. 40.

⁹⁰ Sobre esta colección véase John Leddy Phelan. “México y lo mexicano”, en *The Hispanic American Historical Review*. Durham, vol. 36, núm. 3, agosto 1956. 309-318.

⁹¹ A partir del número 18 (*La calavera* de Paul Westheim) se empezaron a publicar bajo el sello de la Antigua Librería Robredo.

⁹² Entre los títulos prometidos que no se tiene noticia de que se hayan publicado se encuentran: de Samuel Ramos *El mexicano del medio siglo*; de Agustín Yáñez *Mexicanos de ayer y hoy*; de Edmundo O’Gorman *El sentido mágico de la historia en México*; de Carlos Graef Fernández *El mexicano en la ciencia*; de Salvador Calvillo Madrigal *Formas de susceptibilidad en el mexicano*; de Wigberto Jiménez Moreno *Raíz y sentido de la mexicanidad*; de Ramón Alcorta *Dislocación geográfica del mexicano*; de Pedro Frenk de Andrea *Los mexicanos pintados por los extranjeros*; y de Rafael Corrales Ayala *El mexicano y el Estado*. Ya en 1956, Phelan hablaba del futuro incierto de la colección: John Leddy Phelan. “México y lo mexicano”, en *The Hispanic American Historical Review*. Durham, vol. 36, núm. 3, agosto 1956. 315.

En el momento de la publicación de *Historia, ¿para qué?*, Villoro ya era un intelectual reconocido. Desde 1971 era investigador del Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM. Además, a partir del 14 de noviembre de 1978 ocupaba un sillón en El Colegio Nacional. Había dado clases en la Escuela Nacional de Maestros, en preparatorias de la ciudad de México, en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, en la Universidad de Guadalajara (Jalisco).

Había sido Secretario de la Rectoría de la UNAM de 1961 a 1962; Coordinador del Colegio de Filosofía de la UNAM de 1967-1969; y Jefe de la División de Estudios Superiores en la misma Facultad de 1970 a 1972. Asimismo, desde el 1972 era miembro de la Junta de Gobierno de UNAM. Fue Director de la División de Ciencias Sociales y Humanidades, de la UAM-Iztapalapa de 1974 a 1978. Asimismo era Miembro de la Junta Directiva de la UAM desde 1979 y Presidente de la Asociación Filosófica de México.

Había publicado varios libros y artículos, entre ellos *El proceso ideológico de la revolución de Independencia* (1953), *Páginas filosóficas* (1962) y *La idea y el ente en la filosofía de Descartes* (1963). Asimismo, había dirigido y editado varias revistas: *El Espectador* (1959-1960), *Revista de la Universidad de México* (1965-1966), y *Crítica* (1967).⁹³

Luis González y González para 1980 era ya también un historiador consumado. Había nacido más de medio siglo antes, en 1925, en el pueblo de San José de Gracia, Michoacán. Estudió la secundaria y la preparatoria en

⁹³ “Vida y Obra de Luis Villoro”, página web de *El Colegio Nacional*. <http://www.colegionacional.org.mx/SACSCMS/XStatic/colegionacional/template/content.aspx?mi=147&se=vida&te=detallemiembro>. Consultada: abril 2012.

Guadalajara. En esa misma ciudad, en la Universidad Autónoma de Guadalajara, cursó tres años de la carrera en Derecho de 1943 a 1946. Fue en la ciudad de México, en El Colegio de México, donde estudió Historia durante los años que van de 1946 a 1949. Sus maestros fueron Silvio Zavala, José Gaos, Ramón Iglesia, Rafael Altamira y José Miranda. Sus compañeros: Antonio Alatorre, José Durand, Henrique González Casanova.

En 1951 y 1952 realizó estudios de posgrado en la Universidad de París, Francia. Durante esa estancia leyó varias obras de teoría de la historia en francés: Marrou, Merleau-Ponty, Marcel Bataillon, Braudel. Regresando de Europa, Daniel Cosío Villegas lo invitó a incorporarse al grupo que estaba elaborando la monumental *Historia moderna de México*. Estuvo trabajando en este proyecto hasta 1959 y, mientras tanto, obtuvo la maestría en Ciencias Históricas en la Escuela Nacional de Antropología e Historia con la tesis *La tierra y el indio en la República Restaurada* (1956). Posteriormente, se sumergió en las bibliotecas de la ciudad de México para realizar el trabajo de investigación que daría lugar a tres volúmenes titulados *Fuentes de la historia contemporánea de México. Libros y folletos* publicados por El Colegio de México en 1961-1962. Fue director de la revista *Historia Mexicana* de 1960 a 1964. De 1963 a 1965 y de 1970 a 1973 fue director del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México.

En octubre de 1966 decidió tomar un año sabático en su natal, San José de Gracia. De esta estancia nació *Pueblo en vilo*. Éste, su libro más conocido, ha sido traducido a varias lenguas y vendido por millares. Por él ganó en 1971 el Premio Haring de la American Historical Association. Se le había reconocido

concediéndole la membresía, en 1973, a la Academia Mexicana de la Historia, correspondiente de la Española y, desde 1974, la de miembro correspondiente en el extranjero de la Académie des Sciences, Agriculture, Arts et Belles Lettres, de Aix en Provence, Francia. Además, había ingresado a El Colegio Nacional el 8 de noviembre de 1978 y recibido el máximo reconocimiento que otorga el gobierno mexicano: el Premio Nacional de Filosofía, Historia y Ciencias Sociales en 1979. Desde el año de fundación de El Colegio de Michoacán en 1979 fue presidente de su Junta de Gobierno.

Había escrito varios libros: con Emma Cosío Villegas y Guadalupe Monroy *Historia moderna de México*; *La República restaurada*; *Vida social* en 1956; *El Congreso de Anáhuac* en 1963; *La tierra donde estamos* en 1971; *Invitación a la microhistoria* en 1972; *El liberalismo triunfante* en 1975; *Los artífices del cardenismo* en 1978; *Zamora* en 1978; *Sahuayo* en 1979; y *Michoacán* en 1980.⁹⁴

Adolfo Gilly nació en Buenos Aires, Argentina, el año de 1928. Su actividad política comenzó a temprana edad. En 1943 se unió al Comité de Gaulle. Posteriormente, se enlistó en la Juventud Socialista, que formaba parte del Partido Socialista. Más tarde dejó el Partido Socialista y se unió al Movimiento Obrero Revolucionario. Cuando tenía veinte años dejó los estudios –se encontraba

⁹⁴ Luis González y González. “Mis tropiezos con la historia”, en *Historiadores de México en el siglo XX*. Enrique Florescano y Ricardo Pérez Montfort. (compiladores). (México: Fondo de Cultura Económica-Conaculta), 1995. “Luis González y González 1925-2003”, en *75 Años de la Academia Mexicana de la Historia*. Josefina Zoraida Vázquez (editora), México, 1994. Versión electrónica disponible en: http://www.acadmexhistoria.org.mx/miembrosANT/res_luis_gonzalez.pdf. Consultada: marzo 2012. Leopoldo García-Colín (presentación) y Fernando del Paso (discurso). *Ceremonia luctuosa en memoria de Luis González y González*. (México: El Colegio Nacional, 2006). “Vida y Obra de Luis González”, página web oficial de *El Colegio Nacional*. Versión electrónica en: <http://www.colegionacional.org.mx/SACSCMS/XStatic/colegionacional/template/content.aspx?se=vida&te=detallemiembro&mi=170>. Consultada: marzo 2012. Álvaro Matute. “Introducción”, en *La teoría...* 24-25.

estudiando Derecho— y comenzó a trabajar como corrector de pruebas en una editorial. En 1949, junto con Guillermo Almeyra, se unió a la Cuarta Internacional. Dentro de ésta había tres corrientes, ellos se unieron a la que lideraba Homero Cristalli, conocido por el pseudónimo de Jaime Posadas, quien afirmaba que Perón era parte de la burguesía pero al mismo tiempo su base era un movimiento de masas.

En 1956 se mudó a Bolivia como miembro de la Cuarta Internacional para trabajar con el Partido Obrero Revolucionario, un grupo trotskista boliviano. Permaneció en Bolivia cuatro años antes de mudarse a Italia en donde trabajó en la organización trotskista de Roma. En esos años pudo discutir con Raniero Panzieri sobre los cambios que se estaban dando en las fábricas italianas. En 1962 se trasladó a Cuba en donde vivió como periodista y escritor. El ser trotskista no representó un problema hasta que en 1963 se le embarcó en un avión de regreso a Italia. Sin embargo, no permaneció mucho tiempo en Europa. Se trasladó en 1964 a Guatemala en donde estuvo en las zonas altas de la Sierra de Minas con el grupo guerrillero Movimiento Revolucionario 13 de noviembre (MR-13).

Llegó a México 1966, en donde fue detenido en una redada que buscaba a otra persona. La policía decidió encarcelarlo en Lecumberri cuando comprobó que venía de Guatemala. Permaneció seis años en la cárcel en el bloque N, el bloque de los presos políticos. Durante esos años tuvo la oportunidad de leer y escribir bastante. Leyó literatura, a Hegel, los once o doce volúmenes de correspondencia entre Marx y Engels, releyó *El Capital* y *La Historia de la Revolución Rusa* de

Trotsky. Además, dentro de Lecumberri escribió su obra más importante: *La revolución interrumpida*. En este libro buscaba “[...] encontrar el ímpetu intrínseco que se hallaba detrás de los movimientos de las masas: no quién ganó qué batalla, sino qué demonios quería esa gente.”⁹⁵ Rafael Galván, dirigente del sindicato de los electricistas y simpatizante del trotskismo, logró que se publicara bajo el sello editorial *El Caballito* en 1971, y en pocos meses tuvo cuatro reimpressiones.

Fue liberado y deportado a Francia en 1972. Permaneció cuatro años entre Francia e Italia. En París se unió a la sección *posadista* de la Cuarta Internacional, pero tras un año y medio rompió definitivamente con ese grupo. Para 1976 había regresado a México como profesor de la UNAM.⁹⁶

Guillermo Bonfil Batalla nació diez años después que Luis González y González, el 11 de enero de 1935, en la ciudad de México. Cursó la licenciatura en Etnología en Escuela Nacional de Antropología e Historia de 1953 a 1957. Becado por la Organización de Estados Americanos (OEA), estudió en Bogotá, Colombia, en el Centro Interamericano de Vivienda y Planeamiento (CINVA) durante el año de 1957. Realizó estudios doctorales en Antropología de 1963 a 1967 en la UNAM. Su tesis llevaba el título de "Modernización y tradicionalismo. Dialéctica del Desarrollo en Cholula de Rivadavia".

Ese mismo año fue jefe del Centro de Bienestar Social Urbano de la Secretaría de Salud y de 1965 a 1966 fue jefe interino de la Oficina Sub-regional

⁹⁵ Adolfo Gilly. “Entrevista. Lo que no existe no puede ser verdad”, en *New Left Review*. Número 64, septiembre-octubre 2010. p. 39.

⁹⁶ *Ibidem*.

para México, Centroamérica y el Caribe del Centro Latinoamericano de Investigaciones de Ciencias Sociales. Trabajó, realizando trabajos antropológicos, en el Instituto Nacional de Nutrición de 1960 a 1963, y más tarde en el Departamento de Investigaciones Antropológicas del INAH de 1962 a 1968.

Fue director general del INAH de 1972 a 1976, y desde 1976 y hasta 1980, director del Centro de Investigaciones Superiores del INAH. Había dado clases en la Universidad Federal de Rio de Janeiro, Brasil, en la Facultad de Filosofía y Letras y en Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, en la ENAH, en la Universidad Iberoamericana, y en Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO).

Además, de 1958 a 1959 dirigió la revista *Problemas Agrícolas e Industriales de México*, y coeditó *Problemas de México*. Había publicado varios artículos: "Imperialismo y cultura nacional en la educación"; "Historia-obstáculos-perspectivas" (1967); "Del indigenismo de la revolución a la antropología crítica", en *De eso que llaman antropología mexicana* (1970). E incluso había dirigido dos documentales: *Los amuzgos* (1962) y *Él es Dios* (1965).⁹⁷

Enrique Florescano nació en Coscomatepec, Veracruz, el 8 de julio de 1937. Estudió Derecho e Historia en la Universidad Veracruzana (1956-1960). Hizo la maestría en Historia Universal en El Colegio de México (1962-1964) y de 1965 a 1967 realizó estudios de doctorado en la École Practique des Hautes

⁹⁷ La información se obtuvo de: "Bonfil Batalla, Guillermo" en *Diccionario Porrúa de historia, biografía y geografía de México*. 6. ed. corr. y aum. México, Editorial Porrúa, c1995. v. 1 (A-C). p. 464; Balderston, Daniel, Mike Gonzalez and Ana M. López (editores). *Encyclopedia of Contemporary Latin American and Caribbean Cultures*. Londres, Nueva York, Routledge, 2000. "Gullermo Bonfil Batalla", en *Diccionario de Historia de la Educación en México*. <http://biblioweb.tic.unam.mx/diccionario/htm/indice.htm>

Etudes de la Universidad de París (Sorbona), en donde obtuvo el grado de doctor en Historia con la tesis titulada *Le prix du maïs au Mexico, 1708-1813*. Entre sus sinodales estuvieron Fernand Braudel, Pierre Vilar y Ruggiero Romano.

En el momento de participar en *Historia, ¿para qué?*, ya era un historiador reconocido. Había recibido, en 1970, el importante premio “Fray Bernardino de Sahagún” por su libro *Precios del maíz y crisis agrícolas en México, 1708-1810*, publicado por El Colegio de México en 1969. En 1976 recibió el Premio Nacional de Ciencias Sociales, otorgado por la Academia de la Investigación Científica.

Entre 1971 y 1973 dirigió la revista *Historia Mexicana* de El Colegio de México; y de 1971 a 1976 ocupó la jefatura del Departamento de Investigaciones Históricas del Instituto Nacional de Antropología e Historia. En ese mismo periodo coordinó la serie de historia de la colección Sep-setentas que editó la Secretaría de Educación Pública. Era director de Estudios Históricos del INAH desde 1977, puesto que abandonó en 1982 para pasar a ser director general de esta institución. En 1978 había participado en la fundación de la revista *nexos*, de la que fue director hasta 1979.⁹⁸

Arnaldo Córdova nació en 1937 en la Ciudad de México, pero estudió la primaria, de 1945 a 1950, en Acámbaro, Guanajuato, y el último año en Morelia. De 1951 a 1953 cursó los estudios de secundaria en la Universidad Michoacana

⁹⁸ Marialba Pastor. “La estructura agraria novohispana tras el lente de la historia económica cuantitativa”, en Evelia Trejo y Álvaro Matute (editores). *Escribir la historia en el siglo XX: treinta lecturas*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2005. p. 335-351; La página web oficial de Enrique Florescano. <http://www.enriqueflorescano.com/semblanza/>. Consultada Julio 2011; el sitio web de la Academia Mexicana de la Historia (AMH) http://www.acadmexhistoria.org.mx/miembrosANT/res_enrique_florescano.pdf. Consultada Julio 2011; Verónica Zarate Toscano (coord.) *Segundo directorio de historiadores*. México, Comité Mexicano de Ciencias Históricas, c1985. 135 p.

de San Nicolás de Hidalgo. Más tarde, en la misma institución, de 1954 a 1955 la preparatoria. Durante estos años comenzó a adentrarse en la disciplina de la historia. Comenzó a leer a varios de los clásicos mexicanos: Justo Sierra, Orozco y Berra, Chávez Orozco.

Estudió la licenciatura en Derecho en la Universidad Michoacana de 1956 a 1960. Ahí, según cuenta él mismo, se vio expuesto a una historia maniquea de buenos contra malos. Córdova, entre 1953 y 1954 se había adherido al marxismo por lo que rechazaba por un lado lo que le parecía historiografía “no científica” y, al mismo tiempo, la historiografía “burguesa.” Un año después, a los 18 años, ingresó al Partido Comunista.⁹⁹

Posteriormente, de 1961 a 1964 estudió Filosofía en Italia, donde también realizó estudios sobre historia del pensamiento filosófico, jurídico y político.¹⁰⁰ Arnaldo Córdova plantea que “desde entonces no pude ya dejar de investigar cualquier tema de mi interés sino como un tema histórico.”¹⁰¹ Asimismo enfatiza que él es politólogo y jurista, no historiador.¹⁰² Sin embargo, reconoce estudiar siempre todo en relación con la historia. En sus palabras: “Lo que puedo decir es que el estudio de la historia fue para mí, desde niño, una afición que jamás me

⁹⁹ Arnaldo Córdova, entrevista con el autor, Ciudad de México, 11 junio 2012. (Anexo 1.4)

¹⁰⁰ Sobre esta experiencia me cuenta: “a mí me pagó mal De Gortari, porque yo lo llevé a la rectoría de la Universidad Michoacana y el cabrón habiéndome ya concedido el Consejo Universitario mi beca de tres años él me la redujo a dos años. Y aparte de la misma beca yo tuve que pagarme mi pasaje a Roma. Y no obstante a eso yo, como pude, trabajando allá y pidiendo ayudas y todo eso, yo permanecí tres años completos en Roma hasta que me doctoré”. Arnaldo Córdova, entrevista con el autor, Ciudad de México, 11 junio 2012. (Anexo 1.4)

¹⁰¹ “Arnaldo Córdova”, en *Historiadores de México en el siglo XX*. Enrique Florescano y Ricardo Pérez Montford. (compiladores). México: Fondo de Cultura Económica-Conaculta (Consejo Nacional para la Cultura y las Artes), 1995. 449.

¹⁰² Arnaldo Córdova. “Respuesta a Enrique Krauze. Historia y política”, en *Sábado*. Suplemento del periódico *unomásuno*. Director general: Manuel Becerra Acosta, Director: Fernando Benítez. México, sábado 21 marzo 1981, número 176. p. 10-11.

abandonó. Mis estudios de derecho siempre estuvieron ligados a la historia. Mis trabajos escolares eran todos trabajos históricos.”¹⁰³

Después de recibir el grado de doctor en Filosofía del derecho por la Università degli Studi de Roma, regresó a México en diciembre de 1965. Dio clases en Morelia, y debido a circunstancias políticas y personales se mudó a la ciudad de México en septiembre de 1966.¹⁰⁴ Empezó a dar clases en la Facultad de Ciencias Políticas en la UNAM en 1967, mientras litigaba para la ANDSA (Almacenes Nacionales de Depósito S.A.). Ese mismo año Pablo González Casanova le pidió que escribiera una introducción a unos textos de Kant para la colección de “Nuestros Clásicos” que éste último dirigía. Según recuerda Córdova: “le gustó tanto mi ensayo de Kant que me pidió que fuera a trabajar al Instituto”.¹⁰⁵

¹⁰³ “Arnaldo Córdova”, en *Historiadores de México en el siglo XX*. Enrique Florescano y Ricardo Pérez Montford. (compiladores). México: Fondo de Cultura Económica-Conaculta (Consejo Nacional para la Cultura y las Artes), 1995. p. 449.

¹⁰⁴ Como él mismo narra: “hubo otro movimiento que me hizo salir de allá. Bueno, también una conveniencia personal porque yo estaba casado con una italiana, la mamá de mis hijos era italiana, Paola Vianello, se me murió en el 2007. Era una potencia intelectual, yo le di al país eso también: una gran filóloga. Era la que sabía griego antiguo aquí. Allí están libros sobre Hesíodo, *Los trabajos y los días* y *La teogonía*, que fueron sus primeros trabajos. Y luego siguió trabajando sobre los oradores áticos, los abogados de la Grecia antigua.” Más adelante dice: “me vine a México porque mi esposa no podía hacer allá nada. Me dijo: ¿yo que hago aquí? Era un pueblito. Tenía ciento veinte mil habitantes, la universidad tenía tres mil estudiantes o cuatro mil. Y las bibliotecas... pues teníamos la hermosa biblioteca del Seminario Tridentino de Morelia pero es una biblioteca de la Colonia, o sea no era para trabajar científicamente. Yo le decía, mira aquí tenemos una colección de griegos y latinos. Sí, dice, pero esos textos incluso deben ser revisados. Y además, dice, mira yo necesito unos diez mil libros modernos recién traídos para trabajar, ¿tú me los vas a comprar? Pues cuándo. Y tuve que venirme.” Sobre Paola Vianello: “Ella era arqueóloga. Pero allá en Italia los arqueólogos entonces, no sé si ahora, no podían estudiar la carrera sino habían hecho previamente la carrera de letras clásicas. Y fijate lo que la carrera de letras clásicas implicaba, eran escuelas medias de ocho años. Estaba la *prima media*, luego el *gimnasio* y luego estaba el *liceo*. Ocho años, los ocho años estudiaban latín y se iban a letras clásicas estudiaban cuatro años griego, luego cuatro años más de la universidad estudiando griego y latín, ¿tú sabes cómo llego aquí ella? Sabiendo griego y latín como nadie. Me acuerdo que en el examen de oposición estaba Rubén Bonifaz Nuño examinándola y le dieron una página de Aristóteles a que la tradujera, y ella primero la leyó en griego y era un griego cantarino bellissimo el suyo, la pronunciación de Erasmo. Erasmo fue el que dio el prospecto más exacto de pronunciación del griego antiguo pues ya nadie sabe cómo se pronunciaba, pero Erasmo fue el que dio el modelo para la pronunciación. Entonces ella lo seguía y Rubén Bonifaz Nuño, el poeta, se quedó tan encantado que le pidió por favor que lo volviera a leer el trozo ese en griego. Bueno, a ese grado, a ese punto.” Arnaldo Córdova, entrevista con el autor, Ciudad de México, 11 junio 2012. (Anexo 1.4)

¹⁰⁵ *Ibidem*.

Córdova aceptó y dejó de trabajar para siempre como abogado. Fue en este periodo que surgió su libro más importante: *La ideología de la Revolución Mexicana. La formación del nuevo régimen*, publicado en 1973 por la editorial ERA y el mismo Instituto de Investigaciones Sociales. Durante esos años, de 1970 a 1973, estudió su doctorado en Ciencia Política también en la UNAM. Antes de participar en *Historia, ¿para qué?*, había escrito otros libros: *La formación del poder político en México* (1972), *La política de masas del cardenismo* (1974), *Sociedad y Estado en el mundo moderno* (1976), *La política de masas y el futuro de la izquierda en México* (1979), *En una época de crisis, 1928-1934*.¹⁰⁶

Puede ser que el más conocido de los autores fuera Carlos Monsiváis Aceves. Éste había nacido en la ciudad de México el 4 de mayo de 1938. Como escribe Christopher Domínguez Michael: “Monsiváis sólo puede ser descifrado en su dimensión de intelectual público como uno de los grandes *mafiosi* de nuestra cultura, un perseverante y astuto animal político.”¹⁰⁷ Desde *La Cultura en México*, fue una de las voces críticas en el 1968. Para Enrique Krauze es el “padrino de la generación del 68.”¹⁰⁸ Sin embargo, su postura ideológica no era radical. Así, “aunque visitó las catacumbas del Partido Comunista Mexicano durante el medio siglo y dejó sentidos homenajes a sus muertos en *Amor Perdido*, Monsiváis es un hombre de izquierda ajeno a todas las variantes del marxismo-leninismo.”¹⁰⁹

¹⁰⁶ La información biográfica se obtuvo de: “Arnaldo Córdova”, en *Historiadores de México en el siglo XX*. Enrique Florescano y Ricardo Pérez Montford. (compiladores). México: Fondo de Cultura Económica-Conaculta (Consejo Nacional para la Cultura y las Artes), 1995. 445-454.

¹⁰⁷ Christopher Domínguez Michael. “Carlos Monsiváis”, en *Diccionario crítico de la literatura mexicana, 1955-2005*. México, Fondo de Cultura Económica, 2007. 332.

¹⁰⁸ *Ibidem*.

¹⁰⁹ *Ibidem*.

Había escrito varios libros: *Carlos Monsiváis (autobiografía)* (1966), *Días de guardar* (1970), el capítulo “Notas sobre la cultura mexicana en el siglo XX” de la influyente *Historia General de México* (1976), *Amor perdido* (1976), *El crimen en el cine* (1977). Había preparado varias antologías: *La poesía mexicana del siglo XX* (1966), *Poesía mexicana II, 1915-1979* (1979), y *A ustedes les consta. Antología de la crónica en México* (1980).

Asimismo, le habían dado varios premios y reconocimientos; entre ellos el Premio Nacional de Periodismo de México en crónica (1977), el Doctorado *honoris causa*, Universidad Autónoma de Sinaloa (1979), y la Maestría *honoris causa*, Universidad Autónoma del Estado de México (1980).¹¹⁰

Carlos Alberto Pereyra Boldrini, conocido como “Tuti” desde niño, nació el 7 de agosto de 1940. Sus padres eran emigrados argentinos y él estudió en el Colegio Alemán. Primero se inscribió en la Escuela Nacional de Economía de la UNAM pero luego se cambió, en 1961, a la de Facultad de Filosofía y Letras.¹¹¹ Allí se graduó en julio del año 1969, con la tesis titulada “Notas para el análisis de ontología marxista.”

Su primera experiencia docente fue como profesor adjunto de Ética en la Escuela Nacional Preparatoria. Posteriormente, ingresó a la Facultad de Filosofía y Letras en donde impartía las materias de Historia de la filosofía: de Kant a

¹¹⁰ La información biográfica se obtuvo de: Christopher Domínguez Michael. “Carlos Monsiváis”, en *Diccionario crítico de la literatura mexicana, 1955-2005*. México, Fondo de Cultura Económica, 2007. Beatriz Sarlo. “El barroco de Carlos Monsiváis”, en *Ñ. Revista de cultura*. (periódico *Clarín*). 10 marzo 2012. Número 441. p. 6-9.

¹¹¹ La Escuela Nacional de Economía no fue elevada al rango de Facultad sino hasta 1976. “Antecedentes” en la Página web oficial de la Facultad de Economía de la UNAM. <http://www.economia.unam.mx/facultad/>. Consultada: abril 2013.

Hegel”; “Ontología”; “Filosofía de la historia”; y “Filosofía política”. Había publicado los libros *Política y violencia*, editado por el Fondo de Cultura Económica en 1974; y *Configuraciones: teoría e historia*, publicado por Edicol en 1979.

Pereyra no sólo era un académico sino también tenía una participación política activa. Había sido parte de las Juventudes Comunistas, y participó en grupos de solidaridad con las luchas latinoamericanas. Además, fue miembro del Partido Comunista y de la Liga Comunista Espartaco.

A mediados de los años sesenta, bajo el seudónimo de Manuel Gálvez, había empezado a publicar artículos en la revista *Solidaridad* del entonces Sindicato de Trabajadores Electricistas de la República Mexicana. Durante aquellos años abrazó la ideología del sindicalismo democrático. Pereyra era muy cercano a Rafael Galván, dirigente del entonces Sindicato de Trabajadores Electricistas y personaje que fue la columna vertebral de la Tendencia Democrática de los electricistas.

En 1972 participó en la fundación de *Punto Crítico*, revista que funcionaba como grupo político. Varios de los dirigentes del movimiento del 68 que no se declaraban comunistas, o que eran críticos al Partido Comunista, formaban parte de éste. Más tarde, Pereyra se separó de esa publicación cuando la revista difundió comunicados de los grupos guerrilleros que estaban surgiendo a lo largo del país. Posteriormente, contribuyó a la reflexión que daría lugar al Movimiento de

Acción Popular, un grupo que tuvo una existencia efímera y que reunía a varios dirigentes sindicales y de los movimientos universitarios.¹¹²

Héctor Aguilar Camín nació en Chetumal, Quintana Roo, el 9 de julio de 1946. Cuando tenía nueve años se mudó a la ciudad de México con su madre, hija de asturianos y nacida en Cuba, y sus cuatro hermanos. Allí estudió en el Instituto Patria, una escuela jesuita. Posteriormente obtuvo el título universitario de Ciencias de la Comunicación en la Universidad Iberoamericana, institución también de los jesuitas. Recibió el título de Doctor en Historia en El Colegio de México. Había colaborado en el libro colectivo *En torno de la cultura nacional*, publicado por el Instituto Nacional Indigenista en 1976, y había publicado *La frontera nómada. Sonora y la Revolución mexicana* bajo el sello de Siglo XXI Editores en 1977.¹¹³ En 1979 sucedió a Florescano en la dirección de la revista *nexos*.

José Joaquín Blanco Alfaro, quien nació el 19 de marzo de 1951 en la Ciudad de México, era el más joven de los colaboradores del libro. Si bien apenas tenía veintinueve años ya había publicado varios libros. En 1976 apareció su primer libro de poemas: *La ciudad tan personal*. En 1977 publicó dos libros de ensayos: *Se llamaba Vasconcelos. Una evocación crítica y Crónica de la poesía*

¹¹² Raúl Trejo Delarbre. “Indispensable Pereyra”, en *Nexos*. número 372, diciembre 2008. Versión electrónica disponible en: http://historico.nexos.com.mx/vers_imp.php?id_article=1777&id_rubrique=804. Consultada: marzo 2012. Adolfo Sánchez Rebolledo. “Dos notas sobre Carlos Pereyra”, en *Cuadernos políticos*, número 54/55, México, D.F., editorial Era, mayo-diciembre de 1988, p. 14-22. René Torres-Ruiz. “Carlos Pereyra: una breve mirada a su vida y obra”, en *Estudios políticos*. Número 23, novena época, mayo-agosto 2011. p. 197-214.

¹¹³ Ivonne Sánchez (producido y presentado). Pilar Pérez (Realización). “Héctor Aguilar Camín, inventar la realidad (entrevista)”, en *Perfiles* (programa de Radio Francia Internacional). Su publicó en la página web de Radio Francia Internacional el 13 marzo 2009. Disponible en: http://www.rfi.fr/actues/articles/111/article_11153.asp. Consultada: marzo 2012.

mexicana. En 1979 otro libro vio la luz: *Retratos con paisaje*. Un año después apareció su novela *La vida es larga y además no importa*. Estudió Lengua y Literaturas Hispánicas en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, y se tituló con la tesis *La crítica cultural de la generación de contemporáneos*. En 1971 recibió el primer lugar en el concurso Punto de Partida 1971, y dos años después, el Premio Diana Moreno Toscano a la promesa literaria. Asimismo, había sido becario de la Dirección de Estudios Históricos del INAH en ese mismo año, y en 1974 del Centro Mexicano de Escritores.¹¹⁴

Hay que también tomar en cuenta la biografía de la organizadora y coordinadora del libro *Historia, ¿para qué?*, Alejandra Moreno Toscano. Hija de Manuel Moreno Sánchez y Carmen Toscano, quien a su vez era hija de Salvador Toscano, nació en la Ciudad de México el primero de abril de 1940. En 1960 obtuvo el título de licenciada en historia por la UNAM, y en 1964 el de maestra por El Colegio de México. Más tarde, en 1967, se recibió como doctora en la Universidad de País. Regresó a México y fungió como investigadora en el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México de 1969 a 1977 y en el Instituto Nacional de Antropología e Historia de 1971 a 1979. Asimismo, de 1976 a 1978 dio clases en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. En 1977

¹¹⁴ Eduardo Guízar-Alvarez. “José Joaquín Blanco” en Daniel Balderston, Mike Gonzalez and Ana M. López (editores). *Encyclopedia of Contemporary Latin American and Caribbean Cultures*. London, New York, Routledge, 2000. v. I (A-D). p. 190; Ocampo, Aurora M. (dirección y asesoría). *Diccionario de escritores mexicanos, siglo XX: desde las generaciones del Ateneo y novelistas de la Revolución hasta nuestros días*. México, Universidad Nacional Autónoma de México/Centro de Estudios Literarios, 1967.

asumió el cargo de directora del Archivo General de la Nación, el cual abandonaría cinco años después en 1982.¹¹⁵

Más allá este cargo administrativo, y de los muchos otros que después ocuparía, la labor académica de Moreno Toscano ya era significativa para 1980. Como reconocimiento a ello, en 1979 recibió por parte de la Academia Nacional de la Investigación Científica el Premio Nacional de la Investigación Científica. Entre sus publicaciones de aquella época están: *Fray Juan de Torquemada y su Monarquía Indiana* (1963), *Geografía económica de México. Siglo XVI.* (1968), *El sector externo y la organización especial regional de México* (1978) y *Los hallazgos de Ixcateopan 1949-1951* (1980). Colaboró tanto en la *Historia mínima de México* (1974) como en la *Historia general de México* (1976), ambas publicadas por El Colegio de México. Además, junto con Florescano escribió la *Bibliografía del maíz en México* (1966).

El grupo de autores del libro pertenecía a dos generaciones distintas que compartían las riendas de la cultura mexicana en los años ochentas.¹¹⁶ La primera

¹¹⁵ “Moreno Toscano, Alejandra”. *Enciclopedia de México*. Tomo X. (Monge-Pachuca). José Rogelio Álvarez (director). México, Enciclopedia de México-Secretaría de Educación Pública, 1988. 5633.

¹¹⁶ Sigo a Enrique Krauze –que a su vez se basa en Ortega y Gasset y Octavio Paz– en su definición de generación. Para él, “una generación es un grupo de hombres en los que algún acontecimiento histórico importante ha dejado una huella, un campo magnético en cuyo centro existe una experiencia decisiva. Es un ethos peculiar que, impreso en la juventud, se arrastra colectivamente toda la vida, un modo de afirmar la individualidad frente a los padres culturales, de rechazar y continuar una herencia.” (Enrique Krauze, “Cuatro estaciones de la cultura mexicana”, en *Vuelta*. Número. 60, noviembre 1981: 27). En palabras de Octavio Paz “la generación es un grupo de muchachos de la misma edad, nacidos en la misma clase y el mismo país, lectores de los mismos libros y poseídos por las mismas pasiones e intereses estéticos y morales. Con frecuencia dividida en grupos y facciones que profesan opiniones antagónicas, cada generación combina la guerra exterior con la intestina” (citado en *Ibidem*. 28). Más adelante precisa: “los temas vitales de sus miembros son semejantes; lo que distingue a una generación de otra no son tanto las ideas como la sensibilidad, las actitudes, los gustos y las antipatías, en una palabra: el temple” (citado en *Ibidem*). Zygmunt Bauman utiliza el concepto de generación “en el sentido de un “sujeto colectivo” marcado por una visión del mundo diferenciada, así como capaz e inclinado a actuar por su cuenta y según sus intereses particulares”. Para el sociólogo polaco, el concepto de generación entendido de esta manera “fue en sí mismo

generación, nombrada así por Wigberto Jiménez Moreno en honor a una efímera revista literaria, era la de “Generación de Medio Siglo.”¹¹⁷ Sus miembros habían nacido entre 1921 y 1935, y eran “hijos” de la institucionalización de la Historia, es decir, realizaron sus estudios en las instituciones creadas y consolidadas en la primera mitad del siglo XX: la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, El Colegio de México, y la ENAH. Varios habían salido fuera del país a realizar estudios de posgrado. Ya casi nadie ejercía la profesión sin un título universitario y prácticamente todos eran miembros, como profesores y/o investigadores, de las instituciones de educación superior. Su participación en congresos nacionales e internacionales era activa.¹¹⁸ Fue una generación que quiso abrirse hacia el exterior, romper “la cortina de nopal” como diría José Luis Cuevas, y que comenzó por cuestionar el sentido y alcance de la Revolución mexicana.¹¹⁹ A esta generación pertenecían Luis González y González, y Luis Villoro.¹²⁰

El resto de los autores de *Historia, ¿para qué?* pertenecían a la “Generación del 68.”¹²¹ Su rasgo característico, como indica su nombre, era el haber sido testigos y/o partícipes, de una forma u otra, del movimiento estudiantil de 1968. Nacidos entre 1935 y 1950, se habían educado en las instituciones de educación

una consecución generacional de la generación de la Gran Guerra”. El concepto, nos dice, fue sugerido por José Ortega y Gasset y canonizado por Karl Mannheim. Zygmunt Bauman. *El arte de la vida. De la vida como obra de arte*. Trad. de Dolores Udina. (Barcelona: Paidón, 2009). 74.

¹¹⁷ Enrique Krauze. *Op. Cit.* 35 ss. Luis González y González. *Op. Cit.* 683 ss.

¹¹⁸ *Ibidem*.

¹¹⁹ Enrique Krauze. *Op. Cit.* 36.

¹²⁰ Krauze precisa que este último pertenece a la parte de la generación que estaba más hacia izquierda. *Ibidem*.

¹²¹ Luis González y González. *Op. Cit.* 691 ss. Conuerdo con Enrique Krauze con que Adolfo Gilly pertenece a la “Generación del 68” y no a la “Generación de Medio Siglo” en tanto “participó” (incluso estuvo encarcelado en Lecumberri con los prisioneros políticos de 1968) de los sucesos de 1968. Entrevista a Enrique Krauze. “Voces de la historiografía mexicana. Conversaciones con Christopher Domínguez Michael. XIII y última. Enrique Krauze: la conciencia liberal”, en *Letras Libres*. Año X, Núm. 113 (Febrero 2011), 61.

superior y dominaban los idiomas de mayor circulación en el mundo. Esta segunda generación está marcada no sólo por el movimiento estudiantil mexicano sino también por el francés, el checo, el estadounidense. Fueron educados en el ambiente de la liberación sexual. Su cultura era la contracultura. Las drogas y el movimiento “hippie” los influyeron.¹²² Sus miembros generalmente eran considerados “de izquierda”, “anticapitalistas” y “antinorteamericanos.”¹²³ Bajo esta misma tónica ideológica, los miembros de esta generación eran “sinceramente sensibles a las extremas desigualdades económicas y sociales que existen en México.”¹²⁴

En contraposición con las generaciones que los precedieron, los “hijos del 68” no ocuparon puestos en el gobierno. Se mantuvieron independientes puesto que ingresaron a entidades que no dependían directamente del Estado: el periodismo, la academia, los partidos de oposición. Los géneros que sobresalieron en esta Generación fueron aquellos que permitían, de una u otra forma, apoyar las causas que sus miembros defendían. Estos eran la crónica, la caricatura, el ensayo, el reportaje.¹²⁵

Cada uno de los autores tenía una vida propia, única, pero también compartían ciertos elementos: lecturas, vivencias, experiencias. Había marcadas diferencias entre cada uno de los diez individuos que participaron en el libro

¹²² Véase Eric Zolov. *Refried Elvis. The Rise of the Mexican Counterculture*. (Berkeley y Los Ángeles, California: University of California Press, 1999). En este libro Eric Zolov analiza el impacto del “rock n’ roll” y otras manifestaciones (contra-)culturales en la sociedad mexicana posrevolucionaria. Asimismo, estudia el desarrollo de la corriente literaria conocida como *La Onda*. Sucesos como el Festival de Rock de Avándaro, y el rechazo a la U.S. Information Agency también son analizados.

¹²³ Enrique Krauze. *Op. Cit.* 39.

¹²⁴ *Ibidem*.

¹²⁵ *Ibidem*.

Historia, ¿para qué? pero también existían importantes afinidades. Las afinidades, al contrario del parentesco, se constituyen a través de lazos no sanguíneos. No son uniones biológicas sino lazos producto de una construcción cultural y social.¹²⁶

Los lazos de los autores de *Historia, ¿para qué?* confluían formando una especie de punto de intersección alrededor de una revista: *nexos*. Según José Joaquín Blanco, los colaboradores del libro “pertenecíamos al grupo *nexos* que no era un grupo, era una revista”.¹²⁷ Pero, ¿a qué se refiere José Joaquín Blanco al decir que formaban un grupo que no era un grupo sino una revista? ¿Qué entiende por grupo si dice que son un grupo que no es un grupo? Si plantea que *nexos* no solamente es una revista sino también un grupo, ¿qué entiende por revista?

La realidad, y en el caso latinoamericano sobran ejemplos, es que las revistas terminan siendo mucho más que un mero soporte.¹²⁸ Son, al decir de Aimer Granados, “nudos-espacios que permiten la formación de redes, a través de una de sus funciones académicas más sustanciales: la difusión de ideas-texto”.¹²⁹ En este sentido, *nexos* funcionó como un espacio alrededor del cual se (con)formó una red intelectual con rasgos y dinámicas particulares. Es siguiendo estas ideas que cobran sentido las palabras de José Joaquín Blanco. Propiamente no eran un grupo que creó una revista, sino que una revista –creada por un conjunto de

¹²⁶ Sobre la idea de “afinidad” véase Donna Haraway. “A Cyborg Manifesto: Science, Technology, and Socialist-Feminism in the Late Twentieth Century” en *Simians, Cyborgs and Women: The Reinvention of Nature* (Nueva York: Routledge, 1991), 155.

¹²⁷ José Joaquín Blanco, entrevista con el autor, Ciudad de México, 14 junio 2012.

¹²⁸ Véase la recopilación de trabajos en torno a este tema: Aimer Granados (coordinador). *Las revistas en la historia intelectual de América Latina: redes, política, sociedad y cultura*. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Cuajimalpa/ Juan Pablos Editor, 2012.

¹²⁹ Aimer Granados. “Introducción”, en *Las revistas en la historia intelectual de América Latina: redes, política, sociedad y cultura*. Aimer Granados (coordinador). México: Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Cuajimalpa/ Juan Pablos Editor, 2012. 9.

individuos— permitió la articulación de una red de intelectuales alrededor de ella. El “grupo *nexos*” no creó la revista *nexos*, sino que la revista *nexos* dio lugar al “grupo *nexos*”.

Sin un afán de ir muy lejos en búsqueda de largas genealogías intelectuales, los orígenes del “grupo *nexos*” pueden ubicarse en las reuniones conocidas como el “seminario de los sábados”, las cuales tenían lugar la mañana de los sábados en una casa a las faldas del Castillo de Chapultepec que albergaba el Departamento de Investigaciones Históricas del INAH. Estas reuniones, convocadas y fomentadas por Enrique Florescano, director del Departamento, habían comenzado en 1976 de manera totalmente informal, pero pronto se instituyeron como un espacio de discusión y debate. Como el mismo Florescano plantea:

En breve tiempo, lo que comenzó como charla ocasional de amigos se transformó en cita semanal imprescindible. Nos reuníamos los sábados por la mañana en una larga y luminosa sala de cristales emplomados del Departamento de Investigaciones Históricas del INAH, un convivio que más tarde se proseguía en comidas efervescentes en el restaurante El Mirador, al lado del bosque de Chapultepec. El compromiso era considerar, cada sábado, uno de los temas de actualidad, presentado por uno de los miembros del grupo, y luego escuchar el parecer de los demás.¹³⁰

Las reuniones estaban compuestas por individuos provenientes de orígenes distintos. Había prácticamente de todo. Los nombres: Héctor Aguilar Camín, Enrique Florescano, Alejandra Moreno Toscano, Guillermo Bonfil Batalla, Arturo Warman, Rolando Cordera, Pablo González Casanova, Lorenzo Meyer, José

¹³⁰ Enrique Florescano. “Los orígenes”, en *nexos*. Enero 2008. Versión electrónica disponible en: <http://www.nexos.com.mx/?mes=1&anio=2008&search=go&P=numanteriores&PAGE=1>. Consultada: febrero 2013.

Blanco, José Luis Reyna, Julio Labastida, Antonio Alatorre, José Joaquín Blanco, Adolfo Castañón, Carlos Monsiváis, José Emilio Pacheco, Luis Cañedo, Eugenio Filloy, Julio Frenk, Cinna Lomnitz, Daniel López Acuña, José Warman, Carlos Pereyra, Luis Villoro, Yolanda Moreno Rivas, Bernardo Recamier.¹³¹

Como da cuenta el conjunto de personas que asistían a la sesiones, un rasgo significativo era la pluralidad de orígenes disciplinares, edades y tradiciones intelectuales. Se reunían historiadores, filósofos, antropólogos, literatos y científicos; verdes, rojos, amarillos y naranjas; jóvenes, no tan jóvenes y algunos comenzando a envejecer. Sin embargo, también compartían una serie de elementos que fueron los que sentaron las bases para la configuración de esta red intelectual.

En primer lugar, como Héctor Aguilar Camín señala, “un rasgo común a todos ellos es que estaban profesionalmente insertos en la vida académica y universitaria, no en los antiguos *modus vivendi* de los escritores y los intelectuales: la diplomacia, el artículo periodístico, la burocracia educativa, la política o la escritura de discursos para políticos”.¹³² Recordemos, como fue señalado en otra parte de este texto, que en nuestro país fue durante la década de los setenta que las instituciones de educación superior tuvieron un impulso y crecimiento significativo. A partir de ese momento fue que el ser académico se volvió una forma de vida para un sector de la población.

¹³¹ Florescano “Los orígenes”; Héctor Aguilar Camín “Los años en nexos”, en *nexos*. Enero 2008. Versión electrónica disponible en: <http://www.nexos.com.mx/?mes=1&anio=2008&search=go&P=numanteriores&PAGE=1>. Consultada: febrero 2013; Héctor Aguilar Camín, entrevista con el autor, Ciudad de México, 10-11 diciembre 2012.

¹³² Héctor Aguilar Camín, entrevista con el autor, Ciudad de México, 10-11 diciembre 2012.

Casi paradójicamente, al mismo tiempo había en ellos una voluntad por romper las barreras entre la academia y la esfera pública. Este conjunto de individuos, como grupo, “tenía una proyección social, un interés social, quería pasar los límites, las barreras de la Academia y mezclarse”.¹³³ Su voluntad por impactar a un público amplio se expresa claramente en la editorial del primer número de la revista: “[*Nexos*] es, sobre todo, un intento de exhibir y volver accesibles los conocimientos y recursos intelectuales de que disponemos para entender los problemas estratégicos de México y, por extensión, de América Latina”.¹³⁴

La revista pretendía ser una “publicación de servicio”¹³⁵, y sus miembros, por lo tanto, los divulgadores del conocimiento y generadores de las ideas que estarían al servicio de la sociedad que les interesaba cambiar. Se refleja en ellos la aspiración a incidir desde una tradición particular: la de la intelectualidad pública. Atinadamente, Maarten van Delden señala que para los editores de *nexos* “no cabe la duda de que la función social del intelectual es de servir a la sociedad [...] el intelectual tiene que comprometerse con los temas del mundo que lo rodea, y contribuir a la solución de los problemas del país”.¹³⁶ Como grupo, los fundadores de *nexos* querían dar voz a los temas que ellos consideraban que era preciso atender para transformar al país, y planteaban hacerlo desde ese “esfuerzo mancomunado de muchas voluntades dispuestas a la comunicación

¹³³ Enrique Florescano, entrevista con el autor, Ciudad de México, 18 julio 2012.

¹³⁴ Anónimo. “Editorial”, en *nexos*. Número 1 (enero 1978), 3.

¹³⁵ Anónimo. “Editorial”.

¹³⁶ Maarten van Delden, “Conjunciones y disyunciones: la rivalidad entre *Vuelta* y *Nexos*”, en *Foro Hispánico: El laberinto de la solidaridad. Cultura y política en México (1910-2000)*, bajo la dirección de Kristine Vanden Berghe y Maarten van Delden, número 22, 2000. 108.

recíproca, al diálogo razonado y a la búsqueda de alternativas fundadas en la reflexión”.¹³⁷

Fue del diálogo entre esta serie de individuos con preocupaciones similares, y de la búsqueda por encontrar un espacio en donde publicar aquello discutido en el “seminario de los sábados”, que surgió la idea de la revista *nexos*.¹³⁸ Pero, ¿cuándo nació ésta propiamente? Los recuerdos de los protagonistas se confunden y entremezclan pero, más allá de los detalles, su esencia es la misma. Así, por ejemplo, José María Pérez Gay recuerda:

Una tarde de agosto o septiembre de 1977, en el bar del Sanborns de la glorieta de Chapultepec. Enrique Florescano, Carlos Monsiváis, Héctor Aguilar Camín, Rolando Cordera y John Womack Jr. hablaban y discutían sobre la necesidad de publicar una revista que reuniera los espacios de la sociedad, la ciencia, la literatura y, al mismo tiempo, hiciera la crítica política y social del país, sobre todo y ante todo del sexenio de Luis Echeverría y del recién llegado José López Portillo.¹³⁹

La memoria de Luis Miguel Aguilar sitúa el nacimiento de la revista en un momento más exabrupto –menos creíble– pero al mismo tiempo más delicado ya que nos da cuenta del ritmo y estado de ánimo que envolvía aquellos instantes.

Recuerdo la mañana del primero de enero de 1977, luego de la noche de Año Nuevo, en que Héctor Aguilar Camín, Jorge Ceballos y yo tomamos un taxi desde la casa de mi madre en la colonia Condesa para ir a la casa de Enrique Florescano en Contadero; recuerdo a Héctor Aguilar Camín proponiéndole a Enrique Florescano la confección de una revista que hacía falta en México; recuerdo a Enrique Florescano haciendo las primeras llamadas convocantes de ese Año Nuevo para empezar aquel proyecto.

¹³⁷ Anónimo. “Editorial”.

¹³⁸ Héctor Aguilar Camín, entrevista con el autor, Ciudad de México, 10-11 diciembre 2012.

¹³⁹ José María Pérez Gay. “30 años en mil palabras”, en *nexos*. Enero 2008. Versión electrónica disponible en: <http://www.nexos.com.mx/?mes=1&anio=2008&search=go&P=numanteriores&PAGE=1>. Consultada: febrero 2013.

Recuerdo el agradable calor como de invernadero contra el frío previo de la madrugada porque a las nueve y media de la mañana el sol ya pegaba muy bien en el padrísimo estudio-biblioteca de Enrique Florescano.¹⁴⁰

El hecho es que en enero de 1978, con Enrique Florescano como su director, se publica el primer número de la nueva revista. Las oficinas fueron instaladas en la planta alta de una casa ubicada en Prado Norte en las Lomas de Chapultepec justo enfrente del mercado,¹⁴¹ la cual era propiedad Manuel Moreno Sánchez.¹⁴² Poco importa si la idea surgió en el Sanborns de la glorieta de Chapultepec o en un taxi a media noche, lo significativo es que los fundadores de *nexos* eran conscientes del momento histórico en el que vivían. En este sentido, buscaban crear una nueva revista no solamente para dar a conocer sus ideas, sino para

¹⁴⁰ Luis Miguel Aguilar “30 Recuerdos”, en *nexos*. Enero 2008. Versión electrónica disponible en: <http://www.nexos.com.mx/?mes=1&anio=2008&search=go&P=numanteriores&PAGE=1>. Consultada: febrero 2013. José Joaquín Blanco habla de “las entusiastas reuniones de 1977 en que se preparó la formación y el lanzamiento de nuestra revista”. José Joaquín Blanco. “Conectar”, en *nexos*. Enero 2008. Versión electrónica disponible en: <http://www.nexos.com.mx/?mes=1&anio=2008&search=go&P=numanteriores&PAGE=1>. Consultada: febrero 2013.

¹⁴¹ Almada Bay cuenta que era en este mercado “donde de vez en cuando los redactores coincidíamos a la mesa para comer pollo en mole poblano o carne de cerdo en trozos bañados en salsa verde, con tortillas de maíz recién hechas, que pasábamos con aguas frescas. En esta casa me tocaron discusiones interesantes, algunas acaloradas, del consejo editorial.” Ignacio Almada Bay. “La capital, nexos y yo”, en *nexos*. Enero 2008. Versión electrónica disponible en: <http://www.nexos.com.mx/?mes=1&anio=2008&search=go&P=numanteriores&PAGE=1>. Consultada: febrero 2013.

¹⁴² Manuel Moreno Sánchez, padre de Alejandra Moreno Toscano, era también “anfitrión de históricas comidas campestres en el húmedo refugio de Los Barandales, un rancho de huertos ralos propiedad de la familia en las alturas metafísicas del pueblo de Ocoyoacac, rumbo a Toluca. Ahí solían confluír, varias veces al año, nuestros ánimos discutidores, ebrios de ideas y de lo otro, devanando el país en largas sobremesas de palabras arrebatadas, ceñidas por un estilo analítico cuyo límite resumía con puntualidad generacional Moreno Sánchez: “Donde ustedes ven causas políticas y lucha de clases, yo sólo veo lucha de intereses y pleito de personas”. Héctor Aguilar Camín, autor de las palabras anteriores, recuerda: “veo en torno a aquellas mesas abundantes las ollas de barro con moles y barbacoa, arroces y chiles rellenos, huazontles capeados, chicharrones en salsa verde, y los rostros próximos, centrales a la vida de *nexos*, toda una colección de inteligencias: la rápida y radiante Soledad Loaeza, el socrático Hugo Hiriart, el exigente Arnaldo Córdova, la serena Olga Pellicer, el indesencantable Adolfo Gilly, el provocativo Roger Bartra, el sólido Carlos Tello, el sapientísimo Antonio Alatorre, el espiritual Jean Meyer, el dialogante Lorenzo Meyer, la discreta Yolanda Moreno Rivas, el perspicaz José Luis Reyna, el gozoso Julio Labastida, y el genio loco de José Warman, la aureola ascética de Ruy Pérez Tamayo, el gesto elocuente de José María Pérez Gay, la gracia de Ángeles Mastretta, la risa inconfundible de José Joaquín Blanco siguiendo los vaivenes de su mente encendida.” Héctor Aguilar Camín. “Los años en nexos”.

llenar un vacío en el panorama cultural mexicano de aquellos años.

La idea nodal de la publicación emanaba de la propia naturaleza del “seminario de los sábados”: ser un espacio de entrecruzamiento entre los distintos saberes. El nombre de la revista reafirmaba la idea: querían construir nexos entre las distintas ramas del conocimiento humano. Adolfo Castañón dice al respecto: “se quería que la revista fuese multidisciplinaria y que combinara una profundidad teórica en los diversos ámbitos con un pasable registro de la actualidad mexicana, latinoamericana y, por supuesto, mundial.”¹⁴³ La editorial del primer número también lo decía claramente:

nexos quiere ser lo que su nombre anuncia: lugar de cruces y vinculaciones, punto de enlace para experiencias y disciplinas que la especialización tiende a separar, a oponer incluso. Aspira a ser un foro donde se expresen los problemas de la ciencia y la tecnología, la investigación económica y social, el ensayo literario, la historia y la realidad política.¹⁴⁴

Este rasgo era el que distinguía a la publicación, y le permitía ocupar un nicho ignorado por el resto. José Joaquín Blanco plantea que:

En esa época no escaseaban revistas y suplementos culturales y académicos, pero se tendía no sólo a la especialización sino al marginamiento, casi en ghettos, de los diversos géneros y disciplinas del arte, la ciencia, la sociedad, la academia y la cultura. Sin menoscabo del

¹⁴³ Adolfo Castañón. “Hace 30 años” , en *nexos*. Enero 2008. Versión electrónica disponible en: <http://www.nexos.com.mx/?mes=1&anio=2008&search=go&P=numanteriores&PAGE=1>. Consultada: febrero 2013.

¹⁴⁴ Anónimo. “Editorial”.

cultivo profesional de cada campo, urgían puentes, comunicaciones, trasvases, reacciones y contaminaciones entre los diversos trabajadores de la cultura y sus productos.¹⁴⁵

Nexos creó así un nuevo espacio de producción cultural. El nicho que ocupó, vacío hasta entonces, se justificaba en gran medida por el público al que aspiraba la revista. Los lectores para los que se pensó esta publicación de crítica y divulgación, pertenecían al mismo mundo que gestaba a los autores: la universidad. Este era un público, que si bien resulta paradójico cuando se piensa que uno de los objetivos que dieron vida a la revista era rehuir las prácticas de especialización y proveer de espacios de convergencia más allá del espacio académico, es al mismo tiempo el más natural para una publicación que nace de un espíritu crítico, el cual cristaliza en una voluntad por realizar una “divulgación lo más vasta, sencilla y eficaz que sea posible; una crítica abierta, libre, ajena a las verdades absolutas”.¹⁴⁶

La universidad no solamente era el origen de los miembros de *nexos* sino el lugar en donde ellos ubicaban las herramientas analíticas que creían necesitan para analizar la realidad mexicana de aquellos años. Según los editores de *nexos*, desde la década de los cincuenta México había sufrido transformaciones radicales que desbordaron lo que ellos denominan “la cultura literaria”, la cual había sido “el

¹⁴⁵ José Joaquín Blanco. “Conectar”

¹⁴⁶ Anónimo. “Editorial”.

eje de la vida artística y crítica del país”.¹⁴⁷ La realidad nacional se volvió más compleja y “sus contradicciones y sus puntos de fricción” se multiplicaron.¹⁴⁸

Ante estos fenómenos, las herramientas analíticas que se tenían resultaron insuficientes e inservibles: “nos faltan los instrumentos adecuados para entender sus mecanismos e imaginar alternativas creadoras tanto para analizarlos como para resolverlos”.¹⁴⁹ Concebían que “el aparato cultural existente sigue asistiendo, entre el desconcierto y el tedio, al espectáculo de una gran cantidad de conflictos que no entiende y que no podrá entender sin diversificar notoriamente sus intereses y su información”. Los temas y problemas se volvieron otros, y como tal necesitaban nuevas herramientas con las cuales ser explicados y respondidos.

Entre estos nuevos temas estaban:

el petróleo o la reforma política, la inflación y la quiebra financiera del Estado, la urbanización y las colonias populares, los giros ideológicos de la cultura popular por la penetración de los medios masivos o los amplios sectores de la clase media que se precipitan en un mercado de *best-sellers*, muebles provenzales, música instrumental, cultos esotéricos o astrológicos

Para los editores de *nexos*, estos temas no solamente eran los apremiantes en términos intelectuales sino aquellos que debían ser resueltos para mejorar la

¹⁴⁷ Anónimo. “Editorial”.

¹⁴⁸ Anónimo. “Editorial”.

¹⁴⁹ Anónimo. “Editorial”.

realidad mexicana.¹⁵⁰ Ellos mismos plantean esta idea al afirmar: “juzgamos limitado, o inútil, diseñar un proyecto cultural que no incluya en su perspectiva los desafíos y el análisis de la realidad social a la que pretende dirigirse”.¹⁵¹ Por ello es que la actividad intelectual “puede y debe inscribirse en una línea de preocupaciones que incluya los problemas de todos, los factores múltiples que frenan complican o deforman nuestro desarrollo, y ratifican o acrecientan privilegios y desigualdades”.¹⁵²

Recapitulando: más allá de sus diferencias, el conjunto de individuos que formaron una red en torno la a revista *nexos* compartían el afán de ser identificados por una manera específica de acercarse a los problemas nacionales, mantenían cierto acuerdo sobre la manera mediante la cual transmitir ideas y el público que ha de recibirlas, así como el planteamiento de que la pluralidad de enfoques era elemento fundamental. Son estos rasgos los cuales le dieron cohesión a la red y permitieron hablar posteriormente del “grupo *nexos*”, ente surgido de una revista que se convirtió en un espacio generador de una red intelectual con un proyecto común. La revista terminó siendo, aquello que Beatriz Sarlo ha dicho que son las revistas: “un lugar y una organización de discursos

¹⁵⁰ Si bien es cierto que *nexos* nace con una visión multidisciplinar, mantiene una división tripartita de los temas que aborda que evidencian su visión académica: “sociedad e historia”, “ciencia” y “literatura y artes”. Maarten van Delden subraya esto y escribe al respecto: “la visión académica que tiene la revista de la organización del saber se refleja en la división tripartita del comité editorial, cuyos miembros se encuentran repartidos en tres áreas cuya definición es típicamente académica”. Maarten van Delden. “Conjunciones y disyunciones: la rivalidad entre *Vuelta* y *Nexos*”.

¹⁵¹ Anónimo. “Editorial”.

¹⁵² Anónimo. “Editorial”.

diferentes, un mapa de las relaciones intelectuales, con sus clivajes de edad e ideologías, un red de comunicación entre la dimensión cultural y la política” .¹⁵³

El libro *Historia, ¿para qué?* es un proyecto particular del “grupo *nexos*”. Adolfo Gilly afirma que “era, a su modo, un fruto de *nexos*”.¹⁵⁴ No solamente era producto del trabajo de individuos que formaban parte de este grupo de intelectuales, sino que, como se verá más adelante, en términos generales compartía varios de los rasgos propios del “grupo *nexos*”.

¹⁵³ Beatriz Sarlo. “Intelectuales y revistas: razones de una práctica”, en Centre de Reserches Interuniversitaire sur les Champs Culturels en Amérique Latine, *Les discours culturels dans les revues latino-américaines (1940-1970)*, París, Presses de la Sorbonne Nouvelle, 2000. 10.

¹⁵⁴ Adolfo Gilly. “Nexos de las historias”, en *nexos*. Enero 2008. Versión electrónica disponible en: <http://www.nexos.com.mx/?mes=1&anio=2008&search=go&P=numanteriores&PAGE=1>. Consultada: febrero 2013.

El libro

Para responder la pregunta “historia, ¿para qué?” Alejandra Moreno Toscano y Jorge Ceballos, quien entonces trabajaba también en el AGN, viajaron con los intelectuales convocados para la ocasión a La Paz, Baja California. Todos, acompañados de sus parejas e hijos, se hospedaron durante los días 6, 7 y 8 de mayo de 1980 en el hotel Presidente.¹⁵⁵ Éste, según rememora José Joaquín Blanco, era propiedad de la Secretaría de Gobernación y funcionaba como hotel-escuela para jóvenes por lo que “cuando querías un café o algo era un problema conseguirlo. Era un hotelito escuela que tampoco tenían en qué utilizarlo y entonces lo utilizaron para el simposio. Y nos atendían muchachos que estaban aprendiendo a ser camareros.”¹⁵⁶

Formalmente se trabajó en las tardes y noches. “En la mañana todos se levantaban tardísimo, tenían desayuno libre, sol y playa.”¹⁵⁷ Arnaldo Córdova dice: “Anduvimos en la juerga todos los días, en las playas, en fin. Me acuerdo que me di una quemadota tremenda.”¹⁵⁸ Héctor Aguilar Camín tiene la imagen de “Adolfo

¹⁵⁵ “Seminario Historia, ¿para qué?”. Archivo del Archivo General de la Nación, sección Dirección General, Serie Reuniones, conferencias nacionales e internacionales, caja 23, expediente 2.

¹⁵⁶ José Joaquín Blanco, entrevista con el autor, Ciudad de México, 14 junio 2012. (Anexo 1.3)

¹⁵⁷ Alejandra Moreno Toscano, entrevista con el autor, Ciudad de México, 18 mayo 2012. (Anexo 1.2)

¹⁵⁸ Arnaldo Córdova, entrevista con el autor, Ciudad de México, 11 junio 2012. (Anexo 1.4)

Gilly remando en una canoa sobre la playa mientras a otros nos servían unas almejas gigantes en un tendajón”.¹⁵⁹

Cuando el sol se ponía y los mosquitos empezaban a molestar, las sesiones comenzaban. Se leía cuidadosamente lo que cada uno había preparado y posteriormente se discutía. Las discusiones se asemejaban más a una charla o diálogo que a una discusión académica. Los participantes eran conocidos y amigos. A esto hay que sumarle, como señala Florescano que “[...] no había más que el hotel y la playa, así que la interacción entre todos se hizo muy, muy fuerte.”¹⁶⁰ Fue gracias a esto que, como recuerda el mismo Florescano, pudieron “[...] desahogar todos esos temas y crear una interacción entre el grupo porque todos nos reuníamos antes, pero no habíamos hablado sobre ese tema”.¹⁶¹

Según recuerda Alejandra Moreno Toscano, al terminar las sesiones: “[...] venía el momento más divertido de todas las reuniones que le llamaba Luis González el poscoloquio. Y entonces ahí empezaban a contar anécdotas, hablaban de cómo estaban trabajando sus siguientes libros, de por qué estaban peleados, todos los puntos puestos sobre su vida personal”.¹⁶²

Pero, ¿por qué viajar hasta La Paz para lograr esto si prácticamente todos vivían en la misma ciudad? Moreno Toscano, la organizadora del evento, dice: “Todo el mundo tenía mucho trabajo, siempre todo el mundo tiene mucho trabajo, todo el mundo tiene que dar clases, todo el mundo tiene que hacer sus apuntes,

¹⁵⁹ Héctor Aguilar Camín, entrevista con el autor, Ciudad de México, 10 y 11 diciembre 2012. (Anexo 1.6).

¹⁶⁰ Enrique Florescano, entrevista con el autor, Ciudad de México, 18 julio 2012. (Anexo 1.5).

¹⁶¹ *Ibidem*.

¹⁶² Alejandra Moreno Toscano, entrevista con el autor, Ciudad de México, 18 mayo 2012. (Anexo 1.2).

todo el mundo tiene que terminar sus libros, para comprometernos para terminar el libro y la redacción vámonos al fin del mundo; y el fin del mundo entonces pues era Baja California”.¹⁶³ El aislamiento permitió trabajar de manera productiva y eficaz. Gilly recuerda al respecto: “Al inicio yo no entendía porque había que irse allá si todos (o casi) vivíamos en la ciudad de México, pero al cabo de las discusiones, las conversaciones y la breve estadía aprendí las ventajas del método "monasterio", si uno sabe aprovechar y disfrutar la convivencia con los colegas y sus experiencias y conocimientos.”¹⁶⁴

Al final, la estrategia funcionó y los días en La Paz fueron productivos. El trabajo cristalizó en un libro fuera de comercio cuadrado, de 25 centímetros por 25 centímetros, de pasta dura color naranja, ilustrada con grabados e imágenes en blanco y negro.¹⁶⁵ Fue editada por la Dirección de Difusión y Publicaciones del propio AGN, e impresa en los Talleres Gráficos de la Nación. Su colofón explica: “Por convenio especial con Siglo XXI Editores, el Archivo General de la Nación preparó esta edición de 500 ejemplares numerados y fuera de comercio del libro *Historia, ¿para qué?* con motivo de su traslado al antiguo penal de Lecumberri. México D.F. 1981.”¹⁶⁶ Las copias de esta edición fueron distribuidas entre los

¹⁶³ *Ibidem*.

¹⁶⁴ Adolfo Gilly, entrevista con el autor, Ciudad de México, 3 abril 2012. (Anexo 1.1)

¹⁶⁵ En una entrevista con el autor Adolfo Gilly hace mención a esta edición: “Existe una edición inicial del libro, en gran tamaño y con hermosa tipografía. Por supuesto, está agotada.” Adolfo Gilly, entrevista con el autor, Ciudad de México, 3 abril 2012. José Joaquín Blanco también recuerda este “librote” naranja. José Joaquín Blanco, entrevista con el autor, Ciudad de México, 14 junio 2012. (Anexo 1.3)

¹⁶⁶ Carlos Pereyra *et al.* *Historia, ¿para qué?* (México: AGN, 1981).

colaboradores más cercanos del Archivo y los asistentes a la (re)inauguración de Lecumberri.¹⁶⁷

Las ediciones gubernamentales tienen poca distribución y por ende poco impacto. Alejandra Moreno Toscano plantea que: “[...] esas ediciones de acciones gubernamentales por sí tienen una vida muy efímera, entonces tú tienes que aceptar que para que se reproduzca el conocimiento lo tiene que asumir una empresa de reproducción de conocimiento que se llaman editoriales, y Siglo XXI era entonces una editorial muy abierta para las nuevas propuestas editoriales.”¹⁶⁸ Por ello, le propuso a Arnaldo Orfila Reynal, entonces director de Siglo XXI Editores, publicar un libro con los resultados del viaje.¹⁶⁹ Los ensayos fueron publicados como los entregaron los autores, prácticamente sin editarlos o corregirlos.¹⁷⁰ Para la coordinadora de *Historia, ¿para qué?*, “fue una fiesta hacer ese libro, y eso se refleja en el libro mismo; y por eso porque es amable, interesante, inteligente, útil, sintético.”¹⁷¹ Los diez ensayos son de fácil lectura, su prosa fluye sin torpeza: casi se escuchan en lugar de leerse. Este rasgo estilístico fue fundamental para el posterior éxito de la obra.

¹⁶⁷ Alejandra Moreno Toscano dice: “Fue precisamente para un evento público que fue una edición limitada – ahora debe ser el sueño de los bibliófilos– especial y se distribuyó en un evento del archivo propiamente. Una edición bien bonita”. Alejandra Moreno Toscano. *Op. Cit.*

¹⁶⁸ *Ibidem.*

¹⁶⁹ Sobre Arnaldo Orfila Reynal véase: Víctor Erwin Nova Ramírez. “Arnaldo Orfila Reynal. El editor que marcó los cánones de la edición latinoamericana”. Tesis para obtener el grado de maestro en historia. Tutor: Ricardo Pozas Horcasitas. Universidad Autónoma Metropolitana/Unidad Azcapotzalco/División de Ciencias Sociales y Humanidades/Posgrado en Historiografía. México, D.F. febrero 2013.

¹⁷⁰ Aunque cada autor tenía sus particularidades. Sobre Monsiváis, José Joaquín Blanco dice: “Monsiváis tenía la manía siempre de reescribir las cosas, así que vete a saber si no lo reescribió después.” José Joaquín Blanco, entrevista con el autor, Ciudad de México, 14 junio 2012. (Anexo 1.3)

¹⁷¹ Alejandra Moreno Toscano, *Op. Cit.*

La primera edición de *Historia, ¿para qué?* publicada por Siglo XXI, la cual estuvo al cuidado de Eugenia Huerta, se terminó de imprimir el 4 de diciembre de 1980 con una portada diseñada por Anheló Hernández, artista uruguayo entonces exiliado en México.¹⁷² Además de las dos ediciones ya mencionadas, algunos de los autores habían publicado o presentado su texto de manera individual. Por ejemplo, Carlos Pereyra presentó en el Simposio Internacional de Filosofía una conferencia titulada "Historia para qué", que podemos suponer que tenía un contenido similar a su ensayo en el libro *Historia, ¿para qué?* que lleva el mismo título. Este Simposio fue organizado por el Instituto de Investigaciones Filosóficas, y tuvo lugar en Galindo, Querétaro, del 25 al 28 de agosto de 1980. Replicaron su intervención Abelardo Villegas de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, y

¹⁷² Carlos Pereyra. *Historia, ¿para qué?* (México: Siglo XXI Editores, 1980). Anheló Hernández nació el 21 de noviembre de 1922 en Montevideo, Uruguay. Estudió escultura y dibujo con Alberto Savia, y posteriormente Adolfo Pastor le enseñó las técnicas litográficas. Formó parte del Taller Torres García. Posteriormente fungió como profesor de dibujo, y tuvo varias exposiciones individuales. Sin embargo Anheló Hernández también tenía una participación política activa. Fue miembro del Partido Comunista de Uruguay (PCU), y realizó varios viajes a China y a la URSS en los cuales expuso su obra. Así, cuando Juan María Bordaberry subió al poder, lo llevaron a refugiarse en la embajada mexicana. Después de permanecer en ella durante cinco meses bajo la protección del embajador Vicente Muñiz Arroyo, Anheló Hernández se exilia en México el 25 de junio 1976. En la ciudad de México trabajó como portadista de la editorial Siglo XXI. En seis años realizó más de trescientas portadas para libros. Terminó ocupando el cargo de director del departamento de diseño gráfico de la editorial. Se pueden citar: *Política de Nuestra América* de José Martí (1977), *La Frontera Nómada: Sonora y la Revolución Mexicana* de Héctor Aguilar Camín (1977), *El socialismo y el hombre nuevo* de Ernesto "Che" Guevara (1977), *El nacimiento de la clínica. Una arqueología de la mirada clínica* de Michel Foucault (1977), *Cotidianas* de Mario Benedetti (1979), *Transición de la antigüedad al feudalismo* de Perry Anderson (1979), *La producción simbólica. Teoría y método en sociología del arte* de Néstor García Canclini (1979), *El subdesarrollo Latinoamericano y la teoría del desarrollo* de Osvaldo Sunkel y Pedro Paz (1980), *Mitologías* de Roland Barthes (1980), *Diccionario de la lengua nahuatl o mexicana* de Rémi Siméon (1981), *La cuestión Nacional y la Formación de los Estados* de Karl Marx y Friedrich Engels (1981), *Fragmento de un discurso amoroso* de Roland Barthes (1982). Pablo Thiago Rocca dice, refiriéndose a la faceta de ilustrador y diseñador de Hernández, "la ilustración de libros marca el estrecho vínculo del artista con la literatura y se mantiene, con intermitencias, en toda su carrera (...). Elevada a un sitial de excelencia ha sido también una forma de ganarse la vida". Pablo Thiago Rocca. "Constancias y mudanzas en la obra de Anheló Hernández", en María Simón *et al. Antológica Anheló Hernández*. (Montevideo: Museo Nacional de Artes Visuales, 2008): 23. Ver colofón. Sobre Anheló Hernández. Véase María Simón *et al. Antológica Anheló Hernández*. (Montevideo: Museo Nacional de Artes Visuales, 2008).

Corina de Yturbe del Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM.¹⁷³ Por su parte, Adolfo Gilly publicó su intervención en la revista *nexos* en octubre de 1980.¹⁷⁴

Ni Alejandra Moreno Toscano ni los autores, se imaginaron el impacto que tendría el libro que agrupaba el trabajo producido en el seminario en La Paz. Muestra de lo anterior es que en el momento de las negociaciones con la editorial Siglo XXI no se solicitaron los derechos de autor para el grupo de ensayistas.¹⁷⁵ Sin embargo, el libro ha sido sumamente leído.¹⁷⁶ Desde la primera edición,

¹⁷³ “Noticias”, en *Crítica: Revista Hispanoamericana de Filosofía*, Vol. 12, No. 36 (Diciembre, 1980): 112-117.

¹⁷⁴ Adolfo Gilly. “Historia y poder”, en *Nexos*. Número 34 (Octubre 1980). En la presentación del ensayo se aclara: “El ensayo que presentamos forma parte del libro *Historia para qué*, organizado por el Archivo General de la Nación, que editará próximamente Siglo XXI.” Al final, el texto está fechado mayo-junio 1980. En la versión publicada en *Nexos* no se incluye la letra del corrido “Máquina 501” que aparece en la versión publicada por Siglo XXI.

¹⁷⁵ Adolfo Gilly. conversación telefónica con el autor, Ciudad de México, 4 enero 2012.

¹⁷⁶ Paradójicamente, es un libro poco estudiado. Hasta donde alcanzan mis pesquisas, hasta hoy nadie ha estudiado a profundidad el libro *Historia, ¿para qué?* Hay que mencionar el análisis que los argentinos Jorge Cernadas y Daniel Lvovich realizan en la introducción al ya mencionado *Historia, ¿para qué?: revistas a una vieja pregunta*. Véase: Jorge Cernadas y Daniel Lvovich. “Revistas a la pregunta: historia, ¿para qué?”, en Elías José Palti *et al.* *Historia, ¿para qué?: revistas a una vieja pregunta*. Jorge Cernadas y Daniel Lvovich (editores). (Buenos Aires: Prometeo Libros, 2010). Asimismo, en un libro recién publicado, Carlos Illades analiza los ensayos de Carlos Pereyra y Adolfo Gilly publicados en *Historia, ¿para qué?* Véase Carlos Illades, *La inteligencia rebelde. La izquierda en el debate público en México 1968-1989*. (México: Océano, 2012), 116 ss.

Encontré tres reseñas publicadas, dos en México y una en Estados Unidos, al momento de la publicación de la primera edición del libro: Enrique Krauze. “Las caras de la Historia”, en *Sábado*. Suplemento del periódico *Unomásuno*. Número 172, (sábado 21 febrero 1981). p. 2-5. Éste texto fue posteriormente publicado en un libro: Enrique Krauze. “Historia, ¿para qué?”, en *Caras de la historia*. (México: Joaquín Mortiz, 1983), 15-38. Rodolfo Pastor. “Sobre Carlos Pereyra *et al.*: *Historia ¿para qué?* México, 1980”, en *Historia Mexicana*. Vol. XXX, núm. 4 (Abril-Junio 1981): 611-618. Stanley R. Ross. “Reseña [sin título] del libro *Historia, ¿para qué?* por Carlos Pereyra *et al.* México: Siglo Veintiuno Editores, 1980. Pp. 245. Paper.”, en *The Hispanic American Historical Review*, vol. 61, núm. 4, (Noviembre 1981), 781-783.

La reseña que Enrique Krauze hizo del libro, aparecida en el suplemento *Sábado* del periódico *Unomásuno*, desató una polémica entre Krauze y dos de los autores del libro, Arnaldo Córdova y Adolfo Gilly, quienes le contestaron en el mismo medio. La polémica se encuentra dispersa en: Enrique Krauze. “Las caras de la Historia”, en *Sábado*. Suplemento del periódico *Unomásuno*. Número 172 (sábado 21 febrero 1981): 2-5. Éste texto fue posteriormente publicado en un libro: Enrique Krauze. “Historia, ¿para qué?”, en *Caras de la historia*. (México: Joaquín Mortiz, 1983): 15-38. Adolfo Gilly. “El amor a la verdad”, en *Sábado*. Suplemento del periódico *Unomásuno*. Número 174 (sábado 7 marzo 1981). Arnaldo Córdova. “Respuesta a Enrique Krauze. Historia y política”, en *Sábado*. Suplemento del periódico *Unomásuno*. Número 176 (sábado 21 marzo 1981): 10-11. Enrique Krauze. “La polémica. Actitud ante la historia”, en *Sábado*. Suplemento del periódico *Unomásuno*. Número 179 (sábado 11 abril 1981): 8. Arnaldo Córdova menciona la polémica en un

aparecida a finales del año 1980, hasta abril del 2012, se han tirado veintitrés reimpresiones sumando un total de ciento veintiún mil copias.¹⁷⁷

Roger Bartra afirma que: “[...] los libros parecen en México una especie en peligro de extinción.”¹⁷⁸ Esto no se debe a que los formatos electrónicos estén sustituyendo al libro impreso, sino al hecho de que en México se lee poquísimos. De acuerdo con un estudio realizado por la OCDE y la Unesco titulado “Hábitos de lectura” el mexicano promedio lee 2.8 libros al año.¹⁷⁹ Según datos de *Encuesta nacional de lectura* llevada a cabo por el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Conaculta), 43.1% de los entrevistados no lee. Del total, 12.7% nunca ha leído un libro en su vida. Cuando se les preguntó a aquellos que han leído por lo menos un libro, cuál había sido el último que habían leído, 51% no lo recordaba. ¿Cuáles son los libros más populares según esta encuesta? *La Biblia y Juventud en éxtasis* de Carlos Cuauhtémoc Sánchez. No sólo es importante saber cuánto se lee sino también qué y cómo se lee.¹⁸⁰ De los entrevistados, 40% nunca ha pisado una librería.¹⁸¹ En el 2005 había en la Ciudad de México tan sólo 325 librerías, algo así como unas 18 librerías por cada millón de habitantes.¹⁸² Si consideramos

artículo de su autoría titulado "Octavio Paz y la izquierda". Véase Arnaldo Córdova. "Octavio Paz y la izquierda", en *La Jornada*. (Domingo 1 julio 2007). Versión electrónica disponible en: <http://www.jornada.unam.mx/2007/07/01/index.php?section=opinion&article=018a1pol>. Consultada: mayo 2012.

¹⁷⁷ Véase Anexo 2. Ediciones y reimpresiones de *Historia, ¿para qué?* de 1980 a 2012 y ficha técnica.

¹⁷⁸ Roger Bartra. “El lujo de la lectura”, en La Jaula Abierta (blog del autor en *Letras Libres*). Entrada del 22 Febrero 2008. <http://www.letraslibres.com/blogs/el-lujo-de-la-lectura>. Consultada: abril 2012.

¹⁷⁹ Guillermo Sheridan. “La lectura en México/1”, en *Letras Libres*. Abril 2007. 122.

¹⁸⁰ Adolfo Castañón (con la colaboración de Alma Delia Hernández). “Notas al pie de un Zócalo vacío”, en *Letras Libres*. Agosto 2012. Núm 164. 67.

¹⁸¹ *Encuesta nacional de lectura*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Conaculta), 2006.

¹⁸² Gabriel Zaid. “La lectura como fracaso del sistema educativo”, en *Letras Libres*. Noviembre 2006. 41

al país en su conjunto, el dato es aún más estremecedor: en todo México solamente existen seiscientas librerías.¹⁸³

Esto no sólo sucede entre las personas con baja escolaridad. Entre aquellos entrevistados que cuentan con estudios de licenciatura o de posgrado, 22.4% no leen y 1.9% nunca ha leído un libro en su vida. De esta “élite cultural mexicana”, 18.4% jamás han ido a una librería, 35.3% no leen literatura en general, 6.5% no leen ni siquiera una hora a la semana, y sólo 59.9% leen periódicos y 51.9% revistas.¹⁸⁴

Gabriel Zaid y Guillermo Sheridan han señalado que varios datos de estas encuestas son exagerados, y que el panorama de la lectura en México es aún más desolador. Obviando esta crítica, y considerando que las encuestas citadas son representativas, los datos siguen siendo alarmantes: en México prácticamente no se lee. Más precisamente: en nuestro país casi no se lee, ni siquiera entre las capas “educadas.” Frente a este panorama, las ciento veintiún mil copias vendidas de *Historia, ¿para qué?* constituyen un verdadero éxito.

En México, son contados los libros de corte teórico que llegan a ese número de copias vendidas. El libro, que apenas alcanza las 245 páginas, se ha convertido en parte del “canon”.¹⁸⁵ Un inmenso número de estudiantes mexicanos de historia, sociología, ciencias políticas y demás disciplinas afines lo leen en sus

¹⁸³ Guillermo Sheridan. “La lectura en México/1”, en *Letras Libres*. Abril 2007. p. 122.

¹⁸⁴ *Encuesta nacional de lectura*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Conaculta), 2006.

¹⁸⁵ Sobre el “canon”, Harold Bloom dice: “Originalmente, el canon significaba la elección de libros por parte de nuestras instituciones de enseñanza, y a pesar de las recientes ideas políticas de multiculturalismo, la auténtica cuestión del canon subsiste todavía: *¿Qué debe intentar leer el individuo que todavía desea leer en este momento de la historia?*”. Harold Bloom. *El canon occidental. La escuela y los libros de todas las épocas*. Trad. de Damián Alou. 4. ed. Barcelona: Anagrama, 2005. 25. (Las cursivas son mías)

cursos introductorios y otros tantos lo hacen desde su educación preparatoria.¹⁸⁶ *Historia, ¿para qué?* es un libro que, más que estar de moda, es parte de la tradición: es una pieza del canon dentro de las disciplinas sociales y humanísticas en nuestro país. Es parte del grupo de libros que cohesionan, que forman una identidad epistémica al funcionar como experiencia colectiva que permiten la con-figuración de un “nosotros”. Forma parte de aquello que se cita presuponiendo que el otro sabe de lo que se está hablando. Dicho de otro modo: es una de las lecturas que te hacen ser “historiador” en nuestro país.

Durante las últimas tres décadas el libro *Historia, ¿para qué?* ha cumplido la función de un mito en la disciplina de la historia en México. El mito, en palabras de Bronislaw Malinovsky, es “[...] not merely a story told, but a reality lived [...] It expresses, enhances, and codifies belief; it safeguards and enforces morality; it vouches for the efficacy of ritual and enforces practical rules for the guidance of man.”¹⁸⁷ *Historia, ¿para qué?* ha funcionado como un mito en tanto establece las bases teóricas que justifican el quehacer del historiador frente al cuestionamiento sobre su utilidad. Como mito ha servido para mantener el equilibrio y estabilizar la organización social que es la comunidad de historiadores mexicanos, ha afirmado los lazos de solidaridad y constituido los elementos “en común.”¹⁸⁸

¹⁸⁶ Incluso la pregunta que conforma el título del libro ha sido apropiada por la Academia Mexicana de la Historia, quien organiza un ciclo de conferencias desde 1998 que lleva el mismo título que el libro. Uno de sus objetivos de estas conferencias es reflexionar sobre el quehacer del historiador y la función social de la Historia. Información obtenida del “Informe de labores. Academia Mexicana de la Historia Correspondiente de la Real de Madrid 2004-2011.” Gisela von Wobeser (Directora). http://www.acadmexhistoria.org.mx/Trabajos/Informe_Academia_Mexicana_de_la_Historia_2004-2011.pdf

¹⁸⁷ Bronislaw Malinovsky. “Myth in Primitive Psychology” (1926), en *Magic, Science and Religion and Other Essays*. Glencoe, Illinois, 1948. p. 78-79 Citado en: Peter Novick. *That Noble Dream. The “Objectivity Question” and the American Historical Profession*. (Cambridge: Cambridge University Press, 1988), 4.

¹⁸⁸ Peter Novick. *Op. Cit.* 4.

El éxito de esta publicación no se debió a su estilo ameno, sino porque vino a llenar un hueco enorme. Los historiadores mexicanos y latinoamericanos de finales de los setenta no tenían, a excepción de las obras de E.H. Carr *¿Qué es la historia?* y la *Apología para la historia o el oficio de historiador* de Marc Bloch, obras teóricas en donde se discutiera la utilidad de la disciplina.¹⁸⁹ *Historia, ¿para qué?* solucionó este problema central y por ello tuvo tan buena recepción. Florescano dice:

tuvo un impacto educativo tremendo. Yo me quedé con esa idea muy grabada y desde entonces la he continuado, porque todas mis colecciones que hice siguieron ese patrón: ¿qué falta? ¿qué es necesario para formar a las nuevas generaciones, para tener un impacto público los intelectuales, los académicos, etcétera? Entonces *Historia, ¿para qué?*, cumplió totalmente esa función, llenó ese hueco y se volvió el libro de texto de esa generación y de las posteriores.¹⁹⁰

Es importante señalar que el impacto de *Historia, ¿para qué?* no se redujo a México. En otros países latinoamericanos, en especial Argentina, su huella también fue significativa.¹⁹¹ En este país el impacto no se dio sino hasta 1984, cuando se imprimió la quinta edición en Buenos Aires. Llegó a un campo fértil puesto que recién se restituía el régimen democrático después de la caída de la dictadura un año antes, y la vida universitaria se revitalizaba. En este contexto, *Historia, ¿para qué?*, “se incorporó productivamente a la bibliografía de

¹⁸⁹ Enrique Florescano, entrevista con el autor, Ciudad de México, 18 julio 2012. (Anexo 1.5).

¹⁹⁰ *Ibidem*.

¹⁹¹ Enrique Florescano cuenta: “luego tuvo un gran peso en América Latina también, influyó mucho, todo el mundo citó ese libro.” Enrique Florescano, entrevista con el autor, Ciudad de México, 18 julio 2012. (Anexo 1.5).

asignaturas introductorias a la disciplina y, más en general, al debate sobre este campo de conocimiento.”¹⁹²

La influencia de *Historia, ¿para qué?* en Argentina ha sido tal que, en 2005, un grupo del Área de Historia del Instituto del Desarrollo Humano de la Universidad Nacional General de Sarmiento convocó, inspirados en la experiencia mexicana, un ciclo de conferencias abiertas a todo público en las cuales se reflexionó en torno a la pregunta “historia, ¿para qué?” y los desarrollos de la disciplina histórica en Argentina en los últimos años. Participaron en éstas conferencias Elías J. Palti, Alejandro Cattaruzza, Rosa Belvedresi, Enzo Traverso, Gabriela Águila, Luciano Alonso, Patricia Funes, Ezequiel Adamovsky, José Sazbón, Julián Gallego, Roberto Pittaluga, Horacio Tarcus y Mirta Zaida Lobato. En 2010, las participaciones fueron publicadas en forma de libro.¹⁹³

Más allá de su innegable impacto, ¿qué es *Historia, ¿para qué?*: ¿una recopilación de ensayos, las memorias de un seminario, un libro? ¿Realmente se puede hablar de *Historia, ¿para qué?* como un libro, es decir, como una unidad? ¿Acaso no está escrito por diez autores distintos con ideologías, perspectivas y estilos divergentes? Más que un libro, ¿no es una recopilación de ensayos separados? Sí, está escrito por diez autores diferentes. Sí, está compuesto por diez ensayos. Sin embargo –como mostraré más adelante–, hay ciertos elementos que atraviesan el libro, y permiten verlo como un producto cultural propio de un

¹⁹² Jorge Cernadas y Daniel Lvovich . “Revistas a la pregunta: historia, ¿para qué?”, en Elías José Palti *et al.* *Historia, ¿para qué?: revistas a una vieja pregunta*. Jorge Cernadas y Daniel Lvovich (editores). (Buenos Aires: Prometeo Libros, 2010), 10. Carlos Illades señala la “convocatoria” que desde un inicio tuvieron los ensayos que componen *Historia, ¿para qué?*. Véase Carlos Illades, *Op. Cit.* 116.

¹⁹³ Elías José Palti *et al.* *Historia, ¿para qué?: revistas a una vieja pregunta*. Jorge Cernadas y Daniel Lvovich (editores). (Buenos Aires: Prometeo Libros, 2010),

contexto histórico específico. Aquí argumento que hay ciertos elementos de convergencia en los diez ensayos, en las diez respuestas, que permiten verlas como una unidad: como un libro.¹⁹⁴ *Historia, ¿para qué?*, no son diez ensayos dispersos sin comunicación, es un libro en el cual sus distintas partes dialogan entre sí.¹⁹⁵

Es primordial señalar que soy consciente de que esta lectura transversal, y en conjunto, del libro tiende a homogenizar las diez respuestas, que tienen muchas diferencias e incluso en ciertos momentos posturas teóricas contradictorias. Además, hay que tener presente que los autores del libro representan tan sólo una parte del panorama cultural e intelectual mexicano de los años ochenta y no su totalidad. A su vez, hay que decir que –como traté de mostrar con las semblanzas biográfico-intelectuales anteriormente– los participantes en el libro provienen de tradiciones intelectuales distintas (aunque no siempre divergentes).

Así, si bien es cierto que existen diferencias profundas entre cada una de sus partes, hay “puntos en común” que se dejan entrever a lo largo de todo el libro.¹⁹⁶ En primer lugar, para los autores de *¿Historia, para qué?* la legitimidad del conocimiento histórico no se reduce a su utilidad. Para ellos, en última instancia, el más profundo “para qué” de la historia es la obtención de conocimiento. En este

¹⁹⁴ Sobre el concepto de “libro”. Véase Jaques Derrida. “The Book to Come”, en *Paper Machine*. Trad. de Rachel Bowlby. (Stanford, California: Stanford California Press, 2005).

¹⁹⁵ Aquí me refiero a un diálogo tanto a un diálogo textual y directo, como a uno indirecto. Para el “diálogo directo” véase, como ejemplo, Carlos Pereyra *et al.* *Historia, ¿para qué?*, 160, 171, 182, 183, 184. En estas páginas los autores hacen referencias directas a otros textos del propio libro.

¹⁹⁶ Parte del afán de analizar el libro en su conjunto y de manera aislada es de estudiar el producto como ha sido recibido por miles de lectores. En este sentido, el objeto de estudio de esta investigación no es el pensamiento de cada uno de los autores.

sentido, la justificación última de la historia es que nos otorga conocimiento *verdadero* acerca del pasado.

Carlos Pereyra, en el texto con el que comienza el libro, aclara que no hay que “medir con el mismo rasero las cualidades teóricas de un discurso histórico (su legitimidad) y su funcionamiento en el debate social.”¹⁹⁷ Más claramente: “utilidad y legitimidad [...] no son magnitudes equivalentes.”¹⁹⁸ Para Pereyra, por un lado está el problema de la obtención del conocimiento (la legitimidad teórica de la disciplina), y por otro lado está su utilidad social. La legitimidad de la historia, según Pereyra, no se reduce a su utilidad. “La apropiación cognoscitiva del pasado es un objeto válido por sí mismo o, mejor todavía, la utilización (siempre presente) ideológico-política del saber histórico no anula la significación de éste ni le confiere su único sentido.”¹⁹⁹ Como muestra esta cita, Pereyra deja clara su postura: obtener conocimiento del pasado es una justificación y utilidad más que suficiente de la disciplina. Lo anterior no quiere decir que no pueda tener otro uso que el de proveernos de conocimiento sobre el pasado. En palabras del autor: “La utilidad del discurso histórico no desvirtúa su legitimidad, es cierto, pero ésta no se reduce a aquélla.”²⁰⁰

Luis Villoro plantea algo similar puesto que para él la disciplina de la historia tiene su origen en un “interés general en el conocimiento”, y “al historiador le basta

¹⁹⁷ Carlos Pereyra, “Historia, ¿para qué?”, en *Historia, ¿para qué?*, Carlos Pereyra *et al.* (México: Siglo veintiuno editores, 1980), 13.

¹⁹⁸ *Ibidem.*

¹⁹⁹ *Ibidem.*

²⁰⁰ *Ibidem.*

esa afición por el conocimiento para justificar su empeño”.²⁰¹ Aquí Villoro, de igual manera, antes de explicar las distintas funciones o usos de la historia, aclara: el uso primero es *conocer* la realidad pasada. En su participación Adolfo Gilly señala que la pregunta sobre el para qué de la historia es restrictiva.²⁰² El problema para él (el verdadero problema) es el “por qué”, y ese por qué es el del conocimiento en general.

En suma, ningún autor argumenta que el pasado no se pueda conocer, o que la historia sólo tenga un objetivo pragmático. Todos los autores, indirecta o directamente, plantean que ante todo la historia “sirve” para conocer el pasado. Sin embargo, para los autores de *Historia, ¿para qué?*, la utilidad de la disciplina histórica sobrepasa su mera función cognoscitiva. Es decir, la historia no sólo nos otorga conocimiento sino también tiene una función social, un uso extra cognoscitivo. A lo largo del libro hay un tono de corte pragmático, puesto que hace énfasis en los usos prácticos que la historia tiene o puede tener. Debido a que éstos siempre son en el presente en el que se escribe el discurso histórico, en los

²⁰¹ Luis Villoro. “El sentido de la historia”, en *Historia, ¿para qué?*, Carlos Pereyra *et al.* (México: Siglo veintiuno editores, 1980), 35.

²⁰² Ver también Adolfo Gilly. “El amor a la verdad”, en *Sábado*. Suplemento del periódico *Unomásuno*. Número 174 (sábado 7 marzo 1981). “Tiene razón Enrique Krauze cuando, en la frase final de su revelador ensayo *Las caras de la historia*, ubica en “amor a la verdad” el impulso que mueve al buen historiador. No otra cosa digo en mi contribución a la obra colectiva *Historia, ¿para qué?*, libro cuyo comentario motiva el ensayo de Krauze.”

ensayos hay un dejo de “presentismo”²⁰³ en el sentido de que se ve a la historia como una herramienta al servicio de las circunstancias del presente.²⁰⁴

Para Pereyra, todo discurso histórico tiene una utilidad que va más allá de la mera obtención de conocimiento. En sus palabras: “no hay discurso histórico cuya eficacia sea puramente cognoscitiva; todo discurso histórico interviene (se inscribe) en una determinada realidad social donde es más o menos útil para las distintas fuerzas en pugna.²⁰⁵ El discurso histórico además de otorgar conocimiento incide en la realidad. Así, el estudio de la historia “más allá de la validez o legitimidad de los conocimientos que genera, acarrea consecuencias diversas para las confrontaciones y luchas del presente.”²⁰⁶

En el ensayo de Luis Villoro encontramos cierto “presentismo” en su planteamiento plantea que “la historia nace de necesidades de la situación actual, que incitan a comprender el pasado por motivos prácticos”.²⁰⁷ Los requerimientos de la vida presente son colectivos, y por lo tanto la historia, al intentar resolverlos, cumple una función social. Para Villoro la historia, así como la filosofía, la religión y el arte, es un intento de encontrarle sentido a la existencia humana. Al mismo

²⁰³ Entendiendo al tiempo no como una entidad fija sino más bien como un orden del tiempo, concibo al presentismo como una relación con el tiempo (un régimen de historicidad) en la cual domina el punto de vista en el presente. Sigo en esto a François Hartog. Véase, en especial: François Hartog. *Regímenes de historicidad: presentismo y experiencias del tiempo*. México: Universidad Iberoamericana, 2003.

²⁰⁴ Esto es lo que Enrique Krauze criticó en la reseña que publicó sobre el libro. Véase: Enrique Krauze. “Las caras de la Historia”, 2-5.

Peter Gran califica el libro *Historia, ¿para qué?* como un “highly critical book” producido por a “leftist grouping around the journal *Nexos*, including the historian Enrique Florescano, his wife, the historian Alejandra Moreno Toscano, who is the daughter of a PRI senator, and the political scientist Pablo González Casanova.” Peter Gran. *Beyond Eurocentrism. A New View of Modern World History*. (Syracuse, Nueva York: Syracuse University Press, 1996), 189.

²⁰⁵ Carlos Pereyra, “Historia, ¿para qué?”, 13.

²⁰⁶ *Ibidem*.

²⁰⁷ Luis Villoro. “El sentido de la historia”, 39.

tiempo es una forma de afrontar el olvido. En suma, “su ‘para qué’ más profundo: dar un sentido a la vida del hombre al comprenderla en función de una totalidad que la abarca y de la cual forma parte: la comunidad restringida de otros hombre primero, la especie humana después y, tal vez, en su límite, la comunidad posible de los entes racionales y libres del universo.”²⁰⁸ Como se puede apreciar, Villoro también muestra que la historia no solamente otorga conocimiento sino también sirve y juega un rol en la sociedad que la produce y/o la consume.

En esa misma tónica, Luis González y González dice “lo difícil es concebir un libro de historia que sea sólo saber y no acicate para la acción y alimento para la emoción”.²⁰⁹ Más adelante escribe: “quizá no exista la historia inútil puramente cognoscitiva que no afecte al corazón o a los órganos motores.”²¹⁰ Aquí, Luis González y González vuelve a plantear lo que se ha venido analizando. Para él, la historia no es una mera herramienta para obtener conocimiento: la historia es más que un *saber*.

José Joaquín Blanco plantea que la utilidad de la historia es el placer que nos otorga, para él “es de suyo placentera –esto es, permite una feliz realización del cuerpo que la hace o la estudia”.²¹¹ El trabajo del historiador, argumenta Blanco, es “placentero de suyo, liberador de suyo”.²¹² El historiador “sigue con lo

²⁰⁸ *Ibidem*.

²⁰⁹ Luis González y González, “De la múltiple utilización de la historia”, en *Historia, ¿para qué?*, 57.

²¹⁰ *Ibidem*.

²¹¹ José Joaquín Blanco, “El placer de la historia”, en *Historia, ¿para qué?*, 77.

²¹² *Ibidem*, 87.

suyo por el gusto”, es un “gozón de su trabajo”.²¹³ La historia es una “opción plena de vida personal”: es una “opción vital”.²¹⁴

Sin embargo, para Blanco, la historia no sólo divierte, también emociona, libera, regocija, independiza y desmitifica. En primer lugar, la disciplina tiene la capacidad intrínseca “de llegar a enemistar a su estudioso con las instituciones, prejuicios y mitos dominantes”.²¹⁵ La práctica cotidiana de la historia es generalmente mitológica, falsa, escrita conforme a los intereses hegemónicos. Los historiadores, que para Blanco son los portadores de la *verdadera historia*²¹⁶, pueden mostrar las “mentiras” producidas por la clase dominante. Con esto, la disciplina otorga a aquel que la posea y la utiliza “el placer de constarse un poco más sujeto de la propia vida y un poco menos objeto de designios impuestos”.²¹⁷

Al mismo tiempo, para Blanco, la historia tiene un dejo de arrogancia. Si se sigue la “verdad histórica” los historiadores terminan volviéndose disidentes dentro del propio sistema que los protege. El historiador se atreve a *oponer* una interpretación propia en contra de la hegemónica: contradice el pensamiento canónico. Con pocas palabras: “en el gusto de historiar hay algo de material rebelde”.²¹⁸

En tercer lugar, para Blanco la historia relativiza, o más precisamente, historiza. Desnaturaliza lo que aparentemente es natural. Descubre que todo, de una forma u otra, es artificial, construido, perecedero y transformable. Con

²¹³ *Ibidem*, 78.

²¹⁴ *Ibidem*.

²¹⁵ *Ibidem*, 79.

²¹⁶ *Ibidem*, 80.

²¹⁷ *Ibidem*.

²¹⁸ *Ibidem*, 82.

palabras del propio Blanco: “el historiador busca una explicación documental y racional, y al ir la encontrando y tejiendo, rompe la supersticiosa *naturalidad* –“las cosas son como son y no hay nada más– con que se nos hace resignarnos a la vida impuesta”²¹⁹

Según Blanco, la historia también permite salirse de los gustos masificados e impuestos. El historiador y estudioso de la historia pueden “decidir en qué *actualidad* viven”.²²⁰ Por medio del quehacer histórico uno mismo decide sus obsesiones y pasiones. Sale de la totalidad uniformada, aborregada.

Por último, el hombre a través de la historia “reinventa (por muy rigurosa que sea la reconstrucción) Grecia, por ejemplo, o ciertos episodios prehispánicos, consciente o inconscientemente, como una subrepticia proposición de un mejor futuro”.²²¹ Con un elemento de imaginación, el historiador construye utopías al momento de narrar el pasado. Incluso el mismo oficio de historiador se vuelve una utopía para transformar el resto de actividades laborales. Lo que quiero mostrar enlistando los *usos* que para José Joaquín Blanco tiene la historia es cómo también para este autor la historia tiene cierta utilidad en la sociedad.

En su participación, Enrique Florescano subraya el uso político de la historia. Para él, “[...] en todo tiempo y lugar la recuperación del pasado, antes que científica, ha sido primordialmente política: una incorporación intencionada y selectiva del pasado lejano e inmediato, adecuada a los intereses del presente

²¹⁹ *Ibidem*, 83.

²²⁰ *Ibidem*, 85.

²²¹ *Ibidem*, 88.

para juntos modelarlo y obrar sobre el porvenir.”²²² Aquí también se deja entrever una postura presentista en la cual la historia se escribe a instancias de las necesidades del “hoy”. La historia aparece aquí como una herramienta política.

En la postura de Arnaldo Córdova vemos también este rasgo de presentismo que se ha venido analizando. Para el autor, la historia “es una recreación colectiva, incluso cuando se la convierte en ciencia, en decir, en explicación, en respuesta a los *por qué* del presente”.²²³ Córdova dice: “el historiador, en el fondo, escribe lo que su tiempo impone como necesidad y como aspiración en el campo del conocimiento y de las creencias. Según sea la conciencia colectiva, vale decir, el conjunto de ideas y creencias a las que nos debemos, a las que respondemos, por las cuales actuamos o contra las que nos oponemos, así será la historia que recreemos”.²²⁴ En suma: “la historia aparece siempre como discusión y reelaboración del pasado; por eso tiende siempre al futuro, como explicación del pasado, en las formas de la utopías y del mito”.²²⁵ En este sentido, la postura de Córdova es presentista en tanto plantea que la historiografía es siempre una construcción desde la contemporaneidad del autor, y de una forma u otra, subordinada a las necesidades y requerimientos del presente.

En el ensayo escrito por Héctor Aguilar Camín volvemos a encontrar esa idea de que la escritura de la historia *depende* del presente. Aguilar Camín va a un paso más allá puesto que afirma que “los pueblos voltean ansiosamente al pasado

²²² Enrique Florescano. “De la memoria del poder a la historia como explicación”, en *Historia, ¿para qué?*, 96.

²²³ Arnaldo Córdova. “La historia, maestra de la política”, en *Historia, ¿para qué?*, Carlos Pereyra et al. (México: Siglo veintiuno editores, 1980), 131.

²²⁴ *Ibidem*, 132.

²²⁵ *Ibidem*, 131.

sólo en las épocas que parecen atender contra ellos; la sabiduría histórica se impone a las colectividades como saber útil y necesario en épocas de sacudimiento y malos agüeros, de incertidumbre o cambio de destino.”²²⁶ Esto es, la utilidad de la historia emana directamente de lo que suceda o no en el presente. El pasado por sí mismo no tiene una utilidad o valor.

Guillermo Bonfil Batalla muestra también que la historia no sólo sirve para *conocer*. Sin embargo, él da cuenta de la utilidad de una historia específica: la utilidad de la historia india de los pueblos indios.²²⁷ Esta historia, dice Bonfil Batalla, no sólo serviría para explicar el presente sino también para fundamentar el futuro de los pueblos indios: un futuro de liberación, de conducir su propio porvenir. La historia en este caso se convierte en sustento de reivindicaciones. El tener una historia acerca de los momentos precoloniales también relativizaría la colonización porque mostraría que existió una época en donde ésta no existió. O sea: daría cuenta de la colonización como algo transitorio, transformable, erradicable. Permitiría mantener y reforzar la identidad étnica. La memoria histórica, que es el ingrediente fundamental de la identidad de los pueblos indios, “puede enriquecerse con una recuperación sistemática del conocimiento de su pasado que, en consecuencia vendría a reafirmar su identidad social”²²⁸ Al mismo tiempo, legitimaría la expresión política de la identidad étnica: la etnicidad. Tener conciencia étnica es tener conciencia de la *diferencia* y la *desigualdad*. La historia buscaría el origen y desarrollo de esa desigualdad. La historia se volvería

²²⁶ Héctor Aguilar Camín. “Historia para hoy”, en *Historia, ¿para qué?*, 148. (Las cursivas son mías, LCS).

²²⁷ Guillermo Bonfil Batalla, “Historias que no son todavía”, en *Historia, ¿para qué?*

²²⁸ *Ibidem*, 245.

fundamento de proyectos políticos como la indianidad o panindianismo, al mostrar un repertorio de luchas se volvería ejemplo y guía para la acción.²²⁹ Además, Bonfil Batalla también hace referencia a un presentismo de la disciplina puesto que afirma: “a la historia india de los pueblo indios se le reclaman respuestas a preguntas que están determinadas por las *necesidades políticas actuales*.”²³⁰ Así, para los indios, el conocer su historia es fundamental en tanto que este conocimiento los ayuda en sus luchas en el presente.

De Carlos Monsiváis no queda mucho más que decir puesto que en su participación él mismo afirma que está de acuerdo con los usos que señalan el resto de los autores del libro. Aunque, precisa, estos usos incitan al “consumismo ideológico” y a “la justificación del quehacer propio.”²³¹

Como se ha podido ver por las respuestas de cada uno de los autores, la utilidad que tiene la historia es ambigua: el uso de la historia no es unívoco. Es decir, no hay un solo uso o un uso universal en el sentido de que sea válido en cualquier momento y en cualquier lugar.

La gran mayoría de los autores asumen que la sociedad está marcada por luchas internas. Más claramente: ven, influenciados en buena parte por el pensamiento marxista, que la sociedad está dividida en explotadores y explotados (clases), y por lo tanto, aquello que marca las pautas dentro de la sociedad es el antagonismo y el conflicto entre clases y por ello hay varias versiones y usos de la

²²⁹ *Ibidem*.

²³⁰ *Ibidem*, 241. (Las cursivas son mías, LCS).

²³¹ Carlos Monsiváis. “La pasión de la historia”, en *Historia, ¿para qué?*, 171.

historia. La historia, así se tiene que acotar, tendría que ser más bien: “historia, ¿para quién?”

Carlos Pereyra plantea que la sociedad está marcada por antagonismos y conflictos entre clases. Y, recordemos que para él “el impacto de la historia no se localiza solamente, por supuesto, en el plano discursivo de la comprensión del proceso social en curso.”²³² La historia siempre, además de otorgar conocimiento, tiene un uso ideológico-político. Así, en una sociedad marcada por el antagonismo “la historia se emplea de manera sistemática como uno de los instrumentos de mayor eficacia para crear las condiciones ideológico-culturales que facilitan el mantenimiento de las relaciones de dominación.”²³³ En este sentido, ninguna historia es neutral. Pereyra lo expresaba claramente:

No se trata, claro está, de afirmar que la mera presencia de mecanismos ideológicos invalida por sí misma la producción de conocimientos y anula la posibilidad de explicar el proceso social, pero sí de admitir que la elaboración de una imagen del pasado está demasiado configurada por los intereses dominantes en la sociedad.²³⁴

Luis Villoro también muestra los diversos usos que puede tener la historia. Así, plantea que la disciplina puede tanto cohesionar y justificar los lazos colectivos, como también ponerlos en cuestión, atacarlos.²³⁵ En suma, el rol social de la historia muta y cambia. En palabras de Villoro: “para comprender, por sus orígenes, los vínculos que prestan cohesión a una comunidad humana y permitirle

²³² Carlos Pereyra, “Historia, ¿para qué?”, 21.

²³³ *Ibidem*, 23.

²³⁴ *Ibidem*, 24.

²³⁵ Luis Villoro. “El sentido de la historia”, 45.

al individuo asumir una actitud consciente ante ellos. Esa actitud puede ser positiva: la historia sirve, entonces, a la cohesión de la comunidad; es un pensamiento integrador; pero puede también ser crítica: la historia se convierte en pensamiento disruptivo”.²³⁶ Así, la historia puede “expresar un pensamiento de reiteración y consolidación de los lazos sociales o, a la inversa, un pensamiento de ruptura y de cambio.”²³⁷

Para Luis González y González también hay utilidades distintas, y éstas dependen del tipo de historia que se haga: “cada género histórico es útil a su manera.”²³⁸ Cada una de las distintas maneras de hacer historia responde a distintas necesidades o metas que se quieran lograr –aquí de nuevo encontramos una carga de presentismo. González y González escribe: “hay tantos modos de hacer historia como requerimientos de la vida práctica. Sin menoscabo de la verdad pero con miras a la utilidad, hay varias maneras de enfrentarse al vastísimo ayer”.²³⁹ Basándose en la clasificación de “historias” que Friedrich Nietzsche propuso en su “segunda consideración intempestiva”²⁴⁰, Luis González y González plantea la existencia de cuatro tipos diferentes de historia, cada una con diferentes usos: la anticuaria, la crítica, la de bronce y la científica.

La historia anticuaria²⁴¹, también llamada anecdótica, arqueológica, placentera, precientífica, menuda, narrativa y romántica, trata acerca de hechos

²³⁶ *Ibidem*, 46.

²³⁷ *Ibidem*.

²³⁸ Luis González y González, “De la múltiple utilización de la historia”, 56-57.

²³⁹ *Ibidem*, 56.

²⁴⁰ Friedrich Nietzsche. *The use and abuse of history*. Trad. de Adrian Collins. Introducción de Julius Kraft. 2 ed. (Nueva York, Londres: Macmillan Publishing Company, Collier Macmillan Publishers, 1957).

²⁴¹ Luis González y González, *Op. Cit.*, 57 ss.

emotivos o poéticos –en el sentido de que busca tocar fibras sentimentales. Intenta establecer relaciones explicativas o causales y generalmente es cronológica. Si bien tiene pretensiones artísticas, el elemento económico o comercial es fundamental para este tipo de historia. “No se puede negar que los escaparates de las librerías, los puestos de los periódicos, las series televisivas, los cines y demás tretas de comercio y comunicación venden historia anticuaria a pasto, en cantidades industriales”.²⁴² Es adormecedora tal como el opio: promueve el dormir y el soñar. Sirve para divertir, pero al final lleva a la inacción. Funciona como un viaje por el tiempo, se vuelve un trance turístico. Distrae de las angustias presentes puesto que ayuda a salirse del entorno que nos rodea a través de la fuga a otros tiempos.

La historia crítica “[...] parece medio hermana de la novela policial; descubre cadáveres y persigue delincuentes”.²⁴³ Florece en etapas prerrevolucionarias o es realizada por los revolucionarios. Es un conocimiento activo cuya acción es corrosiva: es el saber disruptivo, revolucionario, liberador, rencoroso.. “Denuncia los recursos de opresión de opulentos y gobernantes; en vez de legitimar la autoridad la socava; dibuja tiranos; pinta patronos crueles [...]”.²⁴⁴ Ejemplos de este tipo de historia son las obras de Wistano Luis Orozco, Andrés Molina Enríquez y Eisenstein.

La historia de bronce, también llamada reverencial o didáctica, conservadora, moralizante, pragmático-política, pragmático-ética, monumental

²⁴² *Ibidem*, 59.

²⁴³ *Ibidem*, 61.

²⁴⁴ *Ibidem*, 63-64.

“[...] recoge los acontecimientos que suelen celebrarse en fiestas patrias, en el culto religioso, y en el seno de instituciones; se ocupa de hombres de estatura extraordinaria (gobernantes, santos, sabios y caudillos); presenta los hechos desligados de causas, como simples *monumentos dignos de imitación*”.²⁴⁵ Es la famosa *historia magistra vitae*, la historia que guía la vida. Sus “padres fundadores”, nos dice González y González, fueron Polibio y Plutarco. Esta historia busca promover la imitación de buenas obras. Da “gloriosos” ejemplos que emular. Durante la Edad Media y el Renacimiento fue la historia que más se escribió. En la sociedad moderna persiste en la educación pública. Es la historia del aula, aquella que busca formar a los párvulos. Guillermo Prieto y los Niños Héroes son sólo dos ejemplos cercanos a nuestra realidad. Es, en pocas palabras, “fortalecedora de la moral, maestra de pundonor y faro del buen gobierno”.²⁴⁶

Por último, la historia científica es el tipo de historia que intenta asemejarse al resto de “ciencias sistemáticas del hombre”: la economía, la sociología, la ciencia política... A todas estas “ciencias” les aporta la “materia prima”. Al contrario de los otros tres tipos, la historia científica busca generalidades. La rama más significativa de este tipo es la cuantitativa. Tiene el “don de la profecía”. De otra manera: tiene pretensiones de explicar el presente y dar cuenta de lo que sucederá en el futuro. Luis González y González escribió, en 1980, que aún había que esperar los resultados de estas pretensiones de “predecir lo venidero”. Se preguntaba “[...] ¿hasta dónde el estudio científico del pasado, hasta donde las

²⁴⁵ *Ibidem*, 64-65. (Las cursivas son mías, LCS).

²⁴⁶ *Ibidem*, 66.

largas listas de precios, de nacimientos y defunciones de seres humanos, de volúmenes de producción y de otras cosas cuantificables nos permiten encontrar en ellas sentido y orientación para el presente y el porvenir?”²⁴⁷ En pocas palabras, para González y González, “[...] su don de zahorí aún está en veremos”.²⁴⁸

Para José Joaquín Blanco, como ya se pudo ver con lo que se dijo anteriormente, la historia puede funcionar bajo los intereses de los poderes hegemónicos pero también puede funcionar como crítica de éstos. Carlos Monsiváis también señala la característica de la historia de poder servir para fines antitéticos. Su ensayo está enfocado en la utilidad de la historia para construir identidades colectivas, sin embargo también muestra cómo puede servir para minar ese tipo de construcciones. En este sentido argumenta que la historia “para alentar la disidencia y favorecer la cohesión de grupos y naciones.”²⁴⁹

Adolfo Gilly plantea que la historia puede tener dos actitudes. La primera, la de aquellos que quieren mantener el estado presente de las relaciones sociales; la segunda, de quienes quieren transformarlas. La primera surge de un punto de vista *conservador*, y la segunda de uno *crítico*. En síntesis, su tesis es que:

La historia, cuyo objeto privilegiado es la descripción y el conocimiento de esas relaciones y de sus transformaciones, puede adoptar frente a ellas dos actitudes que no les son permitidas a las ciencias naturales frente a su objeto: *justificarlas* explicándolas como inmutables y naturales, o *criticarlas* explicándolas como cambiantes y transitorias.²⁵⁰

²⁴⁷ *Ibidem*, 70.

²⁴⁸ *Ibidem*, 73.

²⁴⁹ Carlos Monsiváis. “La pasión de la historia”, 171.

²⁵⁰ Adolfo Gilly. “La historia como crítica o como discurso del poder”, 199.

En su ensayo, Bonfil Batalla también muestra la característica de ambigüedad del uso de la disciplina. Por un lado, la historia sirvió para justificar el colonialismo europeo. Bonfil Batalla nos recuerda que: “toda empresa colonial requiere una justificación ideológica”, es decir, “no basta la coerción ni el predominio de la fuerza: es necesaria la hegemonía.”²⁵¹ La historia en este caso sirvió como justificación del dominio colonial. Sin embargo, la historia también puede servir para terminar con ese colonialismo, puede colonizar pero también decolonizar.

Es fundamental señalar que para los autores de *Historia, ¿para qué?*, el que la historia tenga un uso que va más allá de la obtención de conocimiento, y que ese uso no sea siempre el mismo, no quiere decir que para que la historia cumpla su función social, para que sea útil, tiene que ser maniquea (buenos vs. malos). La disciplina no tiene que juzgar, glorificar o satanizar para lograr tener una utilidad. Si la historia busca comprender y explicar los “porqués”, esto es, las causas del estado presente de las estructuras sociales, culturales, económicas, se logrará el cometido social de la disciplina. Para los autores, existe la posibilidad de que la historia sea útil y, al mismo tiempo, provea conocimiento verdadero acerca del pasado.

En su ensayo Carlos Pereyra enfatiza esta idea. Para él, lo importante es que se logre desplazar el discurso histórico hacia una zona de cuestionamiento cuya pregunta central sea “¿por qué?”, y no “¿quién es el culpable?” o “¿quién es el Mesías?”, o de manera más general, “¿quiénes son los protagonistas de la historia?”. Hay que buscar las causas de los fenómenos históricos y no glorificar o

²⁵¹ Guillermo Bonfil Batalla, “Historias que no son todavía”, 230.

satanizar, no juzgar sino comprender. Es “preciso ir más allá de la simple localización de aciertos y fracasos en la actividad de los hombres, para encontrar en los componentes económico-político e ideológico-culturales de la totalidad social la explicación, incluso, de esos aciertos y fracasos.”²⁵² Para Enrique Florescano puede existir una historia que sea una *ciencia explicativa*.²⁵³ José Joaquín Blanco hace referencia a una “historia verdadera”, una historia sin mentiras.²⁵⁴

Asimismo, Adolfo Gilly, plantea que “si las relaciones sociales son relaciones de fuerza y si la historia es historia de la lucha entre las clases y los grupos sociales, tomar partido no exige faltar a la objetividad”.²⁵⁵ En un texto posterior que en el cual explica su ensayo de *Historia, ¿para qué?* dice:

Objetividad no es lo mismo que neutralidad. Y si en la lucha de clases –y las relaciones sociales, mientras existan clases, estarán todas impregnadas de esa lucha– no se puede ser imparcial (lo cual no quiere decir que se deba ser mentiroso), tiene más posibilidades de aproximarse al criterio de la verdad objetiva quien en la historia se preocupe por asumir, conocer y comprender la voz y el punto de vista de los oprimidos, que hablan sobre todo por sus actos, que quien se limite a prestar fe –todo lo neutral o crítica que se quiera– a los testimonios de los dominadores. Lo que en mi contribución al mencionado libro sostengo no es que dicho punto de vista sea imposible de conocer –muy por el contrario–, sino que quien quiera hacerlo tropezará con dificultades que sólo un adecuado método le permitirá salvar.²⁵⁶

²⁵² Carlos Pereyra, “Historia, ¿para qué?”, 31.

²⁵³ Enrique Krauze plantea que hay una contradicción entre las ideas de Florescano de que hay siempre un elemento político en toda historia y de que puede haber una ciencia de la historia. Enrique Krauze. “Las caras de la Historia”, 2-5.

²⁵⁴ José Joaquín Blanco, “El placer de la historia”, 80.

²⁵⁵ Adolfo Gilly. “La historia como crítica o como discurso del poder”, en *Historia, ¿para qué?*, 201.

²⁵⁶ Adolfo Gilly. “El amor a la verdad”.

Aquí regresamos al punto que señalaba al inicio de este análisis: la obtención de conocimiento *verdadero* acerca de la realidad pasada. Para los autores del libro, la disciplina es una herramienta que sirve primordialmente, y antes que nada, para conocer. Sin embargo, al mismo tiempo, tiene una utilidad social. Dicho de otra forma: no sólo sirve para conocer la realidad sino que también ejerce cierta influencia sobre ella. Esta propiedad dual se presenta exclusivamente en una historia crítica y explicativa, no en las historias maniqueas, oficiales o con pretensiones de “neutralidad.”

Son estos puntos de encuentro los que nos permiten hablar de *Historia, ¿para qué?* como un libro o aún cuando exista una multiplicidad dentro de él. Es decir, si bien existen ciertas divergencias dentro de los diez ensayos que componen el libro, también hay fuertes convergencias que los atraviesan y los integran en una unidad que termina por imponerse sobre lo múltiple.

¡Historícese [la teoría]!

Generalmente se asume que la pregunta que estos diez autores respondieron, “historia, ¿para qué?”, no es propia de la labor del historiador. En la mayor parte de las ocasiones se diría que éste se dedica a *practicar* la disciplina, y no a reflexionar sobre sus fundamentos y mucho menos sobre su utilidad. Tradicionalmente, se plantea que el historiador se dedica a obtener conocimiento sobre el pasado, y no a cuestionarse propiamente acerca de dicho conocimiento. Quiero decir: investiga y escribe sobre la historia entendida como devenir, y no sobre la historia entendida como disciplina que busca obtener conocimiento sobre el pasado. El preguntarse “¿para qué escribimos historia?” normalmente no es considerado un problema propio de la disciplina histórica puesto que su objeto de cuestionamiento o estudio es el pasado, y no la disciplina de la historia misma.

Más que una pregunta de historiadores, es la pregunta propia de lo que se ha llamado “teoría de la historia.”²⁵⁷ Este término se refiere al “análisis del conocimiento histórico, de sus condiciones, de sus medios y de sus límites.”²⁵⁸ No es una pregunta histórica puesto que no intenta resolver un problema histórico (un problema relacionado con un suceso pasado), sino más bien una pregunta de

²⁵⁷ Algunos autores le llaman “filosofía crítica de la historia”, por ejemplo M. Crubellier. “Teorías de la historia”, en André Burguière. *Diccionario de Ciencias históricas*. Trad. de E. Ripoll Perelló. (Madrid: Akal, 1991), 661.

²⁵⁸ M. Crubellier. “Teorías de la historia”, 661

corte teórico puesto que su objeto de reflexión es la práctica misma de la disciplina de la historia y el conocimiento que esta provee.

Pero, en términos generales, ¿qué es lo teórico? Lo teórico se ha constituido, a lo largo de la historia del pensamiento occidental, en oposición a lo práctico. Nicola Abbagnano dice que lo teórico o teorético se refiere a “lo cognoscitivo puro que se opone a lo práctico.”²⁵⁹ La teoría está relacionada con la especulación o vida contemplativa. Se opone a la práctica y a toda actividad no desinteresada cuyo fin no sea contemplativo.²⁶⁰

El teórico, en oposición al hombre práctico, es un ser contemplativo que analiza la realidad desde una posición neutral o desinteresada. El teórico mira desde las alturas, desde un punto elevado que le permite entender la multiplicidad de eventos que constituyen la realidad sin tener que estar en contacto con ellos. Desde ese punto, analiza la realidad y busca explicarla de manera sistemática. Es decir, busca construir un modelo que le dé razón o sentido a la multiplicidad de fenómenos y prácticas. La teoría no busca lo particular sino lo general, aquello que trasciende las diferencias y se esconde detrás de ellas: lo permanente. El teórico sistematiza, generaliza y abstrae buscando lo uniforme dentro de los aparentemente disímiles y fragmentarios eventos.

Sin embargo la teoría también puede ser entendida como una serie de preceptos o leyes que permiten dirigir y sistematizar un conjunto de fenómenos y prácticas. Tomaré el ejemplo de la práctica científica para explicar lo anterior. Bajo

²⁵⁹ Nicola Abbagnano. “Teórico, teorético”, en *Diccionario de Filosofía*. Nicola Abbagnano. Traducción de Alfredo N. Galleti. 2 ed. (México, Fondo de Cultura Económica, 1974): 1129.

²⁶⁰ *Ibidem*, 1126-1129.

esta idea de teoría, la investigación científica está regida por una serie de fundamentos teóricos que la dirigen. Hay un método (científico) que tiene que ser puesto en práctica para poder realizar ciencia. Entonces, el científico es aquel que practica la labor científica bajo una serie de preceptos teóricos que definen y delimitan “lo científico”. En este sentido, la teoría no sólo es explicativa sino también preceptiva puesto que pretende dar preceptos universales mediante los cuales, sin importar el lugar o las circunstancias, se logre el resultado deseado. Stanley Fish señala esto y dice que una teoría es “[...] something a practitioner consults when he wishes to perform correctly, with the term “correctly” here understood as meaning independently of his preconceptions, biases, or personal preferences.”²⁶¹

La teoría de la historia pretende encontrar las condiciones del conocimiento histórico. Busca, dicho de otro modo, sistematizar y explicar la práctica historiográfica, es decir, la naturaleza del conocimiento histórico y las formas que produce u obtiene.²⁶² Reflexiona en torno a lo que la disciplina de la historia es. Al mismo tiempo la teoría de la historia también es preceptiva en el sentido de que busca delimitar y dirigir la manera en que el objetivo de la disciplina histórica (la obtención de conocimiento sobre el pasado) se puede lograr. Funciona entonces como una serie de instrucciones que si se siguen permiten obtener el resultado deseado: obtener un conocimiento “verdadero” acerca de los sucesos del pasado.

²⁶¹ Stanley Fish. *Doing What Comes Naturally. Change, Rhetoric, and the Practice of Theory and Literary and Legal Studies*. (Durham, Londres: Duke University Press, 1989), 378.

²⁶² Es en este sentido que presta especial atención al método histórico.

La práctica correcta está dirigida por los preceptos teóricos, nos dice así lo que la disciplina de la historia *debe* ser.

Como señalé anteriormente, se ha asumido que la teoría es una perspectiva totalmente separada de la práctica. La práctica, se pensaba, emana de las reglas o preceptos que los teóricos proveen al hombre práctico. Bajo esta idea, se concibe que toda práctica es precedida por una teoría que delimita su proceder. Retomando el ejemplo de la práctica científica, se plantea que ésta está dirigida por ciertos elementos teóricos. O, en el caso de la práctica historiográfica, se asume que ésta se encuentra precedida por un andamiaje teórico y un método específico. Sin embargo, el caso de *Historia, ¿para qué?*, parece contradecir todo esto en tanto la reflexión teórica tuvo su origen en la práctica, y no al revés.

Como se explicó antes, en el caso del libro *Historia, ¿para qué?* la pregunta “teórica” surgió al momento de realizar una operación básica y necesaria para la práctica de la disciplina histórica: organizar y acomodar los documentos para que pudieran ser consultados. La práctica de la historia es la que lleva cuestionarse a sí misma, y con ello a sus fundamentos. Este intento por teorizar sobre la práctica no la antecede sino la precede. Como muestra el caso de *Historia, ¿para qué?*, la práctica marca y precede a la teoría.²⁶³ Las prácticas —en este caso la historia— se definen por sus formas operativas y no por ciertos principios teóricos. La teoría ni

²⁶³ Esto ha sido argumentado por varios filósofos. Dos de los más notables han sido Richard Rorty y Stanley Fish. Véase Richard Rorty. *Contingency, irony, and solidarity*. (Cambridge: Cambridge University Press, 1989). Stanley Fish. *Op. Cit.*

gobierna a la práctica, ni es independiente a ella; es más: ella misma es una práctica.²⁶⁴

Con esto, se abandona la idea que plantea que la teoría es una serie de principios de los cuales emana una práctica específica. Así, se muestra más que como un pensamiento explicativo y preceptivo, como un intento de justificación de las prácticas. Tanto Richard Rorty como Stanley Fish señalan algo parecido puesto que para ellos “[...] la teoría es cómo trata uno de justificar su modo de vida. Ofrece algunas razones fundamentales para hacer lo que uno hace.”²⁶⁵

Es importante subrayar que lo que vengo planteado no es una simple inversión de la dualidad determinante-determinado en la cual la teoría era lo determinante y la práctica lo determinado. No quiere decir que la teoría no tenga consecuencias en el mundo “real”, que las prácticas –en este caso la práctica historiográfica– no haya sido influenciada por ciertas teorías. Pero la influencia e impacto de esas teóricas es “[...] contingent upon the (rhetorical) role theory plays in the particular circumstances of a historical moment.”²⁶⁶

La teoría se revela no como una generalización, abstracta y objetiva separada de toda práctica, sino como el producto de una serie de prácticas específicas, mismas que producen la teoría y no al revés. En el caso que me interesa, no es que hubiese una teoría de la historia en que se explicara la utilidad de la historia y la forma en que ésta se debía llevar a cabo para lograr el objetivo (obtener conocimiento del pasado que tuviese determinada utilidad). Existía una

²⁶⁴ *Ibidem.* 14.

²⁶⁵ Terry Eagleton. *Después de la teoría*. Trad. de Ricardo García Pérez. (Barcelona: Debate, 2005), 66.

²⁶⁶ Stanley Fish. *Op. Cit.* 28.

práctica historiográfica que llegada a cierto punto, por una circunstancia externa a ella, tuvo que justificarse y por ello recurrió a reflexionar teóricamente acerca de sí misma.

Siguiendo este planteamiento, las teorías no son universales, ahistóricas y neutrales, sino producto de prácticas específicas –en este caso un tipo de escritura e investigación histórica específica. Por lo tanto, los elementos de verdad, de validez, de “lo correcto” están enmarcados dentro de circunstancias específicas.²⁶⁷ Como dice Terry Eagleton: “Hasta las teoría más sublimadas tienen su raíces en la realidad histórica.”²⁶⁸ En suma: la teoría es histórica, y como tal puede –y debe– ser analizada.

Además, no se puede negar que las fuerzas históricas (económicas, sociales, culturales, políticas) ejercen una influencia real sobre todo individuo y colectividad y, por ende, en las producciones de éstos, incluyendo los textos teóricos. Es por esta influencia que ejerce el contexto sobre toda producción cultural que no basta realizar una lectura formal de los textos. Dicho de otra forma, no basta con estudiar los elementos internos del texto, hay que analizar también lo que está fuera de éstos, pero que al mismo tiempo está dentro de los mismos en tanto los constituye y los dota de sentido.²⁶⁹

²⁶⁷ Stanley Fish. *Op. Cit.* 344.

²⁶⁸ Terry Eagleton. *Después de la teoría*, 35.

²⁶⁹ El problema acerca de la relación entre el significado de un texto y su contexto histórico y social es antigua, y se ha discutido desde varias perspectivas y disciplinas. La disciplina histórica moderna, por su fuerte carga historicista, generalmente presupone la influencia del contexto histórico sobre el texto. Al hablar aquí de historicismo, me refiero, siguiendo a Dagobert Runes, a la “doctrina de que la historia de algo es una explicación suficiente de este algo”, es decir que “se puede dar cuenta de los valores de algo descubriendo sus orígenes”. Esta doctrina se basa en la idea de que “la naturaleza de algo está comprendida por completo en su desarrollo”. Citado en Álvaro Matute. “¿Historicismos o historicismo?”, en *El historicismo en México. Historia y antología*. Álvaro Matute (compilador). (México: Paideia-Facultad de Filosofía y Letras de la

Por otro lado, para entender el texto no solamente hay que mirar hacia el exterior, hacia el autor o el contexto sociocultural. Cualquier texto, desde un inicio, cobra cierta independencia de su autor y el contexto en el que fue producido, y termina constituyéndose como entidad independiente. Recapitulando: el texto no es completamente independiente a su contexto, pero tampoco está totalmente determinado por éste.

Antes de continuar hay que decir que “[...] since the historically real cannot exist apart from the textuality by which it is made known, deconstruction is surely right to insist that the priority of neither element can ever finally demonstrated.”²⁷⁰ La relación entre el texto y su contexto es una relación más compleja, una relación que podríamos llamar de reciprocidad. Si bien el contexto, lo “histórico real”, incide sobre el texto, éste a su vez incide sobre la realidad. Octavio Paz plantea de esta manera la relación:

Universidad Nacional Autónoma de México, 2002), 15. El resto de esta investigación de Álvaro Matute es sumamente esclarecedora acerca del problemático término “historicismo.”

Posiblemente fue en el campo de la teoría y estudios literarios en donde, a lo largo del siglo veinte, se dieron algunos de los más interesantes debates y discusiones sobre el tema. Se puede decir que básicamente existen dos posturas –cada una con matices dentro de ella. Por un lado, están los que defienden que el significado es independiente al contexto histórico y social que lo produjo (o que lo recibe). Por el otro lado, están aquellos para quienes el significado de un texto no se puede entender sin el estudio del contexto histórico y social que lo produjo o recibe. Entre los defensores de la primera propuesta están los formalistas rusos y los miembros del llamado *New Criticism*. Entre los defensores de la segunda están los marxistas (y neo marxistas) y los pensadores del *New Historicism*. Martin Jay llama a esta discusión la “lucha” entre textualistas y contextualistas. Martin Jay. “The Textual Approach to Intellectual History”, en *Force Fields. Between Intellectual History and Cultural Critique*. (Londres, Nueva York: Routledge: 1993). Véase también Martin Jay. “Historical explanation and the event: reflections on the limits of contextualization”, en *New Literary History*. vol.42, núm. 4 (otoño 2011). Vicent B. Leitch (editor general). *The Norton Anthology of Theory and Criticism*. (Nueva York, Londres: W.W. Norton & Co., 2010).

²⁷⁰ Lee Patterson. “Historical Criticism and the Claims of Humanism”, en *New Historicism and Cultural Materialism. A Reader*. Kiernan Ryan (editor). (Londres: Arnold, 1996): 92-93. En este sentido, “just as it is no longer tenable to think of a literary text as a detached object that is independent of its author and readers, so also is it no longer possible to think of the past as an object that is detachable from its textual reconstruction.”²⁷⁰ Michael Payne. “Introduction: Greenblatt and New Historicism”, en *The Greenblatt Reader*. Stephen Greenblatt y Michael Payne (editor). (Malden, Massachusetts: Blackwell Publishers, 2005): 3.

La relación entre sociedad y literatura no es la de causa y efecto. El vínculo entre una y otra es, a un tiempo, necesario, contradictorio e imprevisible. La literatura expresa a la sociedad; al expresarla, la cambia, la contradice o la niega. Al retratarla, la inventa; al inventarla, la revela.²⁷¹

Si bien Octavio Paz hace referencia específicamente a la literatura, esto sucede con toda producción cultural, sin exceptuar los textos teóricos e historiográficos. El libro *Historia, ¿para qué?*, es un producto cultural propio de un contexto histórico, social e intelectual específico, y como tal no se puede entender sin entender éste.²⁷² Sin embargo, el contexto al mismo tiempo es incomprendible si no analizamos sus producciones culturales. No hay otra manera de comprenderlos más que uno a la luz del otro. Pero, ¿cuál era el contexto en que el libro fue producido y de qué manera se relaciona con él?

A partir de la Segunda Guerra Mundial México entró en una etapa de desarrollo económico y profundas transformaciones sociales. En los años que la precedieron se dio un importante proceso de urbanización e industrialización a lo largo del país. Leopoldo Solís señala que es a finales de los cincuenta que México pasó de ser una sociedad agraria avanzada a ser una sociedad industrializada.²⁷³ El otro gran cambio que se dio en estos años fue la urbanización. Un número

²⁷¹ Octavio Paz. “América Latina y la democracia”, en *México en la obra de Octavio Paz*. Vol. I El peregrino en su patria. Historia y política en México. Octavio Paz y Luis Mario Schneider. (México: Fondo de Cultura Económica, 1987), 460.

²⁷² Que el libro *Historia, ¿para qué?* sea una producción cultural no quiere decir que sea un todo completamente coherente. Esto es, la postura aquí planteada no invalida la idea de que existan tensiones dentro del libro. Habría que subrayar que las tensiones no se encuentran simplemente en el texto sino en el contexto mismo, es decir, en la propia realidad.

²⁷³ Leopoldo Solís. *La realidad económica mexicana: retrovisión y perspectiva*. (México, Siglo veintiuno editores, 1973), 217 ss.

gigantesco de familias migraron del campo a la ciudad, proceso que se vio impulsados por el enorme crecimiento de la población.²⁷⁴

No solamente se desarrolló la agricultura moderna y las ciudades, sino que también se impulsaron las comunicaciones, se modernizaron las carreteras y los aeropuertos. Al mismo tiempo, la centralización política se fortaleció y se logró una estabilidad política después de años de luchas sangrientas.²⁷⁵ El turismo se convirtió en una actividad económica significativa, fue en este periodo que surgieron centros turísticos como Acapulco.²⁷⁶ Asimismo, durante estos años también sobrevino un importante proceso de secularización.²⁷⁷

La urbanización, modernización e industrialización que se desarrollaba en México trajo cambios significativos en la sociedad. El mexicano ciudadano de los cincuenta entró a la vida moderna: televisión, automóviles, electrodomésticos, vida urbana, turismo de masas consumismo.²⁷⁸ La cultura en la ciudad tuvo cambios profundos: surgieron los teatros, los cines, la radio, hubo un aumento de la matrícula universitaria.²⁷⁹ Sus vidas diarias se transformaron radicalmente. La

²⁷⁴ Ricardo Pozas Horcasitas. “La Revista Mexicana de Literatura: territorio de la nueva elite intelectual (1955–1965)”, en *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, Vol. 24, No. 1 (Invierno 2008): 53-78.

²⁷⁵ Lorenzo Meyer. “La encrucijada”, en Daniel Cosío Villegas (coordinador). *Historia general de México*. (México, El Colegio de México, 1976): 202-283.

²⁷⁶ Jean Meyer. “México entre 1934-1988”, en Gisela von Wobeser (coordinadora). *Historia de México*. México, Fondo de Cultura Económica-Secretaría de Educación Pública-Academia Mexicana de la Historia, 2010. p. 249-259. y Lorenzo Meyer. *Op. Cit*, 202-283 y Leopoldo Solís. *Op. Cit*, 217 ss.

²⁷⁷ Roberto Blancarte. “Modernidad, secularización y religión, la iglesia católica, el estado y la sociedad mexicana en el umbral del siglo XXI”, en *México a fines de siglo*. José Joaquín Blanco y José Woldenberg (compiladores). Tomo II. (México: Fondo de Cultura Económica-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1993): 152-188.

²⁷⁸ Ricardo Pérez Montford. “On the Street Corner where Stereotypes are Born: Mexico City, 1940-1968”, en *A Companion to Mexican History and Culture*. William H. Beezley (editor). (Chichester, West Sussex; Marlton, MA: Wiley-Blackwell, 2011).

²⁷⁹ Ricardo Pozas Horcasitas. “El final del horizonte: la muerte simbólica de la Revolución mexicana”, en *Independencia y revolución: contribuciones en torno a su conmemoración*. María Luisa Rodríguez-Sala et al. (México: Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Sociales, 2010): 188-189.

incorporación de electrodomésticos en la sociedad mexicana trajo transformaciones no solamente en el ámbito doméstico sino también en las estructuras familiares. Las consecuencias más claras fueron la aceleración de la vida cotidiana y la incorporación de la mujer al mercado laboral.²⁸⁰

Las producciones culturales que retratan esos años dan cuenta de estos cambios. Un ejemplo notable es la película *Una familia de tantas*, dirigida por Alejandro Galindo en 1948. En ella se narra la historia de una familia (la familia Cataño) cuya vida se ve radicalmente transformada después de que compran una aspiradora. No sólo la limpieza se vuelve más rápida y sencilla, sino que a partir del uso de la nueva máquina las viejas estructuras familiares mexicanas machistas comienzan a resquebrajarse.²⁸¹ Se puede hacer una hipérbole con esta pequeña historia (aparentemente poco importante) para dar cuenta de qué manera las nuevas tecnologías trajeron cambios radicales en las familias mexicanas.²⁸²

Ariel Rodríguez Kuri. "Challenges, Political Opposition, Economic Disaster, Natural Disaster and Democratization, 1968 to 2000".

²⁸⁰ Álvaro Matute Aguirre. "De la tecnología al orden doméstico", en *Historia de la vida cotidiana en México*. Pilar Gonzalbo Aizpuru (directora). Tomo V. Vol. 2. Siglo XX. La imagen, ¿espejo de la vida?. Aurelio de los Reyes (coordinador). (México: Fondo de Cultura Económica, 2006): 157-176.

²⁸¹ Alejandro Galindo (director). *Una familia de tantas*. México, Producciones Azteca, 1948, 130 min. La película se puede ver en línea: <http://www.youtube.com/watch?v=1W63o2AB7uA>. Consultada: febrero 2012.

²⁸² Tomo el ejemplo de Álvaro Matute Aguirre. "De la tecnología al orden doméstico". Dos novelas me parecen especialmente importantes para entender los cambios que México sufrió en la segunda mitad del siglo XX. En primer lugar la novela de José Emilio Pacheco *Las batallas en el desierto*. Aunque este libro fue publicado por primera vez en 1981, su historia transcurre en el año de 1948. Narrada en primera persona cuenta la historia de un niño que se enamora de la madre de uno de sus amigos. Sin embargo, en este caso, más que la historia en sí me interesa la descripción que podemos encontrar de la vida diaria de la emergente clase media durante el gobierno del presidente Miguel Alemán. José Emilio Pacheco. *Las batallas en el desierto*. 2 ed. revisada. (México, ERA, 1999). Otra gran descripción la encontramos en la novela *La región más transparente* de Carlos Fuentes. En esta novela el personaje principal es la Ciudad de México. El libro da cuenta de los profundos cambios que se dieron en los años cincuenta del siglo pasado en la sociedad mexicana. Si bien es una novela, creo que puede ayudar a comprender ciertos elementos de la modernización y, principalmente, de la urbanización mexicana. Carlos Fuentes. *La región más transparente*. (México, Alfaguara, 2008). El mismo Carlos Fuentes es autor de otra novela fundamental para entender este periodo: *La muerte de Artemio Cruz*. Se puede ver la historia personal del personaje principal, Artemio Cruz, como la

Los años en que se dio la transformación más radical fueron los que van de 1955 a 1965. Estos fueron, como plantea Ricardo Pozas Horcasitas:

[...] los años intensos de transformación de la sociedad mexicana, dada por el cambio de un mundo agrario a uno tendencialmente urbano, producto de un rápido crecimiento de la población. Se vivía entonces un acelerado proceso de migración hacia las ciudades, sustentado en un crecimiento económico producido por la sustitución de importaciones y la ampliación del mercado interno, con un Estado interventor fuerte, un partido hegemónico corporativo y un proyecto cultural nacionalista.²⁸³

Este crecimiento y prosperidad hizo que se le llamara a estos años los del “Milagro mexicano.” En octubre de 1963, el Comité Olímpico Internacional se reunió en Baden-Baden (Alemania) y seleccionó a México en la primera ronda de votación para ser la sede de los juegos Olímpicos de 1968.²⁸⁴ El haber seleccionado a México como la sede era un reconocimiento del mundo hacia nuestro país, era una forma de decirle que estaba entrando a ser parte de los países desarrollados.

Sin embargo, en el mismo año que se celebrarían las Olimpiadas, el sistema comenzó a mostrar sus debilidades: el desarrollo y aparente progreso del país reveló sus inconsistencias. Los miembros de uno de los grupos producto de este desarrollo, los estudiantes pertenecientes a la clase media, se levantaron en contra del sistema y comenzaron a luchar por una aparentemente sencilla exigencia: la “democratización” de la política mexicana.²⁸⁵ Paz argumenta que “los estudiantes expresaron el anhelo general de la nueva clase media, sobre todo de

historia de la nación. Carlos Fuentes. *La muerte de Artemio Cruz*. (México: Fondo de Cultura Económica, 1962).

²⁸³ Ricardo Pozas Horcasitas. “La Revista Mexicana de Literatura: territorio de la nueva elite intelectual (1955–1965)”, 54-55.

²⁸⁴ Ariel Rodríguez Kuri. *Op. Cit.* 295.

²⁸⁵ Existe una amplia discusión al respecto pero aquí comparto el planteamiento de Octavio Paz. Octavio Paz. “Posdata”, en Octavio Paz. *Obras Completas. El peregrino en su patria: historia y política en México*. v. 8. (México, Fondo de Cultura Económica, 1994), 279

la ciudad de México: una vida política realmente plural y en la que cesase el monopolio del PRI.”²⁸⁶

El gobierno reaccionó violentamente y el 2 de octubre de 1968 reprimió un mitin del movimiento estudiantil que se llevaba a cabo en la Plaza de las Tres Culturas, la Plaza de Tlatelolco. El número de estudiantes asesinados jamás se sabrá, aunque los muertos se calculan en varios cientos. Así, en palabras de Octavio Paz, “[...] en el momento en que el gobierno obtenía el reconocimiento internacional de cuarenta años de estabilidad política y de progreso económico, una mancha de sangre disipaba el optimismo oficial y provocaba en todos los espíritus una duda sobre el sentido del progreso.”²⁸⁷

Los sucesos de 1968 significaron un cuestionamiento de lo que se había logrado hasta el momento. Como indica Ricardo Pozas Horcasitas, personificaron también el cuestionamiento, y de cierta forma el agotamiento, de los logros de la Revolución Mexicana.²⁸⁸ Es por ello que el año de 1968 marca el inicio de una nueva época, “el periodo de revisión de nuestro sistema.”²⁸⁹

El movimiento estudiantil del 68 fue el comienzo de una época de creciente participación ciudadana y de una actitud crítica generalizada frente al sistema político. Como indica Brian R. Hamnett, “[...] the scale of repression during 1968

²⁸⁶ Octavio Paz. “Hora cumplida (1929-1985)”, en *México en la obra de Octavio Paz*. Vol. I El peregrino en su patria. Historia y política en México. Octavio Paz y Luis Mario Schneider. (México: Fondo de Cultura Económica, 1987), 399. Véase también Octavio Paz. “Posdata”.

²⁸⁷ Octavio Paz. “Posdata”, 277-278

²⁸⁸ Ricardo Pozas Horcasitas. “La Revista Mexicana de Literatura...” 53-78.

²⁸⁹ Octavio Paz. “Hora cumplida (1929-1985)”, 392.

generated a new wave of opposition movements.”²⁹⁰ Podemos decir que la década que vino después del 68 fue una época profundamente “politizada”.

El reflejo más claro de la politización de la década de los setenta fue el surgimiento de decenas de grupos guerrilleros. Es necesario señalar que este fenómeno no es exclusivo de nuestro país, incluso Peter Winn ha caracterizado los setenta en Latinoamérica como la “década de guerrillas.”²⁹¹ Friedrich Katz señala que el aumento de los movimientos guerrilleros latinoamericanos es parte del fenómeno mundial de la guerra fría.²⁹² Durante estos años se dio una comunicación entre los grupos de izquierda radical de todo el continente. Enrique Krauze argumenta que, en México, parte de la radicalización se debe a la migración de los países sudamericanos que llegó a nuestro país.²⁹³

Sin embargo, no solamente hubo un incremento en la politización en el nivel más extremo –el guerrillero– sino que en general hubo una politización en un sector significativo de la sociedad mexicana.²⁹⁴ En palabras de Luis Aboites, “era un época de activismo de grupos políticos de distintas tendencias, desde maoístas hasta católicos vinculados a la Teología de la Liberación.”²⁹⁵ A partir de 1968, la sociedad mexicana comenzó a ser cada vez más una sociedad civil participativa. En los setenta encontramos no solamente la lucha de los guerrilleros sino también

²⁹⁰ Brian R. Hamnett. *Concise History of Mexico*. Port Chester, NY, USA: Cambridge University Press, 1999.

²⁹¹ Peter Winn. *Americas. The Changing Face of Latin America and the Caribbean*. 3 ed. (Berkeley y Los Ángeles, California: University of California Press, 2006), 538 ss.

²⁹² Friedrich Katz. “La guerra fría en América Latina”, en *Espejos de la guerra fría: México, América Central y el Caribe*. Daniela Spenser (coordinadora). (México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social-Secretaría de Relaciones Exteriores-Miguel Ángel Porrúa, 2004): 11-28.

²⁹³ Enrique Krauze. *Redentores*. (México: Debate, 2011), 266. Acerca de este tema es útil el recuento que Guadalupe Nettel hace de su vida: Guadalupe Nettel. *El cuerpo en que nació*. (Barcelona: Anagrama, 2011).

²⁹⁴ Luis Aboites Aguilar. “El último tramo, 1929-2000”. *Nueva historia mínima de México*. (México: El Colegio de México-Centro de Estudios Históricos, 2004), 288.

²⁹⁵ *Ibidem*.

muchas otras más. Una significativa es la lucha de los electricistas, cuyo líder era Rafael Galván, en contra del control sindical gubernamental.²⁹⁶

Los presidentes que ocuparon el poder después de 68, Luis Echeverría y José López Portillo, siguieron reprimiendo a los grupos disidentes, en especial a los guerrilleros. El gobierno actuó en buena medida fuera de la ley gestando aquello que se ha denominado como la “guerra sucia.”²⁹⁷ El suceso de represión en contra de estudiantes más notorio después del de 1968 fue el de un jueves de Corpus (10 de junio) de 1971 en el que un grupo de choque del gobierno reprimió violentamente una marcha estudiantil. De manera paralela, el gobierno actuó de manera represiva contra la prensa crítica. Por ejemplo, en julio de 1976 por órdenes gubernamentales se desalojó al director del periódico *Excélsior* Julio Scherer.

Sin embargo, al mismo tiempo los gobiernos de Echeverría y López Portillo intentaron establecer una reconciliación con los grupos inconformes del país con la intención reparar y parchar las grietas del sistema que el movimiento del 68 había

²⁹⁶ *Ibidem*.

²⁹⁷ Jaime Suchlicki. *Mexico: From Moctezuma to NAFTA, Chiapas, and Beyond*. (Washington, Londres: Brassey's, 1996). Enrique Krauze. *Redentores*, 266. Enrique Krauze. *La presidencia imperial. Ascenso y caída del sistema político mexicano (1940-1996)*. (México, Tusquets editores, 1997), 404. Lorenzo Meyer plantea que si bien en México hubo ofensiva gubernamental contra los movimientos guerrilleros, ésta tuvo menos intensidad que en el resto de los países latinoamericanos. Meyer plantea que “la bipolaridad que caracterizó al sistema internacional tras la Segunda Guerra Mundial, fue muy bien empleada, y a un costo relativamente bajo, por los líderes mexicanos para legitimar interna e internacionalmente al régimen autoritario que surgió tras el triunfo de la Revolución mexicana de 1910” (96). Lorenzo Meyer argumenta que el Partido Revolucionario Institucional, a través del manejo del discurso, logró aparecer menos anticomunista y más democrático de lo que era. Durante la Guerra Fría, el PRI logró llevar una política de equilibrio tanto dentro del país como hacia el exterior. Intentó colocarse en un punto medio entre los Estados Unidos y la Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas. El gobierno mexicano nunca rompió relaciones con ninguno de los dos. Con otras palabras, “[...] el gobierno mexicano buscó mantener, al menos en la forma, una cierta distancia frente a Estados Unidos y una cierta cercanía, también más formal que real, con la URSS” (p. 99) De esta forma, se logró tener en México “el régimen más estable de América Latina a lo largo de toda la guerra fría” (117) Lorenzo Meyer. “La guerra fría en el mundo periférico: el caso del régimen autoritario mexicano. La utilidad del anticomunismo discreto”, en *Espejos de la guerra fría*.

revelado. Una de las estrategias que se llevaron a cabo fue la de gastar enormes cantidades de dinero, siguiendo un programa con una marcada tendencia populista. El gobierno llevó a cabo lo que Lorenzo Meyer llama un “anticomunismo de baja intensidad pero efectivo”, una política que prefería, a través de las más diversas formas, cooptar que reprimir.²⁹⁸

Así, mientras reprimía a los grupos de izquierda dentro del país, el gobierno mexicano recibía con los brazos abiertos a los exiliados de las dictaduras latinoamericanas. Mientras se censuraba la voz de Scherer y sus allegados en *Excelsior* en 1977, se impulsó desde la presidencia una reforma política en la que se reconoció al Partido Comunista y otros grupos políticos de izquierda. Se estableció el sistema de representación proporcional que le permitía tener diputados (plurinominales) a los grupos políticos más pequeños.²⁹⁹ Además, como ya dije en otra sección, se incrementó el gasto educativo, como forma de reconciliación con los grupos universitarios.

El gasto estatal que servía para sustentar esta política de cooptación muchas veces se dio de manera directa, repartiendo propiedades y comida.³⁰⁰ Alicia Hernández señala que “la tendencia del gobierno fue –con la política de mexicanización– una mayor participación del Estado en la vida económica, mediante inversión pública y el incremento del sector paraestatal, lo que generó uno de los más largos episodios populistas de la historia contemporánea de

²⁹⁸ Lorenzo Meyer. *Op Cit.* 104 ss.

²⁹⁹ Luis Aboites Aguilar. *Op. Cit.*, 290.

³⁰⁰ Jean Meyer. “México entre 1934-1988”, 249-259.

México; el de 1970-1982, durante las presidencias de Luis Echeverría y José López Portillo.”³⁰¹

Hay que enfatizar que durante la década de los setenta se mantuvo el crecimiento económico.³⁰² La tasa de crecimiento anual fue de más del siete por ciento, hubo aumento sostenido de los salarios reales; y un gasto en salud, educación e infraestructura no visto desde finales de los años veinte. Todo esto coadyuvó a que la desigualdad social y regional disminuyera de manera considerable.³⁰³

El gasto público a finales de los setenta fue posible en buena medida gracias al descubrimiento en el año de 1978 de nuevos yacimientos de petróleo en la Sonda de Campeche. A partir de ese año hubo un “diluvio de dólares” que trastocó la política y economía del país.³⁰⁴ Dinero trajo más dinero: los ingresos por el petróleo hicieron que los bancos se sintieran confiados de prestarle enormes cifras al gobierno mexicano. Brian R. Hamnett señala que los “[...] renewed international confidence particularly within the banking community, which pressed loan packages on the country.”³⁰⁵

Un anuncio televisivo de finales de la década de los setenta pagado por el gobierno rezaba: “Petróleo: el oro negro para todos.”³⁰⁶ Desde el gobierno se orquestó una política económica en la cual las esperanzas recaían en gran parte

³⁰¹ Alicia Hernández Chávez. *México, breve historia contemporánea*. México: Fondo de Cultura Económica, 2000. p. 452.

³⁰² Jean Meyer. *Op. Cit.* 257.

³⁰³ Luis Aboites Aguilar. *Op. Cit.* 533.

³⁰⁴ Jean Meyer. *Op. Cit.* 257.

³⁰⁵ Brian R. Hamnett. *Concise History of Mexico*. (Port Chester, NY, EUA: Cambridge University Press, 1999).

³⁰⁶ Enrique Krauze. *La presidencia imperial*.

en la explotación petrolera. Tal vez la mejor muestra de esperanza que se tenía puesta en el preciado “oro negro” es la afirmación del presidente José López Portillo: “hay dos tipos de países: los que tienen petróleo y los que no –nosotros tenemos.”³⁰⁷

El llamado “boom petrolero” trajo un aire de esperanza no sólo entre los gobernantes sino también entre la sociedad en general. Ariel Rodríguez Kuri enfatiza que “[...] in some ways the level of oil reserves, the price of the oil barrel, the international advertising and the availability of outside credits fed the illusion of a presidency superimposed over the conflict, and of a society with a bright future”.³⁰⁸ Más adelante, agrega: “[...] it is rarely recognized that this illusion was broadly shared by the Mexicans, with the notable exception of the intellectuals Heberto Castillo and Gabriel Zaid, at least between 1977 and 1981 and it generated an important moment of collective euphoria in the country’s contemporary history.”³⁰⁹ Si bien muy posiblemente Castillo y Zaid no fueron los únicos incrédulos frente a la ilusión colectiva, es cierto que esta existía.

En suma, durante el sexenio de Luis Echeverría se dio un movimiento aparentemente paradójico. Por un lado, como Daniel Cosío Villegas indicó, se dio un “resurgimiento de una vida pública más abierta y democrática.”³¹⁰ Al mismo tiempo, se dio un incremento de las prácticas autoritarias y represoras: operaciones duales y contradictorias que terminarían por confundirse.

³⁰⁷ Thomas E. Skidmore y Peter H. Smith. *Modern Latin America*. 6 ed. (Nueva York y Oxford: Oxford University Press, 2005), 283.

³⁰⁸ Ariel Rodríguez Kuri. *Op. Cit.* 499.

³⁰⁹ *Ibidem*.

³¹⁰ Citado en Enrique Krauze. *La presidencia imperial*, 415.

Otro rasgo que me interesa resaltar para el objetivo de esta investigación, es que fue una década profundamente politizada. Esta politización estuvo marcada por la tensión que acabo de describir: un gobierno que daba ciertas libertades pero que, en paralelo, limitaba. Asimismo, estaba envuelta en un entorno en donde había prosperidad. Era, en una palabra, una politización esperanzada.³¹¹ Se veían luchas en varios sectores de la sociedad. Además, el gobierno había cedido ciertos espacios en los cuales se podía luchar. Es decir, en México, al contrario de varios países latinoamericanos, existía una relativa libertad para ejercer la disidencia política. Había espacios y condiciones para el cambio.

Como mostré en el análisis del libro *Historia, ¿para qué?*, para sus autores la historia tiene siempre una utilidad que va más allá de la obtención del conocimiento. En los diez ensayos, se señala una gran variedad de diferentes utilidades. Sin embargo, hay un marcado énfasis en la utilidad política de la historia. Esta “politización” en la utilidad de la historia corresponde con la politización que se dio a lo largo de toda la década de los setenta.

Los autores del libro tienen una gran esperanza puesta en la historia como herramienta para transformar el presente. Ven que ésta puede, de una forma u otra, proveer un mejor futuro.³¹² Dentro de estas transformaciones, el historiador

³¹¹ Esta “esperanza” que encontramos en los ensayos del libro *Historia, ¿para qué?* se entiende de manera más clara si se contrasta con nuestra condición política actual. En nuestra época, como explica Octavio Paz, “the decline of the ideologies I have called metahistorical, by which I mean those that assign to history a goal and a direction, implies first the tacit abandonment of global solutions.” Además, nos dice, we tend more and more towards limited remedies to solve concrete problems.” Octavio Paz. “In Search of the Present (Nobel Lecture, December 8, 1990)”. Anthony Stanton (traductor), en *Nobel Lectures, Literature 1981-1990*, Tore Frängsmyr (editor en cargo), Sture Allén (editor). (Singapur: World Scientific Publishing Co., 1993). Versión online disponible en: http://www.nobelprize.org/nobel_prizes/literature/laureates/1990/paz-lecture.html. Consultada: Abril 2012.

³¹² Héctor Aguilar Camín, “Historia para hoy”, 166.

tiene –o al menos, puede tener– un papel protagonista. El historiador, para los autores de *Historia, ¿para qué?*, tiene poder.³¹³ Esta visión de la historia como herramienta transformadora de la realidad es parte de un proyecto político y social más amplio que la mayoría de los autores compartían en un sentido general. Éstos diez pensadores concebían que México en ese momento, finales de los setenta y comienzo de los ochenta, necesitaba de la historia.

Como argumenté anteriormente, con los sucesos del año de 1968 comenzó una profunda crisis en México.³¹⁴ En palabras de Héctor Aguilar Camín: “[...] el 2 de octubre de 1968 es la fecha de una nueva crisis de México.”³¹⁵ Ésta consistía, básicamente, en una incertidumbre generalizada. Por un lado, no se sabía hacia dónde se dirigía el país, cuál era su futuro. Por otro lado, no se comprendía en qué punto se estaba, no se comprendía el presente mismo: ¿qué había llevado al sistema a derramar la sangre de sus jóvenes?

La incertidumbre sobre el futuro de la nación y su condición presente volvió a la historia un “saber útil”.³¹⁶ Con el 68, “[...] la Historia regresa a nosotros” dice Carlos Monsiváis.³¹⁷ Se recurre a ésta para obtener las respuestas tanto del “qué pasará”, el “a dónde vamos”, como del “en dónde estamos”, el “por qué estamos como estamos” y el “qué somos”.³¹⁸ Así, “[...] el movimiento del 68 recobra

³¹³ El texto de José Joaquín Blanco pondera esta idea. José Joaquín Blanco, “El placer de la historia”.

³¹⁴ Es fundamental subrayar que la crisis que tuvo lugar después del 68 no solamente *fue* una crisis sino que también se vivió *como* una crisis.

³¹⁵ Héctor Aguilar Camín, “Historia para hoy”, 150.

³¹⁶ *Ibidem.*, 157.

³¹⁷ Carlos Monsiváis, “La pasión de la historia”, 187.

³¹⁸ Arnaldo Córdova, “La historia, maestra de la política”, 135.

ampliamente la emoción y la pasión históricas.”³¹⁹ El 68 fue el inicio de una etapa de cuestionamiento, y la historia proveía de respuestas, soluciones y medios para satisfacerlas.

Los autores del libro *Historia, ¿para qué?* estaban interesados en mostrar que la historia nos podía decir algo sobre la condición del México de los setenta y del futuro del país, al mismo tiempo que podía servir para acelerar dicho futuro, es decir, al mismo tiempo que podía funcionar como herramienta política. Con otras palabras, los autores del libro querían mostrar que era útil para los momentos en que se vivía.³²⁰ Querían justificar el quehacer del historiador en los momentos de crisis que se vivían dando cuenta de su utilidad para el presente.³²¹

Después del 68, había que hacer no sólo una historia objetiva sino también comprometida.³²² Es importante repetir que para los autores, objetividad no es lo mismo que neutralidad. Había que tomar partido pero no mentir.³²³ No se debía, y de hecho ni siquiera se podía, ser imparcial. Para ellos toda historia era imparcial pero no necesariamente falsa.³²⁴

Gran parte de los autores dan cuenta de que su lucha está del lado de los oprimidos y excluidos. Una frase de E. M. Cioran, que Héctor Aguilar Camín usa a manera de epígrafe, da cuenta del tono común del libro: “[...] bajo cualquier

³¹⁹ Carlos Monsiváis, *Op. Cit.*, 190.

³²⁰ *Ibidem*, 173.

³²¹ Véase más arriba el análisis del libro. En este muestro la fuerte carga “presentista” de la gran parte de los ensayos de *Historia, ¿para qué?*

³²² Carlos Monsiváis dice que antes del 68 se hacía: “una historia profesional centrada en la “objetividad” y la “neutralidad”, con los historiadores en el papel no de intérpretes sino de notarios públicos”. Carlos Monsiváis, “La pasión de la historia”, 187.

³²³ Adolfo Gilly. “La historia como crítica o como discurso del poder”, 201.

³²⁴ *Ibidem*.

circunstancia debe uno ponerse del lado de los oprimidos, incluso cuando van errados.”³²⁵ Varios ensayos muestran su afinidad con luchas sociales que se estaban dando en ese momento, en especial con la que había llevado la Tendencia Democrática de los electricistas, dirigidos por Rafael Galván. Monsiváis incluso dedica su ensayo “in memoriam” a Galván.³²⁶ Para el mismo Monsiváis, en ese momento “[...] el sentido histórico en México está ligado a las reivindicaciones obreras y campesinas, a las demandas nacionalistas, al crecimiento democrático de la sociedad y a las exigencias del cambio permanente.”³²⁷

Según los autores de *Historia, ¿para qué?* se tenía que escribir una historia crítica. O más precisamente: el tipo de historia propicia para la situación del México de finales de la década de los setenta era la historia crítica. Ésta pretendía enfrentarse con las visiones oficiales construidas desde el poder estatal y, al mismo tiempo, de las obras con pretensiones de “neutralidad” escritas por los historiadores profesionales.³²⁸ La historia que ellos hacían llevaría a la transformación de la realidad nacional, es decir, a la transformación de las estructuras de dominación imperantes. Para dar cuenta de esta opinión, basta ver las palabras de Marx que funcionan como epígrafe del texto de Adolfo Gilly –y que me parecen podrían funcionar, en cierta medida, para el libro en su conjunto:

[...] si la construcción del futuro y el resultado final de todos los tiempos no es asunto nuestro, es todavía más claro lo que debemos lograr en el presente: me refiero a la *crítica despiadada de todo lo que existe*, despiadada en el

³²⁵ E.M. Cioran. *Del inconveniente de haber nacido*. Héctor Aguilar Camín, 146.

³²⁶ Héctor Aguilar Camín, “Historia para hoy”, 168. Adolfo Gilly. “La historia como crítica o como discurso del poder”, 169.

³²⁷ Carlos Monsiváis, “La pasión de la historia”, 193.

³²⁸ *Ibidem*. 188.

sentido de que la crítica no retrocede ante sus propios resultados ni teme entrar en conflicto con los poderes establecidos.³²⁹

Hay que recordar que un buen epígrafe sintetiza el sentido de un texto. Por ello, siempre hay que prestar especial atención a ellos. Me gusta pensarlos como una píldora en donde se comprime el texto, y en este sentido es que leo el epígrafe de Gilly y el de Aguilar Camín. Para los participantes de *Historia, ¿para qué?* había escribir una historia que criticase las relaciones de fuerza o poder con la intención de transformarlas. Se puede decir que los autores asumían que ellos se encontraban realizando la que el país necesitaba y exigía en ese momento.

Quisiera hacer un paréntesis y señalar que es sintomático que se haya publicado *Historia, ¿para qué?* por Siglo XXI Editores y no por alguna otra casa editorial.³³⁰ En los setenta se dio un auge del marxismo en los centros de educación superior. Prácticamente en todos los planes de estudios, de todas las carreras, existía una materia relacionada con el pensamiento marxista. La editorial Siglo XXI fue la que se encargó, en buena medida, de proveer los libros que la popularidad del marxismo exigía. En palabras de Enrique Krauze:

para alimentar los planes de estudio hacía falta una oferta editorial pertinente. Esta oferta la proveyó la Editorial Siglo XXI. Su director, Arnaldo [Orfila] Reynal (viejo arielista argentino que había dirigido con gran tino el Fondo de Cultura Económica entre 1948 y 1965), estableció desde 1965 un vínculo cercano con Casa de las Américas en Cuba y se propuso la edición sistemática de la vulgata

³²⁹ Karl Marx. “Carta a Arnold Ruge”, Kreuznach, septiembre 1843. Citado en *Ibidem.*, 196.

³³⁰ *Historia, ¿para qué?* fue uno de las 70 primeras ediciones que Siglo Veintiuno publicó en el año de 1980. (Cfr. “Siglo XXI editará este año 100 nuevos libros y 300 reediciones”, en *Unomásuno*. lunes 19 enero 1981 p. 19.) Sobre la editorial véase: Xavier Moret. “El lento declive de Siglo XXI”, en *El País*. 14 enero 1994. Versión electrónica disponible en: http://elpais.com/diario/1993/01/14/cultura/726966008_850215.html. Consultada: abril 2012.
Sobre Arnaldo Orfila Reynal véase Carlos Fuentes. “*Cien años de Orfila Reynal*”, en *El País*. 16 enero 1998. Versión electrónica disponible en: http://elpais.com/diario/1998/01/16/cultura/884905207_850215.html. Consultada: abril 2012.

marxista. Se tradujo la obra completa del Che, Marta Harnecker vendió centenares de miles de ejemplares, y el neomarxismo francés (Poulantzas, Althusser) encontró decenas de miles de lectores.³³¹

En otro ensayo, el mismo Krauze cuenta que:

Quando en 1965 Díaz Ordaz expropia, de hecho, el Fondo de Cultura Económica, la Generación de Medio Siglo -con Orfila, un hombre del 1915, a la cabeza- pone casa aparte y funda Siglo XXI. Su público lector es la Generación del 68. El catálogo de publicaciones de Siglo XXI, extraído en gran medida de la izquierda radical francesa, adquiere para ellos, cada vez más, el carácter de catecismo. Marcuse desplaza a Sartre. Althusser esparce generosamente su teología. El Che Guevara es el héroe de la década.³³²

Sin embargo, me parece que una manera más clara de entender la política editorial de Siglo XXI Editores se puede encontrar en la declaración de su Colección América Nuestra:

"AMÉRICA NUESTRA es una colección que Siglo XXI ha planeado como una expresión coherente del examen de la realidad que nuestros países viven desde siglos: tierra colonizada que no logra liberarse. Queremos difundir, con sistema, textos que exhiban tanto la grandeza de las culturas destruidas por la Conquista como los testimonios de la lucha por la liberación que llega hasta nuestros días y que tiene expresión en la obra y las ideas de los hombres que las orientan. Nada mejor para definir esa intención que las palabras que escribió José Martí: "... la historia de América, de los incas acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra, nos es más necesaria... Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser de nuestras repúblicas..."³³³

El espíritu crítico de *Historia, ¿para qué?*, ese afán de impulsar una transformación social, representaba claramente parte de los ideales que

³³¹ Enrique Krauze. *Redentores*. 266.

³³² Enrique Krauze. "Cuatro estaciones de la cultura mexicana", en *Vuelta*. Número. 60 (Noviembre 1981), 38-39.

³³³ Esta nota la podemos encontrar en todos los libros que forman parte de la Colección Nuestra América. Por ejemplo: Ernesto Che Chevara. *El socialismo y el hombre nuevo*. José Aricó (editor). (México, Siglo Veintiuno Editores, 1977) (Colec. Nuestra América)

inspiraron la creación –y política editorial– de Siglo XXI Editores. Es por esto que el libro encontró un eco ideal en esta editorial.

Se puede decir así que, de una forma u otra, *Historia, ¿para qué?* es un libro “de izquierda” en el sentido de que se ubica dentro del espectro político en un punto que busca la transformación social y con esto se enfrenta a una visión conservadora que en contraposición busca mantener el *status quo*. Más allá de la etiqueta que podríamos asignarle, lo significativo es que los mismos autores del libro se autodenominaban “de izquierda”.³³⁴ En ese tono, José Joaquín Blanco dice respecto al conjunto de la obra:

Sí tiene una línea marcada hacia la izquierda, aunque con la excepción de Gilly o Arnaldo Córdova nosotros no éramos tan programáticamente marxistas. Pero sí permeaba ese espíritu, como permeaba en toda la sociedad académica, juvenil, intelectual de aquella época.³³⁵

Las palabras de José Joaquín Blanco son riquísimas porque señalan un elemento fundamental. Aquí ser “de izquierda” no significa pertenecer específicamente a una corriente política o ideológica, sino compartir un espíritu. Es, más que una categoría política, una categoría cultural.

Es central explicitar el hecho de que Luis González y González y Luis Villoro constituyen una excepción dentro del conjunto de autores de *Historia, ¿para qué?* Sus respectivos textos exploran la dimensión utilitaria de la disciplina desde una

³³⁴ Véase, al respecto: Héctor Aguilar Camín, entrevista con el autor, Ciudad de México, 10-11 diciembre 2012. (Anexo 1.6) José Joaquín Blanco, entrevista con el autor, Ciudad de México, 14 junio 2012. (Anexo 1.3) Arnaldo Córdova, entrevista con el autor, Ciudad de México, 11 junio 2012. (Anexo 1.4).

³³⁵ José Joaquín Blanco, entrevista con el autor, Ciudad de México, 14 junio 2012. (Anexo 1.3).

perspectiva distinta que la del resto de los autores. Podríamos decir, por seguir con lo planteado arriba, que no comparten el espíritu “de izquierda” con los demás.

Regresando al tema central, las respuestas a la pregunta “historia, ¿para qué?” dadas por los diez autores muestran que la disciplina de la historia es útil en varios sentidos. Pero, más importante aún, dan cuenta que la disciplina era útil para los momentos en los cuales el cuestionamiento acerca de la utilidad de la disciplina había surgido en México, esto es, finales de la década de los setenta. Las respuestas funcionan como una justificación del quehacer historiográfico en general, pero particularmente del tipo de práctica historiográfica de los diez autores. Éstos, al hacer explícitos los usos de la historia, justifican su práctica y su quehacer.

Para cerrar, quiero volver a lo que sugería en un inicio. Las producciones culturales no se pueden comprender cabalmente sin estudiar el entorno en el cual fueron producidas y, a su vez, dicho entorno no puede comprenderse sin estudiar sus prácticas culturales. Producción y contexto se funden para formar un todo en el cual es difícil ver los límites entre cada una de sus partes. El libro *Historia, ¿para qué?* sintetiza una multiplicidad de factores: se vuelve un cruce de procesos culturales, políticos, sociales, e historiográficos. En pocas palabras: es un libro de teoría de la historia profundamente histórico.

LA PREGUNTA

Empecemos por la segunda parte de la pregunta. El “¿para qué?” es una forma abreviada de “¿para qué sirve?”. En este sentido es una pregunta acerca de la intención, del propósito, de la funcionalidad. Por esta razón se puede decir que es una pregunta que cuestiona estrictamente acerca de la utilidad. El “para qué” no es lo mismo que el “por qué”. El primero se enfoca en la utilidad de algo, mientras que el segundo pregunta por la causa, la razón de ser, los principios.

Pero, ¿a qué nos referimos cuando hablamos de la utilidad de algo? ¿Qué significa que algo sea “útil” (o “inútil”)? La idea de utilidad está irremediabilmente vinculada con una forma de pensamiento surgida en el siglo XVIII llamada utilitarismo. Para esta doctrina el valor que está sobre todos los demás es el de la utilidad.³³⁶ Para los pensadores utilitaristas, lo útil es “lo que sirve a la conservación del hombre o lo que en general satisface sus necesidades o intereses.”³³⁷ Jeremy Bentham, uno de los máximos exponentes el utilitarismo, escribió: “[...] by utility is meant that property in any object, whereby it tends to produce benefit, advantage, pleasure, good, or happiness [...] or [...] to prevent the happening of mischief, pain, evil, or unhappiness to the party whose interest is considered”.³³⁸

³³⁶ José Ferrater Mora. “utilitarismo”, en *Diccionario de Filosofía*. 5 ed. (Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1965). Tomo II (L-Z). 860. Para una breve historia del utilitarismo véase: Julia Driver. "The History of Utilitarianism", en *The Stanford Encyclopedia of Philosophy* (Summer 2009 Edition), Edward N. Zalta (editor). Disponible en : <http://plato.stanford.edu/archives/sum2009/entries/utilitarianism-history/>> Consultada: septiembre 2012.

³³⁷ Nicola Abbagnano. “Útil”, *Op. Cit.* 1169.

³³⁸ Jeremy Bentham. *An introduction to the principles of morals and legislation*. Edición por J. H. Burns y H. L. A. Hart. Introducción por F. Rosen, ensayo interpretativo por H. L. A. Hart. (Oxford: Clarendon, 1996).

Esta concepción de “utilidad” puede rastrearse desde la obra de Hobbes y Spinoza, para quienes “lo racional” es concerniente a la búsqueda de “lo útil”. Para estos autores, utilidad y racionalidad se identifican: lo racional es buscar la utilidad, y lo útil es lo racional. Bajo esta postura buscar lo útil es buscar lo racional, mas no toda búsqueda racional es la búsqueda de lo útil. Esto se debe a que puede haber una racionalidad pura (el fin de ella no es exterior a ella misma) y la racionalidad práctica (aquella que atiende a un fin fuera de sí misma).

Sin embargo, el término “útil” tiene una segunda acepción más amplia. En un sentido más general, lo útil significa “medio o instrumento para un fin cualquiera”.³³⁹ Si se concibe lo útil en este sentido, la utilidad es una propiedad de las cosas, más no una propiedad inherente a ellas. Es el fin lo que determina la utilidad de la cosa. Lo inútil es aquí aquello que no sirve para *nada*, es decir, que no ayuda a conseguir o alcanzar ningún fin.

Los dos sentidos descritos de la palabra “útil” no son excluyentes; sencillamente el segundo es más general, y en este sentido incluye al primero. El fin o la meta puede ser cualquiera y no exclusivamente algo “beneficioso”, tal como proponían los utilitaristas. En suma, por “útil” se entiende “lo que puede servir para algo”³⁴⁰, siendo ese algo cualquier tipo de meta ventajosa o no, placentera o no, buena o no. Si aceptamos este significado de útil, se puede leer la pregunta “historia, ¿para qué?” como “historia, ¿para qué es útil?”, ¿para qué sirve la historia? o “¿qué fin o meta se alcanza mediante la historia?”

³³⁹ Nicola Abbagnano. “útil”, en *Diccionario de Filosofía*. Nicola Abbagnano. Traducción de Alfredo N. Galleti. 2 ed. (México, Fondo de Cultura Económica, 1974): 1169.

³⁴⁰ José Ferrater Mora. “Útil, utilidad”, en *Op. Cit.* 860

La primera parte de la pregunta también es problemática debido a que en español, así como en otras lenguas romances, la palabra “historia” es polisémica. Si bien sus distintos significados se encuentran estrechamente vinculados, se puede hablar básicamente de tres acepciones distintas. En primer lugar, la palabra “historia” se refiere a los sucesos pasados, más allá de su estudio. Bajo esta acepción, la historia es aquello que sucedió y en este sentido es eventualmente un objeto de estudio. En segundo lugar, se entiende por “historia” la actividad del hombre que consiste en estudiar el pasado. Bajo esta acepción, la historia es una forma de conocimiento. Así, por una parte la palabra “historia” designa a un objeto de estudio –el pasado–, y por otra al proceso epistemológico que busca conocerlo. Un tercer significado de la palabra es “historia” entendida como relato o narración, es decir como una forma discursiva o género literario con características particulares. En cierto sentido este último significado es el que adquiere el uso coloquial de la palabra, por ejemplo cuando se dice “cuéntame una historia”.

En la pregunta “historia, ¿para qué?” la palabra “historia” se entiende en su segunda acepción, es decir, como la acción de estudiar al pasado y como el conocimiento que se obtiene mediante este estudio. Dicho de otra forma: el estudio de la “historia” produce un conocimiento que es la “historia.” Es importante señalar que la pregunta, al ser planteada en el contexto de la disciplinarización y profesionalización del estudio del pasado, a su vez hace referencia a la disciplina de la historia. Esto se debe a que la disciplina de la historia es la forma imperante –más no exclusiva puesto que otras disciplinas “trabajan” con la historia– mediante

la cual se estudia el pasado. De esto se deriva que la pregunta sea un cuestionamiento acerca de la utilidad de la disciplina misma.

Recapitulando, la pregunta “historia, ¿para qué” no parte de la polisemia del término historia, sino que hace referencia específicamente a una de las acepciones. Sin embargo, termina teniendo varias aristas. Por un lado es: “¿para qué estudiar el pasado?” o, siguiendo la explicación dada antes, “¿qué meta se alcanza al estudiar el pasado?”. Por el otro, considerando que al estudiar el pasado obtenemos algún tipo de conocimiento acerca de él, significa también “¿para qué conocer el pasado?”. Y por último, dado que la forma imperante mediante la cual se estudia dicho pasado es la disciplina de la historia, la pregunta asimismo encarna la interpelación: “la disciplina de la historia, ¿para qué?” o “¿qué se logra mediante la disciplina de la historia?”. En síntesis: la pregunta pone en cuestionamiento el hecho de que la disciplina de la historia sea un fin en sí mismo, y busca encontrar un fin más allá de ella misma.

Generalmente el historiador procede sin hacerse esta serie de preguntas que cuestionan la utilidad de su quehacer. Va al archivo, recolecta información, lee lo que otros han escrito sobre el tema, discute con colegas, escribe y publica sin preguntarse: “y esto, ¿para qué sirve?”. En primera instancia esto se debe a que la utilidad de cada una de estas actividades, entendiéndolas como fases de un proceso, es clara. Es decir, si se concibe ir al archivo como parte del proceso de investigación y generación de conocimiento histórico, es clara su utilidad: recabar información. Sin embargo, si nos preguntamos por el conjunto del proceso, las cosas cambian. Si en lugar de preguntar por cada una de sus partes de manera

aislada cuestionamos la utilidad de todas ellas juntas, ésta deja de ser plenamente evidente.

En segunda instancia, el historiador no se ve obligado a preguntarse por la utilidad de su labor en tanto ésta proporciona resultados tangibles. Cada año nuevas investigaciones son publicadas, se presentan miles y miles de ponencias en congresos, se fundan revistas, se instruye a enormes huestes de noveles historiadores. El historiador, hoy más que nunca, puede decir que su quehacer da frutos. Nunca antes se había escrito tanta historia, nunca antes habían existido tantos historiadores. Además, nada parece indicar que la producción historiográfica vaya a detenerse en un futuro próximo. Todo esto hace que el historiador sienta que su quehacer es útil en tanto produce algo, y por ende no se cuestione sobre la utilidad misma de aquello que produce. O sea: el historiador deja de preguntarse sobre la utilidad de la disciplina al concebir la producción historiográfica como un fin útil en sí mismo.

En suma, se puede decir que en el día a día, mientras las cosas salgan dentro de la norma, esto es, mientras las investigaciones y la docencia de la historia den resultados, es poco probable que los historiadores se cuestionen acerca de la utilidad de la historia. Con otras palabras, el historiador habitualmente no se pregunta si la disciplina de la historia es útil o no porque le *funciona*, le da resultados.

Zygmunt Bauman afirma, siguiendo a Martin Heidegger, que la madre del conocimiento es la decepción, puesto que sólo fijamos nuestra atención en las cosas cuando dejan de funcionar o cuando “algo va mal”, o más precisamente:

cuando no funcionan como lo esperábamos.³⁴¹ Siguiendo este planteamiento, solamente cuando las cosas se “alejan de la norma” es que podemos tomar plena consciencia de ellas. De esta forma, la pregunta sobre la utilidad o la meta de la historia no se presenta en momentos de funcionamiento normalizado del quehacer, sino en momentos de cuestionamiento o duda en los cuales los historiadores se ven forzados a legitimar aquello a lo que se dedican.³⁴²

El cuestionamiento a la disciplina puede o no gestarse en su propio seno. Muchas veces, el funcionamiento de la historia ha sido puesto en duda por factores externos a ella. Sería absurdo pretender enumerar la totalidad de los elementos que pueden introducir dudas en la disciplina: van desde los socioeconómicos, pasando por cuestionamientos teóricos planteados por otras disciplinas, hasta llegar a elementos éticos y estéticos.

El preguntarse “¿para qué sirve la historia?” no necesariamente implica cuestionar la legitimidad o alcances epistemológicos de la disciplina. Mientras que el cuestionamiento epistemológico discute la legitimidad del conocimiento aportado por la historia (¿es conocimiento o no? ¿qué alcances y límites tiene?, etcétera), la pregunta sobre utilidad interroga sobre la capacidad de este conocimiento para lograr un fin externo y diferente a él mismo. Sin embargo, ambos cuestionamientos

³⁴¹ Zygmunt Bauman. *El arte de la vida. De la vida como obra de arte*. Trad. de Dolors Udina. (Barcelona: Paidós, 2009): 57.

³⁴² Héctor Aguilar Camín plantea que acerca de la pregunta “historia, ¿para qué?": es una pregunta que los historiadores de subsecuentes generaciones deberían responder cada vez que sienten que su mundo está cambiando. Es decir, siempre.” Héctor Aguilar Camín, entrevista con el autor, Ciudad de México, 10-11 diciembre 2012. Si bien es cierto que el mundo siempre está cambiando, me parece que no siempre nos podemos dar cuenta de que estos cambios están sucediendo. Por eso son tan importantes estos momentos de cuestionamiento de los que hablo.

generalmente se imbrican. Es decir, la pregunta sobre la utilidad ha servido como una forma de poner en duda la legitimidad del conocimiento que otorga la historia, y viceversa. Así, aunque el cuestionamiento acerca de la utilidad de la historia es uno determinado se ha entrelazado con otros.

El libro *Historia, ¿para qué?* es un ejemplo claro de lo que se ha venido diciendo. Como se explicó anteriormente, la disciplina de la historia en México a finales de los años setenta no solamente funcionaba sino que estaba en el momento cumbre de su profesionalización. Sin embargo, la mudanza del AGN al Palacio de Lecumberri implicó la inversión de un esfuerzo extra que trajo el cuestionamiento de si todo lo que se hacía, servía para algo o no. Es fundamental precisar que no se trató de un cuestionamiento generalizado: surgió entre un grupo, que si bien ocupaba un lugar preponderante en el panorama intelectual mexicano, no representaba su totalidad. Quiero decir: no hay indicios de que la pregunta “historia, ¿para qué?” fuera una preocupación generalizada.

Como se ha pretendido mostrar, la cuestión de la utilidad de la historia llega en “momentos de duda”. Sin embargo, la pregunta “historia, ¿para qué?” no solamente surge en momentos específicos sino se contrapone o deriva de una forma de pensamiento particular. Con esto quiero señalar el hecho de que el cuestionamiento acerca de la utilidad de la historia es promovido por una forma específica de pensamiento en la cual la utilidad ocupa un lugar central, y se privilegia la utilidad sobre la inutilidad.

La pregunta es estimulada por la idea de que la historia debe ser útil de alguna forma. En este sentido, se puede decir que es una pregunta moderna.

Dicho de otra forma, es una pregunta que surge del pensamiento de la modernidad occidental. ¿Por qué afirmo esto? Porque es una pregunta “desencantada”. Debemos recordar que, como enfatizó Max Weber, una de las características principales de la modernidad es que es una época desencantada (*entzaubert*)³⁴³.

El proceso de desencantamiento en la cultura occidental tiene orígenes remotos, pero fue durante la modernidad que llegó a su punto más álgido. Se puede resumir a este proceso como un proceso de creciente racionalización e intelectualización. El proceso de intelectualización no significa que sepamos más acerca del mundo que nos rodea, sino más bien es la idea de que todo *puede* llegar a ser conocido. Es decir, significa la existencia del sentimiento de que, si se desea, se puede conocer cualquier cosa. Bajo esta forma de pensamiento, aunque yo sea un estudioso de las humanidades que no tenga la más remota idea de cómo funciona los circuitos que hacen funcionar la computadora en la cual tecleo estas palabras, si me pongo a investigar lo suficiente *algún día* podré llegar a saber a ciencia cierta cómo es que funciona esta máquina que ahora es un misterio.

Así, en un mundo en donde este sentimiento ocupa un lugar preponderante, (léase en un mundo desencantado), las cosas oscuras no existen: todo puede llegar a ser conocido. En palabras de Weber, existe “[...] the knowledge or belief

³⁴³ Para una breve definición de este concepto véase Max Weber. “Science as a Vocation,” en *Essays in Sociology*. (Nueva York: Oxford University Press, 1946): 129-158.

that if one but wished one could learn it at any time.”³⁴⁴ Dicho de otra forma: “[...] there are no mysterious incalculable forces that come into play, but rather one, in principle, master all things by calculation.”³⁴⁵

El proceso de desencantamiento también implica que cada acción tiene que ser calculada y racionalizada. En un mundo desencantado como era en el que vivían los autores de *Historia, ¿para qué?* cada acción tenía que tener un fin –premeditado. Desde esta perspectiva, es un sinsentido actuar sin una meta.

Es desde esta visión del mundo que tiene que leerse la respuesta que se asume en la pregunta: que la historia *tiene* una utilidad, que debe servir para alcanzar un fin. Esta meta no solamente es discernible, sino que también se puede prever y planear. Así como cuando se pregunta a alguien cuál es su nombre se asume que éste tiene un nombre, la pregunta “historia, ¿para qué” asume que la historia tiene uso, y en este sentido emana de un punto de vista utilitario.

Así, se puede decir que la pregunta es histórica en el sentido de que surge en momentos históricos concretos (momentos de duda o cuestionamiento), y es avivada por una forma de pensamiento también histórica (una forma de pensamiento que privilegia la utilidad frente a la inutilidad).

Pero, ya planteada la pregunta, ¿qué se puede enunciar? Estrictamente sólo se pueden dar dos respuestas. La primera: que la historia tiene algún uso, es decir, que es útil. La segunda: que no sirve para nada, que es inútil en tanto no se

³⁴⁴ *Ibidem.* 139.

³⁴⁵ *Ibidem.*

puede conseguir ninguna meta gracias a ella. La segunda postura es clara, pero la primera tiene dentro de sí misma un espectro innumerable de respuestas distintas. En ésta incluso se incluyen las respuestas que plantean que la historia tiene un uso negativo, es decir, que sirve para conseguir un fin aunque éste no sea benéfico. Un claro ejemplo de esta respuesta es la segunda de *Consideración intempestiva*, “Sobre la utilidad y los perjuicios de la historia para la vida”, de Friedrich Nietzsche. En ésta se resalta no sólo la parte benéfica de la historia para el hombre sino también su parte dañina.³⁴⁶ Es decir, muestra que la historia puede tener no solamente una utilidad benéfica, sino también una perjudicial. Este tratamiento, como el mismo Nietzsche afirmó más tarde, “pone al descubierto lo que hay de peligroso, de corrosivo y de envenenador de la vida, en nuestro modo de hacer ciencia [histórica].”³⁴⁷

Aclarado lo anterior, ¿qué sucede si queremos precisar un uso específico de la historia? Éste siempre dependerá del objetivo o meta que se quiera alcanzar ya que el uso que un objeto o discurso puede tener depende del fin que se tenga. Entonces, para responder la pregunta hay que ir en reversa: primero tenemos que especificar qué se quiere lograr, y una vez hecho eso se puede señalar la utilidad de algo.

En este sentido la respuesta tiene que ser histórica en tanto el uso de un objeto siempre se encuentra acotado por una serie de circunstancias históricas

³⁴⁶ Friedrich Wilhelm Nietzsche. *Sobre la utilidad y los perjuicios de la historia para la vida*. Edición, traducción y estudio de Dionisio Garzón. Madrid, EDAF, 2000. Existe otra edición: Friedrich Nietzsche. *Sobre la utilidad y el prejuicio de la historia para la vida [II intempestiva]*. Edición, traducción y notas de Germán Cano. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva, 1999.

³⁴⁷ Nietzsche. *Ecce Homo*, Die Unzeitgemässen, I. Citado en: Dionisio Garzón. “Introducción”, en Friedrich Wilhelm Nietzsche. *Sobre la utilidad...* 14.

específicas puesto que el fin que se persigue también es histórico. Para ilustrar este argumento podemos tomar como ejemplo un lápiz. Si lo que quiero es escribir el lápiz tiene un uso: dibujar líneas que me permitan trazar caracteres. Si mi meta es otra, quitarme la comezón de la espalda, tiene otro uso –aunque su fabricante o productor no lo haya considerado: rascarme.³⁴⁸ Otro ejemplo: una cama. Si la meta es descansar o dormir, la cama tiene un uso: dar un soporte confortable para poder dormir. Sin embargo, si se tiene otra meta puede tener otro uso. La artista británica Tracey Emin utilizó su cama con fines diferentes y creó una obra de arte titulada *My Bed* en donde el uso del mismo objeto –su cama– tenía otro bien distinto. Lo mismo sucede con el urinal y la famosa obra *Fountain* (1917) de Marcel Duchamp.³⁴⁹ Los usos dependen del fin que se tenga y del contexto en el que se encuentre el objeto o discurso en cuestión. Así, se puede decir que no hay usos universales en el sentido de que sean válidos en cualquier momento y lugar: sólo hay usos históricos, acotados y contextualizados.

No importa si es una cama, un urinal o la disciplina de la historia: la respuesta acerca de la utilidad siempre estará situada en un contexto histórico. Sin embargo, un rasgo propio de la historia radicaliza la afirmación anterior. El mismo texto historiográfico puede ser leído, y por lo tanto también usado, de distintas maneras. Parto del supuesto de que el (los) significado(s) de cualquier texto – incluidos los historiográficos– no son fijos. La historia, como todos los textos, pasa

³⁴⁸ Estos diferentes usos pueden existir incluso si el creador o productor del objeto, acción o discurso no lo haya si quiera pensado.

³⁴⁹ Tracey Emin. *My Bed*. 1998. Colchón, ropa de cama, almohadas, objetos. 79 x 211 x 234 cm. http://www.saatchi-gallery.co.uk/artists/artpages/tracey_emin_my_bed.htm. Aquí el problema se vuelve: ¿Sigue siendo un mingitorio o una cama?

por el lenguaje, es una forma más de él. Así, para explicar por qué el significado de un texto no es fijo, primero hay que entender cómo es que funciona el lenguaje.

Una de las condiciones de posibilidad del lenguaje es que necesita poder funcionar en ausencia del emisor. El signo lingüístico puede, y siempre debe poder, ser repetido incluso en ausencia del emisor y de su contexto inicial. Debido a que un signo puede ser repetido, también puede ser citado en distintos contextos y seguir funcionando en ellos. "Every sign, linguistic or nonlinguistic, spoken or written (...), as a small or large unity, can be *cited*, put between quotation marks; thereby it can break with every given context, and engender infinitely new contexts in an absolutely non saturable fashion".³⁵⁰ Es por esto que las palabras pueden adquirir distinto significado dependiendo del contexto en el que se encuentren. En este sentido no hay un contexto determinado: un signo puede siempre estar en más de un contexto, o más precisamente, un signo siempre se encuentra en más de un contexto. Esto no sólo implica que un signo pueda tener una pluralidad de significados (polisemia), sino que el significado del signo está siempre diseminado, es decir, nunca está fijo.

Debido a que un enunciado puede ser puesto en diferentes contextos, según Derrida, "[...] the intention which animates utterance will never be completely present in itself and its content".³⁵¹ La intención del sujeto que emitió el enunciado se pierde puesto que cualquier signo puede ser colocado en otro contexto. Es por lo anterior que la influencia que los enunciados tienen sobre el

³⁵⁰ Jacques Derrida. "Signature Event Context." *Margins of Philosophy*. (Chicago: University of Chicago Press, 1982.): 320.

³⁵¹ *Ibidem*. 326

mundo no está limitada por una intención humana.³⁵² Más claramente: nuestro discurso puede ser apropiado y usado para diferentes propósitos; no somos dueños completos de nuestras palabras. Nuestro decir se nos escapa nada más abrimos la boca. Como Derrida dijo, “[...] to write is to produce a mark that will constitute a kind of machine that is in turn productive, that my future disappearance in principle will not prevent from functioning and from yielding, and yielding itself to, reading and rewriting”.³⁵³ En este sentido, la lectura siempre es escritura. Cuando uno lee, incluso lo que escribió un instante antes, uno (re)escribe. Jean Paul Sartre, en su libro *La Nausea*, planteó este problema:

Esta frase la había pensado yo; había sido antes un poco de mí mismo. Ahora estaba grabada en el papel, formaba un bloque contra mí. Ya no la reconocía. Ni siquiera podía repensarla. Estaba allí, frente a mí; hubiera sido inútil buscarle una marca de origen. Cualquier otro hubiera podido escribirla. Pero yo, yo no tenía la seguridad de haberla escrito. Ahora las letras ya no brillaban, estaban secas. También eso había desaparecido: ya no quedaba nada de su efímero brillo.³⁵⁴

Entonces nunca hay una lectura pasiva porque todo acto de lectura, así como de escritura, es un acto de apropiación y con ello simultáneamente de transformación. Nuestras experiencias personales, creencias, ideologías, en una palabra, la vida misma se entremezcla con el proceso de lectura-(re)escritura. La escritura sólo puede serlo en tanto siga funcionando, reescribiéndose. En vista de lo que se ha venido diciendo se puede afirmar que la escritura es un proceso eternamente activo.

³⁵² Se puede decir que Derrida deja de pensar en un sujeto con intención y argumenta que el lenguaje (y la escritura) transforman el mundo. El lenguaje por sí mismo tiene agencia.

³⁵³ Véase *Ibidem*. 316.

³⁵⁴ Jean-Paul Sartre. *La náusea*. Trad de Aurora Bernádez. (México: Origen-Seix Barral, 1984). 123.

Siguiendo estas ideas, incluso si un discurso histórico fue creado con un propósito específico o fue usado de cierta manera, eso no implica que no pueda ser utilizado más tarde o simultáneamente en una forma completamente distinta. Si el significado de un texto historiográfico no es fijo, su uso tampoco puede ser determinado. Un discurso historiográfico nunca podrá tener un solo uso porque no tiene un solo significado. Es inconcebible un “totalitarismo funcional”: nunca puede existir una autoridad que diga todos los usos que un objeto o discurso puede tener.³⁵⁵ Cualquier objeto o discurso está en riesgo de ser apropiado y usado en una forma distinta para la que en un inicio fue pensado. Simplifico con un ejemplo trillado: un discurso histórico que sirvió para la dominación puede terminar siendo liberador, y uno liberador puede convertirse en uno que domine.

En este sentido, debido a que estoy preocupado con el uso social de la historia, y que, como se mostró, no tiene un único uso posible, el problema da un giro. Casi sobra decir que las sociedades humanas no son un todo homogéneo. Si asumimos, con Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, que dentro de nuestra sociedad hay antagonismos entre los distintos grupos que la componen, se puede afirmar que el discurso histórico será útil para un grupo concreto.³⁵⁶ La historia siempre beneficia a un grupo social específico. La historia nunca es útil “para todos”. Es por esto, que la pregunta sobre la utilidad de la historia siempre tiene que ser acotada

³⁵⁵ Tomo este concepto de Michel de Certeau. *The Practice of Everyday Life*. Berkeley. (California: University of California Press, 1988): 106 ss.

³⁵⁶ Ernesto Laclau and Chantal Mouffe. *Hegemony and socialist strategy: towards a radical democratic politics*. New York, Londres: Verso, 1985. Ernesto Laclau. “Sobre el Antagonismo”. Seminario en el Instituto de Humanidades Universidad Diego Portales, Chile, Mayo 19 2010. <http://humanidades.udp.cl/?p=3612>. Consultada: julio 2012. Chantal Mouffe. “Por una política de la identidad democrática”, en *Prácticas artísticas y democracia agonística*. (Barcelona, Museu d’Art Contemporani de Barcelona, 2007).

por otra pregunta: “historia, ¿para quién?” Los usos no solo cambian históricamente, sino que dentro del periodo o momento histórico también hay usos distintos e incluso contradictorios.

Para cerrar, se puede decir que por un lado la pregunta “historia, ¿para qué” es histórica. Pero también su respuesta lo es. La pregunta no es solamente “historia, ¿para qué?”, sino también historia, ¿para qué?, ¿cuándo?, ¿dónde?, ¿para quién?, ¿en qué circunstancias? Con esto quiero mostrar que la respuesta siempre estará acotada en un contexto y dependerá del mismo. La historia no es útil por sí misma sino que su utilidad está determinada por el fin que se busca. Un fin que es necesariamente exterior a ella, y que a su vez está condicionado por las situaciones históricas en las que se vive en ese momento. Si el uso de la historia es histórico por ende el valor de ella también.

Lo que se ha querido argumentar a lo largo de estas líneas se puede resumir en dos postulados. Uno, el cuestionamiento acerca de la utilidad de la historia es histórico. Dos, el uso y el valor de la historia también son históricos. Ni siempre surge la pregunta “historia, ¿para qué?”, ni siempre se responde o responderá de la misma manera, ni la siempre historia tendrá la misma utilidad.

Anexos

Anexo 1. Entrevistas

Anexo 1.1 Adolfo Gilly

Entrevista a Adolfo Gilly,
2-4 abril 2012.

Luciano Concheiro San Vicente

En ese entonces yo vivía en Berkeley, en donde realizaba un intercambio académico. El Departamento de Historia de la Universidad de California me dio una beca para viajar a México a buscar un documento que intuía estaba en el Archivo General de la Nación y a realizar un par de entrevistas que necesitaba para mi tesis.

Con la obsesión de aquel que regresa a casa después de un periodo en el extranjero, decidí no comer más que comida mexicana. Al tercer día amanecí con un profundo malestar. “Me malacostumbre a la dieta gringa”, pensé. Cuando tenía cuarenta grados de fiebre decidí ir al doctor. Casi ni pisé el consultorio cuando me mandó al hospital a que me sacaran el apéndice.

Por suerte había encontrado el documento que necesitaba, pero mi plan de realizar entrevistas por el momento se posponía. Le escribí a Adolfo explicándole la situación. Amablemente me ofreció realizar la entrevista a manera de un diálogo por correo electrónico. Cerraba su oferta con estas palabras:

Espero que ya estés del todo bien de tu operación. Esa de apendicitis parece ser siempre de emergencia porque uno no se la espera ni le anuncian. Pequeño consuelo: mejor de joven que después. A mí me operaron a los dieciocho o diecinueve años, y lo que más recuerdo son los ojos y la sonrisa angelical de la enfermera que se inclinó para anestesiarme a la cual, cuando desperté, nunca más volví a ver. ¿Habría existido?

¿Cómo surge el proyecto de responder a la pregunta “historia, ¿para qué?”?

El proyecto corresponde, según cuanto sé, a Alejandra Moreno Toscano, en ocasión del traslado del AGN a su actual sede en Lecumberri, exitosa y compleja operación que ella organizó y llevó a cabo. Existe una edición inicial del libro, en gran tamaño y con hermosa tipografía. Por supuesto, está agotada.

¿Se puede decir que esta serie de preguntas acerca de la utilidad, legitimidad y sentido de la historia surgieron circunstancialmente o provenían de una tradición intelectual más extensa?

No creo que sea una invención de circunstancias, sino que la idea del libro y sus preguntas -la que cada autor dedujo de la pregunta general del título- provienen de las diferentes tradiciones intelectuales de la historiografía según las recibió cada uno de los autores del libro, y de la historiografía mexicana en particular. Leyendo el volumen esto resulta visible. La pregunta inicial: "Historia ¿para qué?", viene expresa y literalmente, como es bien sabido, del inigualable pequeño libro de Marc Bloch, *Apología por la historia*, que así comienza con la pregunta del niño a su padre historiador. La obra entera de Bloch es una respuesta a ella, que culmina en su último libro escrito en prisión, maravilla final que nos legó: "L'étrange défaite", "La extraña derrota". En cada ensayo es posible discernir sus antepasados y la tradición historiográfica de la cual proviene.

En términos retrospectivos, ¿qué impacto piensa usted que ha tenido la obra Historia, ¿para qué??

Creo que el impacto de *Historia ¿para qué?* puede medirse por el número de sus ediciones sucesivas y por su perdurabilidad entre los historiadores y los estudiantes de historia.

Desde de su punto de vista, ¿en que forma el libro Historia, ¿para qué? está relacionado con el contexto sociopolítico e intelectual de los años ochenta?

Cada libro, por fuerza, está relacionado con el contexto intelectual de su tiempo (en este caso, los años ochenta del siglo XX). Pero esta compilación resultó un pequeño (y no sé cuán duradero) clásico mexicano en su género. Por ejemplo, un rasgo peculiar y muy marcado de este libro es que si bien su iniciadora y organizadora fue Alejandra Moreno Toscano, no hay en él una sola historiadora, mientras sí abundan en la historiografía mexicana. Ese contexto intelectual del tiempo aparece también en la violenta crítica que le dedicó Enrique Krauze en la fecha de su presentación, polémica que visible o invisible no ha cesado en la historiografía mexicana.

¿La historia tiene alguna otra función que no sea política? Si es así, ¿cuál le parece que es la función imperante en nuestro mundo contemporáneo?

Si la historia tiene otra función que no sea política, como tú preguntas, está respondido en varios de los ensayos de "Historia ¿para qué?": por ejemplo, en el de Luis Villoro, uno de los más importantes en mi opinión. Puedes juzgar por ti mismo, e incluso ubicar cuál de los escritos se centra casi exclusivamente en la política. Ahora bien, tu respuesta variará según cuál sea la amplitud de la definición que tú des a la palabra "función" y a la palabra "política".

¿Hoy en día cree que la respuesta a la pregunta Historia, ¿para qué? dada por usted en 1980 sea vigente? ¿En qué sentido podría ser distinta?

Creo que, en los marcos intelectuales y temporales dentro de los cuales fue pensado y escrito, mi respuesta mantiene su significado. He vuelto a leer ahora ese ensayo (y otros, por ejemplo el de Luis Villoro) con motivo de tu pregunta. De ahí mi respuesta. Reproduce ese escrito en una recopilación reciente: *Historias*

clandestinas,³⁵⁷ donde aparece como epílogo de todo el libro. Sólo abrevié y precisé su título. Se llama: "Historia crítica o discurso del poder".

¿Me podría contar alguna anécdota relacionada con el libro Historia, ¿para qué??

La anécdota que más recuerdo es que presentamos nuestros textos a la compiladora, Alejandra Moreno Toscano, y después nos llevaron a todos a un alojamiento en Baja California, ante una hermosa playa. Allí, galantemente reclusos durante tres días, discutimos uno por uno los ensayos, nos escuchamos los unos a los otros y conversamos de muchas otras cosas de nuestro oficio y de los oficios de los demás. Al inicio yo no entendía porque había que irse allá si todos (o casi) vivíamos en la ciudad de México, pero al cabo de las discusiones, las conversaciones y la breve estadía aprendí las ventajas del método "monasterio", si uno sabe aprovechar y disfrutar la convivencia con los colegas y sus experiencias y conocimientos. Me quedó un grato recuerdo y confío en que a los demás también. Cuatro de los autores ya no están entre nosotros: fue bueno convivir con ellos y con todos en esos cortos días de Baja California.

³⁵⁷ Adolfo Gilly, *Historias clandestinas*. México: Itaca/La Jornada, 2009.

Anexo 1.2 Alejandra Moreno Toscano

Entrevista Alejandra Moreno Toscano,
Ciudad de México, 18 mayo 2012.
Luciano Concheiro San Vicente

Alejandra Moreno Toscano me recibe en un edificio antiguo, a un costado de Templo Mayor, que alberga las oficinas de la Autoridad del Centro Histórico, organismo del cual ella es Titular. Nuestra deuda con Alejandra crece cada vez más. Ya no sólo le debemos el rescate de miles de documentos durante su dirección del Archivo General de la Nación, sino ahora también la recuperación de ese lugar tan rico históricamente, en donde confluyen tantos tiempos y realidades: el Centro de la Ciudad de México.

La espero en una sala que podría estar en cualquier oficina de Manhattan o Londres. Piso de madera perfectamente pulido; prácticamente vacía, sólo los muebles necesarios: un par de sillones morados, una mesa de cristal y unas cuantas sillas. Sin embargo, lo que veo por las ventanas no son rascacielos o avenidas inundadas de automóviles. Ante mis ojos se levantan los restos de una civilización engullida y reinventada. No escucho nada, ante mí sólo está la presencia ausente del Templo Mayor. Vengo a entrevistar a Alejandra sobre algo que pasó apenas hace tres décadas, nos abrigan miles de años.

Alejandra me saluda y comienza a hablar de inmediato. Platicamos más de una hora, tan sólo interrumpidos por la llegada de un vaso de agua de limón con chía. La vitalidad de Alejandra Moreno Toscano, su velocidad para hablar y pensar, contrasta con el ritmo pausado de las campanadas de Catedral. Salí no sólo con un raudal de información, sino convencido de que el trabajo intelectual no

puede ser sin personas como Alejandra. Sin tener tiempo siquiera para sacar mi guión, empezó a narrarme:

En la introducción de *Historia, ¿para qué?* escribí las razones de porqué ese librito se convocó. Te las resumo. En ese entonces nosotros estábamos haciendo una tarea enorme de preparar el traslado de los papeles del AGN [Archivo General de la Nación], que se encontraban en tres sedes diferentes, para conjuntar ese traslado hacia el nuevo edificio del Archivo que se construía entonces en Lecumberri, pero hacerlo con un orden. Había una parte del Archivo en los bajos del Palacio Nacional, otra parte del Archivo estaba en un lugar que se llamaba entonces la Casa Amarilla que es una pequeña capilla que actualmente es un auditorio de la delegación Miguel Hidalgo, y otra parte se encontraba en el Museo Nacional de Arte, en donde era la sede principal del Archivo de la Nación, en la calle de Tacuba. Entonces ahí el problema era que de una manera bastante compleja teníamos que reconstruir el famoso principio de procedencia de los papeles para establecer su primer orden general por el emisor, el originario, el productor del documento que era alguna secretaria o alguna oficina administrativa de cualquiera de las épocas históricas correspondientes. Entonces ese era el contexto general. Ahora, tuvimos que hacer una enorme cantidad de trabajo técnico y de reflexión sobre el valor de la documentación formal y de contenido también para definir algunas estrategias para ponerlos al servicio al público en el nuevo Archivo, cómo íbamos a resolver ese tipo de problemas tan específicos que vienen de la demanda de los investigadores, en donde quieren la información pero ya ubicada.

Para poder consultarse...

Para consultarla. Me acuerdo de uno porque fue muy interesante, y que realmente los ejemplares que hicimos entonces no se han vuelto a imprimir, pero que era un cuadro sinóptico del origen de toda la administración pública desde la secretaria

del virreinato y sus ramas hacienda, caminos y obras publicas, secretaria del virreinato, ahora si que gobierno y audiencia. Y cómo de ahí se van desprendiendo las secretarias o las oficinas del gobierno en la época independiente. Luego con la primer Constitución, luego con la segunda Constitución, luego con las Reformas administrativas posteriores que correspondió a la postrevolución en donde hubo muchos casos de fusiones de secretarias, divisiones, etcétera hasta el año que nos encontrábamos que es en el régimen de López Portillo. El cuadro es una maravilla. La utilidad para los investigadores inmensa. Y aunque se hizo una investigación semejante a partir del derecho canónico para tratar de recuperar también la estructura de los papeles eclesiásticos que se habían incorporado al Archivo por razones en distintos periodos históricos el gobierno había asumido documentación eclesiástica, en realidad era un acercamiento lógico al magno desorden de papeles con el que nos enfrentábamos. Lo único que teníamos en términos prácticos eran montones de papeles. De alguna manera, como quien está arreglando sus libros, decías: “mira, éste ponlo allá en Hacienda, éste ponlo acá en Gobernación, éste ponlo allá en obras públicas.” Y, como era una cantidad de documentos tan grande, hicimos una convocatoria a estudiantes que nos quisieran ayudar en esa tarea, pues de ubicación de la documentación –era por procedencia, oficina, fecha– y empezar a levantar un inventario con los principales temas que se tocaban. Todo muy sencillo. Los montones de papeles eran tan grandes que la verdad al final pasamos varios años, casi todo el sexenio, son seis años, decías “bueno, ¿de veras para qué juntas todo esto?” Existen principios archivísticos para desechar, pero los historiadores siempre quieren tener todo. En el caso de los archivos históricos es muy, muy difícil porque le pueden sacar jugo hasta a una pequeña notita que esta al margen en una hoja que no tiene nada que ver con lo que esta trabajando. Pero es una gran pregunta, finalmente es una de las primeras preguntas que se plantean a cualquier persona que tiene que hacerse caso de alguna memoria. Y ésta era la memoria del ente publico, del gobierno, de todo lo que habían hecho los gobiernos y vinculaban una riqueza informativa extraordinaria. La pregunta era ¿qué hacemos con todo esto? Había algunos

documentos, por ejemplo, que son series ya desestructuradas, como dirían los arqueólogos descontextualizadas, de pagos de nominas en donde había una lista de trabajadores que no se sabía ni para qué había trabajado, ni por qué. Bueno, ese tipo de documentación vale la pena buscarle un orden de varios como estaba en el Archivo, había un ramo de diversos o qué hacemos con esto. Necesitábamos veinte kilómetros de estantes esto estamos en los setentas, ahora multiplícalo por la administración pública yo no sé cuantos kilómetros tienen ahora. Luego el punto era unir el esfuerzo de conservar, coordinar, preparar, poner a disposición y tener una estantería llena de libros etcétera y entonces la siguiente pregunta es: “bueno, ok, ¿y esto para que sirve?” Entonces ahí es cuando invitamos a estos jóvenes, ahora ya ilustres todos, entonces distinguidos profesores, investigadores todos muy reconocidos por los trabajos que habían hecho ya, a plantearles la famosísima pregunta que no es nueva, que se han preguntado generación tras generación, y que es una de las bases de los estudios históricos, que es: ¿para qué sirve la historia? Y que le pusimos un título que corrió con suerte, y que se llamó *Historia, ¿para qué?*. No dijimos cuándo, no dijimos cómo, no dijimos porqué, nada más para qué. De hecho se sustentaba en una pregunta de su destino práctico porque estaba originalmente planteada por una situación práctica que es esos de papeles, no era un tema filosófico, era una cuestión completamente material de decir: “¿tiene algún sentido para ustedes, para los que sigan, institucionalmente como base de la documentación todos estos papeles? Por favor díganme que sí porque nosotros hemos trabajado muchísimo.” Entonces era una cuestión bastante sencilla. Lo extraordinario del ejercicio fue que todos los ensayos fueron buenos ensayos. Muchas veces cuando tú convocas a que se hagan estos documentos que les llamamos también no-libros porque no tienen un solo autor pues te sale unos buenos otros malos, unos largos, unos poco atractivos, etcétera; entonces hacer estos libros que tienen muchos puntos de vista, muchos artículos, todos ordenados con un solo concepto que pueden ser muy irregulares, en este caso tuvimos la fortuna enorme que todos eran buenos ensayos, todos eran cortos, todos eran precisos, todos iban al punto, y aquí lo más

interesante desde mi punto de vista es que todos reflejaban también la personalidad de sus autores. El ensayo de Gilly puede decir muchas cosas técnicamente parecidas a... pero es totalmente diferente del ensayo de Enrique Florescano o de Pereyra. Eso es lo que lo hizo yo creo un estudio tan interesante y tan permanente.

¿Ustedes en algún momento vislumbraron que llegar a tener el éxito que ha tenido? Todos lo leemos...

Es un texto, texto. Es un texto agradable. No tiene aire profesoral. Es amable, compartido. “Sabes qué, yo he pensado que...”, “mi experiencia me dice que...”, “desde mi punto de vista yo hago tal cosa...” Era como un acercamiento amistoso, ¿por qué? Porque era porque nosotros, con nuestros montonales de papeles, les pedíamos a nuestros propios amigos que nos dijeran: “y ustedes, ¿qué opinan? ¿esto sirve para este trabajo? ¿por qué y para qué conservamos todo esto?” Entonces sí, era un cosa muy amistosa. En el fondo todos nos conocíamos y compartíamos realmente temas de nuestra generación. Luego, cuando se publicó y empezaba el problema de los derechos de autor y este esquema, y entonces se murió Carlos Pereyra todos dijimos entra el principal derecho a Carlos como primero de la lista, y todos cedieron sus derechos a Pereyra. Fue destípico impulso de reto común.

Porque van a Baja California, ¿no? Fui al archivo del Archivo y encontré el proyecto inicial con una lista de invitados, respecto a los autores del libro sólo cambia el Dr. Don Pablo González Casanova por Adolfo Gilly...

Porque a lo mejor Pablo no pudo. Segunda acción que no era común. Ahora ya es común pero entonces no era común porque no se usaba tanto. ¿Qué era? Todo el mundo tenía mucho trabajo, siempre todo el mundo tiene mucho trabajo, todo el mundo tiene que dar clases, todo el mundo tiene que hacer sus apuntes, todo el

mundo tiene que terminar sus libros, para comprometernos para terminar el libro y la redacción vámonos al fin del mundo; y el fin del mundo entonces pues era Baja California, digo, ahorita no puedo decir lo mismo. Entonces era un lugar muy poco visitado, hermosísimo lugar. No había caminos, etcétera, todo era paradisiaco, perfecto y entonces he de decir que las reglas de trabajo sí tuvimos que imponerlas con cierta severidad y trabajamos mas bien ya que se había puesto el sol y hacíamos las sesiones, y después seguían las conversaciones y ya por la madrugada nos íbamos a dormir, y al día siguiente todo el mundo se levantaba tarde. Todo estaba invertido, no era un seminario convencional en donde te levantas a las ocho de la mañana para asistir primera sesión de 9 a 10 segunda sesión, no. Era: “pónganse a pensar que estamos haciendo un libro que responde a una pregunta que pude ser muy educativa para todos los que se interesan en la historia, y hagámoslo bien”. Entonces nos divertimos bastante. Bueno, el resultado fue los ensayos que se publicaron; no hubo edición, no hubo corrección, digamos, que alguien se retrasara tanto, que otro pedía que ya iba a poner al día, no. Todos entregaron a la fecha y se publicó el libro prácticamente como entregaron los ensayos. Por eso te digo que fue una fiesta hacer ese libro, y eso se refleja en el libro mismo; y por eso porque es amable, interesante, inteligente, útil, sintético. Por eso ha durado tanto.

Regresan del seminario y publican el resultado bajo el sello de Siglo XXI editores, pero al mismo tiempo hay otra edición...

Hay la edición del Archivo.

¿Que fue anterior o posterior?

Fue precisamente para un evento público que fue una edición limitada –ahora debe ser el sueño de los bibliófilos– especial y se distribuyó en un evento del archivo propiamente. Una edición bien bonita. Pero esas ediciones de acciones

gubernamentales por sí tienen una vida muy efímera, entonces tú tienes que aceptar que para que se reproduzca el conocimiento lo tiene que asumir una empresa de reproducción de conocimiento que se llaman editoriales, y Siglo XXI era entonces una editorial muy abierta para las nuevas propuestas editoriales.

¿Entonces desde un inicio el libro estaba pensando para el gran público?

El problema es general. Es para todos los historiadores. Para todo aquel muchacho que se pregunta: “bueno, y si me interesa la historia, mi trabajo es útil ¿para qué?” O sea no son exclusivamente un libro de reflexión local, es una pregunta eterna y el ejemplo más hermoso que yo me acuerdo de esa reflexión es el libro de Bloch: “y papá, ¿para qué sirve la historia?” Es como Juan Villoro dice: “¿y yo qué hacía con un papá filósofo? No les podía explicar a mis compañeros”. Entonces el punto, te digo, ayuda que sea tan buen resultado. Un resultado tan bueno, todo el mundo estaba encantado con el libro, siempre lo autoproponíamos de ejemplo como un ejemplo de resultado de gran calidad. Estos puntos en donde te encuentras y luego ya a lo mejor no vuelves a trabajar juntos, pero en ese momento trabajaste con todos. Y una vez impreso empezó a correr su propia vida, como todos los libros del mundo, y resultó extraordinariamente atractivo. Cuando nos empezaron a llegar las noticias de que “¿sabes qué? ya lo están poniendo en la UAM, de “¿ya sabes qué? lo están poniendo en historia”, y entonces empezaba a hacerse un libro a quien todo el mundo recurría. Pues qué bueno, más gusto ¿no? Y ahorita lo les y tampoco se ve viejito. Entonces eso también te da más gusto porque quiere decir que fue una reflexión muy pertinente.

¿Se realizó algún tipo de evento o acto después de la impresión?

Lo que hicimos en el Archivo, que es una edición del Archivo propiamente, ya se distribuyó en los eventos formales del Archivo que serían la inauguración del nuevo archivo en Lecumberri, y publicamos una serie de libritos que realmente

algunos son muy hermosos como objetos, por ejemplo publicamos un libro sobre las cenefas de los documentos. Ese libro es fantástico porque vas viendo desde el punto del estudio editorial y las variaciones como las formas convencionales de Europa se van reajustando, y al rato ya te parecen locales completamente mexicanas con sus pajaritos y sus ollas de Oaxaca. Entonces todo ese proceso lo registras en la propia documentación en la parte formal del documento, en la parte como objeto.

Enrique Krauze escribió posteriormente una reseña en el Sábado del unomásuno haciendo una crítica muy fuerte a la interpretación de Héctor Aguilar Camín, Enrique Florescano, Arnaldo Córdova, y Adolfo Gilly. Para él, estos autores representaban la “interpretación whig de la historia”, es decir de politizar la historia: de querer utilizarla para fines concretos antes que preocuparse por el conocimiento. ¿Usted comparte esa visión?

Pregúntaselo ahora. Pregúntale ahora si él comparte su propia crítica. El tema es que, mira, en realidad yo siento que mi educación siempre ha sido más dentro de la línea práctica. Yo he tenido muchísimo más experiencia en el servicio público que ninguno de ellos, casi todos son académicos. Entonces también viene de tradición, y de educación, y de papás, y de etcétera. Entonces tú dime cuándo no estás haciendo una acción política. Hubo este sueño enorme –bueno, todavía lo hay– este sueño donde dicen: “los intelectuales sólo piensan por lo que conocen por libros”. Bueno pues algunos sí, no está mal que lo hagan y todo, pero en general yo diría los intelectuales son los que ponen la voz del punto de vista que comparten. Ahora, puede ser mayoritario, puede ser político, puede ser no sólo sobre la política en su sentido de relación del gobierno con la sociedad sino también de contenidos, la educación, la salud, la ciencia. Todos tienen finalmente un mensaje político en el sentido amplio del término. Eso sí, eso estaría bien que te diga, yo creo que ha cambiado.

Se hizo una presentación en Fonágora...

Los libros tienen vida propia. Entonces van, y los piden, y los demandan, “y por qué los autores no vienen y lo presentan”. Ahorita está más sistematizado por las ferias del libro. Entonces hay como fechas en que suceden todas las presentaciones, grandes eventos, se discuten, etcétera. Entonces era como más esporádico porque tenía que ver con las demandas de presentación que se hacían.

Usted decía: “no se lee viejito el libro”, ¿y por lo tanto las respuestas también siguen siendo vigentes?

Preguntarse para qué sirve la historia es vigentísima.

¿Y las respuestas que se dieron hace treinta años?

Bueno, se dieron todas. Se mencionó la memoria, se mencionó la identidad, se mencionó la cohesión, se mencionó la parte política, del discurso común, el prestigio. En fin, yo creo que se mencionaron todas.

¿Cree que haya una relación entre el contexto sociocultural e intelectual de finales de los setenta y principios de los ochentas y las respuestas dadas o más bien son unas respuestas atemporales, ahistóricas?

Yo pienso que, como todo, tiene un contexto; y por lo tanto, en este caso, como fue un libro tan inteligente, pues sobrevivió muchos otros contextos. Es decir, va pasando el tiempo. Algunos están más datados que otros, pero pues todos están bastante vinculados al momento general de la reflexión, así pasa. El otro día vi una presentación de Fuentes en estas biografías rápidas que le han estado haciendo en la televisión que decía “yo me eduqué en Estados Unidos y venía de

vacaciones a México y en Estados Unidos tenía un argumento de país triunfador y en México un argumento de país derrotado”. Esa discusión del papel subordinado de México entre las naciones y los Estados Unidos yo creo que ya no se daría igual. O sea entonces ahorita dices tú: “fíjate, ahorita tenemos una posición, una serie de políticas, en donde nosotros podemos ahorita hasta caminar más en beneficio de la gente, del país, del conjunto que muchos otros países”. Entonces, ¿por qué no lo reconocemos? Gran pregunta. Por qué no dices, como el presidente francés: “éste es un gran país y seguirá siendo un gran país.” ¿Por qué no lo aplaudimos? ¿Por qué no parte de nuestra discusión sobre la educación de los niños está en cómo transmitimos aquí cierta historia mezclada de culturas con la que se formó este país? Ese tipo de preguntas tendríamos que contestarnos.

Nuevas vertientes de la gran pregunta general, ¿no?

Pues sí. Y tendríamos ahorita que contestarlo. Por ejemplo, un tema que resulta fascinante para quien está en el Centro Histórico mañana y tarde sin parar durante seis años es la reflexión sobre el vínculo que existe entre Asia y Europa. Comercial, de cultura, de formas, de hábitos, de comidas, ¿no? Porque eso es lo que caracteriza el Centro Histórico, esa especie de mestizaje extraordinariamente compleja entre los chinos y los europeos; pues ha sido siempre así, o por lo menos después de las grandes navegaciones. Pero en los hallazgos arqueológicos que están continuando en el Templo Mayor pues tú te encuentras que de todas maneras de los obsequios que allí se están recuperando están de Oaxaca, de Nicaragua, de El Salvador, de Arizona, del Caribe, del Pacífico. Entonces esa posición tan específica que tiene el famosísimo Anáhuac también ahí está. Entonces un poco para entender eso, para ver esas que es parte de tu circunstancia heredada, pues ahí está la ciudad, ahí estás tú, pues también se tiene que conocer. Y el trabajo nunca acaba porque siempre encontrarás algo más. Ahorita también cómo reflexiones sobre tu historia, tu novelística, tu literatura

ahorita en la época en que la que está casi, casi terminándose la generación de los cincuenta-sesentas, pues es otra cosa.

Hay preguntas que a cada generación nos toca de cierta forma responder...

Yo es lo que pienso. Creo que eso no es una proclama sin sentido, es realmente una obligación generacional.

Y de alguna forma, y perdón que regrese a lo que me platicaba en un inicio, a su gestión del AGN, ¿qué significaba esa mudanza, ese cambio de sede, ese unificar por fin el acervo? Entiendo que había estado, como usted me contaba, disperso, mal ordenado, con problemas de humedad...

La conservación de documentos, monumentos, obras de arte, etcétera es siempre un trabajo interminable. Bueno, pero un poco se emparentan en sentido y se emparentan en respuestas cuando nosotros podemos decir: “¿sabes qué? Que no son el soporte mismo, el objeto, el edificio aunque sí tienen fuerza, sino cómo lo aprovechas, y lo usas, y lo vives, y lo recreas, y lo potencias, y lo pasas a las siguientes generaciones”. Es un proceso más de creación reflexiva e imaginaria y acción que propiamente el análisis documentalista o formal. Sobre ese punto estando de acuerdo tú tienes que ponerlo al público. ¿Qué es el público? Pues el público somos nosotros, o sea son las gentes que van a estudiar después, nosotros mismos que queremos seguir leyendo, etcétera. Es hacerlos accesibles. Como ahorita, parte del trabajo es que haya rampas para sillas de ruedas, que haya luz en la noche, hazlas accesibles. Y la accesibilidad de los grandes fondos, ahora cuando ya los puedes consultar digitalizados en la sala de tu casa, o sea ya no tienes que ir al mismo repositorio, ya es un proceso de conservación, transmisión, y organización para que la gente los pueda consultar. Eso parte del primer principios de todos: ¿qué tienes? ¿cuál es tu acervo? Pues júntalo, mídelo, numéralo, sistematízalo, define finalmente el proceso de su alimentación, ¿cómo

le van a seguir llegan los papeles? Gran pregunta. Qué bueno que no me tocó este siglo. Sí es un problema mayor, mayor, mayor. Y luego cómo lo haces accesible, en el sentido de que se necesitan los paleógrafos, se necesitan los arqueólogos, se necesitan las selecciones, las reproducciones, las exhibiciones, todo eso que es necesario para que se reproduzca el conocimiento.

Y usted considera que en los setenta, en el momento del AGN, de esta gran incitativa...

La iniciativa, la iniciativa, ¿sabes de quién fue? De Reyes Heróles. Era el gobierno más abierto desde un punto de vista político que conocimos en ese periodo. Y Don Jesús era un gran bibliófilo, él mismo tenía una biblioteca estupenda. Y se preocupaba por hacer imprimir, investigar sobre todo lo vinculado con la generación de finales del siglo XIX-XX. Entonces, me imagino que los intelectuales le dijeron, porque era un *vox populi* de aquellos años: “hay que hacer algo por el Archivo;” y entonces Don Jesús ya consultó y se acercó a mi, y me invitó a hacer algo por el Archivo: “¿Qué podemos hacer?” Entonces empezar la primera cuestión es ubicarlo. Insólito, insólito lo que nos encontramos. Aprendí leyes físicas, que los papeles crecen cuando les entra el aire. Por otro lado, con una enorme escasez de recursos. O sea teníamos que trabajar prácticamente convocando a los estudiantes, era bastante novedad que nos pusiéramos a convocar a los estudiantes, pero muchos de los que trabajaron entonces de voluntarios, digamos, pues ya ahora son súper expertos y profesores. Bueno, como que se quedaron con un buen recuerdo del desorden mayúsculo con el que trabajamos en esos años. Porque todo el mundo teníamos que contribuir en algo a hacer ese orden y es una de las acciones más fascinantes que tú puedas establecer un sistema que luego sobreviva.

Y en términos generales, ¿había una revalorización de la disciplina de la historia?

No, yo creo que era una buena coyuntura. O sea, llegó el arquitecto Medellín y le dijo a Don Jesús: “hay un gran edificio, ok, no lo podemos tirar, muy bien;” y entonces me llevaron a ver. Me dijo: “¿qué necesitas como edificio?” Porque le dije: “necesito un edificio gigante”. “Esto está enorme; pues a ver Lecumberri”. Pues ahí voy a ver Lecumberri. Y entonces entramos cuando todavía quedaba el tiradero de la penitenciaría, como ruina, bastante impresionante de todas maneras. Y entonces sucedió un argumento que pareció muy interesante, y que fue el que le presentamos a López Portillo, y entonces por eso nos dio también dinero para hacer esa obra, que era que todo era como simbólico y el lugar más cerrado, en donde todo estaba prohibido, en donde no había comunicación de nadie, en donde estaban como todos los que quedan fuera de la política, fuera de la sociedad, lo hiciéramos el repositorio inverso: el lugar en donde todos querían investigar, que sea abierto, que sea una cuestión para comunicar, para construir, para crear, etcétera, y darle un sentido socialmente útil a algo que tenía una historia tan negra conocida de todos. Y que se convirtiera simbólicamente en un repositorio de saberes, de esfuerzo, de construcción del país mismo. Ya empezamos a trabajar con esa reflexión, es decir, sí teníamos un poco la obligación como de generación de recuperar todos esos papeles que, bien visto para esa época, habían pasado incendios, inundaciones, revoluciones de independencia, reforma, guerra civil, imperio, revolución, revolución y revolución; y ahí estaban, de todas maneras ahí estaban. Estaba el acta de la independencia, estaba la Constitución, estaban documentos formativos del país. Y finalmente nuestra tarea era hacer que las cosas sucedieran en seis años. Antes de que terminara el sexenio, nosotros teníamos que tener todo listo. Y por eso trabajábamos como en tres líneas. Ordenar papeles, pero no ordenándolos como fin en sí mismo, sino como momento de traslado. O sea, ya teníamos que tener en el esquema de orden que estábamos haciendo su destino físico en el otro edificio. Luego, la parte del edificio mismo, la arquitectura, y ponerse de acuerdo con el INAH.

Que le tocó a usted con el arquitecto Medellín, ¿no?

Con Medellín, que tan buena persona que siempre fue. Resolvía problemas. Le decía: “necesitamos un lugar donde se conserve la parte gráfica”. ¡Ay!, ¿dónde lo ponemos, dónde?” Pues a buscarla. Y la parte de vincular, que eso ya no le tocó luego a Presidencia, sino ahorita más bien lo tiene el IFAI, que es vincular reglas administrativas y archivísticas para que el acervo se siguiera alimentando. Entonces eran como las reglas de traslado de los archivos, digamos que ya se consideran muertos para fines de función pública y que son ya declarados históricos. Eran los trabajos que se tenían que hacer, hasta que ya se inauguró y ya todos muy contentos y empezó la crisis.

Una pregunta específica, ¿fueron los diez autores al seminario de Baja California, usted, Jorge Ceballos?

¿Jorge Ceballos escribió?

No.

Jorge Ceballos trabajaba en el Archivo, pues era de los jóvenes. Un muchacho súper inteligente y yo me imagino que también le correspondió hacer talacha sistemática.

Entonces en realidad en el seminario trabajaron los diez autores y usted...

Sí, la diferencia de edades con Jorge es una generación.

Sí, porque el más joven de ahí debió de haber sido José Joaquín Blanco, ¿no?

José Joaquín sí era un bebé. Era el chico y el más revoltoso.

¿Me podría una anécdota acerca del libro?

La verdad es que literalmente siento que invertimos los horarios. En la mañana todos se levantaban tardísimo, tenían desayuno libre, sol y playa. Y cuando empezaba ya el atardecer, y entonces ya los mosquitos te pican en la playa. Entonces ya nos íbamos adentro y bueno, “ya empezamos, muy bien, y ahora nos va a tocar que fulano nos va a presentar su artículo”, y ya lo discutían, y ya presentaban cuartillas, etcétera. Y terminábamos el proceso y venía el momento más divertido de todas las reuniones que le llamaba Luis González el poscoloquio. Y entonces ahí empezaban a contar anécdotas, hablaban de cómo estaban trabajando sus siguientes libros, de por qué estaban peleados, todos los puntos puestos sobre su vida personal.

¿El resultado del seminario fue directo a imprenta, o se hizo un ciclo de conferencias?

No. Por eso te digo que la demostración de que realmente los ensayos fueron tan auténticos, tan bien hechos, tan inteligentes y tan apunto fue que como los entregaron entraron a imprenta, cosa que no suele suceder eh. Y ahorita hay muchas reuniones previas como para darle coherencia al asunto, ¿no? Es un proceso como de edición en la marcha. Y aquí fue de golpe, y eso es que lo hace tan apetecible, tan ligero, es un libro que te lees rapidísimo y lo sigues leyendo con gusto.

¿Y por qué esos diez autores?

Esa sí ya fue mi selección. Desde mi punto de vista, eran de los muchachos más inteligentes que había en el mundo de la cultura de esos años. No todos eran académicos-académicos. Había el caso de Adolfo muy especial, activistas políticos, Adolfo estuvo en Lecumberri. Estaban los, digamos, más reflexivos y ahora si que entraban a todas en términos de voz pública, activos de todas las reuniones, todas las discusiones, etcétera. Y fue una época de mucha discusión eh, era una época que estábamos acostumbrados a disentir entre todos y a aceptarnos como tal, cada quien con su propia personalidad, pero sí a reconocer que eran los más brillantes.

Sí, porque incluso hay no-historiadores...

No, pero todos son historiadores. O sea, ¿quién no? A ver dime, quién no.

Me refiero disciplinalmente.

Si hay alguien que no cree en ese tema soy yo.

Yo tampoco; pero, al mismo tiempo, sí se nota en cada ensayo el toque propio de cada uno. Hay una gran diferencia entre cómo aborda el problema Monsiváis, Bonfil Batalla o Florescano. Si se termina viendo un toque personal.

Pues yo creo que eso también es la parte de lo que hace que el libro sea tan interesante porque tú ya estás viendo a estos, digamos, personalidades, pensadores, tal y como abordan su cuestión. La forma como hacen su argumentación pues es totalmente diferente. Y ahí le van dando su propia riqueza como escritores, como pensadores y como políticos.

Y a fin de cuentas, aunque cada ensayo tiene su tónica, el libro terminó siendo un libro, aunque empezó siendo un no-libro? ¿Para usted hay ciertos puntos de convergencia?

Yo siento que sí. La reflexión sobre de por qué la memoria es parte constitutiva de tu acción, por ejemplo, la gran mirada de largo plazo que ahorita está tan devaluada, aquí hay siglos, no es lo que pasó ayer. Y una visión bastante de futuro, y entonces todo eso pues también es mucho el momento, era un común contexto en el que pues se pudo dar eso, la coyuntura no estaban todos tan, tan distanciados como para no poder generar la obra colectiva porque hubo momentos en el que a lo mejor se distanciaron y ya no puedes hacer un esfuerzo como estos. Entonces sí, la coyuntura claro que ayudó.

Anexo 1.3 José Joaquín Blanco

Entrevista a José Joaquín Blanco,
Ciudad de México, 14 junio 2012.
Luciano Concheiro San Vicente

Abordé a José Joaquín Blanco al finalizar un evento que retomaba el cuestionamiento planteado a principios de los años ochenta por el libro *Historia, ¿para qué?* De los autores de aquel libro José Joaquín era el más joven, ahora era el mayor de todos los ponentes. En aquella primera experiencia él representaba a una nueva generación de intelectuales, treinta años después él es el maestro. Me dio su correo electrónico y esa misma noche acordamos reunirnos un par de días después en el jardín de la Dirección de Estudios Históricos del INAH.

El día de la cita, después de explicarle tres veces a la policía de la entrada a qué venía, me encontré con José Joaquín en el jardín de la casona en el centro de Tlalpan con una cajetilla de cigarros vacía, rodeado de libros de los que sólo alcancé a distinguir un libro de Armando Bartra sobre el cine mexicano y un volumen de la *Bibliothèque de la Pléiade*. La entrevista fue breve y concisa porque buscaba explorar un tema muy particular: la historia del libro *Historia, ¿para qué?*, del cual José Joaquín, como ya dije, es uno de los autores.

Cómo surge el proyecto de responder a la pregunta “historia, ¿para qué?”

Cuando se hizo la obra para otorgarle una nueva sede al Archivo General de la Nación, Alejandra Moreno Toscano convocó a un grupo de personas, el criterio es que fueran diferentes unos de otros pero más o menos cercanos porque todo era

más bien informal. Nunca pensamos que fuera a ocurrir esto. De hecho no sé si conoces la versión original, la naranja, es un librote. Ese libro fue como obsequio a los que asistieron a la inauguración. De eso se trataba. Y luego ya a ella se le ocurrió dárselo a Siglo XXI para que lo vieran los estudiantes. Y además cometió una torpeza infinita, porque les dijo que les cedía los derechos y todos firmamos una carta cediendo los derechos porque nunca pensamos que fuera nada. Entonces como ya era bastante pedirle a una editorial que un librito que era de un coloquio lo publicara, pues le cedimos los derechos. No sabíamos que iba a tener tantas ediciones. En fin, fue importante. Bueno, fue inesperado. Nos dio mucho gusto que saliera.

Una de las preguntas era como muy natural, ya que se estaba haciendo esa gran inversión en el Archivo: ¿para qué? Un poco se enfrenta a la posición que había en ese tiempo de auge de la izquierda, un auge muy reciente, que tenía como consecuencia en el campo de la historia un extremo utilitarismo y pragmatismo de la historia. Buena parte de los profesores y los muchachos de aquella época querían estudiar historia para hacer la revolución, era lo natural en ese momento. Entonces se convocó, hubo algunos que dijeron que era para eso, es decir, para estudiar los problemas y el origen de los problemas y resolverlos, ya fuera a través de la política, de la economía, etcétera. Pero también hubo otras personas que dijeron que era para el conocimiento puro, para la actividad humana. A final de cuentas, la historia es como la vida. ¿Para qué el amor? ¿Para qué la comida? Pues porque uno vive.

Entonces usted considera que es un libro con muchas respuestas disímiles, o ve que haya ciertas líneas que atraviesen todo el libro, se puede ver para usted el libro en su conjunto

Sí tiene una línea marcada hacia la izquierda, aunque con la excepción de Gilly o Arnaldo Córdova nosotros no éramos tan programáticamente marxistas. Pero sí

permeaba ese espíritu, como permeaba en toda la sociedad académica, juvenil, intelectual de aquella época.

¿Ustedes eran algún grupo, se conocían desde antes?

La selección la hizo Alejandra, que era la directora del Archivo. Pertenecíamos al grupo Nexos que no era un grupo, era una revista; pero cada revista tiene la gente que era la que naturalmente se acerca. Sí había cierta simpatía por la izquierda. Y hubo mucha molestia. Por ejemplo, en la presentación del libro fue Enrique Krauze y le echó la bronca a Florescano. Yo estuve ahí, yo estaba en la mesa pero yo no pelé a Krauze. Entonces ya que dijera misa, y Florescano se enojó y le contestó. Porque además de que se enojaban mucho por ese supuesto, según decían en aquella época, que la izquierda se estaba robando el poder y no sé que, se sentían excluidos pero no se sentían excluidos porque ellos estaban haciendo su grupo aparte.

¿Quiénes son “ellos”?

Me acuerdo de Enrique Krauze. Pero por ejemplo, ¿por qué no se invitó a O’Gorman, a Silvio Zavala? Porque fue un coloquio pequeño; invitar a Silvio, a Edmundo, habría sido... Pero, por ejemplo, Luis González y González no era para nada de izquierda y era el historiador más famoso.

Inclusive era de otra generación, ¿no? ¿Por qué usted era el más joven ahí de los diez?

Sí, yo creo que sí.

Tenía usted qué, ¿treinta años?

Treinta años, sí.

¿Usted cree que estas preguntas por la utilidad, y la legitimidad y su sentido de la historia surgieron circunstancialmente o venían de una tradición intelectual más extensa?

Mira, existe siempre. Esa pregunta existe. No sé si conoces el famoso artículo de Paul Valéry de “El discurso de la historia”, en donde dice que la historia no sirve para nada. Y eso ocurrió en los treinta, es decir, existe. Es una pregunta que siempre está y que siempre tiene respuestas diferentes, que siempre van a ser más o menos las mismas. La gente muy interesada en la política, va a querer usar la historia para políticas futuras. La gente más metida en la Academia, va a querer usar la historia para hacer más Academia, más investigaciones que incluso no saben para qué y acumular y acumular conocimiento. En fin, sí es importante hacerse de vez en cuando esa pregunta pero son preguntas pasajeras pues nada más para aclararse un poco la idea.

Que venía en este caso, como usted me platicaba, del AGN y de la inversión del cambio de sede. ¿Ustedes más bien ayudan a responder ese cuestionamiento que se había originado por una cuestión práctica?

Ya que se estaba haciendo esa gran inversión, porque fue una obra importante: ¿para qué estudiar la historia? Ahora, ¿por qué se hizo el AGN? Porque no sabían qué hacer con Lecumberri. Esa es la verdadera cosa. Estaba ya en ruinas, se había hecho una cárcel nueva. El gobierno del PRI tenía una mala consciencia de la represión que había tenido durante décadas. Hank González quería de plano demolerlo y hacer ahí un centro urbano con jardines y estadios, una cosa diferente. Y Reyes Heróles dijo que era parte de la historia de México y de una vez se aprovechó. Es decir, no hubo un para qué, fue una cosa casual. Y también se aprovechó que ya no querían el AGN estaba en unos salones ahí polvosos de lo

que ahora es el Museo Nacional de Arte, que era el Palacio de Comunicaciones, pero ya no lo querían ahí porque estaban adecuando –que todavía no terminan de adecuar– el Palacio para Museo Nacional de Arte porque todavía no sacan telégrafos. Por un lado, querían sacar ese archivo que era de Gobernación por otro lado, qué hacer con Lecumberri.

Pero, al mismo tiempo, ¿usted cree que se estaba dando una revaloración de la disciplina de la historia como tal?

No, yo no creo. Es decir, los autores si porque aman la historia. Pero en esa época no había una revaloración de la historia en sí misma. Había una revaloración de la historia desde el punto de vista de la izquierda. Querían volver la Revolución Mexicana, que había sido convertida en una historia oficial del PRI a favor de los presidentes, querían devolverla a las cuestiones magonistas, zapatistas, villistas, etcétera. Ahí sí había un gran impulso, había una reconsideración de las organizaciones populares e indígenas de la historia de México, pero eso más bien como una pulsión social.

¿Entonces en este sentido cree usted que haya un diálogo entre las respuestas que se dieron, entre el libro en su conjunto, y el contexto sociocultural político, intelectual?

Lo manifestamos. Pero el libro no tuvo respuestas. Fuera del berrinche que hizo Krauze, del que no me acuerdo nada mas que fue a hacer un papelote ahí a la presentación del libro en el Centro Helénico. Yo estaba en la mesa, y nada más me acuerdo que Florescano estaba enojado, pero no pele. Digo, me pareció que era un conflicto de mafias, que no tenía ni caso pelarlo.

¿Entonces usted cree que era más bien eso, una confrontación entre grupos políticos más que una confrontación teórica?

Fue un berrinche de Krauze, porque yo nunca me enteré que O´Gorman ni que Zavala se hubieran molestado.

Y él [Enrique Krauze] se sintió porque no lo invitaban, ¿o por qué hacía un berrinche?

Bueno, no lo invitaron porque estaba peleado. Él se peleó, nadie se había peleado con él. Él se había peleado con sus viejos compañeros del Colegio de México.

Héctor Aguilar Camín...

Supongo, porque yo nunca he tratado a Krauze. Y no tuvo tampoco importancia, nada más ahorita me acuerdo. El libro no tuvo mucha repercusión, y fue luego yo creo que por un lado el hecho de que fueran textos breves, de que en gran medida fueran textos o muy sólidos desde el punto de vista académico –Villoro, Luis González, Alejandra, Florescano– o representativos de una nueva generación, como Héctor o yo que estábamos empezando y entonces era como novedoso. Y eso fue lo que fue llamando a los jóvenes, y se hizo un éxito pero un éxito pequeño, académico, escolar entre los muchachos.

Nunca fue un libro que se volvió para el gran público, ¿no?

No, ni que yo sepa que haya provocado grandes polémicas entre los historiadores ni demás. Fue lentamente que nos fuimos enterando que ya había otra edición, y que ya había otra edición, y que ya había otra edición, y que los alumnos lo estaban fotocopiando y ese tipo de cosas.

Y que además con esto que cedieron el copyright...

Pero fue Alejandra ahí, en una puntada. Hizo una carta y todos la firmamos.

¿Entonces Siglo XXI tiene el copyright?

Sí. Ahora, también había otra cosita, como nos pagaron el viaje a la Paz, pues de alguna manera en aquellas épocas que eran más estrictas que ahora, se suponía que si nos estaban invitando a comer los huevitos con chorizo de desayuno, había que dejar un texto en el simposio que estábamos invitados. Entonces, como que de alguna manera, los derechos ya eran de Gobernación que nos había invitado al simposio y Gobernación los cedía a Siglo XXI a fin de que no se quedara en una sola memoria o en un solo librito que no había tenido hacia el público o hacia el exterior otro fin que el de sacar un libro para conmemorar el cambio de sede, porque se regaló a los invitados importantes.

¿Me podría contar un poco más de este seminario, del viaje a Baja California?

Nos fuimos juntos. Llegamos al aeropuerto, llegamos a La Paz. El hotelito era muy raro, porque era un hotelito a las afueras de La Paz, pero era un hotel escuela. Es que todo era Gobernación, en esa época era todo más estricto, no era un hotel de lujo ni nada. Cuando querías un café o algo era un problema conseguirlo. Era un hotelito escuela que tampoco tenían en que utilizarlo y entonces lo utilizaron para el simposio. Y nos atendían muchachos que estaban aprendiendo a ser camareros.

¿Y fueron los diez autores nada más? ¿Alguien más? Alejandra Moreno Toscano...

Sí hubo más gente. Jorge Ceballos, que era el subdirector del Archivo. Fueron familiares. El hotelito estaba en las afueras. Yo creo que sí daba al mar o a una

alberca, no me acuerdo. Pero lo que sí me acuerdo es que estábamos ahí en traje de baño en una de las pausas y estaba Villoro con una nueva esposa que tenía, antes de Giselle, y con los niños chiquitos. Estaba jugando con sus niños. Luis González llevó a su esposa. Algunos llevaron gente.

¿Y trabajaban por las mañanas, por las tardes?

No, fue totalmente informal. Supongo que fueron tres o cuatro mesas.

Y luego, regresando, ¿inmediatamente dieron los textos o los presentaron?

Yo creo que fue diferente cada autor. Yo lo di de inmediato. Pero por ejemplo Monsiváis tenía la manía siempre de reescribir las cosas, así que vete a saber si no lo reescribió después.

Pero tampoco éramos muy amigos. Es decir, de Alejandra sí todos éramos amigos. Pero entre nosotros no todos éramos muy amigos.

Entonces podría decirse que el punto de encuentro fue la doctora Alejandra Moreno Toscano.

Si, ella fue la que organizó todo.

¿Hoy en día cuál le parece a usted que sería la utilidad o la función social de la historia, permanecería su respuesta del libro?

La pluralidad de voces. Es decir, que no se buscó de ninguna manera un guión previo como se solía hacer en esa época: “hay que estudiar la historia para engrandecer el país”, o “para hacer la revolución”, o “para cambiar las estructuras”. Nadie recibió ninguna indicación. Entonces cada quien dijo lo que quería.

**Y alguna anécdota, o el recuerdo que usted tenga más fresco sobre *Historia*,
¿para qué?**

Agarramos unas buenas borracheras en la noche. No todos, los que querían. Muy tranquilo, muy calmado.

Anexo 1.4 Arnaldo Córdova

Entrevista a Arnaldo Córdova,
Ciudad de México, 11 junio 2012.
Luciano Concheiro San Vicente

Visito a Arnaldo Córdova en su casa en el centro de Tlalpan. Toco el timbre y soy conducido por un laberíntico camino de cuartos repletos de libros. “Tengo unos treinta y cinco mil volúmenes”, dirá más tarde Arnaldo ante mi cara de maravilla. La atmósfera del cuarto en el cual me recibe está cargada de un intenso olor a gatos, libros viejos y habano. Da la sensación de que más que en un casa, Arnaldo vive en una fábrica que funciona sin parar. Ente las pilas de libros aparecen jóvenes que tan sólo asoman la cabeza para hacer una consulta rápida a su maestro. Su casa es una fábrica de ideas.

Usted cree que hay una unidad en el libro Historia, ¿para qué?

No, unidad no. No, allí hay cosas que se plantean desde muchos puntos de vista. Los puntos de vista de los autores pues. Es decir, hay el punto de vista de un historiador que es de pura cepa como es Luis González y González que, bueno, era el estilo de Luis González y González, echar mucho relajo en sus trabajos. Hay una visión que podríamos decir de un historiador filósofo, más que historiador, pero que se metió como historiador desde los primeros años de su vida. Su tesis fue sobre tema histórico, sobre los temas del indigenismo en México; y luego una tesis de doctorado, una secuela de los estudios históricos que él estuvo haciendo

bajo la dirección del maestro Gaos. Y es Villoro. Y luego hay gente ahí gente muy disímbola, otro que hasta entonces era un historiador de cepa, es decir, formado como historiador: Aguilar Camín. Florescano pues también, aunque él ha andado haciéndole de antropólogo, pero es más historiador que otra cosa, su formación es de historiador. Y un bicho allí como yo que venía de los estudios jurídicos y políticos, y que desarrolló ese tema.

Te quiero decir que por las profesiones, por los orígenes los enfoques eran diferentes. Se ha querido hacer de eso una tendencia histórica. Se le ha llamado de los revisionistas. Nosotros seríamos los revisionistas. Pero yo no considero que haya nada que nos acomune como una corriente de pensamiento.

Tal vez debería entonces comenzar por lo que era mi final. Enrique Krauze hizo una famosa reseña...

Sí, y yo le conteste.

Exacto, en el "Sábado" del unomásuno. Encontré un artículo en La Jornada en que el que usted planteaba que él había dicho en una cena, reeditémosla y ya nunca surgió.

No, no me dijo que lo reeditáramos. Me dijo que continuáramos el debate, que siguiéramos discutiendo. Y le dije: pues tú dices, como quieras. Es decir, puedes plantear algo rememorando el libro y el debate que yo y tú tuvimos, y yo te contesto. Y así nos podemos ir enriqueciendo este debate. Pero pues nada más lo dijo, luego ya no hizo nada.

Porque usted, treinta años después de esta polémica, ¿cómo evalúa la polémica y su sustrato teórico?

Bueno, pues es muy sencillo: Krauze pensó que era una historia whig. Tú sabes la diferencia entre los *whig* y los *tory*. Yo ahí me lo cotorreo le dijo que en su origen escocés la palabra *whig* quiere decir ladrón de corderos. Pero en realidad es el nombre que se le daba a toda una corriente estatista de la historia en Inglaterra. La historia de Gibbon, alrededor de él, y hay muchos planteamientos que se hicieron en los estudios históricos en Inglaterra, se pensaban que eran estudios que iban hacia un estatismo. Es sencillo el tema, Enrique Krauze nos ve como unos estatistas, es decir, como unos *whigs*. Somos aquellos que estamos haciendo la apología del Estado surgido de la Revolución. Y él expresa su temor de que ese libro pueda volverse un libro de texto en la escuela media y estas cosas. Lo cual él lo ve muy mal, no dice por qué. Nada más desde un punto de vista que él dice que es liberal nos condena por el hecho de ser estatistas. Eso yo no lo acabé de entender nunca. Pero en ese caso él veía eso como una justificación. Él veía el libro, todo en su conjunto, como una justificación del estatismo. Y yo, en un alarde polémico, me lo cotorreo. Él, por ejemplo, llega a decir que la Constitución mexicana es hegeliana porque se trata de un Estado plasmado en la Constitución que absorbe a toda la sociedad. Y en ese sentido tenía razón. Pero yo agarré el artículo 39 que habla de la soberanía popular, y entonces le digo en todo caso será roussoniana. Pero no le entré en la polémica. Es decir, ese punto yo lo soslaye. Pero le hice notar que hay origen roussoniano también en nuestra Constitución. Ese artículo es de la Constitución del 57 pero se reproduce tal cual en la Constitución del 17. Es un artículo muy hermoso, muy bonito, y es el centro, el fundamento de todo el sistema político mexicano. No sé si tú hayas conocido alguna de las ediciones de *Los derechos del pueblo mexicano* que ha publicado la Cámara de Diputados, la última edición corrió a cargo de Manuel Porrúa –el de la calle de la Amargura. Son como treinta tomos. Hay uno en el cual yo escribí un ensayo sobre el artículo 39. Ahí si doy razón de lo que quise decir. En el otro sentido Krauze viendo ya lo que fue el Estado corporativo, y la unión de las clases populares al yugo del Estado, claro tenía razón. Yo ahora, no ahora, también entonces, pero no lo quise dar cuerda. Simple y sencillamente tapé

ese asunto y Krauze tenía razón. Es decir, un Estado hegeliano. Así muy parecido a lo que Hegel planteaba como Estado, es decir, un Estado que absorbe y acaba engulléndose a la sociedad civil, es decir, politizándola. Las organizaciones de la sociedad civil, las corporaciones las politiza y las une al Estado. Entonces es este uno de los temas que tocamos. La verdad es que yo le di una paliza. La contestación suya, esa ya ni la conserve. La contestación suya a mi réplica fue ya muy débil y conciliadora. Comienza diciendo que yo me asombraría de saber cuántos acuerdos hay entre nosotros, así comienza. Y luego no ahonda él en los puntos polémicos, por eso yo ya no seguí la polémica. Bueno, no fui el único, Florescano sí le contestó. El tema-tema de la historia en el libro aparece desde los puntos de vista muy personales de los que participamos en el evento. Uno de los que anduvo por ahí divulgando la idea de que éramos revisionistas y que constituíamos toda una corriente de los estudios históricos fue Florescano. Tal vez a él convendría que lo entrevistaras para que te explicara eso. Yo nunca me di por aludido, ni me consideré formando parte de un grupo. En realidad ninguno de nosotros estaba de acuerdo.

¿Pero sí tenían una tendencia política común?

La mía sí te la puedo explicar, pero la de los demás no. Es decir, yo hice un balance de lo que era la Revolución Mexicana estudiando su ideología. Es el libro ese sobre la ideología de la Revolución Mexicana. Ese fue mi balance de la Revolución, pero nadie estuvo de acuerdo con él. Si tú ves *La Frontera Nómada* de Aguilar Camín, él no coincide conmigo. Tiene otra idea, él es más, diríamos, vasconceliano. Lo que sí es que cada uno tenía su punto de vista muy diferente. Gilly es un trotskista. En su libro es un trotskista, es el trotskista posadista. Posadas aquel loco que decía que la Revolución se consumaría después de la tercera guerra mundial, es decir, después de la guerra atómica. Es un poco una visión medio hegeliana la que tienen estos trotskistas. Ahora Gilly es otra cosa, pero en esa época era eso. Entonces él veía, haz de cuenta el globo terráqueo, y él veía

que la Revolución era una especie de espíritu. Eso es hegelianismo. Una especie de espíritu que de vez en cuando caía y se implantaba en algún lugar. Entonces ese espíritu cayó en México y aquí prendió. Esa es la idea básica de su libro sobre la Revolución interrumpida.

Usted cree que se pueda decir la pregunta “historia, ¿para qué?” ...

Fue una ocurrencia. Desde luego fue una idea que no sé si fue exactamente de Florescano o de Alejandra Moreno, creo que fue de Alejandra, yo nunca lo supe. Pero sí se nos convocó para que explicáramos para qué estudiar la historia. Entonces la idea central de mi ensayito es que debíamos estudiar la historia los politicólogos, los que nos ocupábamos de la política y del derecho, teníamos que recurrir a la historia. Por eso el título ese un poco emblemático de mi ensayito “Historia maestra de la política” fusilándome a Cicerón: *historia magistra vitae*. Esa fue mi respuesta. Todos los demás dieron su respuesta de acuerdo con sus particulares puntos de vista.

O sea, ¿era un cuestionamiento circunstancial?

No, era un tema que nosotros debíamos tomar para desarrollar un subtema. Entonces lo que hay en los ensayos son subtemas. Lo mío es un subtema: la tesis esencial es que para entender la política de México teníamos que estudiar su historia. Y no entenderíamos la política en México, el Estado en México y todas sus instituciones, la vida política de México misma, si no recurriamos a la historia, es decir, si no estudiábamos historia. Esa era la tesis de mi ensayo. La de los otros, cada uno tuvo su ocurrencia.

Y en ese sentido sigue siendo vigente su respuesta...

La mía sí, yo sigo pensando eso. No sé los demás, pero yo sí. La diferenciación se da desde ese mismo libro, no todos coincidimos. Es más, no creo que hayamos coincidido en mucho. La idea de Krauze es una idea muy tonta y arbitraria. Pues responde más a los pedos que traen él y Aguilar Camín. Son hermanos gemelos que se odian, y así ha sido la vida de ellos.

Más bien era una confrontación de grupos en vez de teórica...

Sí, la idea de Krauze era pegarle a Florescano y Aguilar Camín. Entonces yo agarré la estafeta y me sumé a la polémica.

La confrontación de grupos deja de ser teórica y es más bien de personalidades...

No, en realidad no defendí el libro. No me puse yo a defender el libro. Yo me puse a atacar a Krauze en los postulados que él marcaba eso de historia *whig*, eso de ser estadistas, y todas esas cosas. Nada más las dice pero no las demuestra. Sería bueno que nos lo demostrara, eso fue lo que yo quise decir con esa respuesta, con ese artículo. Y yo creo que no lo hizo, es decir, no justificó él por qué nos llamó estadistas. Había otra palabra en boga en esa época: estadólatras, es decir, los adoradores del Estado. Y a mí muchas veces me han llamado estadólatra, no obstante que he hecho un deslinde con la Revolución Mexicana que nadie había hecho hasta que apareció mi libro. Nadie, todos eran más o menos serviles a la Revolución Mexicana. Mi libro causó una gran polémica sobre todo entre las gentes que eran adoradoras de la Revolución Mexicana. Me acuerdo hasta dos periodistas como eran Paco González de la Vega y José Alvarado, Pepe Alvarado, publicaron los dos un artículo cada uno en *Siempre*, ellos eran colaboradores semanarios de *Siempre*. Entonces cada uno de ellos publicó su artículo sobre mi libro, pitorreándose, insultándome. Pepe Alvarado hasta se burlaba de que le pusiera tantas citas al artículo, decía que parecía una

tesis escrita en la “Falfurrias University.” Falfurrias es un condado de Texas donde no hay universidad, para empezar, nada más era la idea de pitorrearse de mi libro. Y Paco González de la Vega lo que hacía era lamentar el modo como yo trataba la Revolución. Es decir, la había desmitificado y eso les dolió. Fíjate tú que Pablo González Casanova fue el que a mí me contrató para que hiciera el libro, él me llamó a Sociales para que hiciera el libro. Pero él pensaba que iba a ser otra cosa, algo muy semejante a las historias del pensamiento que escribía Don Jesús Silva Herzog, y yo hice otra cosa. Y a él no le gustó mi libro. En 73 apareció la primera edición, la segunda apareció en octubre del 73 mismo, se vendió muchísimo y se sigue vendiendo. Entonces Pablo González Casanova, por ejemplo, eso lo he observado, no se lo reclamo, no tengo ningún derecho, jamás me ha citado. Cuando el habla del Estado mexicano o de la Revolución Mexicana jamás me ha citado. Y dos o tres actitudes tuyas me han demostrado que no estuvo de acuerdo con el libro. O sea mi patrón estaba en contra mía, no le gustó lo que había hecho. Él era rector cuando salió mi libro. Y en esos días me dijo: he odio hablar mucho de tu tesis, qué maravilla y quién sabe qué. Pero cuando ya la leyó se llevó un quemón. Todos los adoradores de la Revolución Mexicana, Don Jesús Silva Herzog, él nunca escribió nada sobre el libro, pero decía que era una pena que los jóvenes historiadores nos descarriáramos a tal grado de que despreciáramos nuestro pasado. Fíjate lo que me dijo. Eso lo dijo en una conferencia. Fue un libro que impactó.

También el libro de Gilly tuvo su impacto. Porque el libro de Gilly con ser un libro muy deficiente, porque no tuvo investigación. Gilly lo escribió en la cárcel, en Lecumberri. Tenía tres libros. Son los tres libros que el cita en el libro los que el estudió. De veras, *El águila y la serpiente* de Martín Luis Guzmán, ¿cuál más?... son tres libros, yo los identifiqué. Y sobre eso se basó. Y todo lo demás fue pura inventiva, pero el libro tuvo su impacto. Primera vez que un marxista se ponía a interpretar la Revolución Mexicana. Habían estado los soviéticos pero esos eran de un acartonamiento terrible. La lucha de clases vista como un teatro de títeres. Aquí está el proletariado y acá y se dan de palos. Haz de cuenta un guiñol. Eso es

lo que son los historiadores soviéticos, con sus excepciones. El libro de Larín, por ejemplo, sobre el movimiento cristero es muy bueno. Rudenko y otros ahí por el estilo eran muy esquemáticos. También estos pero ya tenían más investigación.

Y hablando de los impactos de los libros, ¿usted qué impacto cree que ha tenido Historia, ¿para qué? en el panorama intelectual mexicano?

En su momento tuvo. Yo digo, mira, Krauze nos hizo un favor. Después de la polémica entre Krauze y yo el libro se vendió... yo no sé en qué edición irá ahora pero se vendió muchísimo. Se sigue dando, y es muy provechoso el libro. Además no es cierto lo que dice Krauze ¿dónde parece que yo estoy defendiendo al Estado? Al contrario, digo que es una mierda de Estado. En todos mis trabajos. Un Estado autoritario. Yo fui el primero que puso de relieve muchas de las características del Estado: el corporativismo, yo fui el primero que lo lanzó. El populismo o la política de masas, yo fui el primero que lanzó ese concepto. Y desde entonces no hubo reformulaciones o rechazos a lo que yo dije. Nadie estuvo de acuerdo conmigo, eso soy consciente. Pero nadie me refutó... algunos: por ejemplo, los trotskistas, siguiendo con ellos, esos me odiaron porque le pegué a Cárdenas que es su ídolo. Es decir, como Cárdenas apapachó y asiló a Trotsky, le viven enteramente agradecidos. Son cardenistas. Uno de ellos, el "Pelón Aguilar", Jorge Aguilar Mora, escribió un mamotreto de dos tomos refutándome. Hay un libro con unas conferencias sobre interpretaciones de la Revolución Mexicana. Yo ahí participe, en ese participó también Gilly. Y ahí chocamos. Chocamos yo con los trotskistas con Gilly con Aguilar Mora. Yo decía que era populismo la esencia de la política de la Revolución Mexicana. Aguilar Mora decía que era cesarismo y yo le refuté el concepto. Le dije, el concepto no es de Marx. Marx no habla de cesarismo. Marx habla de bonapartismo. Ah, bonapartismo era el tema de ellos. Está bien, Marx habla de bonapartismo pero no lo convierte en concepto, simplemente señala en *El 18 brumario* lo que hizo Bonaparte. Es decir, manejar a los campesinos parcelarios franceses convertirlos en una base social

solidísima. Estaban agradecidos con Bonaparte El Grande porque les dio las tierras, es decir, los convirtió en campesinos. Y la Francia sigue fue siendo la Francia campesina de aquella época. Tú sabes que después de Estados Unidos la agricultura nacional más exportadora es la de Francia. Han hecho mierda a Francia pero siguen siendo los campesinos aquellos prósperos, no como la reforma agraria en México que surgieron de la Revolución. Es decir, del gobierno de Napoleón Bonaparte. Los revolucionaros no se atrevieron a tocar la propiedad señorial, Bonaparte la hizo mierda.

Más allá de la tesis que usted plantea de los estudiosos de la política tienen que recurrir a la historia, ¿qué otra función cree que la disciplina pueda tener hoy en día?

Como función personal en primer lugar. El que no sabe historia no es culto. Tú no sabes historia y eres un inculto. Por mucho que sepas de música, de pintura, de literatura. No vas a entender la literatura si no entiendes la historia. Tú no te puedes poner a leer a Zolá, a Flaubert sin conocer lo qué es la historia de Francia en el siglo XIX. Zolá lo dice su colección esa de veinte tomos, de veinte novelas, es una visión de la época bonapartista, de la época de Luis Napoleón Bonaparte en Francia. Es decir, todas sus obras están dirigidas a eso. Por ejemplo, *El vientre de París* o por ejemplo, *Naná*, *Germinal* pues todos esos son libros ambientados en la época de Bonaparte. *Madame Bovary* es un libro ambientado en los años cuarentas del siglo XIX y así te puedo ir dando casos. Tú no puedes hacer a menos a la historia, muchos son temas históricos, los grandes temas de la literatura contemporánea. Tu vas a ver *José y sus hermanos* de Thomas Mann pues es una reconstrucción con documentación Bíblica y arqueológica de aquella época que está en el Génesis, o que se supone que está. Tú vas a ver *Carlota en Weimar* pues es un revivir a Goethe y ahí en hilvanar una toda serie de especulaciones sobre cómo era Goethe y qué pensaba Goethe aprovechando un personaje que es el personaje de Werther, Carlota, se cree que él de joven le dio

un beso y de ahí surgió la idea de escribir *El Werther*, su primera obra. Entonces Thomas Mann en *Carlota en Weimar* ve a Carlota ya vieja, ya viejita, ya de sesenta y tantos años, sesenta ocho años que vuelve a Weimar a visitar a su hermana y sus parientes y se encuentra con Goethe. Esto está ambientado en el año 1815 una cosa por el estilo, Goethe ya octogenario, ya viejo, pero Thomas Mann hace una reconstrucción psicológica de Goethe. Ahora, ¿Thomas Mann no tenía de qué ocuparse? Pues claro que sí. Su primera novela, *Los Buddenbrook*, es la historia de Alemania, es de una familia, la familia de él mismo, la historia de la familia. *El Gatopardo*, igual que *Los Buddenbrook*, es la historia de una familia que se deshace, que se acaba. Entonces, ¿te das cuenta? La historia se nos mete por todos lados. Yo no puedo escribir nada sino recurro a la historia. Todos los temas de la política están enmarcados en la historia. Eso es lo que yo quiero decir en ese ensayito. Y virtualmente es un inculto el que no sabe historia. Eso está pero clarísimo. Si no sabes dónde ubicar una pintura, por ejemplo, “La primavera” de Botticelli si no entiendes eso, la historia, el momento histórico en donde nace la pintura. Compara el cuerpo de Venus en “La Primavera” y compara las mujeres, de por ejemplo, Rubens. Si tú no entiendes la historia, no sabes historia mejor dicho, no te ubicas, no puedes ubicarte. ¿Tú estás estudiando historia?

Sí...

Tú no tienes ese problema, pero los demás sí lo tenemos. Hay que leer historia, hay que saber historia. Además la historia ha hecho unos progresos increíbles. Esa historia en treinta y dos volúmenes de la Fischer que publicó Siglo XXI aquí, *Historia universal*. Son treinta y dos volúmenes. Desde la primera antigüedad, desde la protohistoria, el primer tomito es dedicado a protohistoria. Ya es un libro, es un texto, ya no como esos libros de Malet y de Isaac, que nosotros leímos, Ducodret (2842), libros de gente del siglo XIX. No, es ya una historia que te dice: este dato está en una tablita que los arqueólogos encontraron en tal parte y que está en tal museo, este otro dato... Ranke que hizo la apología del documento,

Ranke se habría maravillado de lo que ha hecho la historia en este siglo, bueno, en el siglo veinte y hasta ahora.

Usted cree que las críticas de los que se han llamado teóricos posmodernos...

Los posmodernos son unos vaciladores y se limitan al campo de la filosofía de la historia. Cuando hacen historia tienen que hacerla con los criterios de Ranke, al documento, y si no hay documento no hay historia, no hay dato, no hay historia, no hay que contar o es pura invención. Entonces es otra cosa. Nada más compara los Girondinos, por ejemplo, de Lamartine, con una historia de los historiadores franceses de los años cincuentas-setentas, por ahí, de la Revolución Francesa. Compáralos. Oye, no hay comparación. Lamartine inventó, por eso le salió tan grandota la *Historia de los Girondinos*. Pero estos son científicos, se han ido al documento, es decir, a la prueba.

¿Para usted la historia es una ciencia?

Para mí es una ciencia, claro que sí.

Que nos provee de conocimiento verdadero...

Pues claro que sí. Ranke convirtió a la historia en una ciencia. Es decir, el documento. Así como son los datos llamados duros en las ciencias duras. Que yo no sé por qué les llaman duros, ¿verdad? Es una mamada, yo no lo entiendo. No lo acepto sencillamente, también nosotros tenemos nuestros datos duros. Yo soy un constitucionalista, yo también tengo mis datos duros. ¿Dónde están? Pues en las constituciones, las leyes.

¿Y la parte interpretativa?

Eso sí ya es el plus que tú le agregas al estudio histórico. Yo no puedo hacer un trabajo de derecho si no hago la historia del tema, del problema que me voy a plantear. Ahí están mis héroes, mira. Todos esos son filósofos del derecho, todos esos. Ese es para mí el más adorable de todos, el italiano Calamandrei. Y ahí tienes a los mexicanos.

Usted estudió en Italia, ¿verdad?

Yo estude en Italia sí, allá me doctoré en filosofía de derecho.

¿Y luego regresa a México a Sociales directamente?

No, todavía fui dos años a Morelia. Yo soy egresado de la Universidad Michoacana. De allí me fui a estudiar a Italia.

Estuvo con...

Con De Gortari. Yo llevé a De Gortari a Morelia como rector con González Rojo. Yo era profesor en la Universidad, todavía no me recibía incluso cuando fui profesor. Fui profesor de Historia contemporánea, era el último curso de historia, lo di en Colegio de San Nicolás.

Usted cuenta en algún lugar que fue alrededor de los cincuentas que se incorporó a algunos grupos políticos marxistas...

¿Al PC? Sí, a los 18 años ingresé al PC allá en Morelia.

¿Cuando va De Gortari tienen una huelga?

No, la derecha universitaria y el gobierno de Arriaga Rivera le organizaron un movimiento a De Gortari y lo tumbaron. Yo estaba en Italia. Pero a mí me pagó mal De Gortari, porque yo lo llevé a la rectoría de la Universidad Michoacana y el cabrón habiéndome ya concedido el Consejo Universitario mi beca de tres años el me la redujo a dos años. Y aparte de la misma beca yo tuve que pagarme mi pasaje a Roma. Y no obstante a eso yo, como pude, trabajando allá y pidiendo ayudas y todo eso, yo permanecí tres años completos en Roma hasta que me doctoré. Y regreso a Morelia dos años, doy clase. Y hubo otro movimiento que me hizo salir de allá. Bueno, también una conveniencia personal porque yo estaba casado con una italiana, la mamá de mis hijos era italiana, Paola Vianello, se me murió en el 2007. Era una potencia intelectual, yo le di al país eso también: una gran filóloga. Era la que sabía griego antiguo aquí. Allí están libros sobre Hesíodo, *Los trabajos y los días* y *La teogonía*, que fueron sus primeros trabajos. Y luego siguió trabajando sobre los oradores áticos, los abogados de la Grecia antigua.

¿Entonces los dos entraron en conjunto a la UNAM?

No, yo entré primero. Ella llegó el 11 de enero de 1967. Ya nos habíamos casado. Entonces ella todavía estuvo dos años en Italia y yo me tuve que regresar. Ella vino una vez, yo fui una vez. En fin, así nos estuvimos hasta que ella pudo venir, hasta que ella se doctoró. Cuando se doctoró ya vivió aquí para siempre. Ella era arqueóloga. Pero allá en Italia los arqueólogos entonces, no sé si ahora, no podían estudiar la carrera sino habían hecho previamente la carrera de letras clásicas. Y fíjate lo que la carrera de letras clásicas implicaba, eran escuelas medias de ocho años. Estaba la *prima media*, luego el *gimnasio* y luego estaba el *liceo*. Ocho años, los ocho años estudiaban latín y se iban a letras clásicas estudiaban cuatro años griego, luego cuatro años más de la universidad estudiando griego y latín, ¿tú sabes cómo llegó aquí ella? Sabiendo griego y latín como nadie. Me acuerdo que en el examen de oposición estaba Rubén Bonifaz Nuño examinándola y le dieron una página de Aristóteles a que la tradujera, y ella primero la leyó en griego

y era un griego cantarino bellísimo el suyo, la pronunciación de Erasmo. Erasmo fue el que dio el prospecto más exacto de pronunciación del griego antiguo pues ya nadie sabe cómo se pronunciaba, pero Erasmo fue el que dio el modelo para la pronunciación. Entonces ella lo seguía y Rubén Bonifaz Nuño, el poeta, se quedó tan encantado que le pidió por favor que lo volviera a leer el trozo ese en griego. Bueno, a ese grado, a ese punto.

Entonces Don Pablo González Casanova lo invita a usted a Sociales...

Yo llegué de Morelia en el 66. En septiembre del 66 me vine, al mes siguiente, en octubre, hubo un estallido ahí y yo ya no pude regresar a Morelia. Un movimiento de estudiante. Era un movimiento espontáneo entre los estudiantes. Gobernaba Michoacán Agustín Arriaga Rivera, el mismo que golpeó a De Gortari, y lanzó el ejercito. Pidió al Presidente que le lanzara el ejército a los estudiantes. En la época De Gortari mataron a un estudiante y ésta vez volvieron a matar a un estudiante el primer movimiento fue el 63, yo estaba en Italia. Y el segundo en octubre del 66. Entonces yo ya no pude regresar a Morelia. Y si hubiera estado allá me agarran porque yo era de los profesores de izquierda que había ahí. Todo los profesores de izquierda los agarraron los metieron al bote, algunos los desaparecieron, y otros eran extranjeros, los expulsaron. Y yo tuve que quedarme aquí. Yo hacía dos años que había llegado, yo había llegado en diciembre del 65 yo llegué a Morelia. Y en septiembre del 66, o sea casi dos años después, me vine a México porque mi esposa no podía hacer allá nada. Me dijo: ¿yo que hago aquí? Era un pueblito. Tenía ciento veinte mil habitantes, la universidad tenía tres mil estudiantes o cuatro mil. Y las bibliotecas... pues teníamos la hermosa biblioteca del Seminario Tridentino de Morelia pero es una biblioteca de la Colonia, o sea no era para trabajar científicamente. Yo le decía, mira aquí tenemos una colección de griegos y latinos. Sí, dice, pero esos textos incluso deben ser revisados. Y además, dice, mira yo necesito unos diez mil libros modernos recién traídos para trabajar, ¿tú me los vas a comprar? Pues cuándo. Y tuve que venirme. Entonces, mi curriculum es:

primero entré en 67 a dar clases a Ciencias Políticas y en 67 mismo Pablo González Casanova me enganchó. Me pidió que le hiciera una introducción a unos textos de Kant para la colección de “Nuestros clásicos” que él dirigía. Y le gustó tanto mi ensayo de Kant que me pidió que fuera a trabajar al Instituto. Entonces yo le dije: sí dese luego, pero me vas a pagar salario completo. Claro que sí. Dejé el trabajo en la ANDSA de abogado y me fui a la Universidad. Entonces yo soy de tiempo completo en la Universidad desde febrero del 68, o sea ya llovió. Entré de profesor en la Facultad de Ciencias Políticas en 67 cuando era abogado, estaba yo litigando para la ANDSA, Almacenes Nacionales de Depósito S.A. era una institución del Estado, un organización descentralizada donde yo entré a trabajar como abogado.

¿Y nunca volvió a litigar después de eso?

No, ya no.

¿Tendrá alguna anécdota, algún recuerdo del libro Historia, ¿para qué??

Pues aparte de la polémica con Krauze no, fíjate. El libro fue muy bien recibido. Y luego la polémica avivó un poco el asunto. Todavía no existía *La Jornada*, era *Unomásuno*. Era el padre de *La Jornada*, fue años después que se separaron. Payán se salió de *Unomásuno* y fundó *La Jornada*. Era el periodo de la izquierda que estaba abrumando. Era un periódico que ya estaba alcanzando a *Excélsior* en sus tirajes. Después de la trágica historia de Scherer en *Excélsior* lo dejó atrás. Era el periódico que leía la clase intelectual. Todo el mundo supo de la polémica, entonces todo el mundo supo del libro. Pues el libro se vendió como pan caliente. La polémica sirvió para que el libro se vendiera.

¿Usted pensó que el libro se volvería un clásico? Prácticamente no tengo compañero en la licenciatura en Historia que no lo haya leído...

Los temores de Krauze se cumplieron después de todo. El libro se dio como texto. Pero Krauze no lo pudo impedir.

¿Además de los autores y Alejandra Moreno, quiénes fueron al Seminario en la Paz?

Carlos Pereyra, estuvo, Luis Villoro, Luis González. Todos estuvimos. Enrique Florescano fue con Alejandra, que era la organizadora del seminario. Héctor Aguilar Camín claro que estuvo allí, estuvo con Ángeles Mastretta, ya se habían casado. Carlos Monsiváis, desde luego. Adolfo Gilly, sí. Y el finado Guillermo Bonfil, que también estuvo ahí. No, todos estuvimos. Allí nos encerraron en el Hotel Presidente, que ahora ya no me acuerdo cómo se llama. Esta allí después de Coromuel. Es un hotel que está ahí rodeado de palmeras. Y ahí nos encerraron. Claro, encerrar es un decir, íbamos para todos lados. Anduvimos en la juerga todos los días, en las playas, en fin. Me acuerdo que me di una quemadota tremenda.

Y luego se reunían a discutir...

Claro. Todos los días que estuvimos ahí. Cuatro, cinco días estuvimos ahí, porque Alejandra con buen tino hizo que nos diéramos todo el tiempo suficiente. Es decir, cada quien leía completo su trabajo. El mío era muy chiquito, no lo quise hacer muy grande. Pero el de Luis González y González era bastante grande. El de Villoro también. Pero lo leían todos luego nos dábamos un receso. Luego volvíamos. Y a discutir mañana tarde y noche. En la noche, pues los que querían iban a La Paz a echar relajo. Y luego entre días había mañanas en que no discutíamos para irnos a las playas.

¿Ustedes se conocían de antes?

Sí, pues todos éramos amigos. Claro. Ya llevábamos años. Esto fue en 79-80, por ahí. Ya llevábamos por lo menos diez años casi todos de conocernos.

El copyright entiendo que lo tiene Siglo XXI...

Yo creo que sí. Yo lo cedí, para algo me lo pidieron. Me pidieron ceder los derechos y los cedí.

Anexo 1.5 Enrique Florescano

Entrevista Enrique Florescano,
Ciudad de México, 18 julio 2012.
Luciano Concheiro San Vicente

Enrique Florescano me recibe en su oficina ubicada en un gigantesco edificio gubernamental a un costado de Reforma. Recorro un laberinto de pequeños cubículos antes de encontrarla, al fondo del tercer piso. Al entrar lo veo acomodando unos papeles que rápidamente hace a un lado. En menos de dos minutos le explico la finalidad de la entrevista: explorar la historia del libro *Historia, ¿para qué?* y conocer, treinta años después, su opinión acerca de esta obra.

Al terminar la entrevista, Florescano me regala un ensayo inédito que resume su siguiente libro. Singularmente éste reflexiona sobre los mismos temas que por el cual lo vengo a ver: el sentido y el valor de la historia. Así, al compás del ruido lejano de una manifestación y de máquinas horadando la principal avenida de la Ciudad, arrastramos un tema del pasado hasta nuestro presente: todo para darnos cuenta que ya habitaba entre nosotros.

¿Cómo surge el proyecto de responder a la pregunta “historia, ¿para qué??

Yo creo que esa pregunta surgió dentro del grupo que estaba haciendo la revista *Nexos*, entre los historiadores que éramos Alejandra Moreno, Héctor Aguilar Camín, un literato que estaba en la historia José Joaquín Blanco, yo, y no recuerdo más. Nosotros teníamos una conversación cada semana alrededor, el grupo, de un tema que se fijaba por el grupo y luego alguien lo desarrollaba, sino era del grupo se invitaba a alguien que lo pudiera desarrollar y luego se armaba la discusión, y así nació la revista *Nexos*. En realidad, después de estar discutiendo un año, que hicimos el libro *México, hoy* dijimos: bueno, por qué no buscamos ya que hicimos este libro, y fue un libro muy exitoso que daba una visión muy amplia y completa del México de entonces y de todo de las área de ciencias sociales, ciencias puras, salud, etcétera, dijimos, bueno por qué no hacemos una revista para el público ese grande que ya se creó, y al cual nosotros no le sabemos hablar porque hablamos cada quien nuestro lenguaje, y eso yo creo que nació porque ese grupo en ese momento era fundamentalmente la generación del 68, o sea, tenía una proyección social, un interés social, quería pasar los límites, las barreras de la Academia y mezclarse como lo hizo con ese libro, *México, hoy*. Entonces, Alejandra Moreno fue clave en ese aspecto porque ella era directora del Archivo General de la Nación, y entonces al oír estas cosas como seguían repitiéndose dijo: ¿y por qué no hacemos un coloquio sobre esos temas, sobre ese tema? Ella se ofreció a coordinarlo y a financiarlo, porque la cosa era que nos aisláramos. Entonces encontramos un lugar que parecía maravilloso que fue Pichilingue, allá en Baja California; y ahí nos metimos en un hotelito frente a la playa, y bueno, no había más que el hotel y la playa así que la interacción entre todos se hizo muy, muy fuerte. Antes previamente se diseñó una temática y sobre esa temática se hizo la reunión. Entonces cada quien exponía su tema, sus ideas, sus propuestas e inmediatamente se armaba una conversación crítica o no, según el caso, alrededor de eso. Y así, en dos días, pudimos desahogar todos esos temas y

crear una interacción entre el grupo porque todos nos reuníamos antes, pero no habíamos hablado sobre ese tema. Entonces pues estaban los filósofos, los literatos, los historiadores, los antropólogos; también fue en ese sentido yo creo fue su éxito, muy interdisciplinario. Era gente que provenía de distintas escuelas, de distintas formaciones, pero todos estaban interesados en comunicarse, en tener una proyección hacia el exterior y no en el cenáculo interno de los profesionistas de esto, del otro. Entonces yo creo que eso fue lo importante. Y luego de que como teníamos buena relación, aunque teníamos puntos de vista diferentes, se creó un buen diálogo. Se creó formas positivas, atendibles de crítica y de reflexión. Entonces, yo creo que esos fueron los puntos básicos que impulsaron este proyecto y pues que tuvimos la fortuna de tener los medios para realizarlo, sin ser prácticamente una institución de la Universidad, que era lo natural, o de El Colegio, o del INAH, sino que fue el Archivo, porque ahí estaba una historiadora, la que motivó que se juntaran estas distintas voces y pudiera salir este libro.

¿Se puede decir que esta pregunta acerca de la utilidad de la historia surgió circunstancialmente o provenía de una tradición intelectual más extensa?

Yo creo que nació de la circunstancia porque, pues que yo recuerde salvo en la, pero entonces no afluía tan fuerte la tradición *L'Ecole des Annales* que esa si se hizo esa pregunta consistentemente, pero lo que yo recuerdo es que los dos libros influyentes en ese sentido era el de Carr *¿Qué es la historia?* y la *Apología por la historia* de Marc Bloch, pero en México no había habido esa pregunta, entonces yo creo que nosotros, salidos del 68 y metidos en el área de historia, porque todas estas reuniones se hacían en la Dirección de Estudios Históricos del INAH que estaba entonces en Chapultepec, yo las promovía, pero eran los sábados, eran días en que no, y teníamos las discusiones, ahí salió, como te decía, *México, hoy*, pero también ahí salió, yo creo, la idea de reunirnos para este libro. Era más una compulsión de gente preocupada por lo que estaba pasando en el país y porque

quería desbordar las fronteras de la Academia. Bueno, entonces, se nos dio esa facilidad. Luego, ya había habido el antecedente, que entonces había nacido la editorial Siglo XXI. Siglo XXI, nosotros, el grupo este mismo, le había dado el libro *México, hoy*, le había dado las regalías todas al fundador, al señor Orfila Reynal, para que pudiera fortalecerse la editorial que había nacido en una circunstancia terrible, bueno, eso ya se sabe, que habían pedido la renuncia a Orfila del Fondo de Cultura Económica por la publicación del libro *Los Hijos de Sánchez*. Había nacido eso, y entonces le propusimos a Orfila el libro este y también todos los autores estuvieron de acuerdo en ceder sus derechos, sus regalías para la editorial. Así que tenía todo ese tinte de proyección social, de compromiso de los intelectuales con la sociedad, de fortalecer una editorial democrática, abierta y libre. Y bueno, pues el libro tuvo un éxito fenomenal, se volvió libro de texto de todas las escuelas de historia, y más de ciencias sociales porque no había. Y luego tuvo un gran peso en América Latina también, influyó mucho, todo el mundo citó ese libro. Los historiadores de América Latina no tenían otro como ese, salvo los que me referí, el de Carr y el de Bloch.

En términos retrospectivos, ¿qué impacto piensa que ha tenido la obra Historia, ¿para qué??

Tuvo un impacto educativo tremendo. Yo me quedé con esa idea muy grabada y desde entonces la he continuado, porque todas mis colecciones que hice siguieron ese patrón: ¿qué falta? ¿qué es necesario para formar a las nuevas generaciones, para tener un impacto público los intelectuales, los académicos, etcétera? Entonces *Historia, ¿para qué?*, cumplió totalmente esa función, llenó ese hueco y se volvió el libro de texto de esa generación y de las posteriores. Después de 1980 yo creo que la respuesta es distinta porque en primer lugar la historia, el sentido, el contenido y la enseñanza de la historia se transformó radicalmente porque ya en los ochentas explotó toda la historia económica y social francesa, la historiografía norteamericana dio cambios también radicales, la historiografía alemana ni se

diga. O sea todas se volcaron hacia lo social, se abandonó la historia política, la historia institucional y entraron a los grandes campos de la historia económica, la historia social, la historia demográfica, la historia intelectual, la historia de las mentalidades, como se decía entonces. Entonces la historia se amplió, se democratizó, se volvió la punta de lanza de toda el área de ciencias sociales porque la historia se modificó y cambió porque se mezcló con la sociología, con la economía, con la antropología, con la geografía, etcétera. Entonces hubo un cambio fenomenal, la historia académica también rompió sus propias cadenas y bueno, de repente, los historiadores se volvieron *stars*, estrellas, y hablaron en la televisión, en los periódicos. En Francia, todos los grandes historiadores escribían en *Le Monde*, en las revistas que entonces eran muy difundidas, tenían un efecto público muy alto, en la radio. La generación de mis profesores, Le Roy Ladurie, no se diga Labrousse, Braudel, que era el más influyente y el capo de los capos porque tenía todos los controles académicos, políticos, sociales, etcétera. Bueno, entonces, esos profesores, los alumnos de ellos, Le Roy Ladurie, Chaunu, Rogero Romano, tuvieron una participación social muy activa. Y esto pasó en todo el mundo, los historiadores salieron de los recintos académicos y empezaron a ser comentaristas, sobre todo los de la época contemporánea, bueno nosotros los de la época colonial o siglo XIX no tanto, pero los que trabajaban la actualidad todos se volvieron partícipes, comentaristas, puntos de referencia de lo que se discutía. Entonces en ese sentido la pregunta historia, ¿para qué? pues cambio totalmente porque ya la historia había sido convertida por ese dinamismo en un instrumento de educación cívica, de formación política; ya lo había sido en unas épocas, sobre todo en Francia. En Francia la historiografía siempre tuvo una función pública. En Estados Unidos, Alemania no tanto porque se restringieron a lo puramente académico e institucional de la enseñanza y la investigación, pero en Francia no; y después en México volvió a la plataforma política, a la discusión política, la opinión de los historiadores, la opinión de los intelectuales. Entonces yo creo que lo que pasó ahora y posteriormente fue que la historia se enfrentó a nuevos desafíos. Primero dejó de tener el monopolio de la palabra escrita porque ya empezó la

televisión, empezó los medios masivos de comunicación, y el libro ya no fue el principal trasmisor de las ideas ni en la educación ni en la discusión académica y política, ya vinieron todos esos medios que hoy son tan fuertes. Entonces los historiadores enfrentaron un desafío. Luego, hasta los novelistas les quitaron presencia pública porque los novelistas, pues la generación de García Márquez, Fuentes, etcétera, Roa Bastos, escribieron sobre los caudillos y los grandes problemas políticos de su tiempos. Entonces hicieron, digamos, biografía política, convirtieron los temas del pasado en temas en temas de sus novelas. Entonces empezaron a tener mayor presencia que el propio historiador en el análisis del pasado, o en la representación por lo menos del pasado. Luego, los medios de comunicación masiva. Y luego, el problema más grande que luego bien contribuyó a ponerle un gran desafío a la historia fue el hecho de que en todo el mundo, pero principalmente en Europa, y en el mundo occidental, en Estados Unidos, se empezó a marginar a la historia, las humanidades, y las ciencias sociales, y se le dio un peso extraordinario a las tecnologías, y a las escuelas de administración, en fin, a las escuelas que preparaban para la ciencia, para la tecnología y para la administración subieron de nivel y bajó la sociología, la historia, y más las humanidades, los lenguajes, bueno, se redujeron. Entonces tenemos una reducción drástica de los que es humanidades y ciencias sociales en todas la universidades del mundo, incluso aquí tuvimos estos problemas, que afortunadamente los historiadores defendieron bien, de quitar la enseñanza de la historia de la primaria y de la secundaria. Esa batalla se ganó hasta ahora aquí en México pero en otros lugares se ha perdido totalmente. Entonces este cambio político, económico, y utilitario de la enseñanza sí ha afectado duramente a las ciencias sociales y a la historia. Entonces los historiadores tienen ese desafío, esa problemática, pero por otro lado yo pienso que la historia sigue teniendo un papel formidable en la formación de los jóvenes porque es la mejor manera de hacer consciente al ciudadano de que forma parte de un todo más amplio que su propia familia o su individualidad, es decir, la historia, por su contenido lo lanza a estudiar a grupos sociales distintos a él, situados en circunstancias políticas, geográficas,

etcétera diferentes y tiene que abrirse. O sea, es la mejor manera de entender al otro, lo diferente, lo distinto, lo extraño sigue siendo la historia, que además, como ahora está contaminada de antropología, de psicología y demás es un resumidero de técnicas y métodos para aprender del otro. Y para darnos cuenta de que tenemos que vivir con lo diferente y que no podemos desarrollar una democracia o una vida civilizada si no respetamos al otro. En ese sentido, yo creo que la historia sigue siendo un instrumento fundamental para la formación de una conciencia ciudadana. Entonces lo que viene es que tenemos que defender ya no sólo la historia, sino las humanidades en su conjunto. Ese es el tema de mi próximo libro que va a publicarse por el Fondo de Cultura Económica. Va a salir el 21 de septiembre y ya se va a presentar en la librería Rosario Castellanos del Fondo y lo va a presentar Carlos Marichal, Javier García Diego, Clara García y Lorenzo Meyer. Ya sale, ahorita acabo de mandar las últimas pruebas. Pero ese ya es otro enfoque, yo hago una revisión de esas problemáticas, de cómo cambió la función y la tarea del historiador, y también de cómo cambiaron las instituciones.

En ese sentido, el libro Historia, ¿para qué? está relacionado con el contexto sociopolítico e intelectual de finales de los años setenta? Las respuestas que ustedes dieron desde diferentes perspectivas, disciplinar ¿estaban relacionadas con su contexto?

Sí, yo lo siento así. Aunque nosotros no éramos conscientes de eso, así como ahorita lo estás diciendo no. Pero es evidente que nosotros estábamos metidos en eso. Esa época fue definitiva. A finales de los sesenta y principios de los setenta nace Siglo XIX, nace *Vuelta*, nace *unomásuno*, nace *Nexos*, nacen todos estos medios que querían discutir de una manera diferente la realidad mexicana, que tenía un impulso democrático fundamental, que querían que la Academia participara en la discusión de los asuntos públicos. Eso yo creo que fue la tónica general de todo esto, que ahora si lo ves ya con un lente más chiquita, pues estaban divididos, que aquí *Vuelta*... y que además se fomentó mucho esa

división.. que aquí el “grupo Nexos”... y que aquí el “grupo Vuelta”... y la izquierda, y el centro, y la derecha, bueno, independientemente de eso, en todos esos distintos medios había un anhelo de discutir de otra manera la realidad mexicana. Fue un avance, porque yo creo que si se ve bien esa época se rompió con el marxismo ideológico, que después volvió a tomar fuerza en fines de los setentas y los ochenta, pero en esa época había una gran discusión abierta, entre marxistas, liberales, científicos, etcétera, y no había ese encerramiento tan terrible que hoy notas. Lo estamos viendo ahora con el reflujo de las elecciones, es un enfrentamiento radical, no racional, no con argumentos, no con explicaciones rigurosas, sino que cada quien ya se montó en su partido y está defendiendo los intereses partidarios, pero no haciendo una defensa –que sí lo hacen algunos medios, pero lo tienes que buscar.

Y hablando de discusiones, Enrique Krauze escribió una reseña del libro en el suplemento Sábado del periódico unomásuno. En ésta calificaba a Héctor Aguilar Camín, Arnaldo Córdova, Adolfo Gilly y a usted de ser defensores de la “interpretación whig de la historia”, es decir de politizar la historia: de querer utilizarla para fines concretos antes que preocuparse por el conocimiento. Hoy, treinta años después, ¿cómo evalúa usted dicha crítica?

Bueno, yo creo que está derrotado Enrique Krauze porque lo que mostró ese libro es que abrió la discusión sobre el contenido, los métodos, el sentido de la historia en lugar de encerrarlo en una corriente política, en lugar de hacerlo dogmático, se volvió la mejor discusión que hubo sobre la historia en ese tiempo. Después Don Luis González sacó todo un libro que marcó a los estudiantes, pero ya fue diez o quince años después, su libro que se llama *Todo es historia*. Entonces hace allí un desarrollo con una visión muy amplia, muy universal de la historia, pero yo creo que *Historia, ¿para qué?*, fue el motor que rompió esas barreras y que abrió otro horizonte.

Me hablaba de la confrontación de grupos, de los diferentes medios que se crearon durante esos años, ¿era también una confrontación entre grupos o era nada más una polémica de corte teórico?

Pues yo creo que fue más de grupos en general, de que en primer lugar eran totalmente diferentes para mí. Yo, un día que me dijo Octavio Paz: oiga usted que está usted en contra. No, le digo, oiga Octavio, ustedes son una revista más de contenidos y de intereses literarios, de análisis de la literatura, de análisis del pensamiento que le da una gran importancia, y qué bueno, a la creación literaria. Ahora, Octavio sí, Octavio siempre discutió los asuntos nacionales pero los demás no. Los demás discutían la literatura, la filosofía, las corrientes de pensamiento en el mundo y su efecto en México, etcétera. Y en cambio *Nexos*, desde el principio, se abocó a los problemas nacionales. *Nexos* era la economía, la política, la demografía, etcétera. Eran los asuntos del desarrollo propio del país. Claro, después la divergencia que hubo entre Enrique Krauze y Héctor Aguilar agudizó más esto. Y luego, ciertas posiciones, muy radicales. El artículo contra Carlos Fuentes yo creo que fue el parte aguas que señaló más la división. Aunque *Nexos* no tomó una defensa total de Carlos Fuentes sí criticó ahí los artículos de Enrique Krauze.

¿Fuentes era parte de Nexos?

No, pero sí era simpatizante y se publicaron ahí cosas de él y se hicieron muchas críticas de sus novelas salieron en *Nexos*.

¿Cuál será la anécdota que más le viene a la mente relacionada con el libro historia, para que cuando piensa en Historia, ¿para qué? se acuerda de... piensa...?

Yo lo que me recuerdo más fue el hecho de que en ese ambiente tan abierto que había pudieran confluír gentes tan diferentes que tenían posiciones ideológicas, políticas, disciplinarias totalmente distintas. Hace rato te decía que yo me había metido a buscar temas y cosas que interesaran, que nació yo creo de esas preocupaciones entonces. En la colección “Biblioteca Mexicana” tienes un resumen, acaba de presentarse ahora y ya llevamos treinta y tantos libros, y todos son temas de interés nacional que no pueden ser trabajados como un libro porque se necesitaría un *Superman* que manejara todo. Entonces aquí lo que hacemos son libros colectivos sobre temas de gran interés, también estos se han vuelto libros de texto.

Cuando presentan el libro en Fonágora, en el ahora Centro Cultural Helénico, hace la respuesta a la reseña de Krauze, entiendo que nunca se publicó el texto que usted presentó ahí.

Yo no me acuerdo. Digo, ¿dónde está? Sí me acuerdo que hubo eso. Ahora que me dices lo voy a buscar porque tengo ahí una lista de mis publicaciones que ahora estoy juntando porque me van a hacer un homenaje ahí en Jalapa, también en septiembre. Ahí van a hablar de mis distintas actividades, como historiador, como maestro, como editor, etcétera, etcétera. Pero, voy a buscarlo. Si lo encuentro te lo mando.

Se lo agradeceré, porque me interesa en un afán de historiar el pensamiento de todos ustedes... Creo que sería interesante rastrearlo.

Ahora que salga ese libro, sería interesante que tú tienes ese interés porque es una reflexión sobre el desarrollo del pensamiento histórico, y con cosas novedosas. Por ejemplo, tengo un capítulo sobre el redescubrimiento de la literatura oral, que cambió totalmente de cómo se conserva la memoria porque era fundamentalmente una memoria oral hasta el siglo XVII, XVIII todavía, lo principal

se conserva y se transmite oralmente, ya cuando viene el libro que es apenas en el siglo XV y se desarrolla brutalmente. Pero siguen todos los otros pueblos que no se transforman en alfabeto siguen usando la memoria oral como principal transmisor. Entonces eso nos afectó muchos a los historiadores y a los antropólogos que nos ocupamos de sociedades o grupos marginales porque esos se transmiten así. Y ahora la imagen, que es un cambio bárbaro en la conservación, transmisión y conservación de la historia. Entonces yo trabajo eso. También dedico un capítulo al tema de historia y ficción. Toda la polémica que suscitó el *linguistic turn* y que hizo un escándalo en los noventa y que iba yo a cualquier lado y eran unos goles ahí. Carlo Ginzburg, con quien yo conviví en Santa Mónica en los noventa, siempre me estaba hablando de eso. Y el efecto malo, y luego positivo que tuvo porque realmente obligó a los historiadores a hacer una reconsideración de los aspectos cognitivos de la transmisión del conocimiento histórico y de cual es la diferencia realmente entre literatura e historia. Y otro sobre la memoria, que es un tema que me ha estado preocupando desde hace tiempo y ahí lo desarrollo. Así que en cierta manera, no lo había pensado, pero es una segunda versión de *Historia, ¿para qué?* porque el tema al final es “la historia y la forja del ciudadano” –se llama el último capítulo. Ahí está el para qué.

Anexo 1.6 Héctor Aguilar Camín

Entrevista Héctor Aguilar Camín (parte I),
10 diciembre 2012.

Luciano Concheiro San Vicente

1. ¿Cómo surge el proyecto de responder la pregunta “historia, ¿para qué??”

Surge de una convocatoria hecha por Alejandra Moreno Toscano, entonces directora del Archivo General de la Nación (AGN). Es parte del momento de apertura y de nueva sensibilidad pública de aquellos años (1976 a 1981). La apertura cristalizó en la reforma política de 1978, que legalizó al partido comunista y al sinarquismo. La nueva sensibilidad tuvo una expresión en la prensa escrita, con el nacimiento de la revista *Proceso* (1976) y del diario *unomásuno* (1977). En el ámbito cultural, nacieron la revista *Vuelta*, a fines de 1976, y de *Nexos*, a principios de 1978.

En esos años los expedientes del “discurso oficial” parecen insuficientes para lidiar con las herencias disonantes del 68, la guerrilla urbana de los setentas y la crisis política y financiera de 1976, año en que el país resiente la primera devaluación en 22 años.

El presidente José López Portillo (1976-1982), sentado en la buena nueva de la abundancia petrolera, le ofrece al país un horizonte de prosperidad y acoge un genuino impulso de cambio político.

Expresiva de aquella efervescencia es la decisión de refundar el Archivo General de la Nación. Se elige como nueva sede del AGN uno de los recintos de

peor fama pública : la cárcel Lecumberri de la Ciudad de México Los encargados de la tarea descubren en el corazón de ese infierno, un momento de ilustración. La cárcel de Lecumberri, que será sede del AGN, ha sido diseñada según los principios del panóptico de Bentham, que resuelve el problema de vigilancia polidireccional en edificios de uso público. El principio de Bentham sirve igual para bibliotecas, escuelas, cárceles y hospitales. Permite vigilar desde el centro de un polígono todos los brazos del edificio.

Bajo ese principio fue construida a fines del siglo XIX la cárcel modelo de México: el palacio de Lecumberri. Recobrando ese principio entre las ergástulas en que el tiempo ha convertido el diseño mexicano del panóptico de Bentham, es reciclado por las autoridades el “palacio negro” de Lecumberri.

Alejandra Moreno Toscano, al fin historiadora y maestra de historia, entiende bien que hay en aquel hecho arquitectónico y burocrático, un aspecto simbólico, digno de mayor reflexión.. Su sensibilidad le dice que hay suficientes cambios públicos en el aire como para preguntarse ambiciosamente por el sentido de la historia en el país.

Más todavía: por su utilidad. ¿Tenía sentido, rehacer la sede de la historia documental de México, el AGN? ¿Para qué queríamos archivos.?

Lo normal habría sido preguntarse por el sentido de la historia y su necesidad pública. Alejandra preguntó tajante y provocativamente: *Historia, ¿para qué?* Yo creo que la riqueza y la dificultad de las respuestas vinieron del acierto de la pregunta. Era a la vez utilitaria y abierta, incluía todas las respuestas posibles – como ensayan uno tras otro todos los autores del libro –pero obligaba también a responder si había un sentido en todo ese quehacer. Y si había un sentido para ese momento de México.

Creo absolutamente que sí. Y que es una pregunta que los historiadores de subsecuentes generaciones deberían responder cada vez que sienten que su mundo está cambiando. Es decir, siempre.

2. ¿Me podría platicar acerca del seminario llevado a cabo en Baja California del cual nació el libro Historia, ¿para qué??

Recuerdo vagamente nuestras sesiones. Nos reuníamos a conversar más que a exponer, aunque cada quien iba diciendo lo que pasaba por su cabeza respecto de la respuesta a la pregunta insalvable: Historia, ¿para qué.?

Eran reflexiones por su mayor parte contra la historia oficial, potente y ubicua entonces. Esa historia estaba en todas partes, incluyendo nuestras cabezas. El nuestro no era un mapa claro de crítica, pero de eso queríamos salir: del dominio de la historia oficial.

Al menos eso quería yo. Tenía la aguda conciencia de que había terminado una época, de que la cuenta de legitimidad de la Revolución Mexicana se había agotado. Al mismo tiempo tenía la percepción confusa de que incluso en nuestras propuestas de salida había una carga dominante del discurso hegemónico que queríamos dejar atrás..

Por ejemplo, yo era muy partidario del horizonte de independencia sindical que portaba la Tendencia Democrática de los electricistas de Rafael Galván. Al mismo tiempo veía en ese movimiento la impronta cabal del establecimiento posrevolucionario diseñado para someter a las organizaciones sindicales, una continuación renovada, del diseño posrevolucionario. También era partidario ferviente de la reforma política de aquellos años. Al mismo tiempo era claro para mí que la reforma estaba diseñada para administrar el acceso de las minorías al sistema, no para cambiarlo a fondo.

Item más: Confiaba que el estado era fundamental para toda definición modernizadora que cambiara el país en el sentido deseado, haciéndolo más equitativo y democrático, pero el Estado era la sede mayor del establecimiento institucional del país y estaba dominado por el discurso oficial viejo en el que no creía.

Quería más estado modernizador y menos estado conservador, pero la mezcla adecuada no era clara para mí, como creo que queda claro en mi texto

donde se proponen como nuevamente novedosas viejas tradiciones de derechos, protestas y movilizaciones.

No pude resolver esa contradicción del discurso, mi discurso, sino con un aforismo de Cioran: *Hay que estar siempre del lado de los oprimidos sin olvidar que están hechos del mismo barro que sus opresores.*

Lo mismo pasaba con nuestro discurso contra el discurso oficial de la revolución mexicana. O al menos eso pasaba con el mío. Tenía la mitad del cuerpo metido en las aguas que combatía, de las que quería salir.

3. ¿Se puede decir que la pregunta acerca de la utilidad de la historia surgió circunstancialmente o provenía de una tradición intelectual más extensa?

Ya he dicho que la pregunta la inventó Alejandra Moreno Toscano y en qué contexto. Eso aparte, había una tradición crítica de la historia de la Revolución Mexicana y una más corta tradición académica de reformulación de temas y metodologías para estudiar y escribir la historia.

En la primera tradición puedo situar, o estaban en mi cabeza, vivamente, el balance de Luis Cabrera, La revolución de entonces y la de ahora; un ensayo de Daniel Cosío Villegas: La crisis de México; y los ensayos de diversos autores compilados por Stanley Ross: *Ha muerto la revolución mexicana.*

En el ámbito académico, eran nuevas piezas de referencia, a la vez propuestas de cambio analítico y narrativo, libros como el de John Womack sobre el zapatismo, el de Jean Meyer sobre *La Cristiada*, el de Luis Villoro sobre *El proceso ideológico de la revolución de independencia*, la propuesta de historia local universal, lujosamente literaria, de Luis González con su *Pueblo en vilo*. Para mí eran fundamentales también las lecturas recientes de Adolfo Gilly, La revolución interrumpida, o de Arnaldo Córdova sobre la política de masas de la revolución mexicana.

Decisivas también, para mí, fueron las clases, en El Colegio de México, de Alejandra Moreno, Enrique Florescano y Rafael Segovia. Los primeros, sobre las nuevas técnicas francesas de acercarse a la historia de larga duración. El último, sobre el abc del pensamiento político y sus insolubles dilemas morales.

Claves en mi horizonte eran también las reflexiones canónicas de Octavio Paz, en su momento heréticas, de *El laberinto de la soledad*, y su *Posdata* de principios de los setentas. Parecían más próximos a nuestra sensibilidad a flor de piel de los hechos del día y el sentido del pasado inmediato, las reflexiones de Carlos Fuentes en *Tiempo mexicano*, o de Carlos Monsiváis en su descarga continua de crónicas guiadas por la fascinación de lo efímero. En lo efímero había algo irresistible y duradero cuyo cronista supremo ha sido Monsiváis.

4. En términos retrospectivos, ¿qué impacto piensa que ha tenido la obra Historia, ¿para qué??

No lo sé. Me gustaría saberlo. Tuvo varias reediciones, se volvió libro de texto, supongo que intoxicó a varias generaciones. Son ellas las que deben hablar.

5. Desde de su punto de vista, ¿en que forma el libro Historia, ¿para qué? está relacionado con el contexto sociopolítico e intelectual de finales de los años setenta?

Creo que está respondido arriba.

6. ¿Le parece que la respuesta que dio a la pregunta “historia, ¿para qué?” en 1980 sea vigente? ¿En qué sentido podría ser distinta?

Si me preguntaran hoy *Historia ¿para qué?*, mi respuesta mexicana sería la misma, en el sentido de desmontar el discurso de la historia oficial, de terminar de salir de la sombra de la revolución mexicana.

Es una tarea bastante adelantada por la historia de los últimos años. Me siento parte de la generación intelectual que demolió esa historia. Cuando el candidato presidencial del PRI del año 2012, dice que quiere inversión minoritaria en Pemex, uno entiende que el último tabú de aquel discurso hegemónico ha sido tocado irremisiblemente.

Creo que el discurso dominante de la cultura mexicana ha dejado de ser el nacionalismo revolucionario, heredado de los gobiernos del PRI. El dominante ahora es un discurso más llano y universal, moderno y democrático. Cree en el voto y en las elecciones, en los derechos humanos, en la transparencia y la rendición de cuentas, en la creación de riqueza y empleos, en la disciplina fiscal de los gobiernos, en el ciudadano más que en las corporaciones del México nacionalrevolucionario.

Me he referido a ese cambio en distintos artículos de prensa y en el ensayo recientemente publicado, con Jorge Castañeda, en el número de otoño de 2012 de **Foreign Affairs**: “Mexico’s Age of Agreement”, y en el número de noviembre de la revista **Nexos**: “El nuevo paradigma mexicano”

7. Enrique Krauze escribió una reseña del libro en el suplemento Sábado del periódico unomásuno. En ésta calificaba a Arnaldo Córdova, Adolfo Gilly, Enrique Florescano y a usted de ser defensores de la “interpretación whig de la historia”, es decir de politizar la historia: de querer utilizarla para fines concretos antes que preocuparse por el conocimiento. Hoy, treinta años después, ¿cómo evalúa usted dicha crítica?

Enrique Krauze se sintió excluido del grupo de historiadores convocados. Tomó algunos rasgos de algunos de los ensayos y fabricó una crítica que no hace justicia a la riqueza de perspectivas del libro ni, mucho menos, a la genuina

interrogación sobre el momento de la conciencia histórica que se planteaba la salida de la sombra de la Revolución Mexicana.

Veníamos, como he dicho, de una historia oficial hegemónica. Dábamos los primeros pasos críticos para salir de ella. No había en esos primeros pasos un programa político ni un plan de hegemonía discursiva. Ni siquiera sabíamos que eran los primeros pasos hacia otro lugar.

No veníamos, como los whigs ingleses o, para el caso, los tories, de haber detentado el poder suficiente tiempo como para generar una narrativa histórica. Veníamos de la marginalidad de la izquierda, de la marginalidad de la vida académica y de la marginalidad periodística y cultural. Nuestra única centralidad era que estábamos en la espuma de la refrescante cerveza de la reforma política de aquellos años.

Compartir aquella espuma daba un parecido superficial a los autores de *Historia para qué*, pero éramos muy distintos intelectual y políticamente. La genuina diversidad de los autores reunidos en ese libro puede probarse por los trayectos posteriores de cada uno, trayectos muy distintos entre sí, a menudo divergentes, incluso encontrados y contradictorios.

8. Cuando piensa en Historia, ¿para qué?, ¿cuál es el primer recuerdo que le viene a la mente?

Viene a mi cabeza el recuerdo de Adolfo Gilly remando en una canoa sobre la playa mientras a otros nos servían unas almejas gigantes en un tendajón.

Éramos más afortunados y más libres de lo que nos creíamos, aunque nos sintiéramos presos de un presente que parecía imposible cambiar.

Entrevista Héctor Aguilar Camín (parte II. Alcance (largo) a la entrevista de Luciano Concheiro),
11 diciembre 2012.

Luciano Concheiro San Vicente

Pregunta final

Le tomo la palabra y le envío una pregunta más (que no estaba en el guión inicial porque surgió después de entrevistar a Florescano, quien hizo especial énfasis en este tema). Usted señala pertinentemente la diversidad intelectual y política de cada uno de los autores, no obstante se ha insistido en agruparlos en torno al llamado "grupo Nexos". ¿Le parece que ustedes formaban un "grupo" en ese entonces? Si es así, ¿qué elementos le daban unidad a la multiplicidad?

Nexos no era un grupo en el sentido de un club político, literario o cultural, con un programa, una ideología o un propósito común. Nos unió el proyecto de hacer una revista que nos permitiera incidir en el debate público, con los instrumentos propios de la vida académica y la difusión periodística.

La tradición intelectual de México era que el debate cultural tuviera un liderato literario. Ese liderato se concentraba en publicaciones que eran arropadas o subsidiadas por periódicos o instituciones educativas y culturales del estado.

Pienso en *México en la cultura* (suplemento del diario Novedades), *La cultura en México* (suplemento de la revista Siempre!), *Diorama de la cultura* (suplemento de Excélsior) y la revista ***Plural*** (también de Excélsior). Pienso en la *Revista de la Universidad*, patrocinada por la Unam, en la *Revista de Bellas Artes*, del instituto del mismo nombre, o en la revista *Diálogos* de El Colegio de México.

El estilo y el modus operandi de esas publicaciones era cenacular: la ronda de los happy few. Cada publicación cobijaba un cenáculo y los cenáculos se comunicaban y competían entre sí repartiendo oportunidades, famas y consagraciones, mecanismos de los que derivaron caracterizaciones chocarreras de la vida cultural, como la de La mafia, mote que acuñó Luis Guillermo Piazza, uno de sus oficiantes, luego director de la editorial Novaro y creador del premio de novela México que premió a Onetti y a Del Paso, antes de desaparecer.

Era un mundillo comandado por unos cuantos personajes en una lógica de mandarinato literario que extendía sus opiniones a los demás ámbitos de la cultura y, crecientemente, a la reflexión política, histórica o el ejercicio periodístico.

Los nombres canónicos de aquel establecimiento, los ejes de las publicaciones y los cenáculos, eran, en orden más o menos generacional de aparición, Octavio Paz, Fernando Benítez, José Luis Martínez, Carlos Fuentes, Jaime García Terrés, Carlos Monsiváis, José Emilio Pacheco, Juan García Ponce, Emmanuel Carballo, Huberto Batis y un par de nombres más.

Era un mundo pequeño, influyente y celoso de sus espacios. Era sumamente eficaz para consagrar y para excluir. No carecía de buen gusto en ambas cosas, pero los historiadores de la literatura y de la cultura tendrán que revisar con rigor el canon de aquellos años y repensar si todo lo incluido merecía la consagración y todo lo ninguneado, la exclusión. Creo que la cultura y la literatura de aquella época, hablo de los años 50, 60 y 70, era más rica de lo que aceptó y consagró aquel establecimiento.

Al lado de este establecimiento cultural creció y se hizo visible, después del 68, un mundo universitario, periodístico y académico de nuevo tipo. Se abrió paso poco a poco en los cenáculos existentes y en las páginas editoriales de los diarios, pero encontró el espacio propicio para su propagación con la crisis del diario Excélsior de 1976, la fundación de la revista Proceso y la revista Vuelta en ese mismo año, del diario unomásuno en 1977 y de la revista Nexos en 1978. El espíritu de la reforma política de aquellos años fue el telón de fondo y la condición de posibilidad pública de aquellas fundaciones periodísticas y culturales.

A los fundadores de Nexos nos unió, primero, la discusión de ensayos académicos y literarios que se presentaban en un seminario informal, concurrido, que tenía lugar los sábados en la sede del Departamento de Estudios Históricos del INAH, cuyo director era Enrique Florescano. Acudían a esas discusiones figuras de la vida intelectual universitaria como Pablo González Casanova, filósofos como Luis Villoro y Carlos Pereyra, escritores y críticos literarios como Carlos Monsiváis, Antonio Alatorre y Adolfo Castañón, antropólogos como Arturo Warman y Guillermo Bonfil, sociólogos como José Luis Reyna y Julio Labastida economistas como Rolando Cordera y José Blanco, historiadores como el propio Florescano, Lorenzo Meyer y yo mismo; médicos y científicos como Julio Frenk, Daniel López Acuña, Luis Cañedo, y José Warman. Un rasgo común a todos ellos es que estaban profesionalmente insertos en la vida académica y universitaria, no en los antiguos modos vivendi de los escritores y los intelectuales: la diplomacia, el artículo periodístico, la burocracia educativa, la política o la escritura de discursos para políticos

De la convergencia de aquellos personajes y de las ganas de tener un lugar propio donde publicar cosas como las que discutíamos en aquel seminario, surgió la idea de hacer una revista. Ni el núcleo fundador ni el liderazgo original de Nexos fueron literarios, sino académicos.

El animador central del esfuerzo fue el primer director de Nexos, Enrique Florescano, un historiador. La revista tuvo desde el principio el propósito de poner en el debate público lo que nos parecía entonces una enorme riqueza analítica acumulada en la academia de los últimos años.

La interdisciplinariedad de los fundadores fue notoria desde el inicio, lo mismo que la ausencia de alguien que presidiera emblemáticamente el esfuerzo, a la manera de los mandarines intelectuales franceses, Sartre y *Le temps modernes* o Gide y la NRF. Este era y fue el modelo de Vuelta.

Buscábamos crear un nuevo centro de debate y reflexión de la vida pública mexicana, no sólo ni fundamentalmente de la vida cultural y literaria. Creo que lo encontramos sin buscarlo, salió de la propia dinámica de nuestras preocupaciones

intelectuales que eran de origen fundamentalmente académico, no periodístico, político o cenacular.

Nexos no nació de un proyecto político política ni tuvo un liderato dominante. Tampoco respondió a una ideología. Pero nació en los terrenos y dentro de las coordenadas de la izquierda. Su diversidad se dio durante muchos años dentro del cuadrante de la izquierda.

Cualquiera que conozca la izquierda mexicana de aquellos años sabrá que decir esto equivale a decir perspectivas, sensibilidades y trayectorias no sólo divergentes, sino a menudo irreconciliables. La revista era tácitamente “de izquierda”, como opuesta a la revista “de derecha” que había sido Plural y era Vuelta.

Pero no había en los fundadores de nexos militancia partidaria en ninguna de las organizaciones o los grupúsculos de la izquierda . Tampoco en el partido oficial del que éramos todos críticos, incluso los que tenían o habían tenido puestos en el gobierno. Había un fermento de cambio y apertura política que tocaba con su ánimo crítico todas las conciencias. O al menos, todas las de los que convergieron en Nexos.

La revista se definía en sus inicios, tácitamente, como de centro izquierda, al igual que el diario unomásuno. Fue la misma definición que se dio, explícitamente, La jornada, al fundarse en 1984, como parte de una escisión de unomásuno En La jornada aquella definición tomó con el tiempo un carácter excluyente, mientras en Nexos derivó a una apertura hacia autores que no eran ya parte del debate dentro de la izquierda sino del debate nacional y mundial sobre el fin de la era de la Revolución Mexicana, el principio del fin de la hegemonía política y cultural del PRI.

El trayecto de los intelectuales y académicos que fundaron Nexos en 1978, y la evolución de la misma revista, son el hilo de una rica historia cultural que está por escribirse.

Parte sustantiva de esa historia corresponde a la deriva de la izquierda mexicana, en su más amplio sentido: el espectro que va del nacionalismo revolucionario institucional del PRI a la violencia guerrillera de los años 70s y noventas, pasando por el estatismo nacionalista, el comunismo prosoviético y procubano, el eurocomunismo, y las transformaciones del socialismo real que desembocan en la caída del Muro de Berlín y ponen fin a la Guerra Fría. Las dictaduras del Cono Sur y las revoluciones centroamericanas, agudamente discutidas y documentadas en Nexos, son la parte latinoamericana de esa historia.

Hay sin embargo otra historia, también sustantiva, que puede leerse en las páginas de Nexos. Corresponde a la “disputa por la nación”, como célebremente la nombraron Rolando Cordera y Carlos Tello: la disputa, dicho gruesamente, entre el estatismo nacionalista y el neoliberalismo globalizador, cuyos momentos definitorios, para el país, y para Nexos, fueron las elecciones de 1988 y el gobierno de Carlos Salinas de Gortari.

Si algo hubo en el trayecto de la revista durante todos estos años fue un ir y venir de ideas, posiciones políticas y destinos intelectuales diversos. Nada que pueda asimilarse a la experiencia de “un grupo”. Todo lo contrario, una diversidad cabal, contradictoria y conflictiva, en cuya riqueza está grabada a su manera la riqueza de la historia reciente del país.

En ocasión de los 30 años de la revista escribí un texto, “Los años en Nexos” que copio aquí abajo.³⁵⁸ Creo que resulta complementario de lo dicho aquí.

³⁵⁸ El texto al que hace referencia es: Héctor Aguilar Camín. “Los orígenes”.

Anexo 2. Ediciones y reimpresiones de *Historia, ¿para qué?* de 1980 a 2012 y ficha técnica³⁵⁹

Número de edición	Fecha	Tiraje
Primera	Diciembre, 1980	5 000
Segunda reimpresión	Junio, 1981	3 000
Tercera reimpresión	Enero, 1982	6 000
Cuarta reimpresión	Enero, 1983	8 000
Quinta reimpresión	Junio, 1984	6 000
Sexta reimpresión	Abril, 1985	8 000
Séptima reimpresión	Sin información	1 000
Octava reimpresión	Abril, 1986	8 000
Novena reimpresión	Octubre, 1987	5 000
Décima reimpresión	Octubre, 1988	6 000
Undécima reimpresión	Diciembre, 1989	6 000
Duodécima reimpresión	Noviembre, 1990	6 000
Décima tercera reimpresión	Diciembre, 1991	6 000
Décima cuarta reimpresión	Septiembre, 1993	6 000
Décima quinta reimpresión	Agosto, 1995	4 000
Décima sexta reimpresión	Abril, 1997	4 000
Décima sétima reimpresión	Agosto, 1998	5 000
Décima octava reimpresión	Febrero, 2000	6 000
Décima novena reimpresión	Mayo, 2002	6 000
Vigésima reimpresión	Marzo, 2004	5 000
Vigésima primera reimpresión	Febrero, 2005	5 000
Vigésimo segunda reimpresión	Agosto, 2010	3 000
Vigésimo tercera reimpresión	Abril, 2012	3 000
Total de ejemplares impresos de 1980 a 2012		121 000

Ficha técnica del libro *Historia, ¿para qué?*

Tamaño: 10.5 x 18 cm

Páginas 248

Edición rústica cosida

³⁵⁹ Carta de José María Castro Mussot (gerente general de Siglo XXI Editores), 8 de junio de 2012.

Bibliografía y hemerografía

Libros y artículos

Abbagnano, Nicola. *Diccionario de Filosofía*. Nicola Abbagnano. Traducción de Alfredo N. Galleti. 2 ed. México, Fondo de Cultura Económica, 1974.

Aboites Aguilar, Luis. "El último tramo, 1929-2000". *Nueva historia mínima de México*. México: El Colegio de México-Centro de Estudios Históricos, 2004.

Aguilar, Luis Miguel "30 Recuerdos", en *nexos*. Enero 2008. Versión electrónica disponible en: <http://www.nexos.com.mx/?mes=1&anio=2008&search=go&P=numanteriores&PAGE=1>. Consultada: febrero 2013.

Aguilar Camín, Héctor. "Los años en nexos", en *nexos*. Enero 2008. Versión electrónica disponible en: <http://www.nexos.com.mx/?mes=1&anio=2008&search=go&P=numanteriores&PAGE=1>. Consultada: febrero 2013.

Almada Bay, Ignacio. "La capital, nexos y yo", en *nexos*. Enero 2008. Versión electrónica disponible en: <http://www.nexos.com.mx/?mes=1&anio=2008&search=go&P=numanteriores&PAGE=1>. Consultada: febrero 2013.

Álvarez José, Rogelio (director). *Enciclopedia de México*. Tomo X. (Monge-Pachuca). México, Enciclopedia de México-Secretaría de Educación Pública, 1988.

Anónimo. "Editorial", en *nexos*. Número 1 (enero 1978).

"Arnaldo Córdova", en *Historiadores de México en el siglo XX*. Enrique Florescano y Ricardo Pérez Montford. (compiladores). México: Fondo de Cultura Económica-Conaculta (Consejo Nacional para la Cultura y las Artes), 1995.

Arriola Sánchez, Ernesto. "Ramos, Gaos y el grupo "Hiperión" (una aproximación a su vínculo intelectual)", en María del Carmen Rovira Gaspar (coord.) *La tarea de Samuel Ramos y José Gaos. a 50 años de la apertura de la*

cátedra de Filosofía de México en la Facultad de Filosofía y Letras. México, UNAM. 1994. 45- 58

Balderston, Daniel, Mike Gonzalez and Ana M. López (editores). *Encyclopedia of Contemporary Latin American and Caribbean Cultures*. Londres, Nueva York, Routledge, 2000.

Bartra, Roger. “El lujo de la lectura”, en La Jaula Abierta (blog del autor en *Letras Libres*). Entrada del 22 Febrero 2008. <http://www.letraslibres.com/blogs/el-lujo-de-la-lectura>. Consultada: abril 2012.

Bauman, Zygmunt. *El arte de la vida. De la vida como obra de arte*. Trad. de Dolors Udina. (Barcelona: Paidón, 2009).

Beatriz Sarlo. “El barroco de Carlos Monsiváis”, en *Ñ. Revista de cultura*. (periódico *Clarín*). 10 marzo 2012. Número 441.

Bentham, Jeremy. *An introduction to the principles of morals and legislation*. Edición por J. H. Burns y H. L. A. Hart. Introducción por F. Rosen, ensayo interpretativo por H. L. A. Hart. Oxford: Clarendon, 1996.

Bentham, Jeremy. *The Panopticon writings*. 2 ed. Miran Božovič (introducción). Londres, Nueva York: Verso, 1995.

Blancarte, Roberto. “Modernidad, secularización y religión, la iglesia católica, el estado y la sociedad mexicana en el umbral del siglo XXI”, en *México a fines de siglo*. José Joaquín Blanco y José Woldenberg (compiladores). Tomo II. México: Fondo de Cultura Económica-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Conaculta), 1993.

Blanco, José Joaquín. “Conectar”, en *nexos*. Enero 2008. Versión electrónica disponible en: <http://www.nexos.com.mx/?mes=1&anio=2008&search=go&P=numanteriores&PAGE=1>. Consultada: febrero 2013.

Bloch, Marc. *The Historian's Craft*. Joseph R. Strayer (introducción). Peter Putnam (traducción). Nueva York: Alfred A. Knopf: 1953.

Bloom, Harold. *El canon occidental. La escuela y los libros de todas las épocas*. Trad. de Damián Alou. 4. ed. Barcelona: Anagrama, 2005.

“Bonfil Batalla, Guillermo” en *Diccionario Porrúa de historia, biografía y geografía de México*. 6. ed. corr. y aum. México, Editorial Porrúa, c1995. v. 1 (A-C).

- Brading, David A. "Mexican Historiography", en *A global encyclopedia of historical writing*. D.R. Woolf (editor). Nueva York, Londres: Garland Publishing, Inc., 1998. Vol. 2.
- Brinkman-Clark, William. "El Archivo Negro. Operaciones penitenciarias y archivísticas en el Palacio de Lecumberri", en *Historia y grafía*. Año 19, número 38, enero-junio 2012 (Deconstruyendo el archivo).
- Burns, Kathryn. *Into the Archive. Writing and Power in Colonial Peru*. Burham y Londres: Duke University Press, 2010.
- Camus, Albert. *El mito de Sísifo*. Buenos Aires: Losada, 2010.
- Camp, Roderic Ai. "An Image of Mexican Intellectuals, Some Preliminary Observations", en *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, Vol. 1, No. 1, invierno 1985.
- Castañón, Adolfo. "Hace 30 años", en *nexos*. Enero 2008. Versión electrónica disponible en: <http://www.nexos.com.mx/?mes=1&anio=2008&search=go&P=numanteriores&PAGE=1>. Consultada: febrero 2013.
- Castañón, Adolfo (con la colaboración de Alma Delia Hernández). "Notas al pie de un Zócalo vacío", en *Letras Libres*. Agosto 2012. Núm. 164.
- Cernadas, Jorge y Daniel Lvovich . "Revistas a la pregunta: historia, ¿para qué?", en Elías José Palti *et al. Historia, ¿para qué?: revistas a una vieja pregunta*. Jorge Cernadas y Daniel Lvovich (editores). Buenos Aires: Prometeo Libros, 2010.
- Chartier, Roger. *La historia o la lectura del tiempo*. Barcelona: Gedisa editorial, 2007.
- Cioran, Emil Michel. *Desgarradura*. Trad. de Amelia Gamoneda. Barcelona: Tusquets, 2004.
- Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. *Encuesta nacional de lectura*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Conaculta), 2006.
- Córdova, Arnaldo. "Octavio Paz y la izquierda", en *La Jornada*. Domingo 1 julio 2007. Versión electrónica disponible en: <http://www.jornada.unam.mx/2007/07/01/index.php?section=opinion&article=018a1pol>. Consultada: mayo 2012.

- Córdova, Arnaldo. "Respuesta a Enrique Krauze. Historia y política", en *Sábado*. Suplemento del periódico *unomásuno*. Director general: Manuel Becerra Acosta, Director: Fernando Benítez. México, sábado 21 marzo 1981, número 176.
- Crubellier, M. "Teorías de la historia", en André Burguière. *Diccionario de Ciencias históricas*. Trad. de E. Ripoll Perelló. Madrid: Akal, 1991.
- De Certeau, Michel. *Historia y psicoanálisis*. México: Universidad Iberoamericana-Departamento de Historia, 2003.
- De Certeau, Michel. *The Practice of Everyday Life*. Berkeley, California: University of California Press, 1988.
- De la Torre Villar, Ernesto. "El "Boletín del Archivo General de la Nación," pulso de la historia mexicana", en *Historia Mexicana*, Vol. 50, No. 4. Abril-Junio, 2001.
- Deleuze, Gilles y Félix Guattari. *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. 9 ed. Trad. de José Vázquez Pérez con la colaboración de Umbelina Larranceleta. Valencia: Pre-Textos, 2010.
- Derrida, Jacques. "The Book to Come", en *Paper Machine*. Trad. de Rachel Bowlby. Stanford, California: Stanford California Press, 2005.
- Derrida, Jacques. *Mal de archivo. Una impresión freudiana*. Trad. de Paco Vidarte. Valladolid, Editorial Trotta, 1997.
- Derrida, Jacques. "Signature Event Context." *Margins of Philosophy*. Chicago: University of Chicago Press, 1982.
- Domínguez Michael, Christopher. "Carlos Monsiváis", en *Diccionario crítico de la literatura mexicana, 1955-2005*. México, Fondo de Cultura Económica, 2007.
- Driver, Julia. "The History of Utilitarianism", en *The Stanford Encyclopedia of Philosophy* (Summer 2009 Edition), Edward N. Zalta (editor). Disponible en: <http://plato.stanford.edu/archives/sum2009/entries/utilitarianism-history/>. Consultada: julio 2012.
- Eagleton, Terry. *Después de la teoría*. Trad. de Ricardo García Pérez. Barcelona: Debate, 2005.

- “El edificio destinado para alojar al Archivo General de la Nación”, en *Boletín del Archivo General de la Nación*. Tercera serie, tomo 1, núm. 1, abril-junio 1977.
- Ferrater Mora, José. “utilitarismo”, en *Diccionario de Filosofía*. 5 ed. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1965. 2 vols.
- Fish, Stanley. *Doing What Comes Naturally. Change, Rhetoric, and the Practice of Theory and Literary and Legal Studies*. Durham, Londres: Duke University Press, 1989.
- Fish, Stanley. “Interpreting the *Variorum*”, en Leitch, Vincent B. (editor). *The Norton Anthology of Theory and Criticism*. 2 ed. Nueva York: W. W. Norton & Co., c2010.
- Fish, Stanley. “Is there a text in the class?”, en *The Stanley Fish Reader*. H. Aram Veesser (editor). Malden, Massachusetts; Oxford: Blackwell Publishers.
- Florescano, Enrique. “Los orígenes”, en *nexos*. Enero 2008. Versión electrónica disponible en: <http://www.nexos.com.mx/?mes=1&anio=2008&search=go&P=numanteriores&PAGE=1>. Consultada: febrero 2013.
- Florescano, Enrique. “Notas sobre la producción historiográfica en México”, en *La Palabra y el Hombre*. Segunda época, número 43, julio-septiembre, 1967.
- Foucault, Michel. *Vigilar y castigar*. Madrid: Siglo XXI Editores, 1986.
- Fuentes, Carlos. “*Cien años de Orfila Reynal*”, en *El País*. 16 enero 1998. Versión electrónica disponible en: http://elpais.com/diario/1998/01/16/cultura/884905207_850215.html. Consultada: abril 2012.
- Fuentes, Carlos. *La muerte de Artemio Cruz*. México: Fondo de Cultura Económica, 1962.
- Fuentes, Carlos. *La región más transparente del aire*. México, Alfaguara, 2008. 554 p.
- Galeana, Patricia. “Introducción”, en *Lecumberri: un palacio lleno de historia*. México: Secretaría de Gobernación-Archivo General de la Nación, 1994.

- Gallegos, Julián. “¿Para qué escribir historia antigua?”, en Elías José Palti *et al.* *Historia, ¿para qué?: revistas a una vieja pregunta*. Jorge Cernadas y Daniel Lvovich (editores). Buenos Aires: Prometeo Libros, 2010.
- García Ramírez, Sergio. “El sistema penitenciario. Siglos XIX y XX.”, en *Boletín Mexicano de Derecho Comparado*. Año 1999, Número 95, Mayo-Agosto, Nueva Serie, XXXII.
- García-Colín, Leopoldo (presentación) y Fernando del Paso (discurso). *Ceremonia luctuosa en memoria de Luis González y González*. México: El Colegio Nacional, 2006.
- Gilly, Adolfo. “El amor a la verdad”, en *Sábado*. Suplemento del periódico *unomásuno*. Director general: Manuel Becerra Acosta, Director: Fernando Benítez. México, sábado 7 marzo 1981, número 174.
- Gilly, Adolfo. “Historia y poder”, en *Nexos*. Número 34, octubre 1980. Versión electrónica disponible en: <https://www.nexos.com.mx/?P=leerarticulo&Article=266180>. Consultada: abril 2012.
- Gilly, Adolfo. “La historia como crítica o como discurso del poder”, en *Historia, ¿para qué?* Carlos Pereyra *et al.* (México: Siglo veintiuno editores, 1980).
- Gilly, Adolfo. “Nexos de las historias”, en *nexos*. Enero 2008. Versión electrónica disponible en: <http://www.nexos.com.mx/?mes=1&anio=2008&search=go&P=numanteriores&PAGE=1>. Consultada: febrero 2013.
- González y González, Luis. “75 años de investigación histórica en México”, en *México setenta y cinco años de Revolución*. t. IV. Educación, cultura y comunicación 2. México: Fondo de Cultura Económica-Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1988.
- González y González, Luis. “De la múltiple utilización de la historia”, en *Historia, ¿para qué?* Carlos Pereyra *et al.* México: Siglo veintiuno editores, 1980.
- González y González, Luis. “Mis tropiezos con la historia”, en *Historiadores de México en el siglo XX*. Enrique Florescano y Ricardo Pérez Montford. (compiladores). México: Fondo de Cultura Económica-Conaculta (Consejo Nacional para la Cultura y las Artes), 1995.
- Gran, Peter. *Beyond Eurocentrism. A New View of Modern World History*. Syracuse, Nueva York: Syracuse University Press, 1996.

- Granados, Aimer (coordinador). *Las revistas en la historia intelectual de América Latina: redes, política, sociedad y cultura*. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Cuajimalpa/ Juan Pablos Editor, 2012.
- Greenberg, Douglas. "History Is a Luxury": Mrs. Thatcher, Mr. Disney, and (Public) History", en *Reviews in American History*. Vol. 26, núm. 1, The Challenge of American History. marzo, 1998.
- Guevara, Ernesto "Che". *El socialismo y el hombre nuevo*. José Aricó (editor). México, Siglo Veintiuno Editores, 1977. (Colec. Nuestra América)
- "Guillermo Bonfil Batalla", en *Diccionario de Historia de la Educación en México*. Versión electrónica disponible en: <http://biblioweb.tic.unam.mx/diccionario/htm/indice.htm>. Consultada: abril 2012.
- Guízar-Alvarez, Eduardo. "José Joaquín Blanco" en Daniel Balderston, Mike Gonzalez and Ana M. López (editores). *Encyclopedia of Contemporary Latin American and Caribbean Cultures*. London, New York, Routledge, 2000. v. 1 (A-D).
- Hartog, François. *Regímenes de historicidad: presentismo y experiencias del tiempo*. México: Universidad Iberoamericana, 2003.
- Hamnett, Brian R. *Concise History of Mexico*. Port Chester, NY, USA: Cambridge University Press, 1999.
- Hernández Chávez, Alicia. *México, breve historia contemporánea*. México: Fondo de Cultura Económica, 2000.
- Herrera Huerta, Juan Manuel y Victoria San Vicente (Coordinación General). *Archivo General de la Nación, México: Guía General*. México: Archivo General de la Nación, 1990.
- Historia Mexicana*. Número 2/3, Veinticinco años de investigación histórica en México I, octubre 1965-marzo 1966. p. 155-446.
- Historia Mexicana*. Número 4, Veinticinco años de investigación histórica en México II, abril-junio 1966. p. 447-782.
- Iggers, Georg G. y Q. Edward Wang con contribuciones de Supriya Mukherjee. *A Global History of Modern Historiography*. (Harlow, Inglaterra; Nueva York, Pearson Longman, 2008).

Illades, Carlos, *La inteligencia rebelde. La izquierda en el debate público en México 1968-1989*. México: Océano, 2012.

“Informe de labores. Academia Mexicana de la Historia Correspondiente de la Real de Madrid 2004-2011.” Gisela von Wobeser (Directora). http://www.acadmexhistoria.org.mx/Trabajos/Informe_Academia_Mexicana_de_la_Historia_2004-2011.pdf

Jay, Martin. “Historical explanation and the event: reflections on the limits of contextualization”, en *New Literary History*. vol.42, núm. 4 (otoño 2011).

Jay, Martin. “The Textual Approach to Intellectual History”, en *Force Fields. Between Intellectual History and Cultural Critique*. Londres, Nueva York: Routledge: 1993.

Katz, Frederich. “La guerra fría en América Latina”, en *Espejos de la guerra fría: México, América Central y el Caribe*. Daniela Spenser (coordinadora). México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social-Secretaría de Relaciones Exteriores-Miguel Ángel Porrúa, 2004.

Kierkegaard, Søren. *Fear and Trembling*. Alastair Hannay (traducción e introducción). Harmondsworth, Middlesex, Inglaterra; Nueva York: Penguin Books; Viking Penguin, 1985.

Knight, Alan. “El cambio mexicano en el siglo XX: la dialéctica entre desarrollo y debate”, en *Las disputas por el México rural*. Sergio Zendejas y Pieter de Vries (editores). Michoacán: El Colegio de Michoacán, 1998. Volumen II. Historias y narrativas.

Knight, Alan. “Latin America”, en *Companion to historiography*. Michael Bentley. Londres, Nueva York: Routledge, 1997.

Krauze, Enrique. “Cuatro estaciones de la cultura mexicana”, en *Vuelta*. Número. 60, noviembre 1981.

Krauze, Enrique. “Historia, ¿para qué?”, en *Caras de la historia*. México: Joaquín Mortiz, 1983. p. 15-38.

Krauze, Enrique. “La polémica. Actitud ante la historia”, en *Sábado*. Suplemento del periódico *unomásuno*. Director general: Manuel Becerra Acosta, Director: Fernando Benítez. México, sábado 11 abril 1981, número 179. p. 8.

- Krauze, Enrique. "Las caras de la Historia", en *Sábado*. Suplemento del periódico *unomásuno*. Director general: Manuel Becerra Acosta, Director: Fernando Benítez. México, sábado 21 febrero 1981, número 172. p. 2-5.
- Krauze, Enrique. *La presidencia imperial. Ascenso y caída del sistema político mexicano (1940-1996)*. México, Tusquets editores, 1997.
- Krauze, Enrique. *Redentores*. México: Debate, 2011.
- Laclau, Ernesto. "Sobre el Antagonismo". Seminario en el Instituto de Humanidades Universidad Diego Portales, Chile, May 19 2010. <http://humanidades.udp.cl/?p=3612>. Consultada: julio 2012.
- Laclau, Ernesto y Chantal Mouffe. *Hegemony and socialist strategy: towards a radical democratic politics*. New York, Londres: Verso, 1985.
- La Redacción. "Del encierro al recuerdo: El Palacio Negro de Lecumberri", *Mensual Humanidades y Ciencias Sociales*. Diciembre 2008-enero 2009. Año 5, Número 37.
- Leitch, Vicent B. (editor general). *The Norton Anthology of Theory and Criticism*. Nueva York, Londres: W.W. Norton & Co., 2010.
- León Portilla, Miguel. "Tendencias en las investigaciones históricas de México", en *Las humanidades en México 1950-1975*. México: Universidad Nacional Autónoma de México-Consejo Técnico de Humanidades, 1978.
- León Portilla, Miguel. "Tendencias en las investigaciones históricas de México", en *Las humanidades en México 1950-1975*. México: Universidad Nacional Autónoma de México-Consejo Técnico de Humanidades, 1978.
- Levi-Strauss, Claude. "The Structural Study of Myth", en *The Journal of American Folklore*. 68 (270), Myth: A Symposium (1955).
- Lira, Andrés. "Eduardo Blanquel, In memoriam", en *Relaciones*. Número 31, verano 1987, vol. VIII.
- "Luis González y González 1925-2003", en *75 Años de la Academia Mexicana de la Historia*. Josefina Zoraida Vázquez (editora), México, 1994. Versión electrónica disponible en: http://www.acadmexhistoria.org.mx/miembrosANT/res_luis_gonzalez.pdf. Consultada: marzo 2012.

- Macedo, Miguel M.. "Los establecimientos penales", en *México, su evolución social*. Justo Sierra (director literario), Santiago Ballescá (director artístico). México: J. Ballescá y Compañía sucesor editor, 1902, tomo I, volumen II.
- Manrique, Jorge Alberto (J.A.M.). "Presentación", en *Historia Mexicana*. Número 2/3, Veinticinco años de investigación histórica en México I, octubre 1965-marzo 1966.
- Manrique, Jorge Alberto. "De prisión a institución cultural", en *Lecumberri: un palacio lleno de historia*. México: Secretaría de Gobernación-Archivo General de la Nación, 1994.
- Marialba Pastor. "La estructura agraria novohispana tras el lente de la historia económica cuantitativa", in Trejo, Evelia y Alvaro Matute (editores). *Escribir la historia en el siglo XX: treinta lecturas*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2005.
- Marx, Karl. "El 18 Brumario de Luis Bonaparte", en *Napoleón el Pequeño-El 18 Brumario*. Víctor Hugo y Karl Marx. Madrid: Ediciones Felmar, 1978.
- Matute Aguirre, Álvaro. "De la tecnología al orden doméstico", en *Historia de la vida cotidiana en México*. Pilar Gonzalbo Aizpuru (directora). Tomo V. Vol. 2. Siglo XX. La imagen, ¿espejo de la vida?. Aurelio de los Reyes (coordinador). México: Fondo de Cultura Económica, 2006.
- Matute, Álvaro. "De los episodios nacionales a las telenovelas. Balance de la divulgación histórica", en *Quehaceres de la Historia*. Manuel Ramos Medina (compilador). México: Centro de Estudios de Historia de México Condumex, 2001.
- Matute, Álvaro. "Estudio introductorio a Edmundo O'Gorman", en *Historiología, teoría y práctica*. Estudio introductorio y selección de Álvaro Matute. México: Universidad Nacional Autónoma de México-Coordinación de Humanidades, 1999.
- Matute, Álvaro. "Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México", en *Historia Mexicana*. vol. 50, núm. 4, abril-junio 2001.
- Matute, Álvaro. "¿Historicismos o historicismo?", en *El historicismo en México. Historia y antología*. Álvaro Matute (compilador). México: Paideia-Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, 2002.
- Matute, Álvaro. "Introducción", en *La teoría de la historia en México*. Álvaro Matute (compilador). México: Secretaria de Educación Pública, 1974.

- Matute, Álvaro. "La profesionalización del trabajo histórico en el siglo XX", en *México en el siglo XX*. Patricia Galeana (coordinadora). México: Archivo General de la Nación, 1999. 415-440.
- Medellín Sánchez, Jorge L. "La transformación del Palacio de Lecumberri: de Penitenciaría en Archiva General de la Nación", en *Lecumberri: un palacio lleno de historia*. México: Secretaría de Gobernación-Archivo General de la Nación, 1994.
- Menéndez Menéndez, Libertad. "La Facultad de Filosofía y Letras, breve síntesis de su trayectoria pedagógica", en *Setenta años de la Facultad de Filosofía y Letras*. Juliana González (presentación). México: Universidad Nacional Autónoma de México
- Meyer, Jean. "México entre 1934-1988", en Gisela von Wobeser (coordinadora). *Historia de México*. México, Fondo de Cultura Económica-Secretaría de Educación Pública-Academia Mexicana de la Historia, 2010.
- Meyer, Lorenzo. "La encrucijada", en Daniel Cosío Villegas (coordinador). *Historia general de México*. México, El Colegio de México, 1976.
- Meyer, Lorenzo. "La guerra fría en el mundo periférico: el caso del régimen autoritario mexicano. La utilidad del anticomunismo discreto", en *Espejos de la guerra fría: México, América Central y el Caribe*. Daniela Spenser (coordinadora). México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social-Secretaría de Relaciones Exteriores-Miguel Ángel Porrúa, 2004.
- Monsiváis, Carlos. *Historia mínima de la cultura mexicana en el siglo XX*. Edición preparada por Eugenia Huerta. México: El Colegio de México, 2010.
- Moradiellos, Enrique. *El oficio del historiador*. 6 ed. Madrid, Siglo XXI editores España, 2008.
- Moreno Toscano, Alejandra. "Lecumberri: sede del Archivo General de la Nación", en *Lecumberri: un palacio lleno de historia*. México: Secretaría de Gobernación-Archivo General de la Nación, 1994.
- Moret, Xavier. "El lento declive de Siglo XXI", en *El País*. 14 enero 1994. Versión electrónica disponible en: http://elpais.com/diario/1993/01/14/cultura/726966008_850215.html. Consultada: abril 2012.

- Mouffe, Chantal. "Por una política de la identidad democrática", en *Prácticas artísticas y democracia agonística*. Barcelona, Museu d'Art Contemporani de Barcelona, 2007.
- Nava Murcia, Ricardo. "El mal de archivo en la escritura de la historia", en *Historia y grafía*. Año 19, número 38, enero-junio 2012 (Deconstruyendo el archivo):
- Nava Murcia, Ricardo. "Preliminares", en *Historia y grafía*. Año 19, número 38, enero-junio 2012 (Deconstruyendo el archivo).
- Nettel, Guadalupe. *El cuerpo en que nació*. Barcelona: Anagrama, 2011.
- Nietzsche, Friedrich Wilhelm. *Sobre la utilidad y el prejuicio de la historia para la vida [Il intempestiva]*. Edición, traducción y notas de Germán Cano. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva, 1999.
- Nietzsche, Friedrich Wilhelm. *Sobre la utilidad y los perjuicios de la historia para la vida*. Edición, traducción y estudio de Dionisio Garzón. Madrid, EDAF, 2000.
- Nietzsche, Friedrich Wilhelm. *The use and abuse of history*. Trad. de Adrian Collins. Introducción de Julius Kraft. 2 ed. Nueva York, Londres: Macmillan Publishing Company, Collier Macmillan Publishers, 1957.
- Noelle Mereles, Louise. "El Archivo General de la Nación. Transformación de una Antigua Penitenciaría a un centro cultural", en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*. Vol. XIV. Número 53, 1983.
- "Noticias", en *Crítica: Revista Hispanoamericana de Filosofía*, Vol. 12, No. 36, Diciembre, 1980.
- Nova Ramírez, Víctor Erwin. "Arnaldo Orfila Reynal. El editor que marcó los cánones de la edición latinoamericana". Tesis para obtener el grado de maestro en historia. Tutor: Ricardo Pozas Horcasitas. Universidad Autónoma Metropolitana./Unida Azcapotzalco/División de Ciencias Sociales y Humanidades/Posgrado en Histroiografía. México, D.F. febrero 2013.
- Novick, Peter. *That Noble Dream. The "Objectivity Question" and the American Historical Profession*. Cambridge: Cambridge University Press, 1988.
- Ocampo, Aurora M. (dirección y asesoría). *Diccionario de escritores mexicanos, siglo XX: desde las generaciones del Ateneo y novelistas de la Revolución*

hasta nuestros días. México, Universidad Nacional Autónoma de México/Centro de Estudios Literarios, 1967.

Pacheco, José Emilio. *Las batallas en el desierto*. 2 ed. revisada. México, ERA, 1999.

Palti, Elías José *et al.* *Historia, ¿para qué?: revistas a una vieja pregunta*. Jorge Cernadas y Daniel Lvovich (editores). Buenos Aires: Prometeo Libros, 2010.

Pastor, Rodolfo. "Sobre Carlos Pereyra *et al.*: *Historia ¿para qué?* México, 1980", en *Historia Mexicana*. Vol. XXX, núm. 4 (Abril-Junio 1981): 611-618.

Patterson, Lee. "Historical Criticism and the Claims of Humanism", en *New Historicism and Cultural Materialism. A Reader*. Kiernan Ryan (Editor). Londres: Arnold, 1996.

Payne, Michael. "Introduction: Greenblatt and New Historicism", en *The Greenblatt Reader*. Stephen Greenblatt y Michael Payne (editor). Malden, Massachussets: Blackwell Publishers, 2005.

Paz, Octavio. "América Latina y la democracia", en *México en la obra de Octavio Paz*. Vol. I El peregrino en su patria. Historia y política en México. Octavio Paz y Luis Mario Schneider. México: Fondo de Cultura Económica, 1987.

Paz, Octavio. "Hora cumplida (1929-1985)", en *México en la obra de Octavio Paz*. Vol. I El peregrino en su patria. Historia y política en México. Octavio Paz y Luis Mario Schneider. México: Fondo de Cultura Económica, 1987.p. 399.

Paz, Octavio. "In Search of the Present (Nobel Lecture, December 8, 1990)". Anthony Stanton (traductor), en *Nobel Lectures, Literature 1981-1990*, Tore Frängsmyr (editor en cargo), Sture Allén (editor), Singapur: World Scientific Publishing Co., 1993. Versión online disponible en : http://www.nobelprize.org/nobel_prizes/literature/laureates/1990/paz-lecture.html. Consultada: Abril 2012.

Paz, Octavio. "Posdata", en Octavio Paz. *Obras Completas. El peregrino en su patria: historia y política en México*. v. 8. México, Fondo de Cultura Económica, 1994.

Paz, Octavio. "Vuelta a *El laberinto de la soledad*", en Octavio Paz. *Obras completas*. Edición del autor. v. 8. El peregrino en su patria: historia y política de México. México: Fondo de Cultura Económica-Círculo de Lectores, 1994.

Pereyra, Carlos *et al.* *Historia, ¿para qué?* México: AGN, 1981.

- Pereyra, Carlos *et al.* *Historia, ¿para qué?* México: Siglo XXI editores, 2010.
- Pérez Gay, José María. “30 años en mil palabras”, en *nexos*. Enero 2008. Versión electrónica disponible en:
<http://www.nexos.com.mx/?mes=1&anio=2008&search=go&P=numanteriores&PAGE=1>. Consultada: febrero 2013.
- Pérez Montford, Ricardo. “On the Street Corner where Stereotypes are Born: Mexico City, 1940-1968”, en *A Companion to Mexican History and Culture*. William H. Beezley (editor). Chichester, West Sussex; Marlton, MA: Wiley-Blackwell, 2011.
- Pérez Montfort, Ricardo. “Eduardo Blanquel Franco o la historia como enseñanza personal”, en *Historiadores de México en el siglo XX*. Enrique Florescano y Ricardo Pérez Montford. (compiladores). México: Fondo de Cultura Económica-Conaculta (Consejo Nacional para la Cultura y las Artes), 1995.
- Phelan, John Leddy. “México y lo mexicano”, en *The Hispanic American Historical Review*. Durham, vol. 36, núm. 3, agosto 1956.
- Pozas Horcasitas, Ricardo. “El final del horizonte: la muerte simbólica de la Revolución mexicana”, en *Independencia y revolución: contribuciones en torno a su conmemoración*. María Luisa Rodríguez-Sala *et al.* México: Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Sociales, 2010. 188-189.
- Pozas Horcasitas, Ricardo. “La Revista Mexicana de Literatura: territorio de la nueva elite intelectual (1955–1965)”, en *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, Vol. 24, No. 1, invierno 2008.
- Prawda, Juan. “Desarrollo del sistema educativo mexicano, pasado, presente, futuro”, en *México setenta y cinco años de Revolución*. t. IV. Educación, cultura y comunicación 1. Miguel de la Madrid Hurtado (presentación). Martha Eugenia Curiel *et al.* México: Fondo de Cultura Económica-Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1988.
- Procacci, Giuliano. *Historia general del siglo XX*. Trad. del italiano por Guido M. Cappello y Laura Calvo. Barcelona, Crítica, 2001.
- “Quiénes somos. Historia del Archivo General de la Nación”, Página web oficial del Archivo General de la Nación (México). Disponible en:
<http://www.agn.gob.mx/menuprincipal/quienesomos/hist.html>. Consultada: abril 2012.

- Rodríguez Kuri, Ariel. "Challenges, Political Opposition, Economic Disaster, Natural Disaster and Democratization, 1968 to 2000", en *A Companion to Mexican History and Culture*. William H. Beezley (editor). Chichester, West Sussex; Marlton, MA: Wiley-Blackwell, 2011.
- Rodríguez Kuri, Ariel. "Challenges, Political Opposition, Economic Disaster, Natural Disaster and Democratization, 1968 to 2000", en *A Companion to Mexican History and Culture*. William H. Beezley (editor). Chichester, West Sussex; Marlton, MA: Wiley-Blackwell, 2011.
- Romanell, Patrick. *La formación de la mentalidad mexicana. Panorama actual de la filosofía en México. 1910-1950*. Presentación de José Gaos. México, El Colegio de México, 1954.
- Rorty, Richard. *Contingency, irony, and solidarity*. Cambridge: Cambridge University Press, 1989.
- Ross, Stanley R. "Reseña [sin título] del libro Historia, ¿para qué? por Carlos Pereyra et al. México: Siglo Veintiuno Editores, 1980. Pp. 245. Paper.", en *The Hispanic American Historical Review*, vol. 61, núm. 4, noviembre 1981. p. 781-783.
- Sánchez Rebolledo, Adolfo. "Dos notas sobre Carlos Pereyra", en Cuadernos políticos, número 54/55, México, D.F., editorial Era, mayo-diciembre de 1988.
- Sarlo, Beatriz. "Intelectuales y revistas: razones de una práctica", en Centre de Reserches Interuniversitaire sur les Champs Culturels en Amérique Latine, *Les discours culturels dans les revues latino-américaines (1940-1970)*, París, Presses de la Sorbonne Nouvelle, 2000.
- Sartre, Jean-Paul. *La náusea*. Trad de Aurora Bernández. México: Origen-Seix Barral, 1984.
- Secretaría de Gobernación de México. "Decreto por el que se desincorpora del patrimonio del Departamento del Distrito Federal y se incorpora al dominio de la Federación el inmueble conocido como ex Palacio de Lecumberri, para destinarlo al servicio del Archivo General de la Nación," en *Diario Oficial de la Federación*. Tomo CCCXLII, núm. 19. Director: Mariano D. Urdanivia. Primera Sección. (viernes 27 mayo 1977).
- Sheridan, Guillermo. "La lectura en México/1", en *Letras Libres*. Abril 2007.

“Siglo XXI editará este año 100 nuevos libros y 300 ediciones”, en *Unomásuno*.
lunes 19 enero 1981.

Simón, María *et al.* *Antológica Anheló Hernández*. Montevideo: Museo Nacional de Artes Visuales, 2008.

Skidmore, Thomas E. y Peter H. Smith. *Modern Latin America*. 6 ed. Nueva York y Oxford: Oxford University Press, 2005.

Solís, Leopoldo. *La realidad económica mexicana: retrovisión y perspectiva*. México, Siglo veintiuno editores, 1973.

Stoler, Ann Laura. “Colonial Archives and the Arts of Governance: On the Content in the Form”, en *Refiguring the Archive*. Carolyn Hamilton *et al.* (editores). Dordrecht: Kluwer, 2002.

Stoler, Ann Laura. *Along the Archival Grain: Epistemic Anxieties and Colonial Common Sense*. Princeton: Princeton University Press, 2009.

Suchlicki, Jaime. *Mexico: From Moctezuma to NAFTA, Chiapas, and Beyond*. Washington, London: Brassey’s, 1996. Enrique Krauze. *Redentores*. México: Debate, 2011.

Thiago, Rocca Pablo. “Constancias y mudanzas en la obra de Anheló Hernández”, en María Simón *et al.* *Antológica Anheló Hernández*. Montevideo: Museo Nacional de Artes Visuales, 2008.

Torres-Ruiz, René. “Carlos Pereyra: una breve mirada a su vida y obra”, en *Estudios políticos*. Número 23, novena época, mayo-agosto 2011.

Trejo Delarbre, Raúl. “Indispensable Pereyra”, en *Nexos*. número 372, diciembre 2008. Versión electrónica disponible en: http://historico.nexos.com.mx/vers_imp.php?id_article=1777&id_rubrique=804. Consultada: marzo 2012.

Trejo, Evelia. “Historia Mexicana”, en *Léxico de la política*. Laura Baca Olamendi, Judit Bosker-Liwerant, Fernando Castañeda, Isidro H. Cisneros (compiladores). México, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales-Fondo de Cultura Económica, 2000.

Trejo, Evelia (introducción, selección y edición). *La historiografía del siglo XX en México. Recuentos, perspectivas teóricas y reflexiones*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2010.

van Delden, Maarten, “Conjunciones y disyunciones: la rivalidad entre *Vuelta y Nexos*”, en *Foro Hispánico: El laberinto de la solidaridad*. Cultura y política

en México (1910-2000), bajo la dirección de Kristine Vanden Berghe y Maarten van Delden , número 22, 2000.

“Vida y Obra de Luis González”, página web oficial de *El Colegio Nacional*. Versión electrónica en: <http://www.colegionacional.org.mx/SACSCMS/XStatic/colegionacional/template/content.aspx?se=vida&te=detallemiembro&mi=170>. Consultada: marzo 2012.

“Vida y Obra de Luis Villoro”, página web de *El Colegio Nacional*. Versión electrónica en: <http://www.colegionacional.org.mx/SACSCMS/XStatic/colegionacional/template/content.aspx?mi=147&se=vida&te=detallemiembro>. Consultada: marzo 2012.

Villegas, Abelardo. *El pensamiento mexicano en el siglo XX*. México: Fondo de Cultura Económica, 1993.

Villegas, Abelardo. *La filosofía de lo mexicano*. 2 ed. México: Universidad Nacional Autónoma de México-Facultad de Filosofía y Letras, 1979.

Villegas Moreno, Gloria. “Bajo el signo de Atenea”, en *Setenta años de la Facultad de Filosofía y Letras*. Juliana González (presentación). México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Weber, Max. “Science as a Vocation,” en *Essays in Sociology*. New York: Oxford University Press, 1946. 129-158.

Winn, Peter. *Americas. The Changing Face of Latin America and the Caribbean*. 3 ed. Berkeley y Los Ángeles, California: University of California Press, 2006.

Wittgenstein, Ludwig. *Philosophische Untersuchungen*. Versión online disponible en: http://www.geocities.jp/mickindex/wittgenstein/witt_pu_gm.html. Consultada: abril 2012.

Zaid, Gabriel. “Intelectuales” en *Vuelta*. México, año XIV, núm. 168, noviembre 1990.

Zaid, Gabriel. “La lectura como fracaso del sistema educativo”, en *Letras Libres*. Noviembre 2006.

Zarate Toscano, Verónica (coord.) *Segundo directorio de historiadores*. México, Comité Mexicano de Ciencias Históricas, c1985.

Zolov, Eric. *Refried Elvis. The Rise of the Mexican Counterculture*. Berkeley y Los Ángeles, California: University of California Press, 1999.

Zoraida Vázquez, Josefina. “Renovación y crisis”, en *Historia mínima de la educación en México*. Dorothy Tank de Estrada (coordinadora). México: El Colegio de México/Seminario de la Educación en México, 2010.

Fuentes documentales

“Seminario Historia, ¿para qué?”. Archivo del Archivo General de la Nación (México), sección Dirección General, Serie Reuniones, conferencias nacionales e internacionales, caja 23, expediente 2.

Entrevistas

Aguilar Camín, Héctor, entrevista con el autor, Ciudad de México, 10-11 diciembre 2012.

Aguilar Camín, Héctor. “Héctor Aguilar Camín, inventar la realidad (entrevista).” Ivonne Sánchez (producido y presentado). Pilar Pérez (Realización), en *Perfiles* (programa de Radio Francia Internacional). Su publicó en la página web de Radio Francia Internacional el 13 marzo 2009. Disponible en: http://www.rfi.fr/actues/articles/111/article_11153.asp. Consultada: marzo 2012.

Blanco, José Joaquín, entrevista con el autor, Ciudad de México, 14 junio 2012.

Córdova, Arnaldo, entrevista con el autor, Ciudad de México, 11 junio 2012.

Florescano, Enrique, entrevista con el autor, Ciudad de México, 18 julio 2012.

Gilly, Adolfo. “Entrevista. Lo que no existe no puede ser verdad”, en *New Left Review*. Número 64, septiembre-octubre 2010. p. 37.

Gilly, Adolfo, entrevista con el autor, Ciudad de México, 3 abril 2012.

Gilly, Adolfo, conversación telefónica con el autor, Ciudad de México, 4 enero 2012.

Krauze, Enrique. "Enrique Krauze. La izquierda mexicana". Lupa Ciudadana. Canal de Lupamexico en Youtube.com. Versión online disponible en: http://www.youtube.com/user/lupamexico#p/u/248/IR1R9d18pDk_. Consultada: abril 2012.

Krauze, Enrique. "Voces de la historiografía mexicana. Conversaciones con Christopher Domínguez Michael. XIII y última. Enrique Krauze: la conciencia liberal", en *Letras Libres*. Año X, número 113 (Febrero 2011).

Moreno Toscano, Alejandra, entrevista con el autor, Ciudad de México, 18 mayo 2012.

Páginas electrónicas

Página web oficial del Archivo General de la Nación, México. <http://www.agn.gob.mx/> Consultada: abril 2012.

Página web oficial del Consejo Nacional para la ciencia y la tecnología (Conacyt), México. <http://www.conacyt.mx>. Consultada: abril 2012.

Página web oficial de El Colegio Nacional. <http://www.colegionacional.org.mx/SACSCMS/XStatic/colegionacional/espanol/home.html>. Consultada: mayo 2012.

Página web oficial de Enrique Florescano. <http://www.enriqueflorescano.com>. Consultada: abril 2012.

Página web oficial de la Facultad de Economía de la UNAM. <http://www.economia.unam.mx/facultad/>. Consultada: abril 2013.

Películas

Allen, Woody (director). *Match Point*. Inglaterra-Luxemburgo, DreamWorks, 2006, 124 min.

Galindo, Alejandro (director). *Una familia de tantas*. México, Producciones Azteca, 1948, 130 min. La película se puede ver en línea: <http://www.youtube.com/watch?v=1W63o2AB7uA>. Consultada: febrero 2012.

Kieślowski, Krzysztof (director). *El Azar (Przypadek)*. Polonia, P.P. Film Polski, 1987. 114 min.

Obras de arte

Tracey Emin. *My Bed*. 1998. Colchón, ropa de cama, almohadas, sábanas, objetos
79 x 211 x 234 cm. http://www.saatchi-gallery.co.uk/artists/artpages/tracey_emin_my_bed.htm. Consultada:
marzo 2012.